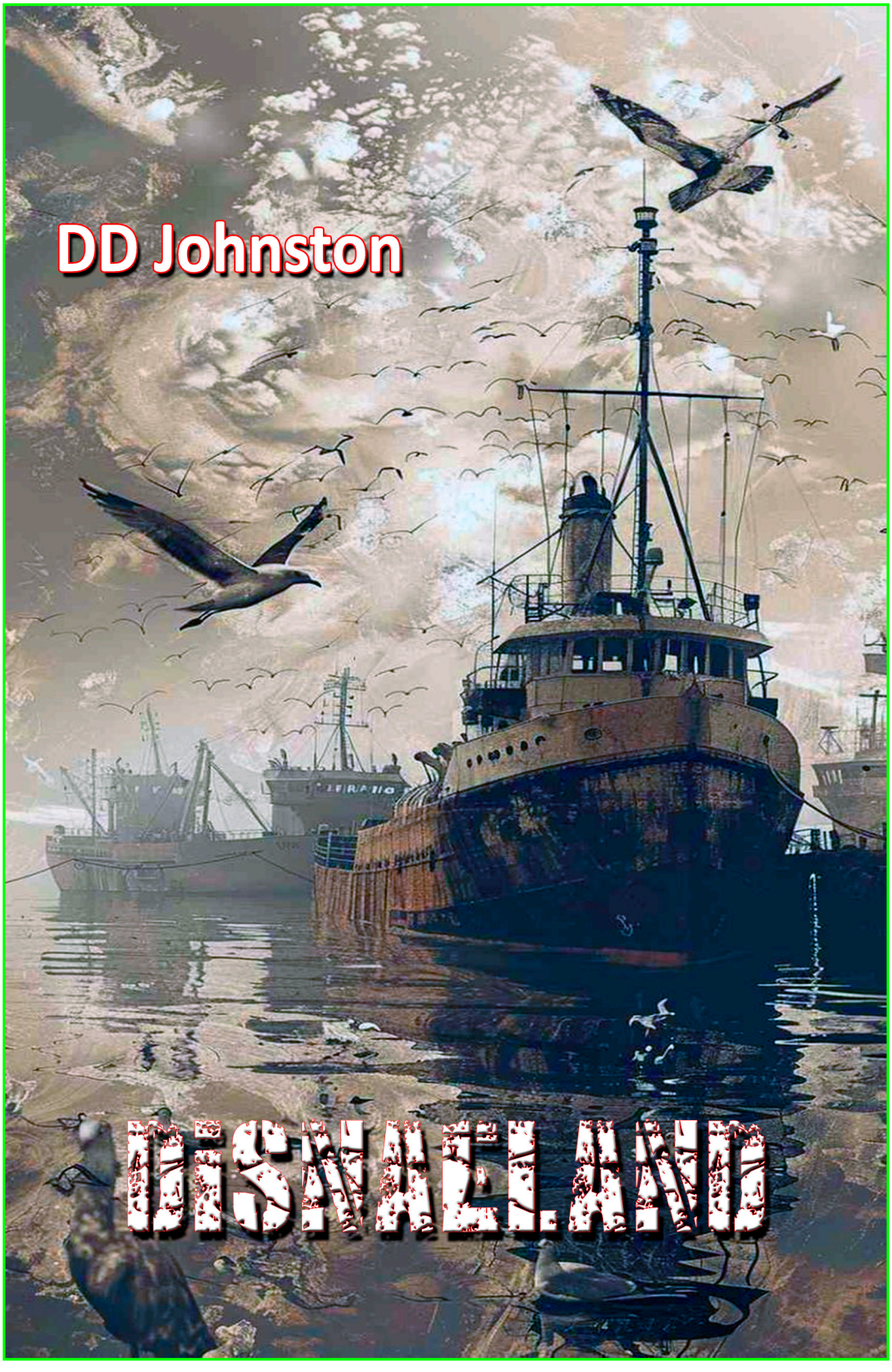

DD Johnston
DISMALAND

En Dundule, una ciudad del centro de Escocia, los residentes de los apartamentos Busy Bee Flats —Donna y su hija de ocho años, el hosco ex minero Douglas, el corpulento Giorgio, el empleado de la freidora de patatas fritas, y los jóvenes drogadictos Tam y Mac— se buscan la vida como todos los demás.

Entonces se apagan las luces.

Es invierno y hay un apagón mundial.

Ahora es el momento de elegir. Descontrolarse y saquear las calles, o unirse y construir algo nuevo sobre las ruinas de lo antiguo.

Pero aún no existe el paraíso. Acuerdos fallidos, supervivientes armados y recursos menguantes amenazan con destruir el progreso. Y el ocasional chirrido de un avión de combate les recuerda que la aniquilación nuclear sigue latente…

Disnaeland combina ternura y humor desternillante en tiempos apocalípticos. D. D. Johnston, que transita de lo profundamente personal a lo visionario, nos ofrece una novela extraordinaria y profética.

‘A funny, grimy, edgy Scots take, containing passages of dark brilliance, on the collapse of late capitalist society.’

JAMES ROBERTSON

DISNAELAND



D.D. JOHNSTON

DD Johnston

DISNAELAND

Título original: *Disnaeland*

2022

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Génesis – Un prólogo

El libro de la leche y el vino
Espíritu y Salvación
Revelación
Los holocaustos de Giorgio Salvatori
El libro de los amores no vividos
El primer libro de Rut
El Libro de la Luz
La parábola del buen samaritano
El Arca
El libro de Psycho
Bellum Omnium Contra Omnes
El libro del agua
El libro de Ava
Annus mirabilis
Éxodo
Resurrección
Las buenas noticias del Sr. Ashraf Jr.
Carro de fuego
El segundo libro de Rut
El señor de las patatas fritas
El pozo
Hechos
Hobbes
El viaje del héroe
El ángel sonriente
El Reino de los Cielos en la Tierra
El libro de los ángeles
Epílogo
Expresiones de gratitud

Acerca del autor

Para Hart

Un paraíso creíble es mucho más difícil de inventar. ¿Y los infiernos? Arden por todas partes y los incendiamos nosotros mismos.

Allan Gurganus

GÉNESIS – UN PRÓLOGO

I

Tres días después del nacimiento de mi hijo, oí una voz. "No te preocupes", dijo. "Solo necesito un poquito de tu tiempo". Sabía que la Voz estaba en mi cabeza, sabía que no podía despertar a mi bebé dormido. Estaba arrodillado junto a su moisés, escuchando su respiración. "Es mucho pedir", dijo la Voz. "No tienes mucho tiempo".

Llevo veinte años en Inglaterra, pero crecí en Dundule, Escocia, y todavía hablo escocés con la gente de mi país. Estas palabras estaban en mi idioma, pero no eran mis pensamientos. Los pensamientos han estado formándose en mi cabeza toda mi vida; sé lo que es tener pensamientos. Esto era diferente. Esto no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

A mi novia le pasó lo mismo cuando empezaron las contracciones; supo al instante que las sensaciones eran inauditas. Eso ocurrió una noche de junio de 2020, en plena ola de calor que derritió las carreteras, mientras veíamos "*Noche sin fin" de Agatha Christie.* Estábamos más pendientes del abdomen de mi novia que de la tele, pero recuerdo que una anciana estaba compartiendo una profecía —cantaba "Algunos nacen para el dulce deleite/ Algunos nacen para la noche sin fin"— cuando mi novia dijo con total seguridad: "Ya está. Han empezado las contracciones".

Llevábamos siete días de retraso y habíamos tenido tres salidas en falso. Durante semanas, habíamos estado interpretando presagios, como antiguos paganos: nacería en el día más largo, porque su madre nació en el más corto; nacería en dos amaneceres, porque vi dos ciervos en la colina; nacería mañana, porque el primer fruto había aparecido en la zarza. Pero cuando empezó de verdad, cronometramos, medimos y registramos. A medianoche, ya estábamos en la sala Afrodita del Centro de Maternidad Aveta, en Cheltenham.

¿Qué palabras pueden describir las horas que siguieron? Fue medieval. La sumergieron en una piscina. Colgaba de mi cuello como una herradura. Pasó de una mecedora a un taburete de parto: dos muebles de madera que parecían sacados de un cuento de hadas. Al amanecer, estaba agotada.

¿Y al día siguiente? Alrededor de las ocho de la mañana, lloré por primera vez en dos décadas, tan abrumado estaba de humildad ante su valentía. Durante otras doce horas, intentó lo imposible. El bebé estaba al revés y ella tenía ganas de empujar, aunque no estaba completamente dilatada. Gritó, vomitó y defecó, y había sangre, sudor y líquido amniótico. Pensé en un manicomio victoriano. Nos tomamos de la mano todo el tiempo, como si nuestros brazos formaran un cordón umbilical que nos permitiera compartir un solo corazón, y comprendí por qué los pueblos antiguos esculpían diosas de la fertilidad incluso antes de rezarle al sol.

Cuando oscureció de nuevo, cuando aún no había ningún rostro que vitoreara, nos trasladaron al Hospital de Gloucester. Nos separaron: ella fue en ambulancia y yo la seguí con las maletas en un taxi. Condujimos durante el confinamiento tardío, pasando por delante de tiendas cerradas en calles vacías. El conductor intentó conversar con nosotros a través de nuestras mascarillas y una barrera de metacrilato. Dijo que había oído que pronto los pubs podrían reabrir. No bebía, dijo, por su religión, pero esperaba que los pubs reabrieran porque así conseguiría más clientes.

La habitación del hospital tenía una incubadora, un foco suspendido de una garra y una torre de anestesia como un cíborg de los primeros *Doctor Who.* Mi novia estaba semiconsciente, jadeando. Tenía una cánula en la mano y un grupo de médicos enmascarados a sus pies. Nunca he estado

tan agradecido por la clemencia como por su epidural. En cuestión de minutos recuperó la consciencia, pudo hablar e incluso reír. Fue un milagro.

Había un catéter y un goteo de Syntocinon y una pausa antes de empujar. Luego, pánico: obstetras. Pediatras. Posible dificultad respiratoria. Una episiotomía. Y entonces, tras treinta horas de heroicidad inimaginable, con un rugido triunfal final, mi novia lo empujó hacia afuera, y allí estaba, sostenido en alto como un pequeño dios, azul oscuro como la profundidad del mar.

Apenas parecía humano, pero llenó sus pulmones y gritó: "¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!". Durante quince minutos, gritó de asombro ante esta caída edénica, y luego se puso rojo, se calmó y se durmió, y era fácilmente la cosa más hermosa que jamás había visto.

En ese momento, debido al coronavirus, las parejas que acompañaban al nacimiento solo podían quedarse cuatro horas después de finalizar el parto. Así que, a las 6:00 a.m. del 27 de junio, me enviaron fuera de la sala de maternidad. Recuerdo que abajo, el hospital estaba oscuro y vacío, y pensé en la película *28 días después:* era Cillian Murphy tambaleándose hacia el postapocalipsis.

En el autobús a Cheltenham, un grupo de pasajeros con mascarillas —«trabajadores esenciales», en la neolengua de la época— mantenían la distancia por todos los medios.

Desde marzo, no había subido a un autobús, no había salido de Cheltenham y apenas había hablado con nadie, salvo con mi novia. Quería decirle a alguien que había estado a punto de un milagro, pero todos estábamos mirando nuestros teléfonos. Una voz robótica defectuosa recitaba las paradas de otra ruta. Afuera, el sol naciente proyectaba rayos láser sobre la tierra amarilla y abrasada.

Al llegar a casa, el cansancio dio paso al miedo. Llevaba cuarenta y ocho horas despierto, pero tenía demasiado miedo para dormir. ¿Estarían bien? ¿Seguía respirando? Ni siquiera cuando les dieron el alta, me atreví a dormir. Mientras mi novia comenzaba su recuperación, vi cómo su pecho subía y bajaba mientras dormía en su moisés. Cada respiración era un meteorito evitado, un continente salvado.

En aquellos primeros días, le dábamos calostro con una jeringa. Me preocupaba que nunca aprendiera a agarrarse, que nunca llegara a comer. Si el mundo se acabara ahora, me preguntaba, ¿habría sido feliz su corta vida? ¿Y ahora? Vi cómo su cordón umbilical se ennegrecía como si se hubiera quemado, y pensé en una guerra nuclear, y me pregunté de nuevo: si el mundo se acaba ahora, ¿habría sido feliz su vida?

Si me quedaba dormido, pronto despertaría empapado en sudor nocturno, convencido de que me había quedado dormido con él en brazos. A veces lo levantaba contra mi pecho y lo llevaba por la habitación, y solo al bajarlo a su

moisés veía que ya estaba dormido allí, y que en mis brazos no sostenía nada.

Entonces, la tercera noche, cuando pensé que ya no podía seguir vigilando, oí la Voz. «No tengas miedo», dijo. «No te preocupes».

Así empezó todo. Y poco a poco, a lo largo de los meses, me reveló una versión cercana del pueblo donde crecí.

Necesitas escuchar esta profecía.

II

Escribo esto en julio de 2021. Mi bebé lleva más tiempo fuera que dentro. El confinamiento ha terminado y las mascarillas ya no son obligatorias. No he escuchado La Voz desde marzo.

Lo que sigue es mi intento de citar la profecía textualmente. Durante los nueve meses que La Voz me habló, escribí treinta y siete libros de notas, y al reproducir la historia me he resistido a la intervención o comentario editorial. La Voz me habló en inglés, pero era una versión del inglés muy influenciada por el escocés. He intentado contar

la misma historia en el mismo idioma, y cumplir con esta tarea me ha dado paz.

Pero cuando escuché la profecía por primera vez, pensé que sufría de Psycho. Me encerraba en el baño, me tiraba del pelo y le gritaba en silencio a La Voz que me dejara en paz. Mi novia había pasado por demasiado como para compadecerse de mí. Estaba en Disnaeland, el mundo paralelo de la profecía, y entonces volvía en mí y me escuchaba chasqueando los dedos, repitiendo una pregunta por tercera vez. "¿Dónde estabas?", me preguntaba cuando por fin respondía.

Me comuniqué en línea con un médico, quien me recetó olanzapina, citalopram y diazepam. Pero la profecía persistía. Con el tiempo, empecé a disfrutarla. ¿Cuánto hacía que alguien no me contaba una historia? ¿Cuánto hacía que alguno de nosotros no escuchaba ese tipo de historia que empieza con una ronda de copas y un imperativo? "Espera a oír esto", dice alguien. "Presta atención", dicen. "Esto es una pasada". Así que escuché. Luego empecé a anotar la historia de La Voz en cuadernos. Luego empecé a contársela a mi bebé.

El 31 de octubre de 2020, cuando anunciaron un nuevo confinamiento de un mes, encontré a mi novia llorando frente al televisor.

“¿Qué pasa?” dije.

"No puedo creer esto."

Ya sabes que lo estoy intentando. Estoy tomando…

“Entonces, ¿qué es *esto?*” Ella blandía uno de mis cuadernos.

"Es solo que…"

“Bueno, bueno”, leyó, “no llevan tres días sin beber agua”. Pasó a una página al azar. “Este tipo barbudo lleva orejas humanas cercenadas; tiene dos orejas ennegrecidas alrededor del cuello”, *bla, bla, bla*”. Me lanzó el cuaderno.

"Es sólo una historia."

"*Esto* es un cuento". Agarró *a Mi Amigo Spot* y me lo lanzó. "*Esto* es un cuento". Lanzó *a Sleepy Pendoodle.*

“Sólo necesito saber cómo termina”.

Sí, porque es una *profecía.* De entre todas las personas a las que Dios podría dirigirse, elige a un hombre en pijama que no recuerda en qué día sale el cartón.

“No es Dios.”

—No es nada, imbécil. Está. Todo. En. Tu. Pequeña. Cabeza. —Me frotó el cráneo con los nudillos.

III

Pero consideren esto. Me fui de Dundule hace veinte años: primero para escapar, luego por trabajo, y finalmente por amor y familia. Hasta que escuché La Voz, no había pensado en ese lugar en años. Las personas de la profecía me son completamente desconocidas, o las conocía vagamente hace dos décadas: solía ir a la pescadería del padre de Giorgio; Kieran era gerente de una hamburguesería en la que trabajaba; la Dra. Ruth Matthys trabajaba en la Universidad de Escocia Central cuando yo era estudiante, pero nunca me dio clases, y no recuerdo nada de ella. No hay ninguna explicación racional de por qué empecé a pensar en cualquiera de estas personas, ni forma posible de conocer detalles íntimos de sus vidas.

De la misma manera, no puedo imaginar conversaciones en filipino, portugués o panyabí. Tampoco se me ocurre información esotérica sobre ecuaciones para calcular la velocidad de reentrada ni sobre el receptor GABAA alfa6 en el cromosoma 5q33; *todavía* no sé qué significa. No, lo que sigue supera cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Y lo que sigue trata sobre el fin de un mundo. Creo que ese mundo es, o fue, tan real como el nuestro. Lo digo literalmente: digo que hay múltiples realidades, y el mundo

que están a punto de descubrir realmente existe, o al menos realmente existió, y los eventos relatados en estas páginas me fueron revelados desde más allá de nuestra realidad.

Sé que esto suena descabellado. A mí, precisamente, me suena descabellado. En cuanto a lo paranormal y lo espiritual, mi mente ha estado cerrada tanto tiempo que el candado se ha oxidado y las zarzas se han enredado en la puerta semienterrada. Fantasmas, médiums, astrología, telepatía, percepción extrasensorial, el monstruo del Lago Ness, ángeles, demonios, Dios y el monstruo de espagueti: he vivido mi vida con la cómoda certeza de que nada de esto existe.

Pero siempre he sabido que mucha gente relata sus experiencias paranormales con sinceridad y convicción, que *su creencia* es real. Por ejemplo, mi prima. Ella insiste en que fue abducida por extraterrestres en las afueras de West Calder, Escocia. Insiste en que los extraterrestres le robaron un litro de leche, una botella de vino y un tarro de salsa de menta Colman's. Una locura, ¿verdad? Nada que pudiera decir me haría pensar que esta abducción realmente ocurrió, pero reconozco que *para ella* es terriblemente real.

¿Podemos empezar desde un punto similar? No te pediré que creas que realmente existen otros mundos, ni que realmente he recibido una advertencia urgente de más allá de nuestra realidad, pero ¿aceptarás que mis creencias, locas o no, son sinceras?

Por favor, amigo, da este pequeño salto de fe al pasar la página.

DD Johnston, julio de 2021

Capítulo I

EL LIBRO DE LA LECHE Y EL VINO

I

No te preocupes. Solo necesitamos un poquito de tu tiempo. Es mucho pedir, no tienes mucho tiempo, pero es una gran historia y ay. Imagina otro mundo, ¿verdad? Un mundo que está a punto de acabarse. Y en este mundo hay una mujer llamada Donna McAdam, ¿verdad?, y como todos los demás, no tiene ni idea de lo que va a pasar. Así que, una hora antes de que se vaya la luz para siempre, está más preocupada porque se han quedado sin leche: la lamparita de su nevera no funciona y se esfuerza por ver qué hay ahí dentro: una lechuga oxidada, un kétchup costroso, tiras de queso medio desmenuzadas y secas como encajes viejos, y esto.

Cierra la nevera, apoya la cabeza en las manos, intenta concentrarse en su respiración. Dice: "Adentro y afuera. Adentro y afuera. Cuenta hasta diez". Tiene uno de esos calendarios con frases motivadoras, y el lema de febrero dice: "La vida es una historia y tú decides *qué* pasa después". "Depende de mí", se dice a sí misma. "Lo tengo todo bajo control", se dice a sí misma. "Ava", le dice a su hija, "Voy a por leche".

"¿Qué?"

"Digo que voy a comprar leche".

Pero no puede oír la respuesta de Ava por encima del bajo de la música shan de sus vecinos. Los estudiantes del piso de arriba tocan grime escocés por la noche y casi por la mañana. Su música hace vibrar las bombillas, hace temblar las tazas de té, hace bailar en enjambre a las mariposas de plástico que cuelgan del techo del dormitorio de Ava. *BOOM– tish–BOOM–tish–BOOM–tish.*

En la escalera, Donna oye la letra y ay (ya sabes de qué va: "Yo y mis zorras, yo y mi equipo, fumando verde en un complejo de viviendas"). Está a punto de bajar corriendo cuando el viejo que está al otro lado de la escalera —el Black Douglas, como lo llaman por su personalidad— abre la puerta. Mira, Donna le debe dinero.

Y el Black Douglas, a la derecha, es el hombre más severo de Escocia. La rinofima le ha hinchado la nariz, cubriéndola de protuberancias y cráteres como un planeta quemado. Un bigote de Dallas le da una mirada ceñuda constante. Y aunque tiene la frente calva, mechones de pelo gris se extienden por la espalda y los costados. Parece un payaso de pesadilla. "¿Saliendo?", pregunta.

—Solo para Ashrafs —dice Donna—. No tengo leche para el desayuno de mi hija.

El Black Douglas murmura que no tiene ninguna posibilidad de comprar leche a casi las seis de la tarde y se ríe a carcajadas mientras retrocede hacia su piso. Ella dice: Que le jodan. Que le jodan a... Pero se lo guarda todo. Respira, piensa. Cuenta hasta diez. Visualiza un lugar tranquilo. Le gusta imaginar que está sentada bajo este viejo manzano silvestre, mirando el lago Rannoch hacia el cono de Schiehallion. Fue al lago Rannoch de pequeña (hay una foto de ella allí), pero no le importa y solo ve la vista desde la foto. En la foto, lleva un top rosa de traje y pantalones cortos de felpa. Está devorando una torta de avena, riendo, entrecerrando los ojos por el sol. A veces Donna mira a esa muchachita y no puede creer que fuera ella.

II

Su dolor por el Black Douglas se remonta al coronavirus. Hace cuatro años, tuvieron la misma pandemia que ustedes, y más o menos al mismo tiempo, también llamaron al virus "Covid–19". Después de *la* pandemia, los líderes construyeron barreras fronterizas, aumentaron los aranceles comerciales, expulsaron a diplomáticos extranjeros y se criticaron mutuamente en Chatter. Para finales de febrero de 2024, sus guerras comerciales amenazan con convertirse en guerras reales. Hay un enfrentamiento naval entre Estados Unidos y China en el Mar de China Meridional. Hay cortes de electricidad en Europa. Gran Bretaña acusa a Rusia de sabotear el oleoducto Forties. Es una locura.

Durante los primeros cinco años que Donna y Douglas vivieron uno frente al otro, no tuvieron más contacto que gestos en la escalera (y dos quejas por ruido cuando Ava contrajo varicela). Pero durante la pandemia de COVID–19, contagiada por un brote de espíritu comunitario, ella lo visitó y le preguntó si necesitaba ayuda con las compras. Después de eso, él comenzó a acosarla contándole sobre el sufrimiento y las muertes de sus compinches.

Entonces, a finales del año pasado, Donna descubrió podredumbre húmeda detrás de su cama. Douglas trabaja como manitas, Ken, y Donna esperaba que la ayudara a bajo precio. Así que, el día de Nochevieja, lo llevó a un bollito

negro. Para su sorpresa, él la invitó a entrar para brindar por las campanadas.

Bueno, Douglas tenía una pequeña colección de whiskies, ¿verdad?, y le enseñó todas las botellas, parloteando sobre el olor de este y el sabor de aquel. Pero nunca le ofreció un trago, así que se quedaron sentados en silencio, secos como pan tostado, viendo *Hogmanay Live* en la BBC. Luego, cerca de la medianoche, le contó una historia de su época en la mina de carbón: la historia de un tipo que perdió una pierna en el derrumbe de un túnel, desarrolló gangrena y finalmente se suicidó con una pistola de clavos. El cadaver del tipo fue descubierto solo después de causar una plaga de ratas.

Por fin llegó la medianoche. Donna dijo: "¡Feliz Año Nuevo!".

—Lo dudo —dijo Black Douglas—. Pero no importa; no viviré para ver el final.

Entonces Donna le contó lo de la podredumbre. Dijo: «Llevaba mucho tiempo oliendo a pescado en mi habitación, pero pensé que era algo del desportillado. Ya sabes lo húmedos que son estos pisos. Y bueno, la semana pasada intenté mover la cama, ¿sabes?, y vi que en la pared había moho negro, ¿sabes? Luego, mientras intentaba limpiarlo, fui a fregar los rodapiés y la madera se desmoronó como si no supiera qué. Así que...»

“Llama a tu casero”, dijo Black Douglas.

—Es mi piso —dijo Donna—. Compré esa tontería.

"Vete a la mierda. No lo hiciste."

“Después de que mis padres murieron, me dejaron un poquito de dinero…”

"¿Compraste *uno* de los Busy Bee Flats?" Tu pequeño bloque se conoce como Busy Bee Flats por su revestimiento exterior negro y amarillo. Parece una gigantesca advertencia de riesgo biológico. No es un edificio alto, solo la casa de madera y los cuatro pisos, y el cuarto piso suele estar vacío porque nadie quiere vivir encima del Black Douglas. Pero es un pequeño punto de referencia porque está muy fuera de lugar junto a todos los viejos edificios de apartamentos de arenisca. Está en un lugar donde antes había una pequeña cervecería, pero la cerraron en los años treinta, demolieron el edificio abandonado en los cincuenta y construyeron los Busy Bee Flats en los setenta.

Pero todo el mundo sabe que los pisos están un poco descuidados, así que Donna siente que tiene que justificarse incluso ante sus vecinos. "Lo usé para la fianza. Quería que Ava tuviera un lugar fijo".

“¿Y elegiste los Busy Bee Flats?”

No fue mucho dinero lo que me dejaron. Mi padre era vendedor de armarios empotrados, no el duque de Embra.

Sí, pero Douglas aceptó echar un vistazo a estos rodapiés, y después de mucho refunfuñar y desvariar sobre la condensación y la humedad, dijo que ayudaría. Pero, verá, hubo un malentendido: Donna pensó que él correspondía al espíritu comunitario con el que ella se había ofrecido a recibir sus mensajes; pensó que le debería el coste de los materiales y quizás una botella de whisky, ¿sabe? En cambio, le facturó a tarifa profesional. No, Donna es madre soltera y trabaja en recepción para una empresa que revisa cómo otras empresas analizan la opinión de sus accionistas. Donna no puede permitirse tarifas profesionales. Así que el 27 de febrero de 2024, Donna tiene una deuda con Black Douglas, y lo que empeora las cosas es la inflación, ¿verdad? Cada día que Donna no paga, el precio acordado vale menos. Está volviendo loco a Douglas, sin dormir.

Pero Donna no va a dejar que Black Douglas controle su historia. La vida de Donna es una historia, y de ella depende lo que suceda después. Y Donna necesita leche.

III

Allá en Elmore Road, el aguanieve azota las farolas. Es de esas que te queman las mejillas y te cortan la respiración. En

tiempos más normales, por cierto, habría coches y autobuses extendiéndose por toda la calle, pero ahora solo está la furgoneta del Black Douglas, atascada en la acera donde lleva semanas. Tiene el parabrisas lleno de multas de aparcamiento y bolsas de basura desplomadas contra el maletero; los basureros no han venido desde hace siglos, así que el contenedor del Busy Bee está rebosante y reluciente.

En fin, hay siete tipos merodeando afuera de Ashrafs. Dos de ellos están en bici; tres están apiñados alrededor de un cigarrillo compartido; dos están en fila, frotándose la cabeza. Llevan las capuchas puestas, pero Donna sabe que son de los Jóvenes Mentales de Westbridge; se nota. El mes pasado, cuando Donna iba en autobús a recoger a Ava de su clase de equitación, uno de esos capullos que se sube con la Mujer Joven se le subió al respaldo del asiento, y un chavalcito — un chaval apenas mayor que Ava— la llamó gorda.

Así que cuando ve que están afuera de Ashraf, su primer pensamiento es subir directamente las escaleras. Pero es su historia y todo eso, así que sigue adelante, y cuando llega a la tienda, las chicas de la YMW se acercan a ella muy amables, como si fuera su amiga o algo así: "¿Bien, señora? ¿Cómo está? ¡Joder, noche báltica, eh! "

Están haciendo todo esto, y luego este muchacho, este pequeño que está *herido* con acné, dice: "Oye, ¿podrías traernos algo de bebida, eh?"

—Ese cabrón no nos sirve ¿sabes? —dice su amigo. Tras ellos, las ventanas están cubiertas de rejas oxidadas.

Como Donna duda, el chico con acné dice: "¡Salud! ¡Bien hecho! Solo consíguenos cuatro botellas de Buckie, ¿vale?"

Entonces Donna dice: "Dame el dinero entonces".

“Dale tu PayApp.”

"No te voy a dar mi teléfono", dice Donna.

¿Cómo que no? ¿Dices que no confías en nosotros? ¿Dices que no voy a hacer las cosas bien? ¿Dices que soy un maldito ladrón? El chico con acné da un paso al frente, metiendo su cara en la de ella. ¿Sabes ese olor que tienen los adolescentes? Lince y tabaco, oxters como fruta en el giro, el olor a leche agria del pelo sin lavar.

Pero su amigo lo agarra del hombro y le dice: «Eres *un* maldito ladrón».

Entonces el chico del acné se ríe. "Solo quiero joder contigo, ¿eh? ", dice. "Solo levanta el teléfono y te lo hago sin contacto".

Así que Donna sostiene su móvil en alto como si fuera un pequeño evangelio. Se ríen de ella porque el teléfono tiembla en su mano. Pero el chico con acné lo golpea con su AppleBerry14: *Ping.*

En fin, dentro de la tienda, se percibe un olor a humedad proveniente de las cajas de plátanos asados, ¿verdad? Verás, los cortes de luz no han provocado compras compulsivas (nadie puede permitirse otro derroche en papel higiénico), así que solo son productos frescos, difíciles de conseguir. Y "fresco" no es una palabra que asocies con los Ashrafs, ¿sabes? Las vitrinas de las luces empotradas son mausoleos llenos de polillas y arañas. Los pasillos del suelo rezuman agua del congelador. Los estantes son de tablones de madera manchados, y cuando coges tus cereales, galletas o lo que sea, a menudo ves granos de arroz antiguos, o un poco de avena, o los restos cristalizados de una bolsa de azúcar abierta.

Así que cuando Donna llega al final del pasillo de dulces, el refrigerador está vacío. Se queda allí parada, boquiabierta, mirando el mapa que dejó un derrame de leche seca.

"¿Qué buscas?" llama el señor Ashraf Jr. detrás de la caja.

"¿Leche?"

Estamos agotados. No recibimos ninguna entrega últimamente. Queda algo de UHT en el pasillo central.

No, a Donna le importa que Ava sea quisquillosa con la leche. Y aquí está la cuestión: hay *otra* realidad, todo un mundo posible, en el que otra Donna *compra* leche UHT. Pero en *este* mundo Donna cree que tendrán leche de

verdad en el supermercado Asda. No tiene tiempo de subir allí esta noche, pero cree que volverá a salir después de su curso de terapia. Pero Donna no quiere admitir que este es su plan para el Sr. Ashraf Jr. Ken, el Sr. Ashraf Jr. es un viejo cabrón tacaño, pero está bien: los Ashraf entregaron paquetes a todos los ancianos durante el COVID–19, ¿verdad?, así que cuando compra en el supermercado, donde está más limpio, más fresco y más barato, toma el camino largo de vuelta para no tener que llevar bolsas de Asda más allá de Ashraf's. Claro, nada de esto importa porque, como si el mundo estuviera a punto de acabarse, pero Donna no lo sabía, así que se dio la vuelta y le dijo: «No, vuelvo mañana». Luego se fijó en la pandilla. «Te diré una cosa», dijo, acercándose a la caja, «Me llevaré cuatro botellas de Buckfast».

Ashraf se gira hacia los estantes que tiene detrás. "¿Es para esos cabrones de afuera?"

"Sí", dice Donna. Los Ashraf nunca se han preocupado por las leyes de licencias. Por ejemplo, aunque el Sr. Ashraf Jr. es hijo del dueño original, es lo suficientemente mayor como para que a Donna le importe comprarle Merrydoon cuando *quiera.* Menor de edad. La diferencia ahora es que nadie usa efectivo y no se puede aceptar pago de alcohol con una aplicación de PayApp registrada para menores de dieciocho años.

"Quizás se largarán", dice Ashraf. Hace sonar las botellas en el mostrador y marca el precio en la caja. "¿Quieres una bolsa para ellas?"

—Adelante, entonces, sí. —Está contemplando con desdén su estante de vinos, esforzándose por leer los precios que Ashraf ha garabateado en insignias fluorescentes con forma de estrella. Ya sabes cómo es: cree que querrá tomar algo después de su curso de terapia cognitivo conductual en línea; una o dos copitas después de que Ava se haya acostado. Revisa su PayApp y empieza a hacer una racionalización sesgada sobre su presupuesto diario, el tiempo que falta para el día de pago y todo eso. —Tomaré tres botellas de vino y nada más —dice—. Dos tintos, uno blanco.

¿Quieres plátanos para acompañarlas? ¿Están de oferta?

¿Tiene sexo? Escanea su PayApp y está a punto de irse cuando teme que la YMW le robe el vino. Así que se mete las botellas en el abrigo, ajustándose la cintura para que no se salgan.

Afuera, el chico con acné agarra la bolsa de Buckie. Dice: "Gracias, estás bien, ¿eh?". Luego señala con el pulgar a este chaval que está haciendo un caballito en su bici. "Mira, ¿ves a Titch, el capullo de la bici? Es virgen, ¿eh? ¿Le haces una mamada para que se acostumbre?"

Donna dice: "Sólo di gracias, ¿eh?"

Ya lo hice, maricona. ¡Joder! No aguantas una broma, ¿eh?

Respira hondo. Dentro y fuera. Tienes el control, se dice a sí misma. Es tu historia, se dice a sí misma. Caminando hacia casa, deja huellas oscuras en la fina aguanieve. Al llegar a Busy Bee Flats, mira hacia atrás y ve que sus huellas ya se están borrando, como si nunca hubiera pisado la Tierra.

IV

Y mira esto: Black Douglas la espera en la escalera. Le pregunta: "¿Tuviste suerte con la leche?".

“No, se vendieron.”

—Dímelo —dice, riéndose—. ¿Compraste algo más? —Luego le dice—: ¿Te importa si echo un vistazo a tu PayApp?

Y ella dice: «Sí, claro que sí. No tengo tiempo para esto, Douglas. Y, en cualquier caso, no es asunto tuyo». Le da la espalda, mete la llave en la cerradura y se lleva la mano de repuesto al pecho para evitar que las botellas tintineen.

A estas alturas, está furioso. "¡Hay consecuencias para quienes no pagan sus deudas!"

Cierra la puerta tras ella, se apoya en ella, respira. Luego corre a la cocina, saca el vino del abrigo, tira las botellas al búnker junto a los tazones de cereales sin lavar. Guarda el blanco en la nevera y patea el tazón de plástico del gato, que se resbala por las baldosas.

Esto es otra cosa: su gato, Ashes, por cierto, desapareció hace un mes, y Ava no ha llegado a un acuerdo con la pérdida. Por ejemplo, cuando murió el conejillo de indias, Ava finalmente aceptó que él "se había ido al Felices para siempre", pero la desaparición del gato no le está permitiendo ese tipo de cierre. Ava dibuja imagen tras imagen de las aventuras que imagina que Ashes está teniendo. En cierto sentido, tiene razón: en otros mundos, las contrapartes de Ashes están haciendo exactamente las cosas que Ava imagina. ¿Pero en *su* mundo? Ashes está muerto; estaba explorando una caja de basura cuando un basurero polaco bien intencionado metió la caja y al gato en el compactador de su camión. Sin embargo, Ashes sigue vivo en los dibujos de crayón de Ava, varios de los cuales están pegados al refrigerador, superponiendo sus pinturas de ponis.

De todos modos, Ava se coló en la pequeña cocina y dijo: "¿Conseguiste leche entonces?"

“No, se vendieron.”

“¿Pero tienes vino?”

Respira, piensa Donna.

Ava dice: "¿Por qué compraste vino si no podemos permitirnos comer?"

“Podemos *permitírnoslo.* El señor Ashraf me dio el vino como compensación porque no había leche”.

—Es mentira, Donna. Ni siquiera es una buena mentira. Ni siquiera es creíble. Hace un año, sin explicación, Ava empezó a usar el nombre de pila de Donna. Le recuerda a Donna una ruptura: cuando un exnovio viene a recoger sus cosas, y para no darle falsas esperanzas, la llama Donna con insistencia en lugar de usar el apodo que alguna vez creó la ilusión de intimidad.

Donna cuenta tres respiraciones profundas. Lee el lema de febrero en su calendario motivacional y luego levanta la página, curiosa por saber qué traerá marzo: «La diferencia entre el pensamiento y la realidad es la acción». Respira profundamente. Es la autora de su propia historia.

"No eres buena planificando", dice Ava. "*Dios,* piensa en todas las cosas que podrían ser útiles para el próximo apagón".

"Voy a comprar leche en Asda después..."

“Como una antorcha, ¿tenemos una antorcha?”

"¿Te importa que tenga mi reunión?" dice Donna.

"Por eso no tenemos coche", dice Ava. "Es una tontería".

"¿Quieres que te ponga la pizza en la boca?"

"Ay, no", dice Ava, con una voz demasiado vieja para ella. Niega con la cabeza y mira a un adulto imaginario en la sala, todos ellos —Ava y el adulto imaginario— compartiendo con ironía su desesperación ante las deficiencias de Donna.

"Como quieras", dice Donna. "Bien. Estaré en mi habitación. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?" Y entonces cruza el pasillo, empuja la puerta de su habitación y, sin siquiera pensarlo, como si fuera lo más sencillo del mundo, enciende la luz. Imagina que sabe que es la última vez que enciende una luz en su casa; se detiene para recordar el momento; susurra una pequeña conmemoración.

¿Pero no es así? Las últimas veces pasan desapercibidas; recuerdas tu primer beso, pero ¿cómo sabrás honrar el último?

V

A Donna le diagnosticaron depresión hace cuatro años y en enero, después de una cita por video, le pidió a un médico de cabecera que aumentara su receta de Citalopram.

Ya sabes cómo es: había sufrido la típica soledad y las preocupaciones económicas de las fiestas, y el día de Navidad la agobiaba la decepción de Ava: aunque Ava intentara disimularlo, su botín de regalos (guantes de montar, pantalones de montar, artículos *de Pocahontas 5* y un set de manualidades para decorar tu propio caballo) no había cumplido con sus expectativas. En enero, Donna oyó a Ava inventar regalos adicionales y mejores al intercambiar historias de Navidad con los niños mimados de su club hípico. Y encima, en la fiesta navideña de la oficina, Donna se emborrachó y se enojó con su gerente. Así que el médico le dijo que le mejoraría la receta, la inscribió en este curso y, bueno: "Mañanas más brillantes": seis semanas de terapia cognitivo–conductual en línea.

En fin, iniciar sesión es un rollo, un estrés total. No recuerda la contraseña de su aplicación del NHS y el enlace del VLE no funciona, y tiene que lidiar con hacer espacio en su teléfono, algo que no quiere hacer porque significa borrar viejos videos de Ava; luego no encuentra el cargador y se le está acabando la batería, y... y es el típico rollo de siempre. Cuando por fin entra, todos tienen las cámaras apagadas,

excepto la líder de la sesión, que ha puesto un fondo como si estuviera en una playa de arena blanca con palmeras y todo eso. En la otra mitad de la pantalla, comparte una pizarra virtual con "Cosas que nos pueden deprimir" escrito con bolígrafo azul.

“Duelo”, dice una voz masculina con las iniciales RS.

—Sí —dice el líder de la sesión—. Gracias.

“¿Alcohol?” dice WF.

«Muy bien», dice el líder de la sesión. «El alcohol es un depresor importante».

“Divorcio”, dice RS.

“Matrimonio”, dice WF.

Entonces dos, quizás más, dos personas hablan a la vez y no puedes escuchar lo que están diciendo.

"¿Perdón?", pregunta la líder de la sesión. "¿Alguien quería decir algo?"

Las voces se han ido, pero alguien ha dejado el micrófono encendido y se oye un grito apagado de retroalimentación. Donna sigue sin encontrar su cargador, pero nadie habla. Se sienta en la cama y observa a la líder de la sesión con la mirada perdida. Tiene más o menos la misma edad que

Donna, con el pelo rizado y acento —griego, italiano o algo así— y hay un puntito donde quizás a veces lleva un piercing en la nariz. Dice: "¿Alguien?" e intenta sonreír, y Donna mira a esta mujer, pegada a su falso fondo de playa, y no sabe si ella y la líder de la sesión están en el mismo país, pero siente la tristeza de esta otra mujer como un viento cálido. "Vamos", dice la líder de la sesión, suplicando que no. "¿Qué más?"

Donna quiere ayudarla a salir, pero ¿qué la deprime? Piensa en el desayuno de Ava y si tendrán leche en Asda. Piensa en cómo Ava se despierta gritando por pesadillas sobre destrucción nuclear; pesadillas tan vívidas que cuando las vuelve a contar tienen el aura de profecías. Piensa en todas las cosas que salen en las noticias: como cómo Rusia ocupó las aguas noruegas en el mar de Barents, cómo Estados Unidos ha estacionado portaaviones cerca de las islas Paracel. Es curioso, piensa, cómo la gente ya no habla del mar de Barents ni de las islas Paracel como si estos lugares significaran algo para ellos; hace un mes nadie tenía ni idea de que siquiera existían. Cuando piensa en su manager y la fiesta de Navidad, se estremece de vergüenza. Gotas de aguanieve caen sobre sus ventanas y, al cabo de un segundo, desaparecen. Activa el micrófono y oye ese extraño viento cibernético. Piensa en la soledad, la inflación, la leche. Piensa en la decepción de su hijita y la guerra nuclear. Dice: "¿Ser soltera?".

“¿Perdón?” dice la líder de la sesión.

“Estar soltero.”

Pausa. "¿Dijiste 'estar soltera'?"

"Sí."

“Vale, sí”, dice la líder de la sesión. “Bueno, el estado civil, sí, pero pasemos a otro tema: ¿qué más?”

Donna se equivocó. Enmudecida de nuevo, mira fijamente su ventana, observa cómo cae el aguanieve y desaparece. En la escuela, ella y sus amigos se escapaban de clase y hacían plegados de adivinanzas de origami. Tenías que tener cuidado: tenías que elegir un color o un número y el aparato se abría y cerraba hasta que aparecían nuevas opciones. Con el tiempo, descubrirías tu fortuna: te casarías con Malkie Middleton o tendrías hijos con Dale McKinley. Era mágico.

“Jubilación”, dice RS.

“¿Quizás desempleo?”, dice WF.

“Trabajo”, dice JK.

"Vida", dice un hombre con voz grave y ceceante. Es el único que se ha molestado en crear una imagen de avatar, y su avatar es una chica de anime adolescente.

Donna se pregunta qué habría pensado su yo infantil si hubiera podido ver su futuro de verdad. En la escuela,

tuvieron que estudiar ese libro, *1984* para inglés, y le importa cómo... En la historia, el héroe y su novia son los únicos que saben que viven en el infierno. Pero la cuestión es: ¿cómo lo sabrías si vivieras en una distopía? Te parecería normal, ¿verdad?

Ella sabe que estos pensamientos son erróneos, que el objetivo de Brighter Tomorrows es mejorar su forma de pensar. Ya ha probado aplicaciones de terapia cognitivo conductual y cosas así. Sabe de patrones de pensamiento negativos y pensamiento polarizado. Sabe que necesita practicar un diálogo interno positivo. Sabe que es la autora de su propia historia y que en cualquier momento puede decidir qué sucederá...

Y entonces las luces se apagan.

Para siempre.

Hay un coro irónico entre los estudiantes del piso de arriba: un gemido y una ovación, como el ruido que solía hacer un bar lleno de gente cuando alguien rompía un vaso.

—¿Donna? —grita Ava por la voz—. Donna, se han apagado las luces otra vez.

Pero luego se hace el silencio y se oye desvanecerse un ruido de fondo que normalmente no se percibe. La calefacción, el refrigerador, el tendido eléctrico... todo se

detiene, y pronto el único ruido es el de la gente del teléfono de Donna, que sigue hablando de depresión.

"Está al otro lado de la calle y ah", llama Ava.

"Espera, Ava", grita Donna. "Un segundo". Busca el chat en el VLE y escribe: "Se me apagó la luz". Nadie responde; podrían estar a medio mundo de distancia. Escribe: "Lo siento". Pero unos segundos después, BS y el avatar de anime desaparecen. Y entonces, mientras Donna usa la luz de su pantalla para llegar a la sala y a Ava, la líder de la sesión hace un ruido como si la hubieran golpeado. "Uf...", dice la líder de la sesión, "Acabamos de tener un corte de luz y, eh, estoy con batería y..."

Donna cierra la aplicación.

VI

A veces la luz vuelve después de unos minutos, a veces tarda horas, pero en cualquier caso, solo hay que esperar, ¿entiendes? Donna no tiene ni idea de que este apagón es diferente, de que este durará para siempre, así que, como harías tú, se sienta con su hija y espera en la oscuridad.

Juegan a un jueguito, turnándose para inventar la siguiente línea de una historia, hasta que Ava se aburre y mata a todos, incluso al poni mágico, con una explosión enorme.

Pero con la calefacción apagada, baja la temperatura rápido. Donna le pide a Ava que se ponga el abrigo —el de los mitones con una cinta enhebrada en los brazos—, pero pronto le castañetean los dientes de nuevo, así que Donna coge el edredón de la cama y se sienta con Ava en el sofá.

Y, por supuesto, Donna quiere saber qué está pasando. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo van a estar sin calefacción ni luz? Así que, en su teléfono, revisa /Dundule/ en Chatter, pero no hay nada oficial. El chat principal es de un periodista local que acaba de compartir un meme basado en la vieja película *de Airplane:* una captura de pantalla de Stephen Stucker sonriendo mientras desconecta la electricidad del control de tráfico aéreo. Revisa la cuenta de Scottish and Northern Electricity, pero el chat más reciente es sobre el patrocinio de la corporación a la Copa Juvenil de la Asociación Escocesa de Fútbol. Esta vez, puede ver el aliento de Ava a la luz de su teléfono.

Y luego está el problema del té, ¿verdad? Había estado sacando esas pizzas del congelador, pero obviamente no podía enfriar nada. En Busy Bee Flats, el olor a aceite de cocina viejo subía constantemente de la freidora; se pegaba a sus platos y le daba a Donna el rollo, así que normalmente no comía allí. Pero ahora, ¿piensa que la freidora podría

estar abierta? O sea, que podría estar conectada a otra red eléctrica o algo así. E incluso si no, iría a Asda de todos modos. Así que le dijo a Ava: "Venga, bajemos a ver si la freidora está abierta".

“¿Vamos a comprar patatas fritas?”, dice Ava.

"Si está abierto", dice Donna.

—No será así —dice Ava. En la oscuridad, se *oye* cómo se desploman los hombros de la niña.

"Es bueno seguir adelante", dice Donna. "Así nos mantendremos calientes. Y si la tienda de pescado está cerrada, compraremos algo en Asda".

Así que, caminan un rato en la oscuridad, y cuando finalmente llegan a la escalera, la iluminación de emergencia está apagada, las baterías están agotadas por los repetidos cortes de energía, y Donna tiene que iluminar el camino con su móvil, y todo el tiempo Ava está hablando de cómo Donna debería estar mejor preparada para este tipo de cosas, y Donna está tratando de convencerla porque no quiere a otro encuentro con el Black Douglas, y de alguna manera los malditos estudiantes siguen tocando su música: *BOOM–tish–BOOM–tish–BOOM–tish.*

En fin, la tienda de pescado está cerrada. Un taxi acaba de dejar su pasajero —es eléctrico: nadie ha podido conseguir gasolina en días— y mientras se esfuerza por tomar una

curva sus faros delanteros se abren paso a través de la nieve que se derrite rápidamente. Iluminan las persianas de la tienda: cosas viejas y claras garabateadas con etiquetas antiguas: YMW, McCABE GRASS, TRACEY HENDERSON ES UNA ESCORIA, y ese tipo de cosas. Pero justo entonces, el dueño de la tienda —Donna no sabe su nombre— asoma su cabeza calva por la puerta, y allí está, iluminado como un ángel gordo. Mira a la izquierda, luego a la derecha. "Solo para ver qué tan lejos está la tienda", dice.

—Sí —dice Donna, apretando más fuerte a Ava. Mira a ambos lados de Elmore Road: hasta donde alcanza la vista, no hay luz.

El vendedor de patatas fritas asiente y su cabeza se esconde en la puerta, de una forma que a Donna le recuerda a un caracol. Dondequiera que esté, una vieja fantasmal se tambalea en la nieve. Está encorvada sobre un andador, con un gorro de Papá Noel y un abrigo largo. Entonces el vendedor regresa, agarra el andador y guía a la vieja hacia el interior. "Es peligroso ahí fuera", dice. La persiana se cierra con un traqueteo. La cerradura se cierra de golpe. El taxista regresa a toda velocidad al coche, con las luces traseras como un par de ojos rojos.

Después de eso, Donna insiste en que caminen hasta casa de Ashraf, desde donde normalmente podrían ver las luces del aparcamiento de Asda, pero la noche que ven es más oscura. La nieve se asienta sobre sus zapatos, los calcetines

de Donna están mojados, y el grupo medio muerto grita y chilla, sirenas lejanas, cristales rotos. Regresan a casa sin nada.

Al entrar, como siempre, Ava llama a su gato desaparecido. Tantea el piso oscuro, arrastrándose a gatas. «Consulta la página de Friendster», dice.

"No hay nada nuevo", dice Donna. La página de Friendster de Find Ashes fue idea de Ava, y está convencida de que si Donna fuera más proactiva en las redes sociales, o si a ella, Ava, le hubieran permitido usar su propio teléfono, para entonces ya habrían recuperado a su gato. "¿Ava?", llama Donna. "¿Estás bien?" Cuando Ava no responde, Donna activa su teléfono y la guía hasta su habitación. Solo le queda un 7% de batería. Ava está en el suelo, todavía con su gorro y el abrigo con sus mitones atados con una cinta. "Vamos a calentarte", dice Donna. Abraza a su hija, frotándole los hombros como si pidiera un deseo a una lámpara.

"Relájate", dice Ava. "Estás caliente".

Entonces, Donna prueba el juego de cosquillas de la Araña Incy Wincy. Recorre el cuerpo de Ava con sus dedos, como bichos raros. Luego le hace cosquillas en los omóplatos, le toca los costados y le aprieta la zona sensible sobre las rodillas. Pero Ava grita más que ríe.

Donna se detiene. Que te jodan entonces, piensa. "Solías amar eso". Yacen sin aliento en la alfombra. Una sirena suena en Elmore Road, su luz azul ilumina el móvil de mariposas que cuelga del techo de Ava. "Moscas revoloteando", solía llamarlas Ava. Donna las pegó cuando Ava era un bebé, y en ese momento parecía una prueba para ver si podía arreglárselas sola. Tenía miedo de que el plástico adhesivo se desprendiera, que las mariposas cayeran como hojas muertas. Pero aunque han acumulado polvo, hasta el punto de que ya no parecen polillas, esta vez se han quedado en su lugar, suspendidas en un vuelo inmóvil.

"¿Qué te vamos a dar de comer?", pregunta Donna.

Ava dice: "No hay nada".

“¿Un trozo de pan?” dice Donna.

“El pan está mohoso.”

"No, no lo está."

"No lo sabes."

Es cierto. A Donna no le importa cuándo compró el pan, ni la fecha de caducidad, si es que queda algo. "¿Entonces qué quieres?"

“Leche”, dice Ava.

“¿Sabes que no tenemos leche?”

Entonces Ava dice: "Me preguntaste qué quería, ahora lo que quería no me lo puedes dar".

—Está bien. ¿Qué quieres que te dé?

"Nada."

Así que Donna se levanta, sigue la viga hasta la sala. Se deja caer en el sofá y se quita las botas. Tiene los calcetines mojados y los dedos de los pies entumecidos. Se lo dice a sí misma, respirando hondo. Un diálogo interno positivo. Esta es su historia y... ¿Y si, quizás, no *es* su historia? O sea, ¿y si, quizás, *no* tiene ningún poder?

6% de batería.

BOOM–tish–BOOM–tish–BOOM–tish.

Vuelve a encender su teléfono, sigue la luz hasta la cocina e ilumina su calendario motivacional. «La vida es una historia y tú decides *qué* sucede después». Intenta visitar su lugar tranquilo, pero cada latido es una explosión. Su rabia estalla como llamas.

Arranca el calendario. El clavo se dispara desde el waw; mañana lo encontrará en el fregadero. El calendario cae en el cuenco de su gato muerto.

"¿Qué era ese ruido?" llama Ava.

Donna tira de su propio cabello para no gritar, arrancando una cuerda de su cuero cabelludo.

“¿Donna?” llama Ava.

"Está bien. Todo está bien". 5% de batería. Mientras su teléfono aún brilla, gracias a su luz, destapa una botella de vino tinto. Le tiembla la mano mientras se sirve.

Capítulo II

ESPÍRITU Y SALVACIÓN

I

El piso de arriba está cubierto de capas de suciedad: moho de alfombra y manchas de cerveza, migas, polvo y Rizla, latas, envoltorios y cajas de pizza, sábanas sucias y ropa sucia. Dibujos de caricaturas están pegados torcidos en las paredes: una calavera con una aguja, el Pato Donald esnifando una raya, una furgoneta Volkswagen retro derritiéndose en un arcoíris mientras vuela sobre un campo de setas. La música —¡BOOM –*tish!*— la pone Tam, que ha

conectado su teléfono a un boombar[1] completamente cargado.

No, escucha esto: esa noche, Tam y su compañero de piso, Mac, están tomando opiáceos en una casa de ancianos. No planean tomar opiáceos ni acercarse a una casa de ancianos; ni siquiera piensan salir de casa. Pero, como siempre dice Tam, la vida es como una bolsa de pastillas que encuentras en la pista de baile en Fever: nunca sabes lo que te espera.

Todo empieza con aburrimiento, ¿verdad? Desde que se fue la luz, Tam ha estado trasteando con el móvil: compartiendo su dibujo de Jesús con un porro, quejándose de la gente en Jabber, mirando selfis pulcros en Zoop. Y está aburrido. También se está poniendo nervioso, como si estuviera nervioso de verdad. Y como siempre, hay una solución a sus problemas. Quiere drogarse. Está *desesperado* por drogarse. Así que entra a la habitación de Mac dando tumbos, diciendo: "¿Mac? ¿Mac? ¡Vamos a empezar la sesión!".

No, créelo o no, Mac fue un prodigio de la ciencia, pero debido a un trauma infantil del que no habla —lo que pasó, ya no hace ciencia. No, Mac estudia inglés. O, mejor dicho, no, Mac consume drogas.

---

1 BoomBar es una barra de sonido 2.1 de 160 watts, posee tecnología inalámbrica Bluetooth, puertos HDMI ARC y óptico digital para conectar una amplia variedad de dispositivos.

Pero el año pasado (su 2023), la noche que probaron la mefedrona, arrastraron hasta allí una bicicleta estática destartalada. Y, solo por diversión, Mac la conectó a un motor mediante una correa de transmisión, y luego conectó el motor a una bombilla. Nunca imaginó que una lámpara a pedales sería útil, ¿sabes? Pero ahora la usa para leer sus *Obras Completas de Aldous Huxley.* En fin, con Tam irrumpiendo en la habitación, Mac deja de pedalear y la luz se apaga.

"Es hora de divertirse, ¿sabes?" dice Tam.

"¿P –pensabas?" Cuando Mac está sobrio, lo que no sucede a menudo, sufre de un tartamudeo debilitante.

—¡Claro que sí! Una auténtica mezcla.

"¿Qué co–co–comeremos?"

"Simplemente vamos a hacer un pico".

"¿Pico?"

“Ching.”

—Bien. ¿Vamos a salir o…?

—¡A la mierda, tío! Probablemente no haya ningún sitio abierto. Vamos a relajarnos aquí y a ponernos unos petardos, ¿eh?

"R–r–resuelto."

Entonces Tam dice: "¿Vas a pedirlo en tick?"

Y Mac dice: "¿Tengo teléfono?"

Y Tam dice: "Es tu turno". (Lo cual no es así).

Pero Mac dice: "No me apetece pedirle tictac a Psycho". Porque Psycho, claro, es el líder de la banda de Young Mental Westbridge. Solo tiene dieciocho años, mide 1,68 m y se levanta nueve pies después de comer, pero todos lo toman en serio porque su padre está en la cárcel por matar al subgerente de PamPurred Pets con un machete. "¿Con qué pagamos?", pregunta Mac.

Y esta pregunta, cierto, es mucho más importante que su miseria. Han pasado exactamente mil años desde que la dinastía Song instituyó el primer papel moneda del mundo, y tras el COVID–19, el gobierno de Londres detuvo la impresión de papel moneda. Ante una sociedad posmoneda, comerciantes serios han creado negocios falsos, pero comerciantes de base como Psycho aún no lo han entendido. Los nuevos, al igual que los super ricos, están respondiendo a la volatilidad monetaria acaparando oro, propiedades y combustibles fósiles.

El problema es que, obviamente, Tam y Mac no tienen oro ni combustibles fósiles, así que registran el piso en busca de bienes intercambiables. Se turnan para sostener la vela,

como monjes medievales buscando un códice antiguo. Encuentran la licuadora del casero y una vieja consola de videojuegos Rev, pero esas tonterías no satisfacen a Psycho. Así que al final Tam pregunta por el móvil de Mac.

—Oh —dice Mac, un poco deprimido.

Pero Tam simplemente dijo: "Salud, amigo. Lláma entonces".

“Está bien”, dice Mac. “S–s–supongo”. La sociedad en red está a punto de desaparecer como tantas telarañas, y Mac está a punto de hacer una de las últimas llamadas telefónicas de la historia.

II

Sí, pero cada vez que recoge a Psycho, Mac tiene que subirse a la parte trasera de su coche, ¿no? Psycho conduce unos metros, aparca y se pasa un par de minutos amenazando. Luego intercambian palabras y deja que Mac se vaya. Así que Mac se sorprende cuando Psycho aparece en bicicleta. Sale de la nieve y la oscuridad, derrapa en la cuneta y no dice nada.

“Em… lo siento, ¿debería… subirme a la parte trasera de tu bicicleta?”, pregunta Mac.

—No, imbécil. Corres a mi lado, ¿no?

Entonces Psycho pedalea por la calle y Mac intenta seguirle el ritmo, patinando sobre la nieve, corriendo tan rápido como puede mientras detiene al Reverendo. Unos metros más adelante, entre viviendas oscuras, Psycho se detiene y Mac lo alcanza, jadeando.

Psycho dice: "Una pequeña historia para ti, amigo. ¿Ken Malky Patterson?"

Mac no lo conoce.

¿Bebía en el aeropuerto? ¿Un tipo grande, con el pelo decolorado?

“Lo siento”, dice Mac.

—Ya sabes lo que es —dice Psico—. ¿Jugabas al fútbol en el Club de Chicos de Southfield? ¿Te gusta una chica llamada Stacey?

"Lo siento", dice Mac. "Realmente no lo conozco".

Y Psycho dice: "Bueno, bueno. Alégrate de no haberlo hecho. Mira, tengo un trato con unos brasileños en un barco, ¿eh? Estos cabrones de la samba están atrapados en el

puerto sin combustible ni más equipo del que te puedas imaginar. Y eso no es algo que puedas hacer con cualquier imbécil, ¿eh?" Así que cuando descubra que Malky Patterson se está yendo, le voy a dar una paliza, ¿sabes? Espera a ver a ese cabrón. Está en una maldita silla de ruedas.

“Bien”, dice Mac.

"Además, mi padre acaba de matar a una idiota en la cárcel".

“Está bien”, dice Mac. “Lo s–siento mucho oír eso”.

¿Quién te lo pidió? ¡Tonto tartamudo!

"Lo siento", dice Mac.

“De todos modos, ¿qué estás comerciando?”

Mac levanta la vieja consola Rev.

"¿Me parezco a Sue Ryder?"

—Esto también —dice Mac, pasándole el móvil.

"¿Un maldito Ilo 10? Eres patético", dice Psycho, ya guardando sus aparatos en la chaqueta. "Menos mal que me caes bien, amigo. Te doy dos bolsas, pero el teléfono y el Rev son solo para endulzar, ¿eh? Esto está en marcha, ¿sabes? Tú y tu amigo me deben una". Saca dos bolsitas ziplock del

bolsillo, las levanta, las agita, las sacude. Luego se las pasa a Mac en un apretón de manos, como hacen los camellos en la tele.

"M–muchas gracias", dice Mac.

—No me des las gracias, maldito maricón. —Psycho escupe flema a los pies de Mac. Luego, mientras se aleja en bicicleta, grita una serie de amenazas desconcertantes, hasta que la aguanieve lo silencia.

A Mac no le preocupa. Ha ganado, *han ganado.* Contra todo pronóstico, han conseguido dos bolsas de ching. Y tras sobrevivir a su encuentro con Psico, Mac ya está eufórico de alivio.

En la escalera oscura, se apoya en la barandilla de plástico como guía. Cada paso es un pequeño salto de fe, y se siente como el tipo de los *secuestrados,* Ken. ¿Cuándo tiene que subir la escalera en ruinas de la Casa de los Shaw? Pero nada puede detener a Mac ahora. Está loco de emoción por la noche que viene. Lo que le encanta de la cocaína, ¿verdad?, es que lo hace *más* fuerte. Algunas drogas le afectan la cabeza, pero la cocaína ofrece una liberación total del miedo, del cansancio, de la depresión, de la timidez, de la tartamudez. Estas sesiones solos él y Tam son las mejores. La sesión es un paréntesis. Y la cocaína, ¿verdad?, es como un guion que los une.

Pero cuando Mac regresa al piso, siente que algo anda mal.

“He perdido los datos móviles”, dice Tam.

Tiene sentido, ¿verdad? La infraestructura de telecomunicaciones está respaldada de muchas maneras, pero sin electricidad, las baterías de las antenas telefónicas se están quedando sin energía. Los servidores de internet pronto dejarán de funcionar. Los sistemas UPS se están agotando y, con el tiempo, la mayoría de los generadores se quedarán sin diésel. Poco a poco, el mundo se está apagando.

III

Pero qué demonios, ¿verdad? La sesión se trata de unidad. "Antes y después de la sesión, eres un individuo", dice Mac. Le está haciendo brillar el teléfono a Tam, y Tam está repasando la parte de atrás de la *Norton Anthology de Mac.* Han hecho espacio en la mesa de centro, barriendo latas, botellas y cajas de pizza sobre la alfombra.

"Exactamente", dice Tam. "Durante la sesión, es como si fueras algo compartido. Y es pura belleza, ¿sabes? Suena un

poco pretencioso decirlo, pero..." Hace una pausa para esnifar una línea a través de una tarjeta navideña vieja enrollada.

“Es como si trascendieras tus propias limitaciones y…”

"Exacto, amigo", dice Tam. "Te conviertes en parte de esto. Aquí tienes, hombre".

“Esta congregación.”

Eso es. Y no pretendo ser gracioso ni nada, pero es mágico, casi espiritual.

—Lo es, hombre —dice Mac.

Y Tam dice: "No, pero en serio, puedes sentirlo cuando una fiesta se mueve como un solo cuerpo".

“Sí, hombre, síntesis”.

“Y hasta una pequeña sesión…”

“Ésas son los mejores”, dice Mac.

"Simplemente relajándote."

“La forma en que compartes, abre tu corazón”.

“Y las putas risas, ¿eh?”

Hablan de cosas así: ya sabes cómo es. Hablan de cuando asaltaron el desayuno de Toby Carvery de camino a una fiesta en la cantera. Hablan del incidente del peyote, cuando Tam se meó en el sofá y luego pasó tres horas hablando de cómo se sentía ser una cebra. Beben vodka, esnifan líneas y hablan de cosas que les gustan de programas infantiles. La sesión es genial, siempre es buenísima.

Pero entonces algún rabioso golpea la puerta.

Y tú lo sabes, y ¡ay!, qué rápido puede aparecer la paranoia. Cortan la música, se quedan quietos, murmurando preguntas en silencio. *¿Quién demonios es?* Siguen en este grupo, y el miedo es tan contagioso como la alegría.

Bang. Bang. Bang. ¿La policía? ¿Psico?

Pero cuando Tam por fin abre la puerta, es Giorgio, el dueño de la freidora El Señor de las Papas Fritas. "Giorgio, tío", dice Tam, iluminando con la linterna de su teléfono la cara regordeta de Giorgio. "Nos diste el susto, ¿sabes?"

"¿Qué coño hacéis ahí dentro?", dice Giorgio, protegiéndose los ojos. "Llevo dando golpes en la puerta... Oye, necesito que me hagan un arreglo."

“¿Mañana?”

"Noo."

Esto no está en el guion. Tam trabaja en el Señor de las Papas Fritas y tiene lo que Giorgio llama un "contrato de cero horas", lo que básicamente significa que Giorgio lo saca de la cama cuando la tienda está llena o llega un pedido, y luego lo vuelve a mandar a dormir cuando pasa la hora punta. Así que Tam está acostumbrado a las exigencias inoportunas de Giorgio, pero no a esta hora, nunca a esta hora.

Entonces Giorgio dice: "Necesito que vengas con Marjorie a casa".

Marjorie es una vieja que hace como un año empezó a dejar revistas de los Testigos de Jehová en las mesas del Lord of the Fries[2]. Tiene unos 110 años, está loca de remate. Al principio, Giorgio la echó y tiró a la basura *Despertad* y *La Atalaya.* Pero a Marjorie se le metió en la cabeza que trabajaba en el Lord of the Fries, o algo así, y con el tiempo Giorgio empezó a dejarle trabajos, lo que parecía mantenerla contenta. No, trabaja todos los días. Giorgio no le paga, ¿sabes?, así que todos ganan. A veces describe el acuerdo como unas prácticas.

En fin, Giorgio me dijo: «No hay seguridad ahí fuera. Y con la nieve y todo, necesito que la lleves a casa; está esperando abajo de la escalera».

2 Señor fe las papas fritas.

Y Tam dice: "No puedo, Giorgio. No tengo tiempo para salir de esta noche".

Entonces Giorgio dice: "¿Cómo? ¿Qué haces?"

"Mac y yo solo..." Están viviendo un sueño, eso es lo que están haciendo. Necesita que Giorgio se largue, así que... ¿O quizás la solución sea invitar a Giorgio a la sesión? Lo que Tam ha aprendido de la gente mayor es que están desesperados por drogarse. Están tan jodidos que parecen extrañamente desconcertados, y están desesperados por escapar de sí mismos y de sus vidas decepcionantes. Tam tiene la fuerte intuición de que Giorgio quiere tener una sesión con ellos, que si le dan la oportunidad, les abrirá su corazón, se fundirá con ellos, hablará de los amores perdidos y los sueños abandonados, y sus historias tendrán la melancólica melodía de la música country, y reirá como un niño pequeño, y de todos los males de la vida saldrá victorioso, y llorará y los abrazará, y... Pero preferirían compartir sus drogas, ¿eh? Quieren compartir sus drogas y solo tienen...

—Joder, Tam, ¿qué estás haciendo?

"Simplemente relajándome."

¿Tú y ese maricón?

“Ya estamos instalados, Giorgio.”

"No seas imbécil. Es como la Estación Glacial Zebra ahí fuera". Y entonces Giorgio dijo: "Te diré una cosa: te pagaré la cuenta".

Tam lo considera. Hace tiempo que vincula el valor del capital y las materias primas a un estándar de cocaína. En el pasado, esto era simple: como, digamos que buscaba un juego de rotuladores de punta fina por treinta libras; comparaba cuánto quería los rotuladores (no tanto) con cuánto quería medio gramo de ching (muchísimo). Solía saber que el cambio en el frasco en la caja, una vez vertido en la máquina Coinstar en Asda, valía 0,2165 gramos (gramos de traficantes, no gramos reales, y ciertamente ningún gramo real de cocaína sin cortar). Pero ahora es más difícil ponerle un valor a la oferta de Giorgio; Tam no tiene claro los términos de su contrato, y ¿cómo se convertirán en un negocio de drogas los fondos que Giorgio transfiera a sus PayApps? Pero se *convertirán.* "Bueno, a la mierda". Entonces se da la vuelta y grita hacia la sala: "¿Mac? ¡Nos largamos!".

"¿En serio? ¿Por qué?", pregunta Mac.

"Estamos haciendo amistad con Marjorie Hame".

¿Marjorie? ¿Quién carajo es Marjorie?

IV

¿Quién coño es Marjorie? Es una pregunta que nadie en Dundule, ni siquiera Marjorie, podría responder. Giorgio y Tam dirían que es una vieja, pero ¿*cómo* es que no es algo que se hayan preguntado alguna vez? —Al final, ¿vieja es vieja, sabes?— Dirían que empuja un andador, que es muy torpe de pies, que sus ojos brillan como los de un androide averiado. Dirían que es testigo de Jehová, que cita letras de canciones punk y versículos de la Biblia. Podrían mencionar que tiene las manos jodidas y que no puede hacer nada complicado: no puede doblar envoltorios de comida. No sabe atarse los cordones, así que cuando hace mal tiempo usa zapatos con velcro. Dirían que tiene los dientes como una hilera de casas en ruinas, que huele a zapatos mojados. Y te decían que estaba loca. Loca. Que estaba hecha polvo. O, si querían parecer más amables, murmuraban algo sobre que se había vuelto un poco senil, o que estaba sufriendo un poco de demencia, y que, al fin y al cabo, era pura tristeza, ¿entiendes?

¿Pero qué? Si les preguntaras, por ejemplo, si se había casado, si tuvo hijos o qué música le gustaba de joven, te mirarían con cara de pocos amigos, porque nunca habían pensado en Marjorie en términos tan humanos. Y aquí está la cuestión: Marjorie *no es* tan vieja; solo tiene sesenta y tres años, y *no* tiene demencia. Marjorie tiene el síndrome de Wernicke–Korsakoff. Y tiene el síndrome de Wernicke–

Korsakoff porque antes de ser testigo de Jehová, era alcohólica.

Ella nació para disfrutar de la bebida: receptor GABAAalfa6 en el cromosoma 5q33, variación genética ADH4 y todo lo demás. A su viejo le gustaba la bebida. En 1971, se dirigió a Londres para ver el partido entre Escocia e Inglaterra en Wembley, y nunca regresó. La madre de Marjorie *no* bebía, pero después de este abandono sufrió una depresión tan profunda que Marjorie fue al colegio con uniformes tan viejos y pequeños que las mangas le llegaban hasta los antebrazos. Las suelas de sus zapatos se le aflojaban, de modo que sus pies parecían hablar como marionetas monstruosas. En 1975, cuando los Bay City Rollers[3] eran lo único que amaba, estrangulada por la vergüenza y la ansiedad social, Marjorie empezó a beber, a tener sexo, a beber más. Más tarde, se hizo punk, se mudó a Embra y se acostó con el bajista de The Spastic Zombies. A ella le gustaba ser punk, los punks se emborrachaban. A los punks no les importaba si vomitabas en tu falda. Luego se quedó embarazada. Luego el bajista se metió en la heroína. Se fue de gira con una banda anarco–punk llamada Chaos and Rage Now, You Cunt [Caos y furia ahora, cabrón], y nunca *regresó* a casa. Así que pasó su embarazo sola en un piso en Broomie. Luego, en el verano del 83, esperando una pizza con patatas fritas, el dolor repentino, sus muslos ensangrentados. Se

3 The Bay City Rollers es una banda de pop escocesa cuya popularidad alcanzó su punto máximo a mediados de la década de 1970.

tambaleó hacia la calle, se desplomó en la carretera, y lo último que vio fueron los niños que la rodeaban, con los labios abiertos por la sorpresa, cargando bicicletas, cuerdas para saltar y aros de hula hula. La ambulancia. Alguien tratando de explicar un desprendimiento de placenta. Su hija, Debbie, nació increíblemente pequeña por cesárea de emergencia. Semanas de amar a esta cosa rosa medio humana a través del plexiglás de la incubadora. Luego los años de sobriedad. El trabajo de cuidadora, bañando a ancianos en la cama. Pero siempre la bebida, y a veces, cuando Debbie ya era un poquito mayor, Marjorie se sentía tan sola y aburrida que unas cuantas copas se convertían en muchas, y dejaba a su hija durmiendo, se iba al Gauntlet o incluso cogía un autobús para ir a la ciudad. Conocería a alguien que la llevaría a Century, y la noche se convertiría en mañana, y habría sexo en parques y... Y esas mañanas en las que tenía que intentar mantenerlo todo junto, delante de Debbie y luego en el trabajo. Con los ojos llenos de vasos sanguíneos, el sudor apestando a fruta podrida. Y a veces, después de largas borracheras, le temblaban las manos. Un día, esto fue más o menos cuando cayó el Muro de Berlín, ella llevaba una bacinilla, ¿verdad? Y la mano que le preocupaba temblaba, la mano temblaba, y la orina de este pobre viejo se le había caído por las manos y la alfombra, y se dio cuenta de que necesitaba un trago matutino, solo para poder funcionar, ¿sabes? Solo para aguantar el día, y después de eso bebió durante el día más a menudo, y sus periodos de sobriedad se convirtieron en la idea, y en algún

momento perdió su trabajo, y... Y entonces, en algún momento de los noventa, el maldito bajista apareció de nuevo (para entonces ya había dejado la droga, se había dedicado a la música folk y era codirector de una cooperativa de viviendas ecológicas en Stroud), y, piensa Marjorie, que se hizo cargo de Debbie. Se la llevó a Inglaterra, quizás.

En el 94, cuando la versión de Wet Wet Wet de "Love is All Around" era lo único que sonaba en la radio, convivió brevemente con un Wegie llamado Sammy, hasta que un día él se quedó ciego, por el alcohol, o por una pelea con la policía, o quizás por otra cosa. ¿Y entonces? Sexo por copas, sexo por dinero. Baños de pub y paradas de autobús. Sidra, vodka y Tennent's Super. Listerine. Jarabe para la tos.

En el verano del 96, cuando Gary McAllister falló un penalti en Wembley, cuando Oasis era un fenómeno, Marjorie estaba en el Royal Infirmary, conectada a un respirador y recibiendo inyecciones de tiamina. Casi muere por el síndrome de Wernicke–Korsakoff. Hubo desintoxicación, rehabilitación, disulfiram, Campral, Alcohólicos Anónimos, Doce Pasos, un Poder Superior. Pero los síntomas del síndrome de Wernicke–Korsakoff son irreversibles: nunca recuperó el control total de sus músculos, nunca recuperó sus viejos recuerdos ni forjó nuevos con facilidad. A principios del nuevo milenio, la trasladaron a un centro de acogida en Dundule, donde construyó una vida, más o menos, alrededor de las reuniones de Alcohólicos Anónimos

y las visitas diarias al centro de adicciones Turning Point. Se presentaba en Turning Point todos los días, arrastrando los pies hasta la puerta como una zombi. Té, cigarrillos y galletas, luego más té, más cigarrillos y más galletas. Las viejas cabezas de los smack heids hablaban a gritos de metadona, terapia antirretroviral y la muerte, y ella citaba letras de bandas escocesas olvidadas, mezcladas con lemas de Alcohólicos Anónimos, sobre cómo un Poder Superior les devolvería la cordura. Vivió así durante una década. Luego, en 2008, su patrocinador falleció, los bancos quebraron. Austeridad. El centro perdió su financiación y cerró.

Sola y asustada, sin estar segura de quién era ni dónde debía estar, Marjorie yacía en la cama, desnutrida, mirando la cicatriz de su cesárea, recordando a medias al pequeño bebé rosado y tratando de comprender lo que había sucedido.

Entonces conoció a Barbara, ¿verdad?, y Barbara le salvó la vida. Barbara tenía el pelo rizado y una cadena de perlas. Publicadora testigo de Jehová, había venido a compartir las buenas nuevas y había visto un alma para la salvación. Habló del fin del mundo y de cómo cada predicción de los Testigos había, por las apariencias, sido de hecho exacta. ¿1878? Nacieron *Brian Otto Hahn y Lise Meitner:* su trabajo sobre la fisión nuclear hizo posible la bomba atómica y así es como... ¿1881? Nació Franklin Roosevelt: ordenó el Proyecto Manhattan que desarrolló las primeras bombas atómicas. ¿1914? Satanás y sus demonios fueron arrojados del Cielo y

causaron una terrible matanza. ¿1918? La gripe española. ¿1925, cuando se predijo que los antiguos patriarcas y profetas resucitarían? Bueno, el querido presidente de los Testigos, Don Alden Adams, fue concebido y nació en este año sagrado. ¿1975? Ay, ¿no te acuerdas? Inflación del 25%, la caída de Saigón, el Destripador de Yorkshire, las bombas del IRA, los mineros que secuestran al país... ¡solo el tiempo y la oración revelarán qué papel jugará este año aciago en la muerte del sistema! Y Marjorie podía oír a los Bay City Rollers cantando "Bye, Bye, Baby", y evocó una visión borrosa de 1975: whisky y cola roja en Victoria Park. Sí, pensó, quizá fuera *el* principio del fin del mundo.

Así que, con Barbara, estudió la Biblia lo mejor que pudo. Dejó de fumar; sus dedos, manchados por la nicotina, se purificaron. Después de bautizarse, ella y Barbara comenzaron a dar testimonio público. Aunque la fe de Marjorie en este nuevo Poder Superior era incuestionable, existía una regla tácita: cuando hacían proselitismo, Marjorie guardaba silencio; Barbara hablaba, y Marjorie se quedaba junto a su andador, unos pasos atrás, sosteniendo la literatura. En aquella época, Barbara prefería el *Libro de Timoteo*: hablaba en las puertas de los terribles últimos días, cuando «los hombres serán amantes de sí mismos, amantes del dinero, presumidos, altivos, blasfemos». «¿No es así como están las cosas ahora?», preguntaba. «¿Es la gente ahora, como se predijo, 'amantes de los placeres más que de Dios'?».

No usaban una lista de prohibido llamar. Visitaron a narcotraficantes y fanáticos de religiones rivales una y otra vez, y Dios las protegió del abuso. Salieron de cada puerta en paz, tristes porque sus abusadores habían elegido a Satanás y se habían resignado a los tormentos del Armagedón, pero felices porque, aunque su mensaje había sido rechazado, habían cumplido con su deber.

Pero Barbara murió a causa del nuevo coronavirus. Marjorie siempre había sido impopular entre los demás en el Salón del Reino; se mezclaba y cantaba letras de Exploited durante los alegres cánticos del Reino. Despojada de su protectora, Marjorie fue rechazada. Sola de nuevo, empezó a frecuentar al Señor de las Papas Fritas, dejando *Despierta* y *La Atalaya* en todas las mesas. Giorgio tiraba las revistas y la ahuyentaba, pero Marjorie estaba acostumbrada al rechazo y al maltrato. Con el tiempo, Giorgio empezó a darle trabajos, y eso le dio la rutina que necesitaba para mantenerse con vida solo unos meses más.

Esa *carajo* es Marjorie.

V

Bueno, en fin, Tam y Mac van a la casa de esta mujer Marjorie, ¿de acuerdo? Y luego... Y luego... ¿Y luego *qué*? Al día siguiente, en la ranura entre la vigilia y la automedicación, hambrientos de dopamina y serotonina, la noche se reproducirá ante ellos, con saltos, paradas y espacios aterradores, como una videollamada mal conectada. ¿Había cámaras? ¿Los vieron? Blancos de miedo, la paranoia catastrófica de cada sonido, se preguntarán a sí mismos y entre ellos: *¿por qué?* Y rezarán a un Dios en el que no creen, regateando, rogando y suplicando, pidiendo volver atrás en el tiempo, suplicando por un mundo en el que nunca se emborracharon ni se drogaron ni tomaron opioides en una casa de ancianos.

Porque eso es todo, ¿sabes? Cuando despiertan, tienen en su poder una bolsa llena de opioides: codeína y morfina, temazepam y diazepam, oxicodona, fiseptona y tramadol, y de dondequiera que vengan las drogas, seguro que no les pertenecen. Por ejemplo, a Tam le molesta que caminen a ambos lados de Marjorie, y puede imaginarse cómo sus botas con velcro arrastraban las huellas de esquí por la nieve. Sabe que estaba muy caluroso y oscuro y que nadie permanecía fuera, excepto, ahora que lo piensa, que había un viejo loco con su pequeño Westie porque él, el tipo del westie, se metió en un lío con un tipo borracho con un chaleco reflectante que lanzaba bolas de nieve. Eso le molesta.

A Mac *no* le importa eso, pero sí le importan los camiones de bomberos *que se acercan* al cruce de Lanark Road, y le importa que Marjorie diga: «Debbie era así de pequeñita, ¿sabes? No era más grande que mi mano. ¿Dónde está Debbie la noo? ¿Dónde está Debbie la noo?» una y otra vez, como si esperara que respondieran. ¿Pero las drogas?

A la mayoría le importan los grafitis que rodean la entrada del complejo. Porque, después de que tantos residentes murieran por la COVID–19, la administración tuvo que llegar a un acuerdo con el NHS y empezaron a acoger a algunos casos de asistencia social, como Marjorie. Sin embargo, el complejo se construyó como una residencia privada para jubilados, así que en las fotos de los carteles aparecen modelos de pelo canoso sonrientes bailando vals, jugando al tenis y bebiendo vino bajo el sol. Pero, como pueden imaginar, el lugar es deprimente: durante la recesión, las pensiones de los ancianos se desplomaron y sus ahorros no pudieron seguir el ritmo de la inflación, así que muchos dejaron de pagar sus pagos comunitarios. Entonces, nadie corta el césped, ni arregla los ascensores, ni recoge la basura, y docenas de residentes han muerto de frío durante los apagones.

El caldero –Tam se preocupa por el caldero. Se detuvieron para sacar una llave, directamente de la bolsa, acurrucando sus cuerpos en un pequeño refugio, pero sus manos temblaban tanto que estaba derramando sus cosas en la nieve. Se preocupa por los árboles esqueléticos, ampollados

por las escobas de bruja, y la voz de un hombre invisible que grita: "¡Jeannie está muerta! ¡Jeannie está muerta! ¿Por qué no nos ayudan? ¡Jeannie está muerta!" A Mac le preocupa cómo el apartamento de Marjorie olía a tostada carbonizada, pis de gato y Dettol. Estaba oscuro como la ceguera y se estaban estrellando a través de Dios sabe qué y cuando la envolvieron en su edredón a prueba de orina, estaba en los huesos, como las raíces de un árbol viejo. A él le importa todo eso. ¿Pero las drogas?

Sí, pero cállate, porque a Tam le importa —y quizá sea algo que se haya imaginado—, pero ¿no había otra mujer, una mujer en camisón? ¡Ay, tío!, temblaba de frío, y tenía una de esas bolsas de colostomía goteando de la cadera, ¿sabes?, y a la luz de la linterna del teléfono de Tam, parecía casi transparente. Decía: "¡Frío! ¡Oscuro! ¡Dolor!". Las mismas tres palabras, una y otra vez. "¡Frío! ¡Oscuro! ¡Dolor!".

¿Y no fue ella quien de alguna manera consiguió las llaves? Definitivamente había llaves; debían de haberlas, porque si no, ¿cómo habrían entrado en el armario? O pero... Lo que más le importa a Mac es cómo se agotó la batería del teléfono de Tam y entonces la única luz que tenían eran sus encendedores. Se guiaron con las llamas de sus encendedores, como viejos exploradores en una cueva, y le importaba cómo el pedernal de su Clipper se calentaba demasiado, así que tuvieron que soltarlo y esperar en la oscuridad mientras se enfriaba. ¿Pero las drogas?

Todos se dan cuenta, y se ríen, de cómo de camino a casa había un chaval que, de alguna manera, había conseguido un patinete eléctrico. Ya sabes, esas cositas que se pueden alquilar. Bueno, este chaval, que tendría unos doce años o algo así, encontró uno con algo de batería, ¿no? Pero fíjate: está usando un cubo de basura como asiento. Así que, en lugar de subirse al patinete, los adelanta como una puta Harley. En fin, mientras los adelanta, les hace la señal de "pajero" y ¡vaya! Pero entonces, unos metros más adelante, el patinete se queda sin batería y el chaval lo tira y se va corriendo. Sí, se rieron de eso. ¿Pero las drogas?

Joder lo sabe.

VI

Y tú mismo sabes lo que se siente cuando te despiertas después de una locura: pura paranoia y arrepentimiento. Te asomas a un paisaje devastado de todas las cosas que hiciste o podrías haber hecho, y tu primer pensamiento es enmendar el daño, o al menos explorarlo. Es como escribirle a tu amigo y decirle: " Hola amigo, ¡qué buena noche! Perdón por aspirar todas las últimas líneas / por irme con tu ex / por afeitar a tu gato". Pero Tam y Mac no pueden enmendarse, porque no les importa de dónde salieron exactamente estos pequeños frascos y paquetes de pastillas.

Su sala está llena de restos de Rizla, tazas que han usado como ceniceros, latas de cerveza medio vacías y botellas de vodka vacías. Cada sonido es de la policía o de Psico. Están lastimosamente ahogados. No pueden dormir, no pueden quitarse ese sabor nasal a paracetamol. Y así, ruegan y rezan por otro mundo, *cualquier* otro mundo, en el que no tengan la medicina elegida por algunos ancianos pobres.

Pero lo que no saben es que tal mundo realmente exista. Así como existe tu mundo, así como existe el suyo, en otro mundo Tam y Mac *no hacen* medicina para la casa de un anciano. Créelo o no, hay innumerables realidades paralelas en las que las contrapartes de Tam y Mac viven toda su vida sin hacer nada para ningún anciano. Del mismo modo, los mundos en los que se *atreven* a robar a los ancianos ya se han dividido en tantas realidades diferentes, de las cuales solo oirás hablar. Porque aquí está la verdad, ¿verdad?: hay, hablando libremente, infinitos mundos posibles, y cada uno es tan real como el tuyo. Hay más versiones del mundo que todas las estrellas del universo multiplicadas por todos los átomos de la Tierra. Y se crean nuevos mundos con el tiempo, como células que se dividen sin control. Pero no son del todo infinitos, porque cada mundo tiene un fin. Y aquí está lo aterrador: la mayoría de los mundos terminan más o menos al mismo tiempo, ¿verdad? Verás, los mundos posibles tienden a converger.

Tomemos como ejemplo la escritura. Existen mundos sin escritura, ¿verdad? Pero piensen en lo raros que son. De

acuerdo, pueden imaginarse cientos de razones por las que un grupo de agricultores neolíticos nunca imprimía sus tablas de contabilidad en arcilla: fueron azotados por la peste, o sus sacerdotes se opusieron, o se emborracharon y olvidaron. Pero para que estos mundos *nunca* desarrollaran la escritura, algo tenía que impedir que cada grupo de agricultores descubriera esta innovación lógica, una y otra vez, no solo en Mesopotamia, sino también en China, Egipto, Mesoamérica, el valle del Indo y cualquier otro lugar con agricultura. Es como lanzar una moneda miles de millones de veces y siempre salir perdiendo, ¿verdad?

O bien, piénselo así: en muchos mundos, Bi Sheng nació en Hubei en 990; y en la mayoría de los mundos donde *nació,* nunca inventó una imprenta de tipos móviles. En la mayoría de los mundos no nació Johannes Gutenberg en Maguncia en 1400, y en los que sí lo hizo, tuvo muchos destinos además de convertirse en un inventor famoso. Pero en todos esos mundos *se* desarrolló la imprenta moderna —y esta lo facilitó—, y el ritmo de desarrollo es más o menos el mismo. En resumen, los mundos posibles convergen.

Bueno, este es el punto. En la época en que vives, los mundos posibles convergen hacia un destino común. Podrías trazar este destino desde 1960 hasta 2160 (o las fechas correspondientes en otros calendarios), y obtendrías una curva de campana perfecta con un pico en 2060.

¿El destino compartido? La extinción humana.

Capítulo III

REVELACIÓN

I

Así es como comienza el caos.

En ese primer día completo sin electricidad, siete jóvenes del Young Mental Westbridge se dedican a limpiar el exterior del Bargain Booze en Lanark Road. Fuman cigarrillos y juegan a las peleas, hacen bolas con los restos de la nieve de la noche anterior y se soplan aire caliente en los dedos, que les hormiguean.

El miembro más joven de la pandilla, Titch, solo tiene doce años. Titch es un mentiroso compulsivo, ¿sabes?, pero también es el sobrino pequeño de Psycho, el líder de la pandilla, así que los otros jóvenes lo toleran. Titch afirma

que puede sacarse las pestañas con una cuchara. Hace unos años, les contó a sus amigos que lo habían invitado a una prueba en el Barcelona Fitba Club. La prueba no funcionó, dijo, porque Messi lo pilló acostándose con Antonella Roccuzzo.

En fin, esta semana, Titch ha vuelto a mentir. Pero esta vez ha mentido por una razón: a finales del año pasado, Titch se dio cuenta de que solo le falta un testículo. No, una falta de testículo es algo que debería haberse reconocido en la infancia, pero la familia de Titch no paraba de acusar al personal del NHS de ser pedófilo, así que la visitadora sanitaria se apresuró a hacerle el examen testicular. En fin, cuando cumplió doce años y empezó a pensar en la pubertad y los embarazos, Titch no pudo ignorar su ausencia escrotal. Le dijo a su madre que le faltaba uno y le preguntó por qué la tonta no se había dado cuenta.

Resultó que Titch tenía un testículo no descendido y necesitaba una orquidopexia. Pero como el testículo faltante estaba atrapado en su abdomen, la cirujana primero tuvo que encontrarlo mediante una laparoscopia. Luego tuvo que hacer una incisión en la parte baja del vientre y forzar la gónada errante dentro de su bolsa. Titch estuvo en el hospital dos noches, ¿verdad?, y por supuesto no había peligro, les diría a sus amigos el motivo de su ausencia. En cambio, les dijo que estaba audicionando para el Factor X. Cuando le dieron el alta, se recuperó en casa, enviando mensajes de texto a sus amigos en Jabber. Les dijo que lo

habían descalificado del Factor X porque Simon Cowell lo pilló acostándose con Rima Laidlaw. Luego se fue la luz y Titch se aburrió. Así que, básicamente, aquí está.

II

Sí, pero entonces aparece un policía en bicicleta. No, Titch y los otros niños no hacen nada *ilegal,* pero este policía es un VASA (Asesor de Valores y Normas). Es de esos idiotas que dicen que "no subió por el Clyde en una banana". Así que apoya la bicicleta contra las apuestas y dice: "Necesito que te muevas, ¿vale? ".

Y una de las muchachas se gira hacia él y le dice: "Tranquilo, tío".

Entonces, el policía dijo: "¡Muévanse! ¡Muévanse o los detengo!".

Pero los chicos lo tienen en la cara, cuestionando sus derechos. Quieren saber bajo qué ley amenaza con expulsarlos. Afirman que los VASA no pueden hacer arrestos legalmente. Y el policía odia esas tonterías, ¿verdad? Los chicos no conocen la ley más que él. Solo hay una ley que

importa: hacer lo que dice él cuando lo dice. El resto es solo papeleo.

Entonces dice: «Es un estado de emergencia. Tengo poderes especiales».

Y los chicos se ríen más fuerte, lo llaman Inspector Gadgie, le preguntan si su poder especial es parecer un idiota. ¡Uf!, este tipo de cosas. Y él dice: «Al diablo con esto». Le da un rodillazo al chico más flacucho y lo tira al suelo. Lo inmoviliza, con la espinilla en el omóplato, e intenta esposarlo, pero los otros jóvenes no paran de gritar, agarrándole el chaleco antibalas y echándole nieve por la espalda. Así que suelta al chico en el suelo, se levanta, le da un golpe con la palma a una de las chicas, saca el spray CS. «¡Atrás! ¡Atrás o te gaseo!». Tiene saliva en la barbilla, le tiembla la mano y busca apoyo por radio, pero no consigue señal y...

Y mientras tanto, Titch se ha subido a la bici del policía y está conduciendo en círculos, intentando hacer caballitos.

III

Noo, Titch se subió a la bici solo para presumirle a Aimee Cameron, pero el Bizzie está loco y Titch intenta escapar a la urbanización, pero le cuesta alcanzar los pedales, y la nieve está menos derretida donde nadie ha caminado, y el policía le gana terreno. Así que, cerca de la parada del autobús, Titch salta de la bici y dice: "Solo me estoy riendo con usted, señor".

Y, ¡ay!, el policía agarra a Titch por el cuello y le da dos golpes en el estómago. Luego lo tira a la nieve y le da un golpe en la cabeza. "No vuelvas a jugar conmigo, ¿vale? Cabrón".

Esta es la primera vez que un adulto golpea a Titch con toda su fuerza, y la impresión le hace orinarse encima. Está llorando a mares y no puede respirar. Mientras el policía se aleja en bicicleta, Titch se da cuenta de que su camiseta y sus pantalones deportivos están empapados de sangre. Al principio, no entiende por qué sangra, pero luego se toca la herida y se da cuenta de que la cicatriz de la cirugía está abierta.

Cuando sus amigos corren por la esquina, el dolor y el miedo de Titch se transforman en vergüenza. Está en la terraza, gimiendo, después de orinarse. Es la clase de humillación que le va a durar, ¿entiendes?

"¿Qué pasó?" dice Aimee Cameron.

Como siempre, el primer pensamiento de Titch es mentir. "Ayúdenme", dice. Se da la vuelta para que puedan ver su camiseta manchada de sangre. "Ayuda, me han disparado". Extiende una mano débil. "Me han disparado", repite. Luego baja la mano y finge estar inconsciente.

IV

Y después de eso, todo se acelera: un chico de la YMW ha recibido un disparo. Miembros de la YMW[4], tanto antiguos como actuales, se reúnen en Lanark Road. Psycho coge un martillo y abre tajos en las persianas de Bargain Booze. Big Alan, de High Flats, abre el tajo con una palanca. Entonces Psycho salta y pisotea el metal hasta que hay una pequeña puerta y puede romper el cristal. Todos los cabrones aplauden, suena la alarma y suena la alarma de un coche cerca de la casa de apuestas.

---

4 La expresión YMW proviene del inglés “You're Most Welcome”, que se puede traducir como “Usted es muy bienvenida/o”. Esta forma de expresión se utiliza comúnmente como respuesta a un agradecimiento o a una muestra de aprecio por parte de otra persona.

Es una de esas tiendas donde te atienden a través de una jaula, así que Psycho golpea la puerta del personal. Hay madera contrachapada por todas partes. No puede ver lo que está haciendo, ¿sabes? Solo está levantando botellas en la oscuridad. Luego vuelve a la luz del día y la calle es un caos. Hay muchachitos trepando farolas, bronceando cámaras de seguridad con palos. Big Alan sostiene la caja registradora en la cabeza. La estrella contra la calle y la caja registradora vacía se abre de golpe, y Big Alan descompone la caja en cables y circuitos impresos.

Para cuando la policía entra a toda velocidad, hay cientos de personas en Lanark Road. Por cierto, la policía tiene los escudos de las ventanas puestos, y ni siquiera llevan equipo antidisturbios. Cuando se bajan de las caravanas, la gente simplemente lanza bolas de nieve y cosas así, pero la policía empieza a golpear a todo el mundo con sus porras. Dicen: "¡Atrás! ¡Atrás!"

Y la gente grita "¡Vaya, qué barbaridad!" y ¡vaya esto! Una chica se les echa encima y la policía intenta agarrarla, y Wee Danny le lanza una bolsa de basura. Entonces, Big Alan, de los High Flats, le hace sonar a uno de los cabrones con un cartel de inmobiliaria.

El Psycho no puede moverse por los empujones que le dan por la espalda. Lo empujan contra una policía; se queda justo encima de ella, con la cara en su chaleco de plástico. Le han

rociado gas lacrimógeno y no puede ver. Hay gente pateando cerca de la cabeza de la policía. Es pura locura.

Entonces la multitud se arremolina y Psycho ya no está al frente y ha perdido el martillo. Los alborotadores rodean la furgoneta de la policía, balanceándola de un lado a otro, como si fueran a volcarla. Un Psycho rabioso que no reconoce —un viejo capullo con un tatuaje de araña en la boca— trepa por el capó y sube al techo. La furgoneta se balancea y este idiota intenta mantener el equilibrio. Baila. Está en el techo, con los ojos cerrados, bailando como si estuviera borracho.

Y entonces la furgoneta acelera. El chico que baila se cae del techo y se queda inmóvil en la carretera. Hay chicos intentando escapar, pero la carretera está demasiado concurrida. Un niño pequeño es llevado veinte metros en el capó y una pobre chica tiene las piernas aplastadas. Yace en la cuneta, temblando de la impresión y en un silencio terrible. La gente agita las manos y grita pidiendo ayuda.

En fin, persiguen la furgoneta mientras se abre paso entre la multitud, y las mujeres que antes estaban mirando ahora lanzan botellas a toda prisa y bolsas de basura. Un anciano blande su bastón. La furgoneta vira y se estrella contra un bolardo. Queda atrapada a doscientos metros de la otra policía, a la derecha, y Big Alan arrastra al conductor por las ventanillas laterales destrozadas. Pronto hay gente peleándose, a quién le toca patear al cabrón. Cuando Psycho

tiene oportunidad, le da una patada tan fuerte que cree que se ha roto el dedo gordo del pie. El policía se detiene, así que empiezan con la furgoneta. Destrozan las ventanillas, los retrovisores y las luces. Wee Danny apuñala una de las ruedas y explota; la ráfaga de aire lo derriba. Psycho lleva encendedores a los asientos y mete un trapo encendido en el conducto de la gasolina. Al final, empapan una camiseta en gasolina para encendedores, la envuelven en un periódico viejo y la clavan en el acolchado del asiento. Siete minutos después, el fuego ha prendido y, aunque nadie lo sabe todavía, la modernidad está llegando a su fin.

Capítulo IV

LOS HOLOCAUSTOS DE GIORGIO SALVATORI

I

Ese mismo día, en el Señor de las Papas Fritas —la freiduría de la planta baja de los pisos Busy Bee—, Giorgio Salvatori se despierta a media mañana con una erección. Había dormido en el suelo de la freiduría, como siempre, pero como el calor abandonó el edificio, no lo había desvelado hasta las cuatro de la madrugada. Todavía llevaba el chándal y la chaqueta de invierno, y ahora un cabrón aporreaba las persianas. "¡Un momento!", grita, rodando del colchón y haciendo girar los interruptores de la luz. "¡Un momento, maldita sea!". Cruza la trastienda a trompicones, entrando en la cocina a oscuras. La cocina no tiene ventanas y apenas tiene luz de emergencia, y sus caderas regordetas chocan contra las parrillas, las tostadoras y los tanques de aceite.

Espera unos segundos en el comedor, intentando calmar la erección, y luego cierra la persiana. Es Marjorie. Eso le destroza el cohete. "¿Marjorie?" Dice. Se ve un poco azul, como si tuviera un poco de hipotermia o algo así. "¿No acabo de deshacerme de ti?"

“Le saludo con cariño, señor Giorgio”, le dice mientras le quita el gancho del obturador.

"Eres como un maldito bumerán".

Mientras Marjorie se acerca a abrir las persianas, Giorgio encuentra las sobras de una hamburguesa en el armario caliente de la cocina. Desayuno. Tira el envoltorio al suelo y le da un mordisco. La hamburguesa está hecha polvo, el pan es como la madera, el queso tiene la textura de un impermeable.

Cuando Marjorie terminó con las persianas, Giorgio partió la hamburguesa por la mitad y le dio la parte que no había masticado. "¿Quieres una lata de jugo?", dijo. "Anda, tómate una Fanta".

En fin, mientras Marjorie se desayuna, Giorgio se encierra en el inodoro para hacer sus necesidades matutinas. Luego, en la trastienda, abre el grifo para su baño. Normalmente se metería en la ducha para un buen lavado, pero ese día hace más frío, así que se lava con la ropa puesta. Se echa el envase de lavavajillas industrial en la palma de la mano, se sube el

jersey y se lava las manos, frotándose las tetas, los pechos y los muslos con espuma. Luego se salpica con agua, le grita al agua y se seca con un paño de cocina.

Todas las mañanas guarda su colchón y manta en el almacén. La ropa de cama está húmeda durante el día, pero no le da más importancia mientras la mete a la fuerza por la puerta. Montones de espumas y condimentos caen sobre la alfombra de goma, y el viejo trepador de su hijo cae del estante superior sobre la cabeza de Giorgio. ¿Entiendes este maldito lugar? Freír es como una maldición familiar, como una enfermedad hereditaria, y Giorgio vive la vida que siempre temió estar destinado a tener.

II

La maldición empezó con su abuelo. En los 70, se fue de Parma para vender frituras en el programa de viviendas de Southfield; quién sabe por qué. Pero el Southfield Fry era un sitio especial: al abrir la puerta, sentías como si liberaras un genio; el vapor acumulado te abría paso y se elevaba, liberado en el aire helado.

Para 1990, el Southfield Fry estaba dirigido por el padre de Giorgio, Gianfranco. Se podía pedir patatas fritas, bocadillos, pescado, salchichas, haggis o pastel. En 1993, introdujo las pizzas fritas, pero nunca se añadieron al menú manchado de grasa, ni tampoco los cigarrillos ni las barras de chocolate, ni las grandes botellas de cristal de Irn Bru y cerveza de jengibre. La única decoración era un calendario de partidos del Mundial de 1986, una foto de Rossi y una foto enmarcada de un equipo del Parma de los años setenta. El Southfield Fry medía solo dos metros y medio de ancho por seis de largo. No había asientos ni cubiertos para las patatas fritas; comprabas la comida, te largabas a la calle y te engrasabas las manos.

Y si hubieras ido a la Southfield Fry en aquellos tiempos, habrías oído a Gianfranco lamentarse de la negativa de su hijo a freír. "El chico puede hacerlo, ¿sabes? Simplemente no quiere. Y no es algo que se le pueda enseñar a nadie, cabrón; está aquí dentro", decía, golpeándose el pecho. Lo cierto es que Giorgio se creía demasiado bueno para freír. Era casi tan italiano como la comida que servía su padre, pero actuaba como un mafioso. Incluso empezó a hablar con acento italoamericano. Y aunque sus actividades delictivas nunca pasaron del tráfico de ropa de diseño falsa o falsificada, a los diecinueve años ya tenía un Vauxhall Astra, un Rolex falso y una de las cadenas de oro más grandes de Dundule.

Las chicas lo adoraban, ¿sabes? Era el Casanova de Dundule. Pero al acercarse a los treinta, engordó y empezó a quedarse calvo. Al darse cuenta de que iba en declive, se casó precipitadamente con una maquilladora de Boots. No, quizá podrían haber sido felices, pero, en resumen, ella lo dejó por un cantante de karaoke de Manchester. Se llevó a su hijito, Gianfranco Jr., y se mudó a Inglaterra. Dejó el parque infantil —Gianfranco Jr. lo había dejado pequeño hacía tiempo— y Giorgio no podía permitirse tirarlo, pues le recordaba cómo sus luces intermitentes, animales colgantes de la selva y melodías tintineantes habían deleitado a su bebé. Si Gianfranco Jr. vive toda su vida, se pregunta a menudo Giorgio, ¿encontrará alguna vez tanta alegría como la que encontró bateando ese tucán?

En fin, mientras tanto, el padre de Giorgio había vendido el Southfield Fry y se había hecho cargo de una antigua hamburguesería, que reabrió como el Señor de las Papas Fritas. Pues bien, el Señor de las Papas Fritas era, en términos relativos, enorme. Tenía espacio para una docena de clientes, una cámara frigorífica y un patio para la basura en la parte trasera. Además de freidoras, había parrillas para hamburguesas y dos refrigeradores para bebidas. Sobre el mostrador había unos paneles retroiluminados con fotos tomadas por un fotógrafo gastronómico profesional.

Cuando Gianfranco Sr. murió de un infarto largamente esperado, dejó a su hijo el Señor de las Papas Fritas. Para Giorgio, quien para entonces había lo intentado y fracasado

en cada camino de la vida, fue un gran alivio que la maldición familiar finalmente lo hubiera alcanzado. Finalmente aceptando su destino, Giorgio quedó tan atado a la tienda de papas fritas como los siervos medievales lo estaban a la tierra. Por muy mal que lo haga, no puede ser el Salvatori que cause el fracaso del negocio. Con los años, las imágenes de comida retroiluminadas se han cubierto de grasa y polvo, pero recuerda el orgullo con que se golpeaba el pecho su viejo cuando las instalaron por primera vez. "Jodidamente nuevo, ¿eh? Imagina que tu abuelo hubiera vivido para ver esto". Entonces, durante el aislamiento de nCov20, cuando la ley le permitió abrir solo para entregas, se endeudó para pagar la tarifa de registro con el servicio de entrega a domicilio. Pero incluso cuando recibía pedidos, sus ganancias se las llevaba la comisión de wEdelivery. Pronto, no pudo pagar el alquiler de su apartamento y del restaurante, así que dejó el apartamento y empezó a dormir en el Señor de las Papas Fritas.

En fin, con su colchón guardado, dobla el parque infantil y justo cuando está a punto de volver a colocarlo en el estante superior, le entran ganas de olerlo. Se lo acerca a la cara e intenta respirar los recuerdos, pero el parque infantil lleva años en el Señor de las Papas Fritas, y solo huele a grasa, aceite y jugo de pepinillos.

Bueno, no es que ocurra el desastre, ¿verdad? Porque al salir del almacén, Giorgio ve que el suelo de la trastienda —que acaba de secar, ojo— está mojado otra vez. Es como si

se hubiera formado un charco desde el almacén hasta la trituradora de patatas, porque hay agua filtrándose por debajo de la puerta del congelador. Básicamente, como la temperatura ha subido afuera, también lo ha hecho la del congelador. "¡Marjorie!", grita Giorgio. "¡Marjorie! ¡Se está derritiendo la comida!"

III

Su primer plan —y esto es un poco disparatado— es que si queda suficiente nieve afuera, puede usarla para congelar su comida. Así que, por un rato, él y Marjorie intentan raspar la nieve de los alféizares, del techo de la camioneta de Douglas e incluso de la canaleta. Pero la nieve se está derritiendo y, ¿sabes? En fin, él no tiene pala, y Marjorie tiene que sostener una mano en su andador, y para cuando llevan la nieve al congelador, ya solo queda agua derretida.

Su segundo plan no es mucho mejor. Cuando recupera la sensibilidad, Giorgio arrastra cajas de pescado blando y hamburguesas empapadas a la cocina. Cocinará todo lo que pueda y tan rápido como... Luego se da cuenta de que no puede cocinar nada. Se da cuenta de que no tiene seguro ni ahorros y... Y la desesperanza total de su situación, la

maldita injusticia, es simplemente intolerable. Empieza a patear las cajas y a lanzar hamburguesas de pollo medio congeladas contra las paredes. Se tambalea en el congelador, se despatarra sobre una caja de croquetas de pescado y aprieta una hamburguesa descongelada para picarla.

Marjorie aparece a través de las cortinas de PVC, como un monstruo que emerge de un lago helado. "¿Señor Giorgio?", pregunta.

Y justo entonces, por primera vez en años, a Giorgio se le ocurre un plan. «Marjorie», le dice, «sube y llama a Tam». Se levanta y la saca del congelador.

Marjorie corre por la trastienda y la cocina, torcida como una C. Al acercarse a la encimera, se da la vuelta. "¿Adónde voy?"

¡Atrapa a Tam!

Ella dice algo como "¿Tam?"

¿Lo entiendes, Tam? ¿El pequeño descuidado que vive arriba? ¡El único idiota que trabaja aquí!

—¿Arriba, dices? —Se detiene en la puerta—. Voy ahora.

"¡Corre!" Golpea la trituradora mientras Marjorie corre hacia la puerta.

Cuando ella se fue, él dio vueltas por la cocina, maquinando. Por un momento, allí, en el congelador, creyó haber llegado al punto más bajo. Como si hubiera atravesado el Infierno y llegado al noveno círculo. Pero ahora piensa que quizá no sea tan malo. O sea, las cosas *están* mal, son horribles, pero quizá ya esté en el *noveno* círculo del Infierno. O quizá sea más bien, digamos, el cuarto círculo.

Porque Giorgio acaba de ver que, lejos de la crisis del apagón, es su oportunidad de consolidar el legado familiar. Si encuentra la manera de cocinar su caldo descongelado, mientras no haya electricidad, el Señor de las Papas Fritas será el único lugar que venda comida caliente en todo Dundule. ¿No es Nando's, eh? La gente estará acalorada, hambrienta y desesperada por comer. Y él será quien los alimente.

IV

Así que, cuando Tam llega con Marjorie, Giorgio les da una pequeña charla motivadora. "Equipo", dice, dándose un puñetazo en el corazón, "¿están conmigo?"

—Sí, señor Giorgio —dice Marjorie—. Por cierto.

"¿Tam?"

Pero Tam está completamente vacío, pálido y boquiabierto, como una criatura de las profundidades marinas.

"Tam, maldito idiota, ¿qué cojones te pasa?" Giorgio solo contrata a Tam porque vive arriba. El chico es un idiota; digamos, piensa Giorgio, un idiota *médicamente hablando.* Peor que un imbécil. Y Tam parece aún más glaikit de lo habitual ese día. "¡Tam!", repite Giorgio. Nada. Es como hablarle a un eglefino congelado.

Pero aunque Tam parece descerebrado, su cabeza es como un centro de llamadas de emergencia. Eso sí, solo ha dormido dos horas, suda y tiene pesadillas. Es el primer día, la mañana después de lo de la casa de los ancianos, y ahora Marjorie ha reaparecido ante él como una pesadilla. Es difícil distinguir entre la realidad y la realidad... Anoche. La residencia de ancianos. La mujer con la bolsa de colostomía. El chico de la moto. Es como si buscara la verdad en los fragmentos de un espejo roto.

“Necesitamos hacer una fogata”, dice Giorgio. “Allá atrás, donde va la basura. Haremos barbacoa. Nada de patatas fritas. Solo carne en pan. Vendemos hamburguesas, hamburguesas de pollo, hamburguesas de pescado. Tam, tú prepara la barbacoa. Marjorie, tú pondrás la carne en un pan

y le echarás un chorrito de kétchup. Yo me encargaré del mostrador. ¿Qué? ¿Qué les pasa a ustedes dos?”

Tam tiene palpitaciones matutinas, arritmia. Cuando su corazón... *¡bum!* ¡Ahí va! *¡Bum! ¡Auge!* ¡Dos más! Grandes explosiones que le estiran el pecho. Su electrocardiograma dibujaría picos de montañas y cráteres sin vida, el paisaje de un planeta inhóspito.

—Joder, Tam —dice Giorgio—. Es como si tú fueras la freidora y yo un puñetero sudoku.

Tam solo quiere sobrevivir, quiere irse de aquí, quiere dormir en una habitación oscura, quiere un pequeño empujón para relajarse, quiere retroceder en el tiempo, quiere no sentirse así nunca más. "¿Qué?", dice.

—Digo que necesitamos leña, carajo. Ese es el primer trabajo. ¡Váyanse y tráigannos leña!

“¿Leña?” dice Tam.

Me da igual de dónde venga. Que te corten los muebles. Que corten el reloj de tu abuelo. Que te corten el árbol de la familia. Me da igual.

“¿Mi árbol familiar?”

—Un maldito banco del parque. Lo que sea. —Giorgio está tan nervioso que agita las manos y se da palmadas en el pecho. Está bailando un haka.

“¿Un banco del parque?” dice Tam.

“Consigue un hacha para el Black Douglas”.

“¿Black Douglas?” dice Tam.

Black Douglas hace trabajos de reparación para Giorgio, y es lo suficientemente barato y conveniente como para que Giorgio tolere su personalidad.

—¿El Black Douglas? —dice Marjorie—. ¡Que Jehová nos ayude!

V

Una vez que Tam se va, Giorgio explora el vertedero donde planea construir su barbacoa. Está rodeado de una valla alta y una puerta doble por la que los recolectores de basura deben pasar el contenedor. Por cierto, no han estado en semanas (el de la empresa probablemente esté plegado) y el contenedor está prácticamente oculto por docenas de bolsas de basura rancias. Cajas de cartón dobladas yacían

esparcidas entre las bolsas de basura, medio deshechas por la nieve derretida. El suelo de hormigón está oculto bajo una capa de dos centímetros y medio de pasta: una masa de grasa, residuos de basura y comida podrida.

Aparta dos bidones de aceite de cocina usado, abre las puertas dobles y empieza a tirar la basura al jardín trasero de la casa, al otro lado del patio de servicio. Es una casa nueva con paneles solares y está bastante seguro de que está vacía, así que lanza bolsa tras bolsa por debajo de la valla. Luego, de pie sobre una torre de cajas de panecillos, vacía el contenedor. El vapor lo rodea mientras arroja la basura por debajo de la valla, hacia el césped nevado que sirve de fondo verde para los pisos de arriba. De todas formas, nadie usa el espacio común, ¿sabes? Una red de baloncesto olvidada cuelga del patio trasero como restos de algún accidente de pesca. En verano, la hierba y los cardos crecen hasta la cintura.

En fin, cuando ha limpiado las capas superiores y no puede alcanzar los sacos inferiores, tiene que bajar al contenedor, pero no quiere que su ropa se ensucie demasiado, así que, aunque hace frío báltico, antes de chapotear en el líquido pestilente, se quita la ropa interior y el chaleco. Mojado y acalorado, se queda de pie en el pozo negro, sacando los sacos y dando pequeños saltos para entrar en calor.

Y así es como Marjorie y Black Douglas lo encuentran. Giorgio tiene que convencer a Marjorie de que no ha

presenciado el ascenso de la bestia, como se predice en Apocalipsis 13:1. Luego tiene que soportar la anécdota de Black Douglas sobre un vecino anciano al que le recetaron un perro guardián para aliviar su ansiedad y demencia. (El vecino sufrió un derrame cerebral, dice Black Douglas, y para cuando el cartero reportó el olor, el perro hambriento ya le había comido la cara al anciano). Pero después de eso, Giorgio los convence para que lo ayuden a limpiar el contenedor; ha decidido que puede usarlo como un horno gigante. Destapan el desagüe y limpian el mantillo del fondo con una manguera, luego mete tres paquetes de servilletas y un bidón lleno de aceite de cocina usado.

Entonces Giorgio dice: "¿Dónde coño está Tam? Vamos a necesitar leña, mucha leña. Ustedes dos, bajen y ayuden a Tam. Consigan carritos de supermercado. Llénenlos de cosas que se quemen. ¿De acuerdo?"

Cuando no están, Giorgio regresa al Señor de las Papas Fritas y se enjabona el cuerpo peludo con detergente lavavajillas. Intenta lavarse con la manguera del fregadero, pero el calor es insoportable. Temblando, castañeteando, tan caliente que apenas puede respirar, se seca y se pone la ropa de ayer.

Solo necesita una cosa más: una parrilla gigante para su barbacoa. Una vez más, Giorgio tiene un plan. Cuando recupera la sensibilidad en los dedos, sale a ver al Sr. Ashraf.

VI

No, los Ashraf llevan regentando la tienda local desde tiempos inmemoriales. Allá por 1961, el Sr. Ashraf original dejó la granja de su familia en Faisalabad. En Glasgow, trabajaba para su tío vendiendo ropa de puerta en puerta con una maleta. Ahorró durante cinco años y luego regresó a Faisalabad para casarse. Cuando él y la Sra. Ashraf se mudaron a Escocia, usó sus ahorros para abrir una tienda de comestibles en Dundule. Desde entonces, su apariencia se ha vuelto cada vez más tradicional, ¿sabes? Por ejemplo, en los años 60 vestía traje, hablaba inglés y escuchaba a Dean Ford y a los Gaylords. Ahora, solo habla punjabi, tiene una larga barba gris, kurta, gorra taqiyah y todo eso. Ya no trabaja en la tienda, pero a menudo se sienta en el mostrador y escucha casetes del viejo Hafiz Khan mientras sostiene su bastón en una mano y su misbaha en la otra.

Bueno, el plan de negocios de los Ashraf se basa en el trabajo duro y una interpretación liberal de las leyes de licencias. Por ejemplo, llevan abiertos de 7:00 a.m. a 10:00 p.m. todos los días durante más de cincuenta años, sobreviviendo a recesiones cíclicas y a la construcción de un enorme Asda en la misma calle. Hoy en día, suele ser el Sr.

Ashraf Jr. quien atiende la tienda. Al igual que Giorgio, el Sr. Ashraf Jr. no había planeado heredar el negocio familiar; de joven soñaba con ser periodista. Fue elogiado en el Concurso de Periodismo de Escuelas Escocesas por un artículo sobre equipos de críquet escoceses–pakistaníes. Pero en la década de 1980, el periodismo no era una opción profesional viable para un inmigrante pakistaní de segunda generación de Dundule, ¿sabes? En cualquier caso, era su deber aliviar la carga de su padre.

Pero sus propios hijos no tuvieron reparos en rechazar el negocio: sus dos hijos fueron a la universidad y su hija, Khirad, se fugó con un viajero de la New Age. El asunto trajo gran deshonra a los mayores Ashraf, y hasta el día de hoy, el Sr. Ashraf Sr. se niega a pronunciar el nombre de Khirad. Pero el Sr. Ashraf Jr. mantiene una comunicación amorosa en secreto. Khirad se casó con el viajero, por cierto, y con el tiempo dejaron de viajar, y ahora viven en Buxton, donde dirigen un negocio de peluquería canina. Tienen dos hijos. En las fotos que Khirad le envía al Sr. Ashraf Jr. en Convo, sus hijos, los nietos del Sr. Ashraf Jr., están siempre riendo; sus ojos son estrellas felices, sus sonrisas son lunas crecientes.

VII

En fin, la puerta de Ashraf tiene una campanilla de bronce que suena al entrar o salir alguien, y el Sr. Ashraf Jr. siempre mira con una mirada expectante, que rápidamente se transforma en decepción, como si su último cliente nunca fuera quien esperaba ver. Ese día, se ve especialmente decepcionado al ver a Giorgio.

Al apagarse la campana, Giorgio se para sobre la alfombra empapada, sintiéndose como un leproso medieval. "¿Bien?", dice, esforzándose por ver a Ashraf en la penumbra. Los estantes bloquean las ventanas sucias. Aquí y allá, un rayo de luz polvorienta penetra la oscuridad. Las lámparas LED brillan en el mostrador. Es como un pequeño santuario en una cueva.

"¿Por qué hueles tan mal, amigo?", dice Ashraf.

—¿Báltico, eh? —pregunta Giorgio, echando una mirada al mundo exterior.

“Hueles peor que la basura de afuera”, dice Ashraf.

Giorgio se olfatea; para ser justos, todavía *huele* a contenedor. "Joder", dice, "eso es lo que pasa. Huelo a plátanos tuyos".

"Hueles como si hubieras defecado."

“Me cagaría si comiera tus plátanos”.

—¿Qué es lo que buscas de todas formas? —pregunta Ashraf.

“¿Sólo efectivo?”, dice Giorgio, señalando los carteles escritos con rotulador sobre cartón de Ashraf.

"Solamente efectivo."

"¿Ningún crédito?"

"No hay crédito."

Y Giorgio dice: "¿Quién carajo tiene dinero hoy en día?"

—Nadie. El apagón me está matando.

“¿Alguna novedad?” pregunta Giorgio.

Ashraf se inclina hacia adelante en su mostrador, como si fuera a escuchar un buen cuento. "¿Viste mi última publicación en Zoop?", pregunta.

“¿El vodka de Glen está en oferta?”

"No, ¿la campaña de comprar local?"

Giorgio niega con la cabeza. "Sigo sin señal". El año pasado, él y Ashraf abrieron perfiles en Zoop para sus respectivos negocios; son los únicos que ven las publicaciones del otro y

se intercambian "me gusta" diligentemente. "En fin, me refería a noticias de verdad. No, no a tu tienda".

Andy McKay falleció. Su viuda pasó por aquí esta mañana.

“Sobre el poder, los rusos, ¿qué tal?”

Ashraf se endereza y se encoge de hombros. «Había aviones de combate en el aire esta mañana. Estamos en manos de Dios, *Inshallah*».

"Bueno", dice Giorgio, "si el grandullón nos da un ratito más, debería comprarme algunas de esas luces". Señala las lámparas LED que iluminan el mostrador. "Al menos cinco. Pilas y todo".

—No pasa nada, amigo. No tienes suficiente dinero.

Giorgio le respondió: "Sí, pero ya sabes que me conformo. Pronto podré pagarte".

“Así lo harás, amigo, y cuando llegue ese momento feliz, podrás tener una caja de lámparas”.

“Pero nadie tiene dinero.”

"Entonces nadie compra luces", dice Ashraf. "Oye, amigo, lo siento, pero hay una razón por la que llevamos más de seis décadas en el negocio".

“¿Beber siendo menores de edad?”

“Sin crédito. Sin excepciones.”

“Pero el corte de luz…”

Y Ashraf dice: "Con o sin corte de luz. Las reglas son las reglas".

Es solo que ahora Giorgio empieza a pensar que, aunque pueda cocinar, aunque pueda encender su tienda, no tiene medios para aceptar pagos, ¿entiendes? O sea, aunque pida efectivo, los cajeros automáticos no funcionan. ¿Pagarés? ¿Facturas? ¿Trueque? Tiene que haber una solución. ¿Crédito?

—Mira, supongo que no te molestará ni un minuto —dice Ashraf—. Necesito un King Richard.

“Necesitaré un favor a cambio”, dice Giorgio.

"No te voy a dar ningún crédito."

“No, algo más.”

—Está bien —dice Ashraf—. Dos segundos.

Así que Ashraf se arrastra por la trastienda, y Giorgio se encorva tras el mostrador. Mientras Ashraf sube las escaleras, los viejos escalones crujen en una escala ascendente arrítmica. Durante todos los años que se conocen, esta es la primera vez que Giorgio pasa detrás del

mostrador. Es extraño ver las cosas desde la perspectiva de Ashraf, ¿sabes? Hay un bate de críquet escondido debajo de la caja para defensa personal. Encendedores. Sellos. Pegamento. Tarjetas rasca y gana. Luces.

Luces.

Varias cajas de luces LED. ¿Seguramente Ashraf no se perdería algunas? Giorgio se siente fatal por esto; la verdad es que Ashraf solo se trata de su mejor amigo. Quizás sea porque sus vidas han sido tan parecidas. Pero esto es más que una amistad, ¿sabes? Se trata de su familia. Comprueba que la tienda esté vacía (en el rincón más alejado, Ashraf tiene un espejo antirrobo con forma de escudo que protege sus puntos ciegos) y luego se llena los bolsillos de luces.

Cuando Ashraf regresa, Giorgio siente la necesidad de confesar.

"Eso fue brutal", dice Ashraf. "Como parir un erizo".

Giorgio no sabe qué hacer con sus manos.

“¿Y bien?” dice Ashraf.

"¿Qué?

“¿Estabas buscando un favor?”

—Bien. Sí. Necesito que me prestes una de tus rejas. Las ventanas de los Ashraf están cubiertas con mallas de alambre oxidadas que protegen los cristales desde los setenta, ¿entiendes?

Y Ashraf dice: "¿Por qué haría eso?"

“Como un favor.”

“¿Me parezco al Dr. Barnado?”

Giorgio le dijo: "Te daré todo lo que puedas comer. Tú, el viejo, la señora Ashraf, podéis comer gratis".

—No estoy seguro, Giorgio. He probado tu comida.

“Y podéis tener dos latas de zumo cada uno”, dice Giorgio, tocando las luces encendidas a través de su chaqueta.

“¿Y qué pasa con los nietos?”

“Son bienvenidos.”

“¿Y el primo Hamza?”

“Amigo, toda la comunidad pakistaní puede comer mi exquisita comida halal gratis”. Giorgio vende carne halal que compra barata a su primo Hamza, un secreto que solo conocen Giorgio y la comunidad pakistaní.

Entonces Ashraf pregunta: “¿Qué harás con esto?”

Y Giorgio dice: "Es una parrilla, ¿verdad? Y yo me dedico a las parrillas".

El Sr. Ashraf Jr. tarda treinta minutos en encontrar la llave y abrir los candados oxidados. Luego levanta una malla de la ventana y observa cómo Giorgio se contonea hacia el Señor de las Papas Fritas, con los bolsillos llenos, agarrando la reja como si fuera su compañera de un vals macabro.

VIII

En fin, al final de la tarde del primer día, Giorgio llenó el contenedor con tres carritos de leña y encendió el horno con una antorcha de servilletas encendidas. El aceite de cocina se enciende con un zumbido demencial y pronto las llamas escupen a través de la rejilla de ventilación de Ashraf. Al principio, el calor es un alivio del calor, pero pronto el infierno se vuelve insoportable. Giorgio se quita el chaleco y observa cómo el letrero de plástico del contenedor se derrite y gotea a rayas. El fuego huele cancerígeno. Como si gran parte de la madera estuviera pintada o barnizada, y parte ni siquiera fuera madera. Pero a medida que la cosa se calma un poco, Tam comienza a tirar la carne descongelada sobre la rejilla de Ashraf. Trabaja encima de las cajas de pan,

volteando la carne con las pinzas. Y el horno funciona: la comida está carbonizada en minutos.

"¿Cómo paga la gente esto?", pregunta Tam, ahora drogado con opiáceos y con mucho frío. "Las terminales no funcionan".

“Trueno”, dice Giorgio. “Me ofrecen algo y yo decido si es un buen trato o no. Cuando volvamos a estar conectados, lo llevo a Cash Generator[5]. Déjame pensarlo a mí, ¿vale? Tú solo asegúrate de hacer las hamburguesas. Nada de carne cruda, ¿vale? Si algún capullo se intoxica, les mandaremos tubos de la Agencia de Normas Alimentarias otra vez”.

En la cocina, Giorgio le muestra a Marjorie cómo cortar los panecillos. Le muestra cómo abrir un panecillo y disparar la pistola de kétchup a los lados.

Marjorie lo imita, tarareando himnos del Reino mientras trabaja. Dice: «Eres como Jesús alimentando a los cinco mil».

Giorgio le quita la pistola y dispara más kétchup; la pistola hace un ruido como de pedo. "Así", dice. "Hay un montón de kétchup, ¿verdad? Pon tanto que nadie pueda saborear

5 Cash Gen UK Limited, que opera bajo el nombre comercial de Cash Generator, es una tienda de compraventa. La empresa se describe a sí misma como una tienda de compra, venta y recompra. Su actividad principal es la compra y venta de artículos de segunda mano, principalmente aparatos eléctricos, productos de entretenimiento y oro.

nada más. Y cebolla... a todos les gusta el kétchup y la cebolla".

Después, encuentra el marcador del congelador y, en cajas de cartón, garabatea "COMIDA COCINADA: HAMBURGUESAS DE POLLO, PESCADO O JAMÓN". Pega las cajas a las ventanas delanteras y cubre las fotos descoloridas de la comida. Luego abre la puerta, imaginando el orgullo de su padre.

IX

Y no se equivoca: pronto el Señor de las Papas Fritas estará más concurrido que nunca. Está tan lleno de gente que no se puede ver el suelo. Giorgio dice: "¿Quién sigue? Tú, el grandullón. ¿Qué estás intercambiando? Sí, te lo quito de encima. ¿Qué vas a tomar? Pollo, jamón o pescado. Vamos, ¿eh? No es una partida de ajedrez. Bien, tú, la chica peludita. Mientras Kasparov reflexiona. No es broma, pero ¿parezco que necesito un champú? ¿La comida huele a quemada? Es porque está quemada. Si no te convence, te doy el número de atención al cliente. ¿Tú, Ginger? ¿Pollo? ¡Sonido! ¿Qué es esto? No voy a aceptar un maldito llavero con abrebotellas. No para ninguno de vosotros. ¿Qué tal tu reloj? Por Dios, cálmate, Faither Time. Hombrecito, ¿qué buscas? Una

hamburguesa, Marjorie. Sí, dala aquí. ¿Ya has elegido, amigo? Jamón entonces. Otro jamón, ¡Marjorie! ¿Qué? No veo qué es. ¿Un spa de pies de lujo? ¡Oye, te doy tres por eso! ¡Pollo y dos de jamón, Marjorie! Bueno, ¿quién sigue? ¿Tú, la del pelo raro? Sí, hay una opción vegetariana. Compra una hamburguesa y cómete el pan, ¿eh? ¿Y tú, amigo? Otro pollo, Marjorie. Anda, cógelos mientras estén calientes. ¿El tuyo estaba caliente? Pon una reseña en TripAdvisor. ¿El siguiente? ¿Tú, grandullón? Sí, me quedo con tus navajas. ¿Qué clase de pescado es? ¿Cómo carajo voy a saberlo? Un pescado es un pescado, ¿no? ¿Lo quieres o qué? Bien hecho. Otro pescado, Marjorie. ¡Vamos, vamos! La mejor comida cocinada del pueblo. *Solo* comida cocinada del pueblo.

X

En resumen, a las ocho de la noche, la pequeña oficina de Giorgio está abarrotada de viejos Ilos y AppleBerries, una recortadora de barba, un enchufe inteligente de Amazon, un monitor de bebé Kodak, rodilleras de gel Amtech, un masajeador rejuvenecedor para el cuero cabelludo, el *libro de cocina de la dieta cetogénica para olla de cocción lenta*...

Es una barbaridad, pero en fin, valdrá una fortuna en Cash Generator, ¿sabes?

En fin, estaban limpiando bajo la tenue luz LED, cuando oyó un rugido, un traqueteo y un chirrido de cristales rotos. Salió corriendo para bajar las persianas de seguridad, y la calle era un caos total con chicos encapuchados. Había un montón de chicos con pañuelos en la cara destrozando la vieja furgoneta de Black Douglas. Tenía el parabrisas destrozado, las ventanillas destrozadas, y ahora estaban estrellando la furgoneta en medio de la calle. Pero ¿qué le iba a hacer Giorgio? Tiene que bajar las persianas antes de que le rompan los cristales.

Porque aquí está la cuestión: ocupado comerciando con sus acciones descongeladas, Giorgio nunca vio cómo el cielo se oscurecía al salir humo de Westbridge, ni cómo Elmore Road se volvía más silencioso mientras la gente, más alerta, se refugiaba en sus casas. Nunca oyó las sirenas ni olió la locura.

Y ahora, tras cubrirse, se dirige con dificultad hacia el frente de la multitud, con los ojos ardiendo como si hubieran estado cortando cebollas. Hay bolsas de basura humeantes y un aire tan tóxico que le da escalofríos. Y mira esto: la ventana desprotegida de Ashraf está destrozada en la acera, las estanterías están derribadas, la gente entra a la tienda a empujones. Y Giorgio dice: "¿Dónde está Ashraf?". Y se

siente bien por haberse llevado la reja de la ventana y, bueno, ¿entiendes?"

Allá arriba, la calle está bloqueada por el fuego. Los edificios de viviendas, iluminados por las llamas, se tambalean bajo las olas de calor. Dos chicos intentan extraer gasolina de una moto volcada. Un tipo chupa un trozo de manguera y su amigo alinea botellas de cerveza vacías. Bombas molotov. Es una locura. Se ha ido todo como en el puto *Mad Max.* Giorgio corre de vuelta al Señor de las Papas Fritas, jadeando entre un humo tan denso y negro que no puede ver.

Y para el mediodía, la camioneta de Black Douglas está en llamas, ¿verdad?, y Black Douglas ya está en la carretera, sacudiendo la noche, con la cara aún más roja bajo el resplandor del fuego. Grita: "¿Quién demonios ha hecho esto? ¿Quién de ustedes, cabrones, ha incendiado mi camioneta?". Hay gente caminando hacia la pelea, otros sentados en los bordillos, bebiendo botellas de Fae. Hay un grupo de hombres reunidos alrededor de la camioneta en llamas, calentándose las manos como si estuvieran en una hoguera.

"¿Quién carajo hizo esto?" dice Douglas, agarrando a un pequeño por el cuello.

Y el pequeño le dice: "Vete a la mierda, idiota". Y empuja a Douglas tan fuerte que el viejo se tambalea hacia atrás y cae de culo.

Así que Giorgio lo ayuda a levantarse. Le dice: «Déjalo, Douglas. Son demasiados». Abre la persiana mientras una botella se estrella contra la pared y la metralla les da en la cabeza. «Vamos», dice, tirando de Douglas hacia adentro por el hombro.

“Quemaron mi maldita camioneta”, vuelve a decir Douglas.

Giorgio cierra la persiana con un golpe seco. La cierra. Recobra el aliento. "Ya estaba rota, ¿no? "

“Sí, pero iba a repararla. ¿De dónde sacaste tus luces?”

"No importa", dice Giorgio. Marjorie se ha quedado dormida mientras recoge la última mesa. Está desplomada precariamente en el borde de la silla, así que Giorgio la ayuda a incorporarse. "Escucha, Douglas", dice. "Sé que no puede reemplazar a tu furgoneta, pero me fue bien hoy, y me ayudaste, así que... Digo, si quieres algo, eres bienvenido a pedirlo primero".

¿Sí? ¿Qué tipo de cosas?

“Continúa y mira.”

Mientras Douglas revisa los objetos intercambiados, Giorgio por fin se sienta. Marjorie ha recogido la mayoría de las mesas, pero Tam aún no ha sacado la basura, así que hay bolsas de basura en la encimera y en el suelo con huellas de pisadas. El chorro del fregadero silba desde la trastienda, donde Tam está lavando con agua fría. Sobre la encimera, un cartel de cartón cuelga de una esquina como un trepador desesperado.

“¿Puedo llevarme el altavoz inteligente?” grita Douglas.

"Sí", dice Giorgio. Mira a Marjorie, durmiendo mientras el mundo arde. Esta es la familia con la que se ha quedado, la maldición de la que no puede escapar. Marjorie, Tam y Black Douglas. Y el Sr. Ashraf Jr.

"¿Me das el masaje de espalda?" grita Douglas.

—Sí. —Giorgio piensa en su padre, su esposa, su hijo. Piensa en todo lo que ha perdido.

“¿Y las rodilleras?”

“Llévatelas”, dice Giorgio.

“¿Qué pasa con el…?”

"Lo que sea", dice Giorgio. Se pregunta qué estará haciendo su hijo. Si hay un corte de luz donde vive Gianfranco Jr., si hay disturbios, si está a salvo. Se imagina a

Gianfranco Jr. columpiándose en una estructura de escalada y se pregunta si, quizás, Gianfranco o su madre estarán pensando en él.

Capítulo V

EL LIBRO DE LOS AMORES NO VIVIDOS

I

Entiende esto: ¿Cuántas vidas y amores que nunca viviste existen? El que se escapó o *no se* escapó; aquel que en otros mundos, ustedes son el uno para el otro.

Tomemos como ejemplo a Donna McAdam. Cuando Donna tenía veintitrés años se acostó con un francés del que no le importaba mucho, salvo que tenía la palabra "quizás" tatuada con runas en el hombro, y se pasaba la noche en vela diciéndole una y otra vez que era guapa. El francés había ido a Dundule para experimentar la auténtica Escocia, y ya estaba harto: al día siguiente se iba a Burkina Faso con una ONG para dar clases.

Así que solo tenían veinticuatro horas juntos, ¿verdad? Pero para Donna fue suficiente para enamorarse. Cuando se despidieron en la estación de tren, fue como una película. El francés se colgó del vagón, agarrándose a la barandilla, rogándole que lo siguiera a África. La escuela donde iba a trabajar nunca tuvo internet, pero le escribió la dirección y le hizo prometer a Donna que le escribiría.

Y lo hizo. Esto fue antes de que sus padres enfermaran, antes de sus dos cánceres, cuando no había ni una sola razón para que Donna se quedara en Dundule. Así que le escribió, pero él nunca le contestó. Pasaron los meses y la vida siguió su curso, y Donna empezó a salir con un chico de la zona que trabajaba en el mostrador de la pescadería de Asda. Luego, en Navidad, el francés le envió un correo electrónico. Estaba de vacaciones en París. "¿Por qué nunca le escribiste?", te preguntaba.

Así que, verás, *él* pensó *que ella* no le había escrito, y *ella* pensó *que él* tampoco. La carta de Donna, con sus chistes, sus corazoncitos de bolígrafo y sus emocionantes planes de viaje, nunca llegó. Quizás esté perdida bajo una alfombra en el Centro de Distribución de Heathrow, o sus últimos jirones aún vuelan por la sabana como fragmentos de pergamino antiguo. Da igual. Para cuando se resolvió el malentendido, la vida había seguido su curso para ambos. Ella nunca se mudó a África y nunca volvió a verlo.

Sí, pero siempre se lo ha preguntado, ¿eh? ¿Y si...? ¿Qué habría pasado si su carta hubiera sido entregada? Bueno, hay otros mundos, tan reales como su propia vida, tan reales como *la tuya,* en los que su carta *es* entregada.

La mayoría termina mal. Por ejemplo, hay mundos en los que muere en un accidente aéreo en el aeropuerto de Uagadugú. La mayoría suele pasar, y Donna se queda quieta y no se mueve, o se muda pero la vida en África no le conviene, o se adapta a la vida en África pero ella y el francés no se llevan bien. Aun así, su éxito como pareja era *posible,* y existe.

Por ejemplo, hay un mundo donde, después de su estancia en Burkina Faso, el francés sigue a Donna de vuelta a Escocia, y se ven esporádicamente durante unos años, pero con el tiempo se enferma y le pide a Donna que se mude con él a Nantes, donde viven con sus padres, que la quieren como a una hija. Luego, cuando se acercan a los treinta, se mudan a Brassac –les–Mines, donde el francés da clases en la escuela elemental y Donna da a luz a sus dos hijos, Maisie y Lachlan. Tienen un soporte para botas de agua con forma de erizo, un todoterreno Renault y una valla de jardín que Donna pintó de azul.

Así que, escucha: lo que se escapó *no* se esfumó. En otro mundo no perdiste ese número de teléfono, o nunca subiste a ese avión, o dijiste "sí, lo haré". Si es posible, existe. Así que tómate un momento para evocar el olor de su cuello y el

sonido de su risa. Piensa en todos los años que podrían haber pasado y disfruta sabiendo que existen.

II

Sí, pero en el mundo donde Donna vive con sus hijos en Brassac–les–Mines, Ava no existe. Su existencia depende de las fallas del sistema postal internacional. Es una locura, ¿verdad? Pero cada detalle de la vida de Donna, cada detalle de cada vida, es tan improbable como inevitable.

Tomemos como ejemplo el trabajo de Donna. Donna se enteró del trabajo en Nordenholt Data Analysis, una década después de conocer al francés, cuando tenía treinta y tantos años y trabajaba en el Railway Arms. Una noche lluviosa, atendió a un grupo de hombres que nunca había visto. Resulta que estos hombres eran miembros del club de los SoD (los Supervivientes de Dundule) en su noche de Navidad. (Por cierto, era solo octubre, pero el lema de los SoD es "Hazlo pronto y hazlo duro"). La cosa es que ella no debería haber estado allí, porque debería haber sido el turno de su compañero de trabajo, pero él quería la noche libre para poder llevar a su madre a ver Dragonhide en Barrowlands, a lo que solo iba a ir porque la hermana de su

madre, que iba a llevarla, se había caído del escalón de la cocina y se había roto la cadera, y la única razón por la que su madre tenía entradas era porque las había ganado llamando por radio.

Y Donna jamás habría hablado con uno de los supervivientes si su amigo no hubiera roto un vaso de cerveza. No vio cómo sucedió; estaban sentados detrás del carlino, pero había sangre, vómitos y gritos. Solo era un corte en la mano del chico, pero un tipo con barba empezó a practicarle reanimación boca a boca. Alguien más sufrió un ataque de pánico. Para cuando llegaron las ambulancias, solo quedaba un tipo: un pelirrojo llamado Kieran.

Tenía el pelo corto y puntiagudo que no le sentaba bien a su cara redonda. Su piel descamada tenía rastros de acné, y de alguna manera su rostro le recordaba a cuando se puede ver la luna durante el día. Estaba medio borracho, así que la hizo seguirlo a Friendster y charlar con ella sobre cómo podía conseguirle un cómodo trabajo de oficina en su empresa. Cuando dijo *su* empresa, sonaba como si fuera suya. De hecho, Kieran es el encargado del edificio, pero solo se asegura de que haya una recepcionista en la recepción y de que el personal de limpieza haya venido. Encarga la reparación de los dispensadores de agua y maneja el presupuesto de mantenimiento; básicamente, es el encargado, ¿sabes? Pero le explicó a Donna cómo pasar la solicitud por Recursos Humanos, y formó *parte* del panel de entrevistas, aunque además de dos colegas más veteranos

que toleraron su presencia como una comisión infantil podría consentir a un niño con TDAH. En fin, no podía quejarse de que se hubiera presentado falsamente en su primera reunión; En ese momento, estaba embarazada de Ava.

Según la experiencia de Donna, los hombres son tan predecibles como el sol naciente. En igualdad de condiciones, un hombre elegirá a la más delgada de dos mujeres, con la misma certeza con la que un sube y baja se inclinará con la más gorda de dos niñas. Y si un desconocido en un bar quiere ayudarte, tarde o temprano querrá acostarse contigo. Pero cuando empezó en Nordenholt Data Analysis, Kieran la ignoró tan completamente que parecía que *ella* era la rechazada. Cuando se le empezó a notar la barriga y solicitó la maternidad, él continuó prestándole incluso menos atención que a los filodendros medio muertos de la oficina.

Pero una vez que se dio cuenta de que el padre de Ava no iba a volver, la relación de Donna con Kieran se volvió terriblemente inevitable. El destino parecía decretarlo. No era algo que ella deseara, solo algo que había llegado a aceptar, como envejecer. Pero año tras año, nunca sucedió. Llegó al punto en que no sabía cuál de los dos se mantenía firme contra su destino. Entonces, dos meses atrás, en la copa de Navidad, Donna hizo el movimiento que él nunca había hecho. Se emborrachó, se sentó en su regazo y le pidió ver el tatuaje del as de picas en su bíceps. Más tarde, en el

estacionamiento, le bajó la cremallera. Su pequeño miembro se hinchó, pero después de un minuto o dos se le quedó flácido en la boca. De alguna manera, la vergüenza de su impotencia se le había transmitido, como una enfermedad venérea.

III

Pero esa mañana, después del apagón —la mañana del primer día—, la relación entre Donna y Kieran se siente inevitable de nuevo. Nadie más se presenta a trabajar, y a Donna le preocupa la pregunta que ella y sus compañeros de la escuela solían hacerle: ¿Te acostarías con él si fuera el último hombre en la Tierra?

Las escuelas están cerradas, así que Donna trajo a Ava, que se sienta en el escritorio más alejado, dibujando ponis lo mejor que puede con los guantes puestos. Kieran mira a Donna, mira a Ava y mira las terminales vacías. Normalmente usa camisas de vestir con estampados de cachemira, pero ese día lleva una chaqueta de supervivencia verde escocesa que parece tener un armiño alrededor del cuello. Con la calefacción apagada, sus alientos flotan en el aire como globos de diálogo vacíos.

Tras un momento incómodo, Kieran señala con la cabeza los escritorios vacíos. "No es exactamente el espíritu del Blitz, ¿verdad?"

"Supongo que no se puede hacer mucho cuando las computadoras dejan de funcionar", dice.

“Ese no es el punto. Estás aquí”.

"No soy analista". Ninguno de los dos es analista. De hecho, ninguno entiende a qué se dedica la empresa. Los analistas son jóvenes que hacen bromas sobre la inferencia bayesiana y los modelos lineales generalizados. Se envían correos electrónicos escritos en idiomas inventados por Tolkien.

En fin, Ava pronto se aburre, se pone nerviosa e inquieta. Sigue probando las computadoras, esperando que alguna se encienda, así que Donna le dice: "Mira, te mostraré con qué jugábamos". Se quita los guantes y le enseña a Ava cómo hacer uno de esos adivinos de origami con los que jugaba en la escuela.

Entonces, mientras Ava se va a hacer de adivina, Kieran vuelve a ver a Donna. Llevan semanas renovando el exterior del edificio, pero ahora la oficina está tan silenciosa que Donna puede oír sus latidos. Kieran dice: «Algo no va bien». Es un poco obvio: después de todo, están en una oficina vacía sin electricidad. Dice: «El teléfono fijo no funciona. Eso

significa que la centralita se ha quedado sin electricidad. Así que el diámetro del área afectada es de al menos dieciocho kilómetros. Lo que significa que nos enfrentamos a un apagón de dieciséis horas en al menos 240 kilómetros cuadrados».

Donna comprueba que Ava no esté escuchando. "¿Es malo?"

—¿Malo? ¡Se ha desatado la cosa! —dice Kieran—. Tienes que venir conmigo. Agarra a la niña.

Noo, Donna está cada vez más cabreada por estar ahí (hace un frío glacial y, obviamente, no hay manera de que se cierre ningún negocio hoy) y quizá también sienta un poco de curiosidad por este nuevo y asertivo Kieran, pero hay algo más y, ¡ay!, tiene miedo. En el fondo, sabe que Kieran tiene razón; tiene razón, igual que un reloj roto a veces acierta. Lleva prediciendo escenarios de SHTF desde que el error del milenio salió en las noticias. Noo, por fin, su deseo se está cumpliendo. Si la vida es realmente una historia, piensa, entonces tiene que ser la autora de su próximo capítulo. Así que se levanta y llama a su hija.

"Espera", dice Ava. "Ya terminé".

"Un segundo, Kieran", dice Donna.

Y Kieran dice: "No hay tiempo que perder. Sabes que soy un exreservista del Ejército, ¿verdad?". Abre la cartera para

mostrarle a Donna una tarjeta de descuento de las Fuerzas Armadas de Su Majestad, que ya estaba obsoleta. Luego la guarda con un gesto, como un vaquero enfundando una pistola. "Parece que los equipos de respuesta de categoría uno y dos están desbordados. A estas alturas, las Fuerzas de Reacción ante Contingencias Civiles deberían estar preparadas. Podríamos estar ante una situación de pérdida de la estructura de mando".

"¿Qué significa eso?" dice Donna, metiendo lápices y bocadillos en la pequeña mochila de Ava.

Kieran dice: "Probablemente una reducción del 85% de la población en un mes".

"Eso no tiene gracia", dice Donna mientras se cuelga el bolso.

“No tiene nada de gracioso que la mierda golpee al ventilador”.

"Listo", dice Ava. Sostiene su adivinador en alto, como un camarero que lleva un vino caro. "Tienes que elegir un número".

“No es momento para juegos”, dice Kieran.

“Lo mejor es hacerlo”, dice Donna.

Y Kieran respondió: "Bien. Cuatro".

Ava abre y cierra la adivina cuatro veces. "Noo, tú eliges un color".

—Como sea —dice Kieran—. Negro.

“B – L – A – C – K. No elige otro color.”

"¿Cuánto tardará esto?", dice Kieran, mirando la esfera del reloj. "No sé. Amarillo".

—Estoy lista para revelar tu futuro. —Ava abre la solapa con precisión y lee su propia letra—. Moriremos en una explosión nuclear.

IV

Donna siempre imaginó que Kieran viviría con su madre, así que le sorprende gratamente que tenga su propia casa. Huele a sudor, pintura y pegamento. Aunque Kieran no es alguien con quien te imagines trabajando —es decir, tiene la complexión de una masa húmeda—, en una sala, entre las camisas arrugadas y los platos sin lavar, se apilan pesas y mancuernas rusas junto a un entrenador de suspensión y un balón suizo desinflado.

La otra sala está cubierta de periódicos. Los focos apuntan a un escritorio con miniaturas de aviones. Pequeños soldados de infantería con cascos verdes están de pie junto a centuriones romanos y un tanque panzer. Hay pinceles, botes de pegamento, dados de veinte caras y cientos de botes de pintura acrílica en miniatura.

Donna lanza una pequeña exclamación de sorpresa, que Kieran malinterpreta como interés. Así que las acompaña a ella y a Ava arriba, pasando junto a ordenadores obsoletos y una aspiradora abandonada, hasta su habitación de invitados. Sobre una mesa grande, ha colocado una maqueta detallada de la Batalla de la Granja Carenille. Kieran explica cómo planea usar su tanque M4 Sherman y un cañón antitanque de 57 mm para contrarrestar la amenaza del Hanomag alemán.

“No es momento para juegos”, dice Ava.

Kieran la ignora. Se acerca a Donna: "¿Estará bien sola unos minutos? ".

Ava dice: "¿Cómo? ¿Qué estáis haciendo?"

“Una charla de adultos”, dice Kieran.

"¿Puedo jugar con tus soldados?" dice Ava.

Y Kieran dice: "¡No! No los toques. Lo digo en serio". Señala con el dedo acusador y mantiene la pose. "No son juguetes".

"Pórtate bien", dice Donna, besando la cabeza de Ava. Luego sigue a Kieran a su habitación. Hay ropa sucia esparcida en poses de muerte por el suelo, y la habitación huele a funda de almohada sin lavar. En la pared hay una bandera de Gadsden[6] con una serpiente de cascabel y la frase "NO ME PISES". Junto a eso hay una escopeta y dos pistolas de aire comprimido.

“¿Tienes armas?” dice ella.

—Claro. ¿Pero conoces el arma más valiosa en esta situación?

Por alguna razón, Donna decide adivinar. "¿Amor?", pregunta.

¿*Amor?* ¡No puedes matar a un oso grizzly con amor! — Coge un walkie–talkie de la mesita de noche llena de tazas. No, *esta* es tu arma más valiosa.

“¿Un walkie–talkie?”

"No", dice, girando la manivela. "Es una radio portátil de aficionado con generador de manivela. En una situación de supervivencia, esta radio es tu mejor opción de contacto.

---

6 La bandera de Gadsden es una bandera de origen estadounidense. Es una bandera de fondo amarillo, en cuyo centro hay una serpiente cascabel en espiral y en posición defensiva. Como símbolo, representa el constitucionalismo, el liberalismo clásico y el libertarianismo. También es utilizada por el “anarcocapitalismo”.

Ahora, averigüemos qué está pasando". Cuando termina de girar la manivela, juguetea con los interruptores y diales de la radio. La radio emite un zumbido agudo, el suave susurro de una interferencia, un zumbido más profundo de estática.

Donna dice: "¿No tienes una radio normal?"

“Estamos usando el jamón”, dice Kieran.

“No funciona”, dice Donna.

“Por supuesto que funciona.”

Donna dice: "Seguro que tengo una radio vieja en casa, solo necesita pilas".

—Maldita sea —dice Kieran—. Intentémoslo afuera.

Así que sigue a Kieran escaleras abajo y sale a su pequeño jardín delantero. Una bolsa de basura está abierta, su contenido macabro está expuesto: envases de yogur, la revista *Bushcraft and Survival Skills,* trozos de papel de cocina con pintura, una lata de Tennent's aplastada, una toalla vieja manchada de rojo con pintura o sangre. Envoltorios de comida se arremolinan en el viento gélido.

"Maldita sea", dice, cuando aún no tiene señal. De repente, suena música. "¿Qué cojones es esto?", pregunta Kieran.

"*Shhh*", dice Donna. La señal es débil, pero el DJ está hablando al final de la canción, y ella quiere oír lo que dice. "Frankenhausen en Favourite Hits. ¿Recuerdan esa canción? ¡Menudo verano aquel! ¡Menudo invierno *este*! Espero que dondequiera que estén escuchando, estén sanos y salvos. Tenemos a Malign Fiesta y Bob Marley en camino, para animarlos, justo después de esto.

Este es un mensaje del gobierno del Reino Unido. El país se enfrenta a un importante desafío energético que ha obligado a suspender la cobertura eléctrica universal. Es posible que vuelvan a experimentar interrupciones en sus servicios de electricidad, gas, internet y teléfono. Les rogamos paciencia. Juntos, venceremos. Los controles fronterizos, los sistemas de defensa, la policía y los servicios de emergencia del país están operando a plena capacidad. Estamos trabajando arduamente para normalizar la situación y no hay motivo de alarma. Pero necesitamos *que* pongan *de su* parte. Quédense en casa. No viajen. Respeten el toque de queda nacional al anochecer. Esto significa que no pueden salir de casa entre el anochecer y el amanecer, excepto para trabajar en servicios esenciales. No hay motivo para el pánico y hacemos un llamamiento al pueblo de Gran Bretaña a mostrar paciencia, resiliencia y calma. Somos grandes. Somos Gran Bretaña.

La música se reanuda de fondo. «Así que ese es el mensaje: quédense en casa, mantengan la radio encendida, no se asusten».

Kieran entra en pánico. Agarra la muñeca de Donna, la jala adentro, abre una pequeña puerta debajo de las escaleras. Imagínate esto: tiene este armario triangular debajo de las escaleras, a la derecha, y ha clavado paneles de acero por sus paredes y por la pendiente de las escaleras. Hay espacio para que una persona se pare donde las escaleras son más altas, y una silla donde el techo baja. Kieran pasa por delante de Donna y recupera una linterna de manivela. La enciende a la altura de la entrepierna y luego se la ata a la cabeza. Cuando mira más profundamente en el armario, Donna sigue el haz de luz y ve que debajo de la silla hay un recipiente de plástico que dice "solo orina y heces". Detrás de la silla, el espacio de arrastre está abarrotado de latas de carne en conserva, bidones de agua de plástico, frascos de miel, paquetes de fruta seca. Es un refugio de supervivencia, ¿sabes?

—Entra —dice Kieran—. Siéntate. La toma de la mano mientras ella salta al suelo de tierra. Cuando se sienta, la sigue adentro y cierra la puerta. Están apretados, su entrepierna a centímetros de su cara.

"¿De verdad crees que esto es necesario?", pregunta. Una parte de ella todavía se pregunta si este es el plan de Kieran para conseguir otra mamada; en ese caso, habría sido mejor que le comprara una botella de Prosecco.

Probablemente. Básicamente, tienes dos opciones: quedarte donde estás o largarte. Si el peligro inmediato son

disturbios civiles a gran escala, tendrás que mudarte al campo. Así que necesitas empacar una mochila de emergencia con ropa de abrigo de repuesto, pastillas potabilizadoras de agua, un botiquín de primeros auxilios, un cuchillo de supervivencia, una bolsa de vivac, cables de trampa, un encendedor a prueba de viento, un hornillo portátil y un sedal trenzado.

Cuando le habla, la linterna es tan brillante que Donna tiene que cerrar los ojos.

"Pero", dice Kieran, "si la amenaza inmediata viene de un bombardeo, radiación, un ataque biológico, entonces necesitarás un refugio como este. Mira". Empieza a mover la cabeza, iluminando los objetos dispuestos en los estantes: un botiquín de primeros auxilios, una máscara de gas, cuatro rollos de papel higiénico (serán suficientes, dice, siempre que use un máximo de dos hojas por trabajo), una caja de herramientas, una caja de arena para extinguir incendios, un cuaderno y un lápiz. Cerca de la silla hay una pila de revistas viejas y destartaladas, a la derecha, y la revista de la parte superior se llama *Teenage Schoolgirls.* La modelo de la portada parece de al menos cincuenta años. Tiene una permanente de los 80 y una cara que sugiere décadas de fumar y un divorcio amargo. Tiene un osito de peluche en la mano y chupa una piruleta. Es jodidamente raro.

Donna dice: "Lo siento, no intento ser graciosa, pero no estoy segura de qué es exactamente lo que está pasando aquí".

Y Kieran dice: «Es probable que estemos ante un ciberataque ruso. Hay otras fuerzas con motivos y capacidad, pero Rusia tiene antecedentes. Entonces, ¿cuál es su objetivo? ¿Comprometer los sistemas de defensa británicos antes de un ataque con misiles? Improbable. Si se trata de un ciberataque, entonces su objetivo es la infraestructura eléctrica, en consonancia con su actual guerra energética. Hemos desplegado aviones F35 Lightning, así que los sistemas de defensa están…»

Donna dice algo como: " Quise decir, ¿qué pasa *aquí* entre nosotros? "

Pero Kieran simplemente dice: “Su objetivo principal probablemente sea paralizar el poder económico y militar de Gran Bretaña provocando desórdenes civiles”.

Entonces Donna dice: "¡A ver si tienes razón y las cosas se ponen muy mal! No tengo tiempo para entender todo eso que dijiste. No tengo tiempo para construir un refugio".

Pero Kieran simplemente dice: "No podemos descartar un ataque nuclear, pero es probable que tengamos más miedo unos de otros que de las bombas rusas".

Entonces Donna entrecierra los ojos ante su linterna y dice: "¿Podríamos compartir nuestras provisiones?". Se pregunta por qué espera a que él haga algo. ¿Ha abandonado por completo eso de ser la autora de su propia historia? ¿Debería ser *ella quien decida* qué sucederá después? Está sentada allí, con los ojos cerrados para protegerse de la luz brillante, la cara a centímetros de la entrepierna de Kieran, y... No es algo que haya pensado bien. Es como si estuviera pensando en Ava y en esta catástrofe que podría estar a punto de golpearlos, y es casi como un instinto de supervivencia o algo así, ¿verdad? Porque antes de darse cuenta de lo que está haciendo, levanta la mano y... Bueno, básicamente, aprieta la entrepierna de Kieran. Más tarde, no podrá recordar exactamente lo que dijo: "Podemos cuidarnos mutuamente, ¿sabes?" o algo así.

Pero Kieran reacciona como si le hubieran disparado con una pistola eléctrica. Retrocede con fuerza, tirando la máscara de gas del estante. "¡*Guau!*", exclama.

“¿Qué?” dice Donna.

—¡Guau! —repite. Agarra la puerta y la empuja, saliendo del oscuro refugio como una criatura que emerge de debajo de una roca.

“¿Qué?” dice Donna.

Entonces dice: «Donna, escucha». Hace una pausa para elegir las palabras, como si fuera una niña pequeña que no pudiera entender. Está agachado junto a la puerta, y ella sigue en el refugio. Dice: «No puedo cuidar de ti y de la niña. Lo siento. Esto… El escenario SHTF… Tengo planes».

“¿Y yo no estoy en ellos?” dice Donna.

Lo siento. No eres tú, soy yo.

Donna sabe que el tiempo pasa y no habla. Tiene la boca abierta, como esperando un beso que nunca llegará. Se preocupa por su fiesta de despedida en la escuela: bebió demasiado rápido y se abalanzó sobre Ryan Patterson, sin darse cuenta de que tenía vómito en el pelo. Él la apartó, riendo y fingiendo náuseas. «Puta guarrilla»: recuerda sus palabras exactas.

"Toma", dice, ofreciéndole la mano a Donna. Tiene la mano húmeda como una babosa. Cuando están de pie en el pasillo, donde la luz del día se filtra por la puerta esmerilada, dice: "Lo entiendes, ¿verdad?".

Ella empieza a subir las escaleras. "¿Ava? ¡Vamos!"

“Por fin”, dice Ava.

Donna se queda parada en la puerta y observa cómo Ava recoge sus cuadernos para colorear y guarda todos los

lápices en su estuche. "¿Lo tienes todo?", pregunta Donna, parpadeando y secándose los ojos.

Kieran espera en las escaleras. Mientras empiezan a irse, dice: «Espera, una cosa más. Pronto será cada uno por su cuenta y no puedes confiar en nadie. Eso me incluye a mí. Dudo que nos volvamos a ver, Donna, pero por si acaso, te lo advierto. En una situación de supervivencia, haré lo que tenga que hacer». Se detiene cuando Ava pasa apretadamente, con su pequeña mochila y sus lápices y libros para colorear bajo el brazo. «Buena suerte», dice, levantando la palma de la mano como si detuviera el tráfico.

Al llegar a la puerta, Donna se detiene y busca en su bolso el origami de Ava. Está arrugado junto a los dibujos de ponis y el maquillaje de Donna, y Donna lo moldea con los dedos mientras está de pie en la puerta de Kieran.

"¿Qué haces con eso?" pregunta Kieran.

"Toma", dice Donna. "Por si alguna vez te preguntas qué sigue". Lo pone en la mesita del recibidor y se adentra en el fin del mundo.

V

Tras la marcha de Donna, Kieran se reconcilia: el frio pronto será mortal para los desprevenidos, pero él lleva su parka de expedición forrada de piel, una capa base de lana merino, un forro polar térmico, pantalones cargo con aislamiento, tres pares de calcetines, un cortavientos con orejeras, un pasamontañas con agujeros para los ojos y guantes tan gruesos que le dan manos de robot. Vestido para el frio, se esconde en su refugio, juega con la radio portátil e intenta contactar con los otros supervivientes de Dundule. Al oír los disturbios, sabe que es hora de largarse y dirigirse al campo. Aunque el radio portátil no funcione, debe confiar en que los otros SoD han llegado al Campamento de Supervivencia. Y, sin embargo, aunque Kieran sabe lo que tiene que hacer, no puede dejar de pensar en Donna, en cómo sintió su mano sobre la suya...

Ni siquiera está entre las cinco tías más buenas del trabajo. Ni siquiera es la *recepcionista más buena: Amber Callaghan, a pesar de sus dientes chuecos, es mucho más delgada y tiene mucho mejor pelo. Pero si nos basamos solo en* su facilidad para follar, ¿no? Donna tiene algo especial. Tiene unas tetas decentes para ser una tía vieja, pero además, se

nota que es una guarrilla. Obviamente es una guarrilla. Una auténtica...

Ya te haces una idea. Kieran piensa así. Su monólogo interior se desenvuelve como la página de cartas de una de sus revistas de los noventa. Kieran nunca ha tenido novia (es pelirrojo y tiene una personalidad de mierda), pero las cosas van a ser diferentes tras el colapso de la civilización. Kieran va a ser el alfa. Va a tener cientos de esposas. Entonces, ¿por qué sigue pensando en Donna?

Antes de salir de su refugio, apaga la linterna, se quita varias capas de ropa, se sienta a horcajadas en la silla hacia atrás y se masturba. Se imagina a Donna en el Campamento de Supervivencia: ha perdido un montón de peso, obviamente, y tiene el pelo despeinado, la ropa rota. Lleva pantalones cortos vaqueros rotos, se le ve el tirante del sujetador a la altura del hombro y sus pechos manchados de barro se agitan por el esfuerzo y el miedo. O corre por el desierto, con el pelo suelto, vestida con un diminuto bikini de piel de animal. Golpea a su pequeño pene hasta que chorrea un chorrito de semen en el cubo marcado como "solo orina y heces".

Mientras se viste, se siente totalmente avergonzado. Dice: «Contrólate, Kieran». Sube las escaleras de un salto, con las botas de conquista de Sorel resonando en los escalones, agarra sus armas y su mochila. Pero se detiene en su reconstrucción de la Batalla de la Granja Carenille. Como si

fuera a quedar congelado en este momento para siempre, ¿entiendes? Pensando en esto, avanza su tanque M4 Sherman con una sonrisa triste. Entonces, abajo, justo cuando está a punto de abandonar el edificio, su linterna ilumina ese pequeño adivino que Donna dejó. Lo recoge con sus enormes guantes, sintiendo como si tuviera una mariposa en la mano, y, con todo el cuidado posible, lo desliza en uno de sus cientos de bolsillos.

Y aquí hay otra cosa: al principio, no se molesta en cerrar la puerta con llave, ¿verdad? Pero luego, a mitad de camino por el sendero de su jardín, recuerda todas las veces que ha estado convencido de que el mundo está a punto de acabarse; cada vez, al llegar a casa, es un gran consuelo saber que aún tiene una tele. Así que Kieran regresa, cierra la puerta con llave. Luego observa la calle con su visor nocturno. Cruza la calle corriendo y se esconde detrás de PamPurred Pets. Desde allí, ve a dos chicos cargando con una tele de pantalla ancha. Una mujer empuja un carrito lleno de portátiles. Idiotas, piensa, porque a nadie se le ha ocurrido robar nada útil.

Siente al pequeño juego de adivinanza en su bolsillo y se pregunta si Donna tiene ropa abrigada.

VI

No, Kieran es duro. No de la forma en que él querría que pensaras que lo es: a pesar de todo el entrenamiento de supervivencia, sigue siendo el chico que tenía miedo de que lo machacaran, lo lavaran o lo metieran en los baños del colegio, y que durante cinco años volvió a casa cada vez que necesitaba orinar.

No, pero Kieran *es* duro. Es tan duro que se ha mantenido firme toda la vida a pesar de que todos, incluso su madre, piensan que es un completo imbécil. No conoces la dureza hasta que toda la clase de biología te ha visto tener una erección mientras la señorita McKinley te usaba para demostrar el sistema respiratorio; hasta que te han repasado los pantalones cortos después de la clase de educación física y te han mostrado las marcas de tus neumáticos en el bloque de ciencias; hasta que Billy Kerr te ha inmovilizado y ha usado tu acné como plantilla para unir los puntos de un pene y unas nalgas con rotulador permanente. Y ahora, lo que ha mantenido firme a Kieran es su inquebrantable certeza de que, en el fondo, es mejor que todos los demás. La venganza que busca no es contra ningún individuo —sus torturadores han sido demasiados,

¿sabes?—, sino contra toda la sociedad de tontos, contra toda la gente común —los impostores y las zorras tontas—, contra toda su mierda superficial.

Y el punto de encuentro de los supervivientes (la ubicación prevista para el Campamento de Supervivencia) simboliza la lucha de toda la vida de Kieran contra las ovejas. Se reúnen en el parque de aventuras del Parque Patrimonial de Dundule, ¿verdad? Conoces el lugar, justo en el extremo este del pueblo. Hubo un tiempo en que fue el centro de la industria carbonífera local. Pero en la década de 1980, el canal, el ferrocarril y la mina de carbón estaban en ruinas. La zona era un vertedero postindustrial, donde los niños trepaban a los sicomoros y se perseguían entre el bálsamo, las ortigas y la cicuta mayor. El canal estaba abarrotado de botellas y rebosaba de pamplina. La adelfa brotaba en la plataforma de carga. Había un almacén sin techo, cubierto de grafitis, y una chimenea industrial que sobresalía de un montón de ladrillos. Fue allí donde Kieran aprendió a camuflarse, escondiéndose de los matones, subiéndose a los árboles y haciendo agujeros.

Pero a principios del nuevo milenio, se llevó a cabo la regeneración y demás. Con financiación de la UE, el ayuntamiento limpió el canal y construyó un parque infantil. Instalamos un museo en la mina de carbón. En 2010, inauguramos la antigua línea de tren como ferrocarril patrimonial.

No, lo único que Kieran reconoce de su juventud es la "Montaña del Pecho". Es un montón de escombros, pero le molesta bajar en trineo sobre una bandeja de plástico, una y otra vez, hasta que el hermano pequeño de Deek Murphy lo llamó cabrón y tiró la bandeja al canal. Subir a la cima pareció llevar horas, porque ha crecido y el terreno se ha asentado, aunque solo sea una pequeña protuberancia en el paisaje. Pero cuando Kieran está a punto de cruzar el puente del canal hacia el parque de aventuras, es desde esa pequeña colina desde donde alguien le grita: "¿Quién anda ahí? ¡Identifícate!".

“¡El búho de Minerva!” dice Kieran.

“¿Kieran?”

“¡Hobbes!”

¡Sabía que llegarías! ¡Bienvenido al nuevo mundo!

Kieran corre hacia el puente mientras Hobbes, el líder de los SoD, trota por el campo. Los dos hombres se abrazan, se dan palmadas en la espalda y dicen esto.

"¿Quién más está aquí?" pregunta Kieran.

“Solo Bodkins, hasta ahora”. (Bodkins es ese joven con una dificultad de aprendizaje no diagnosticada).

"Es bueno verte", dice Kieran.

"¿De verdad?", pregunta Hobbes. Es un hombre corpulento y lo parece aún más con su equipo de supervivencia para el calor. Hobbes se afeita la cabeza con una navaja, pero tiene una barba espesa que sobresale por debajo de la polaina del cuello.

“Sí”, dice Kieran, “¿lo sabes?”

Hobbes se queda ahí parado. Tiene una mano en cada barandilla, bloqueando el puente.

Entonces Kieran dice: "Supongo que será mejor que nos pongamos en marcha".

Hobbes dice: "¿Es eso cierto?"

“… Sí, ¿supongo?”

"Adivina", dice Hobbes. "No necesito hombres que adivinen".

"No quise decir…"

Hobbes dice algo así como: “Si pasas este punto, no habrá vuelta atrás”.

“Lo sé”, dice Kieran.

"¿Sí?" Hobbes da un paso adelante, ocupando el espacio de Kieran, y Kieran retrocede un paso. Hobbes es solo cinco centímetros más alto que Kieran, pero su corpulencia y

presencia dan la impresión de un gigante, y Kieran siempre se siente como un niño pequeño frente a su padre. Hobbes lo mira fijamente y le dice: "¿Estás listo para despedirte del viejo mundo? ¿Sabes que tu familia ya está aquí y que no podrás salvar a nadie de los que dejas atrás?"

—Claro. Ya hemos hablado de esto.

“Sí, pero esto es real. ¿Estás seguro de que eres lo suficientemente hombre?”

"¡Sí!"

Porque este no es lugar para tonterías. Vamos a crear un Nuevo Edén, Kieran. ¿Estás seguro de que estás listo para empezar una nueva vida?

Kieran siente el pequeño adivino de Ava en su bolsillo. "Espera", dice. Lo saca, lo arruga y lo lanza contra el puente. Desaparece en la oscuridad y no lo oye caer al agua. "Sí", dice. "*Sí,* estoy listo".

Capítulo VI

EL PRIMER LIBRO DE RUT

I

Los eventos de extinción comienzan sin previo aviso. Ese mismo día, el destino de Donna cambia para siempre por un accidente que le sucede a una mujer a la que ni siquiera conoce. No, hay otros mundos posibles en los que la Dra. Ruth Matthys no se tuerce el tobillo, y ella y Donna nunca se conocen, pero ¿en *este* mundo? El resbalón de Ruth en un vestíbulo universitario helado y sin arena lo cambia todo.

La Dra. Ruth Matthys es la Jefa de Inglés en la Universidad de Escocia Central. Cuando se fue la luz anoche, estaba en su oficina, trabajando hasta tarde: lleva veinte años intentando terminar un libro sobre *Annus Mirabilis,* un antiguo poema de John Dryden. Ella y su tercer marido viven

en una granja orgánica en decadencia a diez millas de la ciudad. Y aunque no lo sabe, tiene cáncer.

Sí, tiene un pequeño tumor que le crece en la mucosa gástrica. No sabe nada al respecto, no presenta síntomas. El tumor es más pequeño que una garrapata aplastada, pero es maligno y se está extendiendo por cientos de capilares sanguíneos. Si tuviera más tiempo, la mataría.

Este cáncer se ha estado desarrollando desde que era una niña. Empezó con una mutación de nucleótidos, un caluroso día de mayo, cuando la pequeña Ruth estaba en un columpio. La mutación empezó al llegar a la cima del arco, en ese glorioso momento de quietud flotante, cuando se sintió tan alta y libre que podría patear el sol.

Años después, una de las células derivadas de esa mutación volvió a mutar mientras interpretaba a Mary Darling en la obra escolar. La mutación crucial del TP53 ocurrió mientras dormía en una tienda de campaña en el Campamento de Paz de Mujeres de Greenham Common. Y así continuó hasta que una de estas células sufrió una mutación tal que, junto con todas las células derivadas de ella, comenzó a dividirse sin control. Hiperplasia. Displasia. Angiogénesis. Metástasis. Palabras que Ruth nunca ha aprendido, porque durante todo este tiempo ha permanecido ajena a ellas. Y así es como ocurren las extinciones: para cuando percibes el peligro, ya es demasiado tarde.

II

En fin, esa mañana, Ruth se despierta con el sol invernal que sale sobre los campos nevados de la Granja Wollstonecraft. Está sola en la cama, y cuando llama a su marido, Bert, no obtiene respuesta. Afuera, sus campanillas de viento retumban con el vendaval. Enciende el móvil, espera a que se caliente, pero sigue sin 5G y la batería está casi agotada. Son más de las ocho; ha dormido hasta tarde, pero hace tanto frío fuera de las sábanas que le da miedo moverse.

Pero ya sabes cómo es: su calendario de Outlook le dice que es el día que tiene reuniones informativas de equipo para difundir noticias del Comité de Revisión del Portafolio Académico (APRC), y esta tarde tiene el Comité de Estrategia de Aprendizaje y Empresa (LESC) —vaya tontería. Y no sabe que ese día es el día en que finalmente dejará su trabajo, ¿verdad? No sabe que la noche en que no volverá a casa, por la mañana, se levanta, como cualquier otro día.

Eso significa escapar de las sábanas de hadas, tan apretadas que la aprietan. Bert hace la cama, incluso cuando ella todavía está en ella. Piensa en La *mujer al borde del*

tiempo de Marge Piercy y en las restricciones impuestas a los pacientes del manicomio. Se prepara para el dolor y se enfurece mientras sus pies crujen contra el suelo. Luego se pone las gafas y el gorro, los zapatos y el gorro, y baja las escaleras.

"¿Cariño?" llama. La única respuesta son los ruidos metálicos de la ratonera humana debajo del fregadero de la cocina. Bert usa ratoneras que son tan humanas que las pequeñas bestias no quieren que las suelten. Como, la semana pasada, Ruth llevó dos ratones a una pila de leña olvidada en el camino a Spittle Lodge; para cuando llegaron allí, los ratones estaban institucionalizados y no querían salir del tubo. "¿Bert? *¿Bert?*" A través de las ventanas de la cocina, los campos están cubiertos de nieve. En el camino de entrada, hay un petirrojo picoteando los chuckies blancos como la escarcha, su pecho rojo parece una gota de sangre. Entonces ve que las ventanas del coche están empañadas. Noo, Ruth conduce un Volkswagen híbrido y anoche lo enchufó para cargarlo con optimismo: ahí está el cable, serpenteando fuera de su nariz como la antena de un monstruo de ciencia ficción.

Entonces, Ruth se pone esta vieja chaqueta de esquí debajo del abrigo, se ata los dos pantalones firmemente y sale. De camino al coche, sus pantalones crujen sobre la grava congelada. Cuando Ruth abre la puerta del conductor de un tirón, encuentra a Bert reclinado, con las manos tras la cabeza, escuchando las noticias en la radio.

Ella dice algo como, "¿Qué diablos estás haciendo?" Bert lleva un mono impermeable y guantes térmicos, pero hace tanto calor dentro del auto que el sudor oscurece el gris de sus sienes.

En la radio, una mujer habla, sin aliento y emocionada: "No hay policía, ¿sí? ¿Dónde está la policía? ¿Y todos los políticos? Y hay, como... mira, puedes ver. Incendios, ¿sí? Y solo le rezo a Dios porque..."

Entonces una voz masculina la interrumpe. "Hay gente con bebés, ¿me entiendes? Y ancianos y todo eso. Y la gente saqueando. Ni siquiera los culpo porque hace frío y está oscuro y no hay nadie aquí para ayudarnos. Eso es lo que es..."

—¡Bert! —grita Ruth, con el corazón latiéndole con fuerza—. El coche no tiene batería. Apenas tengo batería para llegar a la universidad.

—Calla —*dice* Bert, levantando un dedo para pedir silencio—. Un segundo.

El tipo de la radio sigue hablando como: "Es abandono. Desamparo, ¿me entiendes?"

Y el presentador dice: "Lo siento, tenemos que parar aquí, pero muchas gracias..."

La ciudad está en llamas y la gente tiene miedo, ¿no? Y los políticos de allá arriba y todo eso...

Es evidente que la tensión está a flor de piel aquí en las calles de Hackney. Y lo que escucho de la comunidad es una preocupación muy genuina por la situación energética, la seguridad y lo que perciben como una respuesta gubernamental insuficiente.

Los ruidos de la calle se atenúan. El estudio está en calma. Ruth puede oír la respiración del presentador. «Nigel Alexander informa desde Hackney, Londres. Son las 8:37».

Ella dice: "Apágalo, Bert".

“Esto está fuera de control”, dice, apagando la radio. “Han declarado el Estado de emergencia en todo el Reino Unido. Alemania ha formado un gobierno de unidad nacional. El Parlamento griego fue incendiado anoche. En Washington, el…”

Ruth se acerca a él y agarra las llaves. Mientras regresa arrastrando los pies hacia la puerta principal, Bert se baja del asiento del conductor. "Oye, cariño", dice, alcanzándola, "¿Crees que puedas comprar tahini de camino a casa? Quiero hacer..."

Y Ruth le dice: "¿Eres tonto? ¿Te das cuenta de que eso no era *La Guerra de los Mundos?*"

“Creo que la situación en Londres es una cosa, pero…”

—No hay ningún poder, Bert. ¿Cómo demonios voy a comprar tahini?

Algún lugar estará abierto. Es como durante la pandemia de COVID–19: el capitalismo nunca se detiene.

Se detienen en la puerta principal; Bert se queda fuera. "¿Y si todo *se* detiene?", pregunta Ruth, gritándole al viento. "¿Cuánto tardarías en dejar de actuar como si todo fuera normal?"

“Apuesto a que la tienda de comestibles naturales estará abierta”.

Ella dice: "No tengo suficiente batería para ir al maldito supermercado. Ni siquiera sé si tengo suficiente para ir al campus y volver".

– "No vayas entonces", dice Bert.

“Tengo que irme. Es el comité LESC”.

“¿Y dices que no *me* tomo la crisis en serio?”

El resto de ellos son estelas de condensación jadeantes: cada exhalación arrebatada por el viento. «Alguien tiene que pagar por tu afición a la agricultura». Agita sus manos entumecidas por el calor hacia los campos áridos. Más allá

de los esqueléticos cerezos silvestres que bordean el camino, la tierra ha sido arada en crestas que parecen costillas demacradas.

Bert dice algo como: "¿No puedes simplemente conectarlo?"

¡*Aaagh*! No hay luz, ni electricidad, ni internet.

—Claro, sí. Bueno —dice Bert—, si vas, sería genial que pudieras *comprar* tahini. Y se nos acabó el té de menta, así que…

Ella dice: "¿Sabes qué, Bert? Deberíamos ser de los pocos afortunados que no tienen que preocuparse por la comida; incluso si la civilización colapsa, deberíamos estar bien, porque vivimos en una maldita granja. ¿Pero tenemos comida, Bert? ¿En tu granja hay algo para comer?". No esperó una respuesta.

III

Los únicos cultivos que Bert ha logrado cultivar son avena y papas. Dos cosechas atrás, por fin pudo usar su cosechadora en su campo de avena. No estaba preparado para tal éxito, y su avena se pudrió en sacos de arpillera

mientras pensaba qué hacer con ella. Al final, vendió toda la cosecha como alimento para animales a un vecino por cincuenta libras.

Después de eso, gastó miles del dinero de Ruth en silos de grano con tolva. En agosto, llenó sus silos y envió muestras a los molineros de avena. Pero su cosecha pesaba solo 12,7 kg por bushel y era baja en proteínas, betaglucano y otros nutrientes. Básicamente, ningún molinero quería la avena de Bert, así que todavía está en los silos. Con el tiempo, Bert venderá su avena para alimento animal o la quemará para hacer espacio para la avena del próximo otoño.

Y luego están sus papas, ¿verdad? Las papas no solo crecen en el campo de Bert, crecen en *todos* los campos. De cualquier cultivo que Bert plante, cosecha papas. El cultivo plantado muere, y de alguna manera las papas surgen de la tierra a medio arar.

Una vez más, Bert tuvo dificultades para vender su cosecha. No pudo registrarse en el Sistema de Clasificación de Semillas de Papa de la Agencia Escocesa de Ciencias Agrícolas, por lo que no puede comerciar con mayoristas. Y su principal fuente de producción, una cooperativa de alimentos orgánicos, no tiene mucha demanda de papas (después de todo, el tipo de gente que compra en una cooperativa de alimentos orgánicos se superpone significativamente con el tipo de gente que evita los carbohidratos de alto índice glucémico, ¿sabes?). Así que,

cada invierno, decenas de miles de papas se pudren en su granero. Bert les impone papas a amigos, vecinos, al cartero, a la mujer del ayuntamiento que revisa el censo electoral. Y cocina ensalada de papas, curry de papas, cazuela de papas, gratinado de papas, papas gajo, pieles de papas, papas y lo siguiente. Pero es inútil, ¿sabes? En primavera, tendrán que hacer espacio para la siguiente cosecha inútil. Bert le pedirá a Ruth más dinero para pagarle a alguien que se lleve el trabajo de su año y lo tire al vertedero.

Ella ha presenciado este ciclo de fracasos durante una década. Cada año trabaja con renovado vigor y entusiasmo, y en cada cosecha su decepción la aplasta. Como concesión a la realidad económica, en los últimos años ha intentado con ahínco llegar a fin de mes ofreciendo diversas terapias alternativas en línea (cristaloterapia, reiki, incluso aromaterapia), pero sus ingresos no cubren las pérdidas de la granja. En resumen, todo es un desastre.

IV

En fin, conduce hacia Dundule, sorteando el hielo y la nieve. Las carreteras no han sido asfaltadas y prácticamente no hay otros vehículos para acelerar el deshielo. Teme

quedarse sin batería, pero no puede repostar porque las gasolineras siguen cerradas, con las entradas bloqueadas con conos.

Esa tarde, la reunión del LESC la presidía su segundo marido, Dick Dockins. Dick es el vicerrector, y siempre que tenía que trabajar con él, Ruth se comportaba con total profesionalidad. Nunca había hablado del matrimonio con sus colegas, y mucho menos de las circunstancias de su divorcio.

A decir verdad, no sabe explicar qué la atrajo de Dick. Mide 1,68 m, viste trajes horribles y se abre paso a la fuerza en las reuniones. Cuando se cortejaron, Dick acababa de ser nombrado decano de la Escuela de Negocios. Había ganado mucho dinero en el sector corporativo mientras ella se dedicaba a enseñar a Chaucer, y ella estaba en una fase —era, por aquel entonces, una izquierdista desilusionada, una blairista centrada en su carrera—, pero aun así seguía siendo una atracción extraña.

Fuera del trabajo, el matrimonio era un desastre. Dick carecía de sensibilidad cultural, estética o moral. En invierno, pasaba la noche en el club de squash. Le hablaba de sus entrenamientos y de la preparación inicial de la raqueta. Grababa sus partidos con una GoPro (¿verdad?) y los reproducía en su televisor LED curvo de 88 pulgadas, explicándole a Ruth los puntos en los que había perdido la posición T. Tomó clases particulares y se obsesionó con

ganarle a un tipo llamado Giles. Luego, en los meses de verano, pasaba todas las tardes en el puerto, trasteando con su velero, Nauty Buoy. Cuando describió el yate por primera vez, Ruth se imaginó a la deriva en el mar, con las velas abajo, con una copa de Pouilly–Fumé y una novela de Jonathan Franzen. Pero la única vez que navegó en el Nauty Buoy, hombres con chaquetas de Henri Lloyd le gritaron "¡lee–ho!" y "¡trim sheets!". El viento y la espuma del mar le picaron en la cara. Cuando intentó moverse, la botavara la golpeó en la cabeza. Luego se mareó y durmió en la cabina, cubierta de sal y vómito. Nunca más la volvieron a invitar.

En resumen, al final, Dick tuvo una aventura con una fisioterapeuta veinte años menor que él. No fue la infidelidad lo que Ruth consideró imperdonable; en muchos sentidos, fue un alivio que Dick fuera capaz de sentir cierta pasión. No, fue su total falta de imaginación.

En cualquier caso, Dick muestra la misma falta de imaginación al agradecer a los miembros del comité LESC su asistencia en circunstancias tan difíciles. La reunión se celebra en una sala de seminarios y él está al frente como un maestro de escuela, y los demás se sientan en sus pequeñas sillas de plástico con los escritorios colgantes, sintiéndose como niños pequeños. Dick dice que la reunión abordará las implicaciones estratégicas de la situación energética y de la comunicación bajo el AOB. Luego, la reunión escucha un informe sobre la revisión de la Revisión Académica por parte del Comité de Portafolio Académico. Luego, Dick felicita en

nombre del VC al GST, que ha obtenido un Premio SFC KTP por una colaboración con la Asociación Empresarial Local de Dundule, que impulsará la presentación de la Universidad para el KEF. Dice, de hecho, la misma mierda que habría dicho si todo hubiera sido normal. ¡Pero mira! Están sentados en la penumbra. El Decano de Innovación lleva un gorro y guantes de invierno. Y Dick, no para de hablar: La Encuesta sobre el Destino de los Egresados; la Revisión de "Tu Plan Futuro"; el Comité de Implementación de la Estrategia de Empleabilidad.

Ruth quiere gritar "¡No! ¡Basta!" Ay, ¿cuántas veces ha querido gritar: "¡No! ¡Para! ¡Basta!" ¡Renuncio!»? Como si llevara veinte años soñando con decir que no, soñando con renunciar; literalmente, lo ha soñado, se ha despertado con sueños sudorosos y se ha encontrado sentada en la cama, con las manos extendidas para enfatizar, a mitad de su discurso de renuncia.

No hace mucho, incluso pronunció ese discurso de renuncia con plena consciencia. Verás, Dick aprovechó la disrupción del COVID–19 para impulsar despidos en Humanidades, y en una reunión en línea, mientras Dick rechazaba con altivez sus propuestas de generación de ingresos, Ruth quitó el silencio de su micrófono y dijo: "Lo siento, pero me siento obligada a abordar la oportunidad de estas medidas de ahorro presupuestario". Podía oír su pánico, pero continuó. "Me parece *asombroso",* dijo. "Me parece *asombrosamente* insensible que nos estén

infligiendo esto en medio de una pandemia, cuando algunos colegas pueden estar de luto y *todos* estamos aislados y solos". Su voz se quebró por el miedo, pero habló con tanta pasión que nadie, ni siquiera Dick, se atrevió a interrumpirla. Me parece *deplorable,* incluso a juzgar por sus bajos estándares, que ustedes, con los salarios exorbitantes que cobran por *nuestro* trabajo, tengan la *temeridad* de aterrorizar a los profesores que, durante tres meses, han trabajado *incansablemente* para impartir clases y apoyar a nuestros estudiantes desde sus propios hogares. Hizo una pausa para dar más efecto. Estaba sola en la casa de la granja, hablando en su computadora, pero se sentía como si se dirigiera a una multitud de miles. Entonces ella dijo algo como: “Durante décadas, he observado lo que le han hecho a esta institución: su reinado ha sido incompetente, antidemocrático, mercantil y totalmente amoral”. Y luego citó a Mario Savio: “'Llega un momento en que el funcionamiento de la máquina es tan odioso que ni siquiera pueden participar pasivamente. Tienen que poner sus cuerpos sobre los engranajes, las ruedas y las palancas, sobre todo el aparato, y tienen que indicar a las personas que lo dirigen, y a las personas que lo poseen, que a menos que sean libres, la máquina no podrá funcionar en absoluto'. ¡No más! ¿Me oyes? Renuncio, Dick. Renuncio, maldita sea. ¿Y mi único arrepentimiento? Mi único arrepentimiento es no haber tenido el coraje de resistirme a ustedes hace dos décadas, despreciables, desalmados, egoístas, infrahumanos, serviles, parásitos, cobardes *bastardos”.* Se

recostó en su asiento, con el pulso acelerado y lágrimas en los ojos.

Silencio.

¿Ruth? Perdona, Ruth, te cortaste. No te oímos por aquí, Ruth.

"…"

¿Ruth? ¿Hablabas de algo sobre el momento oportuno para implementar estas medidas de sostenibilidad?

Y para entonces, el viento de la valentía la había arrollado. ¿Y la recompensa por su timidez? Aunque era la mejor pagada del departamento, sobrevivió a los recortes. Sobrevivió como las cucarachas que se arrastrarán por la tierra después de una guerra nuclear.

V

En fin, no, en la reunión del LESC, está desesperada por hablar, pero su corazón se siente como el péndulo de un reloj antiguo frágil y descalibrado. Dick habla de una colaboración con una empresa nacional, Nordenholt Data

Analysis, con oficinas en Dundule. Habla de cómo esta empresa revisará cómo la Universidad analiza los resultados de la Encuesta Anual de Estudiantes.

¡Malditos idiotas! ¿Dónde están ahora sus estudiantes? Debería haber una ocupación de jóvenes serios discutiendo sobre la toma de decisiones por consenso. Debería haber trotskistas sin sentido del humor y amantes compartiendo sacos de dormir, y un chico de pelo largo con una guitarra. Debería haber una discusión agriamente polarizada sobre daños a la propiedad y la no violencia. Pero no hay nada.

Y, sin embargo, ¡qué rápido protestaron contra ella! ¡Contra *ella*! Por ejemplo, protestaron por la ausencia de mujeres y personas afectadas por la discriminación racial en la lista de lecturas del módulo de Literatura Inglesa del Renacimiento. Boicotearon el módulo de Escritoras, un módulo que ella había ideado y por el que había luchado. A lo largo de su carrera, ha protestado contra la discriminación y la desigualdad, a la vez que lucha por ampliar el acceso. ¿Cómo se *convirtió* en la persona contra la que la gente protestaba? Por ejemplo, participó en el Movimiento de Liberación de la Mujer antes de que nacieran *las madres de sus estudiantes.*

Y esta vez, Dick sigue hablando. "Tiempo de incertidumbre... unirnos... mensaje positivo... minimizar cualquier impacto en la experiencia estudiantil... orientación

clara del gobierno... todo sigue igual". La misma mierda de siempre.

Por ahí, piensa en un pareado de William Blake: «Un petirrojo enjaulado / enfurece al cielo». Antes de que Ruth se dé cuenta de lo que se le viene encima, se levanta del asiento.

Dick agita la mano, ordenándole que se siente. "Ya casi terminamos, Ruth".

No tiene energía para un discurso. «Madura, Dick», dice. «¿No lo entiendes? ¿No lo ves? Se acabó, Dick. Tu mundo se acabó».

VI

¡Y se va! ¡Así sin más! Después de tantos años, oh Dios, es libre. Se apresura a salir, en medio del viento helado, sintiéndose como un pájaro en el aire. Ha vuelto a la granja Wollstonecraft y a Bert, y cuando lo vea, le lanzará sus manos a su alrededor, y le contará lo que ha pasado, y le dirá que lo ama, y le dirá que salvará su matrimonio, que hará que funcione, porque se ha casado demasiadas veces y ha

fracasado demasiadas veces y... Y se ríe y sueña y... Y lo último que mira es el hielo en la rampa del aparcamiento.

Y así sucede: ese pequeño accidente que cambiará el mundo de Donna. Hay otros mundos posibles en los que Ruth se mueve con cuidado o tiene suerte, pero en *este* mundo, su pie derecho resbala, su tobillo se tuerce, sus ligamentos calcáneo–peroneo y talofibular anterior se rompen.

Aterriza sobre su antebrazo, y es en el codo donde primero siente dolor. Siempre hay ese momento después de una caída, cuando se te pasa el sobresalto, y tienes un sabor terroso en la boca, y haces una pequeña revisión de sistemas en tu cuerpo, ¿entiendes? Siempre concluyes que estás bien. O no estás *bien,* o sigues en shock y crees que estás bien. Y no te importa la caída en sí: es decir, un minuto estabas despierta, ahora estás muerta, y no hay nada intermedio. Así es para Ruth. Se sienta en el suelo un momento, aliviada de que nadie haya visto su caída. En el vestíbulo vacío, los restos de muñecos de nieve parecen los tocones de las columnas de un templo en ruinas.

No fue hasta que se levantó y caminó hacia el coche que se dio cuenta de que no podía apoyar el pie derecho. Con cada paso, se volvió más consciente del dolor. Aun así, lo logró, y solo cuando intentó pisar el acelerador empezó a darse cuenta de que estaba gravemente herida.

Se queda sentada allí diez minutos, escuchando el viento, pensando que quizás el dolor pase. Pero no es así. No tiene señal en el móvil. No hay nadie más en el aparcamiento: la mayoría de los otros coches son de gasolina o diésel, abandonados aquí durante la crisis energética. Poco a poco va aceptando que su única opción es volver a la universidad a duras penas. ¡Qué ironía! ¡Qué ignominia! ¿Qué es peor, no? ¿Suplicarle a Dick que la lleve a algún sitio o esperar a que se apague la luz en su oficina? Tarda menos de un segundo en elegir su oficina.

Pero tarda mucho en salir del coche, y cuando lo hace tiene que dar vueltas por los laterales del vestíbulo, apoyándose en alféizares, bancos y carteles publicitarios. Su oficina está en la torre James McPherson, y tiene que subir las escaleras arrastrando el culo. Cuando empezó a trabajar en la UCS, hace casi treinta años, todos los escritorios estaban llenos de grafitis con bolígrafo (chistes estudiantiles como «disléxicos del mundo, desaten») y los pasillos estaban remendados con carteles fotocopiados que anunciaban conciertos, sociedades y causas. ¿No? Ahora las paredes verde lima están vacías, salvo por cámaras de CCTV y eslóganes publicitarios («Invierte en ti»; «Preparados, listos, ¡a crecer!»; «Pon tu marca en tu futuro»; vaya, ese tipo de tonterías).

En fin, llega a su oficina, ¿verdad?, y para entonces los disturbios ya habían comenzado en Westbridge. Noo, Ruth no sabe qué está pasando, pero oye sirenas y huele a

plástico derretido. Desde las ventanas de su oficina, ve columnas de humo negro que cortan el horizonte. «Densas columnas de humo con sombrías columnas», como dijo Dryden. Se sabe de memoria *el Annus Mirabilis* awmaist: «Grande como los mundos, que, al morir el tiempo, deben caer y alzarse en una forma más noble junto al fuego».

VII

En algún momento se queda dormida, ¿verdad?, y cuando despierta, no sabe la hora. Ninguno de sus dispositivos para medir el tiempo funciona: ni su ordenador, ni su móvil, ni el Activ8 que Bert le dio para fomentar su movilidad. Pero afuera está oscuro. El granizo golpea el viento. Los truenos sacuden la tierra. Los relámpagos parten la noche en dos.

Y está desesperadamente acalorada. No es el acaloramiento que empieza en los dedos de las manos y los pies; es el acaloramiento que sientes en los pulmones y el corazón. De inmediato, comprende que está en peligro mortal y la comprensión la despierta como una bofetada.

Ruth, que nunca antes había visto una tormenta de nieve, se sienta erguida, respirando con dificultad. Lleva guantes de

cuero para conducir, botas y pantalones de lana, un cárdigan de Aran y un abrigo de Harris Tweed; nada que pueda competir con este frio. Cuando intenta coger el teléfono, lo deja caer, lo vuelve a dejar caer, y cuando confirma que no funciona, no tiene fuerzas para colgar. Lo deja colgado del escritorio, y cada vez que un rayo ilumina la habitación, lo ve y piensa en la horca. No hay nadie más en el edificio. Nadie sabe que está allí.

Cuando era pequeña, solían pasar las vacaciones en una cabaña en el lago Fàidh, y su hermano siempre quería salir en su pequeño bote. Navegaban hasta la isla Aingeal y jugaban a las golondrinas y las amazonas, o eran piratas y él la obligaba a seguir mapas del tesoro que había empapado en té caliente. Un día soleado, intentaron navegar alrededor de la pequeña isla, buscando tesoros, amazonas o lo que fuera, y en un momento se distrajeron, ¿sabes?, arriaron la vela y se dedicaron a sus mapas o a pescar. Y cuando levantaron la vista, la corriente los había arrastrado *lejos* del océano, y la playa no era más gruesa que un solo cabello blanco. Se sentía tan pequeña y desesperanzada en esa agua, y recuerda su repentino pánico sin aliento, como si sintiera vértigo. Bueno, es el mismo terror que experimenta ahora. Hace años, su hermano, aunque se saludaba a sí mismo, logró llevarlos a la orilla, donde su padre, alarmado, los observaba con binoculares y su madre agitaba grandes equis. Todos ellos han muerto ahora: su hermano, hace quince años, de cáncer de huesos, y Ruth piensa en el sol en

el lago Fàidh, en caer al agua y hundirse en el fondo del océano. Hay otros mundos posibles en los que Ruth se recuesta y el calor la arrastra esa noche.

Pero en este mundo, Ruth tiene un poquito más de tiempo. Sabe que necesita moverse y, como tiene el cuerpo entumecido y no puede, gatea. Sale a rastras de su oficina y baja por el pasillo. Parece una locura salir con esa tormenta, pero necesita calefacción, y el único sitio que se le ocurre es su coche.

Afuera, huele a humo y azufre. Las alarmas suenan en la oscuridad. Cuando destella un relámpago, el cielo se ilumina como latón fundido. No duda en arrastrarse como un animal; es increíble que hace apenas unas horas estuviera tan orgullosa de pedir ayuda. No descansa, se arrastra a pesar del dolor, se arrastra aunque tiene las manos y las rodillas entumecidas. Pero la tormenta es tan feroz y la noche tan oscura que durante mucho tiempo no logra encontrar su coche. E incluso cuando lo logra, incluso cuando encuentra la puerta del conductor, es tan torpe con el coche que no puede encontrar el llavero.

Escucha. Hay otros mundos en los que, tan cerca del calor, no puede abrir el coche y se arrastra para pedir ayuda en las casas cercanas, o incluso muere en la calle. Pero en este mundo, entra, enciende la calefacción y siente un hormigueo en las extremidades al recuperarse la circulación. Grita de dolor y alivio. Cuando empieza a sentirse más

normal, reclina el asiento y apoya el pie herido en el salpicadero; las mangas del abrigo y las rodillas de los pantalones están empapadas de arrastrarse por la nieve, y el tobillo está tan hinchado que no puede ver el bulto habitual del hueso. Mientras se duerme, piensa en el ratón en la trampa humana. ¿Lo ha expulsado Bert o sigue arañando bajo el fregadero? ¡Oh, Ratón, eres bendito, comparado conmigo! El presente solo te afecta a ti: ¡Pero ay! Miro hacia atrás, ¡ante perspectivas desoladoras! Y hacia adelante, aunque no puedo ver, ¡creo y temo!

VIII

Pero el dolor de tobillo la despierta de madrugada. Se queda allí sentada, en una oscuridad aterradora, pensando qué hacer, sabiendo que a esa hora la calefacción se está quedando sin batería, sabiendo que cuanto más tiempo se quede allí, más se arriesga a que le roben el coche.

Podría salir tambaleándose, golpear la puerta de alguna casa cercana, pero —pensó Ruth— quien abriera tendría las mismas probabilidades de robarla que de ayudarla. Así que, cuando agotó todas las demás posibilidades, condujo con un solo pie, salió del aparcamiento, moviéndose a sacudidas.

Metió la primera y usó el pie izquierdo para el freno y el acelerador. Pero incluso con *dos* pies, sería difícil conducir en estas condiciones. Las farolas estaban apagadas y la nieve tenía centímetros de profundidad. A veces, las ruedas giraban como una batidora eléctrica, pero luego se agarraban y el Volkswagen avanzaba bruscamente, aplastando la nieve con un ruido como de dientes rechinando. Caminaba a paso de peatón, a veces se atascaba, a veces luchaba por controlar la potencia del motor. La nieve seguía cayendo y los faros no penetraban más que unos pocos metros, y las carreteras estaban sembradas de escombros de los disturbios. Al chocar contra unas bolsas de basura, arrastra el contenido con un ruido espantoso. Entonces su coche se queda sin electricidad y se pone a gasolina. Como todos, Ruth lleva días sin conseguir gasolina, y no puede haber más que posos en el depósito. En resumen, decide que no puede llegar a la granja, así que conduce hasta el hospital. Aparca junto a las ambulancias, se arrastra hasta Urgencias y... Oye, ¿ves la escena en la sala de espera? El hospital todavía tiene luz (debe haber un generador de emergencia o algo así), pero no se ve el suelo porque hay muchísima gente tirada. Hay un pobre anciano en el suelo, ¿verdad? Está desquiciado, y no respira, por lo que ella puede ver. Y hay un niño con capucha que se ha quedado dormido en una de las sillas, con la cabeza en un ángulo extraño (como si tuviera el cuello roto, ¿sabes?), y su cara y todo lo demás está cubierto de sangre negra y morada. Han metido a gente en cochecitos y carritos de

supermercado. Bebés gritando. Vómitos. Los contenedores de residuos peligrosos están a rebosar. Las máquinas expendedoras estaban destrozadas, volcadas. Entonces, un hombre le agarra el abrigo. "Enfermera", dice, salpicando sangre por la boca. Ella dice: "¡A la mierda con esto!". Treinta segundos después, se da la vuelta y regresa al coche. Y luego intenta conducir hasta la granja, ¿verdad? Pero cuando llega a esa rotondaboot cerca de Asda, el camino está bloqueado con contenedores derretidos, barreras para multitudes, la carrocería de una furgoneta policial. No puede girar ni dar marcha atrás, ni con un pie y la nieve, así que va por el único camino que puede: en sentido contrario, rodeando la rotondaboot y entrando en Elmore Road. Y aquí es aún peor, como si estuviera chocando contra piedras, aplastando botellas, así que gira a la izquierda, pensando que podría llevarla a la autovía. Entonces, mientras conduce junto a un pequeño parque, el motor pulsa y el volante se vuelve demasiado pesado para girar. Avanza unos metros, derrapando hasta detenerse en la nieve. El único ruido es el viento lanzando nieve contra sus ventanas, y ella recuerda, muchos años atrás, cuando Dick la hizo ir a esquiar a Glenshee, y una ventisca se desató, y ella estaba perdida y sola en Glas Maol, y no podía ver ni oír a otra persona, y el único ruido era un telesilla invisible que tintineaba en el viento como el aparejo de un barco abandonado.

Jesús, ella tiene miedo.

Capítulo VII

EL LIBRO DE LA LUZ

I

En fin, de vuelta en Busy Bee Flats, la tormenta ha despertado a Ava con una pesadilla. Mamá se acurruca en su camita para consolarla y, entre lágrimas y mocos, Ava recuerda la pesadilla: bestias enormes saliendo de un pozo negro, bestias con caras de hombre y colmillos de león, ¡varias cosas así! En algún momento, vuelve a dormirse. Cuando despierta, Mamá sigue con ella, pero se da la vuelta, de espaldas a Ava. Está dormida, roncando como un sapo.

Es el segundo día. La tormenta ha pasado. La luz del amanecer brilla a través de las ventanas de cristal de hielo de Ava. Cautelosa, sigilosa, suave como un pez, Ava se desliza de la cama. Lleva su abrigo, guantes y dos pares de

pantalones, pero su carita escuece con el frío. Flota, ligera como una mosca, fuera de su dormitorio y sobre el tendedero. El tendedero está despatarrado en el pasillo, con las piernas enredadas, como un cangrejo boca abajo. Anoche, cuando las llamas de la camioneta de Douglas saltaron tan alto como sus ventanas, mamá empujó su cómoda contra la puerta principal, pensando que detendría a los alborotadores que entraran, y el tendedero podría ser parte del mismo plan, o podría estar ahí solo porque *nada está* nunca en el lugar correcto, y de cualquier manera es estúpido.

En fin, en la sala, Ava gatea alrededor de los muebles, buscando a Ashes, el gato. La alfombra está estampada con purpurina, migas y paja de su equipo de montar. El linóleo de la cocina se desliza bajo sus rodillas. Los gatos yacen de espaldas, con las piernas enredadas como el tendedero, y durante la noche fría se ha formado un copo de hielo en el pequeño charco debajo del refrigerador–congelador. Bajo el fregadero, donde está helado y cubierto de polvo, una babosa viscosa arquea el lomo. Hay una grieta en los rodapiés que Ava cree que es una ratonera. "Señor Ratón", susurra. "¿Señor Ratón? ¿Dónde está mi gato, señor Ratón?" Aburrida, se levanta, observa cómo su aliento forma nubes.

Noo, cada mañana a Ava le gusta hacer algo que no debería hacer, como algo travieso, infantil o malo. Solo una cosa para que el resto del día pueda ser perfecta. En el pasado, ha probado el vino de mamá, ha tomado café

instantáneo con cuchara, ha orinado en la bandeja de arena del gato. Pero se le han acabado las ideas. Después de pensarlo un rato, abre el cajón de los invitados y, en silencio, deja su contenido en el suelo: monedas, cuerda, pilas, encendedores, un dibujo a medio terminar de un conejito, recortes de recetas que mamá nunca ha usado. Cuando mamá se levante, pensará que era un fantasma.

Entonces, antes de que alguien descubra su secreto, Ava regresa de puntillas a su habitación. Mamá sigue roncando; se ve grande y fea en la cama de Ava. Ava se acerca al borde del colchón y finge estar dormida.

II

Cuando mamá se despierta, Ava mantiene sus ojitos cerrados, pero sabe que mamá la está comprobando; puede sentir el calor y el aliento rancio de mamá por la mañana. Un secretito para ti, ¿verdad?: Ava no es muy buena fingiendo estar dormida. A veces finge *estar* dormida; es como si actuara mal a propósito para que mamá no sepa que es capaz de actuar de maravilla. Cuando finge estar dormida *de verdad,* sabe que debe respirar por la nariz y exhalar por la boca. Si finge estar dormida, aprieta los dedos de las manos

y de los pies para que sus músculos se contraigan. En fin, debe engañar a mamá porque se levanta, intentando ser silenciosa y eso. Cuando mamá camina de puntillas, se cae como una gigante, pero cree que *es* la primera, que *es* escurridiza. ¡Qué estúpida!

Cuando mamá sale de la habitación, Ava flota hasta la puerta y mira por el pequeño hueco donde se abren las bisagras. Y este hueco es mágico, lo sabe, porque Ava puede ver fuera, pero nadie puede verla desde el otro lado, ¿entiendes?

Pero mamá ya está en la cocina. "¡Joder!", dice, probablemente habiendo visto el cajón volcado. Un bostezo de ogro. Entonces el grifo chirría. El agua llena la tetera. El ruido metálico al volver a su lugar. El clic del interruptor. Clunk, clic. Clunk, clic. "¡Joder!", dice mamá, quizá sin importarle por qué la tetera no funciona. Un suspiro bestial. Entonces Ava oye cómo coge los objetos del suelo y los vuelven a meter en el cajón. Luego una pausa. Silencio. Un electrodoméstico que se desenchufa. Un rasguño metálico. Pasos.

Mamá entra a su habitación con la radio de la cocina en una mano y un montón de pilas en la otra. Cierra la puerta.

Flotando en el pasillo, ligera como un duende, Ava puede oír a su madre jugueteando con la tapa de la batería de la radio. Se queda cerca de la puerta y escucha, pero la voz en

la radio es baja, y Ava capta solo una palabra aquí y allá: «Importante... crisis... esencial... informe... baño... bañándose... vulnerable... mortal... Gran Bretaña rebota». Un código que no puede descifrar.

Se oye un chirrido de interferencia, una nueva señal, la misma voz. Otro chirrido de interferencia, otra señal. Esta vez una canción pop y luego esa voz otra vez. "Obedezcan a la seguridad...". La radio se corta.

Entonces los muelles de la cama chirrían. Se acercan los pasos de mamá. Pero Ava es demasiado pesada para flotar o esconderse. Está de pie junto a la cómoda que aún bloquea la puerta principal, pero por alguna razón mamá no la ve. Es como si Ava fuera invisible, ¿sabes? Mamá entra directamente al baño, cierra la puerta con llave y empieza a llenar la bañera.

Entrando a escondidas en la habitación de mamá, Ava busca pistas. Hay asco debajo de la cama. La alfombra está llena de polvo, como el vello del pecho de un anciano. Cajas de zapatos cubiertas de telarañas. Moho en la pared. En una de las cajas, encuentra una foto enmarcada de su mamá con un hombre al que no conoce. Probablemente sea el mismo hombre de la foto que mamá le enseñó cuando hablaron del padre de Ava, pero Ava no puede estar segura. Da vueltas a la foto, mirando al hombre desde diferentes ángulos. Mamá sonríe a la cámara, de frente a la medianoche, pero el

hombre mira justo a la derecha, donde estaría el número dos en un reloj. Ava se pregunta quién tomó la foto.

En fin, antes de que Ava pueda seguir explorando, Ma regresa, envuelta en una toalla, tan débil que se tambalea como un plato de gelatina. Busca en sus cajones de ropa, pero tiembla tanto que se le caen las cosas. Encuentra unos calcetines grandes y peludos —los que usa para los regalitos de Navidad—, pero sentada en la cama tarda un buen rato en ponérselos. Se pone unas braguitas grandes que le cubren la tripa, un sujetador, dos camisetas, medias de lana, leggings, pantalones deportivos y un viejo jersey salpicado de pintura que dice "Sonríe".

Luego, cuando está lo más abrigada posible, mamá sale a preparar el desayuno, y Ava tiene la oportunidad de volver a meterse en la cama. Cuando mamá la sacude del hombro, Ava finge estar aturdida, como si acabara de despertar.

“Aquí tienes, Pookie.” Le entrega a Ava un tazón de Choco Hoops secos.

“Olvidaste la leche”, dice Ava, fingiendo que todavía está medio dormida.

Mamá dice algo como: "¿Sabes que no hay leche?"

"Entonces no me los como", dice Ava. Pero cuando mamá sale de la habitación, Ava come todos los Choco Hoops que

le caben en la boca. Luego esparce los que quedan en el tazón, para que parezca que no ha comido ninguno.

Cuando mamá regresa, dice: "¿Pookie?"

Se siente bien escuchar su nombre de bebé nuevamente, pero Ava no está lista para revelarlo.

Voy a salir un ratito. ¿Podrías…?

"¿Adónde vas?", dice Ava, sentándose en la cama.

— ¿Puedo confiar en que te quedarás aquí sola?

Ava dice: "¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?"

“Solo necesito salir a comprar algunas cosas”.

¿Qué cosas? Las tiendas no estarán abiertas.

Mamá dice: "Hablaremos de eso más tarde, ¿de acuerdo?"

"Ya voy contigo", dice Ava.

"No es seguro estar afuera, Pookie".

¿Cómo? ¿Qué pasa?

“Ava, sé que esto es difícil de entender para ti…”

“No soy una niña.”

"Sí lo eres."

"¿Qué estaba diciendo el hombre en la radio?" Tan pronto como Ava dice esto, se da cuenta de que se ha ido.

Donna hace una pausa y mira a su hija, como si fuera la cosa más misteriosa del universo.

¡No lo voy a comer!" dice Ava.

Mamá toma el tazón y finge disfrutar de un bocado de cereal seco. "Necesitas comer algo. Tenemos que mantenernos fuertes".

"Nunca estás preparada para nada", dice Ava. "Como si no supiera adónde vas". Se sube a la cama y se detiene, insegura de su próximo movimiento al ver que ya está vestida. "Voy a cepillarme los dientes", dice.

"Deja el agua en la bañera, ¿vale?"

La bañera está llena hasta el desagüe, el agua es tan suave como un espejo. Ava pasa los dedos por la superficie y se aparta del agua. No se cepilla los dientes; solo se enjuaga la boca con pasta de dientes para que huela a que sí, ¿entiendes?

Ma abre la puerta del baño.

"Se supone que debes tocar", dice Ava.

"Lo siento, Pookie."

“¿Cómo es que hay agua caliente en el baño?”

—Pookie —dice mamá, agarrando las manos de Ava—. Sabes que te quiero más que a todo el mundo, ¿verdad? Quédate en tu habitación. Volveré en menos de una hora. Si pasa algo, si no... si llego tarde... —Finge que no llora, igual que Ava fingía que no estaba despierta—. Cruza la escalera hacia Douglas.

“¿Douglas?”

Mamá obviamente está llorando, pero Ava le hace creer que su secreto está a salvo. Tiene miedo, así que hace una mueca. "Ya sé dónde estás, *claro.* Y no estoy enojada, solo estoy muy decepcionada".

Mamá le besa la frente, luego arrastra esa tonta cómoda fuera de la puerta y luego se va.

III

Las botas de mamá resuenan al bajar la escalera, cada vez más débiles, como piedras que resbalan por un pozo. Ava abre las ventanas de su habitación, asoma la cabeza a la mañana helada y oye un réquiem discordante de alarmas.

Ahí va mamá, con la capucha puesta, pasando junto a la carrocería carbonizada de la furgoneta de Douglas. Camina despacio y de forma extraña, con las rodillas en alto por la nieve.

En fin, Ava se retira, cierra la ventana. Sigilosamente, se cuela en la habitación de mamá, gira la radio en sus manos como si fuera un rompecabezas. Cuando encuentra el interruptor correcto, escucha la misma voz que mamá tocó antes.

Anuncio importante sobre la interrupción del suministro eléctrico y los trastornos relacionados. El gobierno del Reino Unido ha declarado el estado de emergencia. En este momento de crisis nacional, no debe salir de casa a menos que trabaje para los servicios de emergencia, sea un trabajador de atención esencial o tenga un puesto de ingeniería o construcción directamente relacionado con el suministro de servicios públicos. Nadie debe intentar viajar, excepto los soldados y reservistas, quienes deben presentarse en sus cuarteles si tienen los medios. Nadie debe intentar entrar al centro de Londres sin autorización.

Quédese en casa y siga estos consejos. Llene la bañera con agua, consúmala y no la use para bañarse. Asegure sus pertenencias. Conserve los alimentos y coma primero los perecederos. Abríguese con varias capas de ropa. Si

es seguro hacerlo, vigile a sus vecinos mayores o vulnerables, pero no viaje a visitar a familiares o amigos.

Deben cumplir la ley y obedecer a las fuerzas de seguridad. Las fuerzas de seguridad están autorizadas a usar fuerza letal contra saqueadores y alborotadores. Las fuerzas de seguridad están autorizadas a usar fuerza letal contra quienes intenten entrar al centro de Londres sin autorización. Las fuerzas de seguridad están autorizadas a usar fuerza letal contra cualquier persona que porte armas. Las fuerzas de seguridad están autorizadas a usar fuerza letal contra grupos de más de tres personas. Estas son medidas temporales; con su cumplimiento, prevaleceremos juntos. Quédense en casa. Mantengan la calma. Manténganse fuertes. Aporten su granito de arena mientras Gran Bretaña se recupera…

Anuncio importante sobre la interrupción del suministro eléctrico y los trastornos relacionados. El gobierno del Reino Unido ha…

Capítulo VIII

LA PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

I

Sí, pero cuando Donna sale esa mañana del segundo día, Dundule es pura nieve y hollín: un mundo en blanco y negro como un dibujo a carboncillo. Hay contenedores derretidos y demás, y perros sueltos: como si vieras a un viejo labrador rebuscando en una caja de pizza, sin rastro de su dueño, ¿entiendes? Y luego está el Sr. Ashraf Jr., observando su tienda en ruinas con ojos como navajas.

Bueno, justo al lado de Elmore Road, hay un parquecito. Su verdadero nombre es Balfour Park, pero todo el mundo lo llama Barfer Park por el vómito de los adolescentes que lo llenan. Es un rectángulo de césped del tamaño de un campo de fútbol. Un campo minado de vómitos, excrementos de

perro y restos de comida para llevar. Y está surcado por senderos de barro desgastados en sus diagonales. Visto desde arriba, parecería una bandera de San Andrés. Pero ese día, los carritos del supermercado yacen volcados en la nieve. Una gaviota se posa sobre un televisor de pantalla ancha. Es una locura.

Al otro lado del parque, hay una casa que aún conserva sus adornos navideños: telarañas de algodón y un endrino muerto; un perro hambriento forcejea contra una cadena, royendo un Papá Noel inflable de larga duración. Y en ese momento, Donna intenta recordar lo que Kieran le dijo que tenía que conseguir, ¿sabes? Intenta *visualizar,* intenta *respirar,* intenta recordar dónde está la tienda de camping. En fin, es su historia, y depende de ella lo que pase después, ¿no?

Bueno, pero cuando llega a Grainville Square, algunos adoquines han sido desenterrados. Entre los restos de barricadas, barreras viales, señales de tráfico y contenedores comerciales se han derretido. Hay una mujer haciendo guardia mientras su esposo sube a McColl's. Y están Pitta Pan y Pizza King, dos furgonetas de comida dañadas por el fuego, firmemente en pie, pero con las ruedas desinfladas y parecen haberse hundido en el suelo.

En fin, ahí está Tiso's, justo lo que quería. La ventana ya está rota, así que Donna comprueba que nadie esté mirando y luego retira el cristal roto con el codo. Dentro, va primero

a la sección infantil, coge unos petos, unas manoplas de esquí y un abrigo Jack Wolfskin. Luego vacía el relleno de dos mochilas de exposición, mete estas cosas: un hornillo, un juego de cocina, bombonas de butano de repuesto, una tienda de campaña para dos personas, dos sacos de dormir, una botella de agua de aluminio, pastillas purificadoras de agua, una navaja suiza, una linterna, un rastreador GPS, cerillas impermeables, una manta de supervivencia, un botiquín de primeros auxilios, dos docenas de comidas de camping para hervir en bolsa, velas, un pastel de menta Kendal... ¡Ay, esto!

Lo que tienes que entender es que está presa del pánico todo el tiempo. Su corazón late como si nadie supiera qué, y sus manos tiemblan, y mira a un lado y a otro, y tiene tanta prisa que... Ya sabes cómo es cuando tienes prisa: todo lleva una eternidad. Se te caen las cosas, se te hacen nudos, te pones la ropa al revés. Así que tiene mucha prisa, pero parece que lleva días ahí dentro. Se pone un forro polar North Face, luchando por quitárselo de la cabeza porque no se ha parado a bajar la cremallera. Se pone una chaqueta de esquí, guantes Thinsulate, y todo eso. Luego se pone una mochila en cada hombro y vuelve corriendo a la ventana. Mira a izquierda y derecha, nerviosa como un pájaro, y luego vuelve a ese mundo en blanco y negro. Y ya sabes lo que es cuando estás en la tarea: con cada paso estás esperando un desafío, un grito, una mano en tu hombro.

Pero para cuando pasa por lo que solía ser la comisaría, se da cuenta de que se ha salido con la suya. Un calor irradia desde sus ruinas, derritiendo la nieve. El cristal ha estallado hacia afuera, esparciendo la carretera, y alrededor de las ventanas vacías, el ladrillo está manchado de hollín. El techo se ha derrumbado, arrancando la mitad de la pared frontal, revelando una jaula de vigas. Cables negros se retuercen como un cabello grotesco. El vapor se eleva desde una pira de escombros, en la que algunas cosas aún son reconocibles por su forma original: carcasas de ordenador, una silla de oficina, una carpeta de anillas que de alguna manera ha aterrizado en la carretera.

Y entonces sucede esto: "Disculpe", solloza esta mujer, detrás de Donna, al otro lado de la carretera. Lleva el pelo corto y canoso, gafas de ojos de gato que seca con su bufanda, y está desplomada contra una caja de electricidad, apoyándose en una pierna. "¿Disculpe?", pregunta. Tiembla de frío, su voz se agita al intentar hablar. "Por favor", dice. "Por favor, ayúdeme".

II

Imagínate que caminas por una turbera en un día seco, ¿verdad?, y te abres paso entre brezos, algodoncillo y grosellas, y al siguiente paso te hundes tanto que te

desmayas, hasta que te llega a la cintura la turba, el agua y el musgo fangoso, y un enjambre de mosquitos te llega a la cara, y cuando intentas escapar del lodo, el lodo se te clava en uno de los zapatos, como si te cobrara un peaje por tu locura. Bueno, así es como Donna se siente ahora mismo.

Porque incluso mientras duda, sabe que acepta la responsabilidad por esta mujer. Más que nada, lo que la mantiene ahí es la sensación de lo que Ava querría que hiciera, ¿entiendes? Sin embargo, no habla, no se acerca. Agarra sus mochilas con fuerza y escucha.

La mujer, Ruth, dice ser profesora de inglés en la universidad y dice que vive en una granja, ¿sabes? Pero es de la universidad de donde viene, ¿sabes?, porque se rompió el tobillo y no pudo conducir hasta la granja. Pero hacía mucho frio por la noche y le estaba dando hipotermia. Volvió a su coche y, desesperada, dice, decidió conducir con un pie, pero el coche se averió. Justo por allí, junto a un pequeño parque, dice. Y... Y esto fue anoche, así que se quedó en el coche esperando a que amaneciera, pero cada vez estaba más fria, así que fue a la comisaría esperando ayuda. "¿Podrías mirarlo?". "O sea, míralo", se lamenta de nuevo, haciendo un gesto desesperado con la mano.

Al final, Donna dice: "Oye, no sé cómo puedo ayudarte. Lo siento... Llamaría a una ambulancia, pero los teléfonos no funcionan".

Una mujer y sus crías corren entre Ruth y Donna por el camino nevado, arrastrando un carrito de supermercado lleno de botín. El chico más alto lleva un pasamontañas y una piedra.

"Lo siento", dice Donna. "Necesito volver con mi hija". Pero no se mueve. Un trozo de hormigón se derrumba dentro de la comisaría. Otros trozos cuelgan de vigas de acero. Es como ver un hueso a través de una herida abierta. De repente, como si Ava hubiera influenciado a su hada a distancia, Donna dice: "Ay, escucha: puedes quedarte en casa. Estamos en Elmore Road. Solo hasta que pienses qué hacer".

Pero aun así, aunque sea una cuestión de vida o muerte, hay que negociar ciertas reglas de etiqueta, ¿entiendes? "No podría imponerme", dice Ruth.

“Es un piso muy básico”, dice Donna.

“Es muy amable”, dice Ruth.

"No es ninguna molestia."

“Me siento terrible.”

"Nos alegrará tenerte". Ya sabes cómo es: se quedan allí un minuto más, hasta que la invitación de Donna se ha extendido y rechazado suficientes veces, momento en el que, para terminar la reunión, Donna se acerca a Ruth, se

quita las mochilas, se quita la chaqueta de esquí nueva y la coloca sobre los hombros temblorosos de la anciana. Mientras empiezan a moverse, como participantes en una carrera de tres piernas, un helicóptero volador pasa por encima, alto y silencioso, como si temiera el suelo.

III

Calor corporal compartido. En serio. Es idea de Ruth. La tienen en uno de los sacos de dormir nuevos, con el equipo de montaña que consiguió Donna, pero aun así, quizá siga un poco delirando por el frío, piensa Donna, porque sigue pensando en los pingüinos.

Mira, estos pingüinos viven en la Antártida, ¿verdad?, y en invierno tienen que sobrevivir a temperaturas extremadamente bajas, como de cincuenta grados bajo cero, y a ráfagas de viento de cien millas, y a veces pasan cien días sin comer. Y lo que hacen es acurrucarse, cientos de ellos en un gran círculo, cada uno turnándose para estar afuera y otro para estar en el acogedor centro. "Si *queremos* sobrevivir", concluye Ruth, "tenemos que trabajar juntos como pingüinos. Eso significa que la mayor cantidad posible de personas debe permanecer en una habitación".

Ava está fascinada, con su manita sobre su *libro de pegatinas "Crea tu propio poni".* "¿Pero quiénes serán los otros pingüinos?", pregunta.

"¿Vive algún familiar por aquí?", sugiere Ruth. "¿Amigos?"

Pero Donna no tiene familia con la que hablar desde que murieron sus padres. Su único grupo de amistades de verdad es un club de vinos informal donde ella y otras cuatro madres deprimidas hablan de vinos que no pueden permitirse mientras se emborrachan en Jacob's Creek, y ninguna de ellas vive a este lado del pueblo.

En resumen, Ruth convence a Donna, contra todo instinto, de invitar a los vecinos: Tam, Mac, e incluso a Black Douglas. ¿Por qué acepta? *¿Por qué?* En los días y noches siguientes, los maldecirá y se maldecirá a sí misma muchas veces, porque nunca debió haberlos invitado. La Biblia dice: «No se olviden de hospedar a extraños, porque algunos, sin saberlo, hospedarán ángeles». ¿Algunos? Probablemente. ¿Donna? No.

Porque aquí está la cuestión: mira, en la Antártida, ¿verdad?, los pingüinos no aparecen a mitad de una sesión de opiáceos. Los pingüinos no usan tus tazas como ceniceros. Los pingüinos no beben tu vino. Y a las dos de la mañana, sin encontrar el baño, los pingüinos no hacen ruido en el fregadero de tu cocina.

¿Y sabes qué más? Los pingüinos están amargados por una pequeña deuda. Los pingüinos no cuentan historias de un amigo que se gangrena en los ojos. Y los pingüinos no dicen, una y otra vez: «Con calor corporal o sin calor corporal, da igual. Uno a uno, moriremos en la oscuridad».

Capítulo IX

EL ARCA

I

Sí, pero no digas tonterías: vamos a visitar a Marjorie y Giorgio en el Señor de las Papas Fritas. Anoche, con los disturbios y la nieve, Marjorie no pudo volver a casa sin peligro, así que Giorgio le dejó su colchón. Le dio su manta, dos sábanas y su chaqueta de repuesto, pero aún temía que el frío la alcanzara. Toda la noche ha paseado por el Señor de las Papas Fritas, escuchando su frágil respiración, abriendo los grifos para evitar que las tuberías se congelaran. En la noche solitaria, escuchando a los gatos pelear en la parte trasera, tuvo que justificar a los monstruos de las sombras: ese maníaco del martillo era solo el triturador de papas; ese gigante silencioso era una torre de cajas de pan vacías. Aquí, una cabeza ensangrentada se

abalanzó hacia adelante; allí, una forma blanca apareció y luego desapareció. Durante horas montó guardia, protegiendo la línea de la razón contra los antiguos horrores de la noche. Sólo cuando Marjorie se levantó con las primeras luces del alba se fue a la cama, no al colchón, que olía a pis, sino sobre una cama de cajas de cartón aplastadas.

A media mañana del segundo día, Marjorie lo despertó a golpes con su andador. "¿Giorgio? ¿Señor Giorgio? Algo ha pasado".

El tragaluz es un cuadrado plateado y pesado como la nieve, y Marjorie se encorva sobre él como una bruja. "¿Qué pasó, Marjorie?"

"No lo sé."

Giorgio se incorpora en su cama de cartón con un gruñido bilioso. Dice: "¿Me despertaste para decirme que no sabías lo que pasó?".

“No es normal.”

"Ciertamente no lo es, joder."

Pero Marjorie mira con aire soñador el tragaluz plateado como la nieve. Dice: "¿Crees que quizás el mundo se esté acabando, que quizás vivamos para siempre en el reino de Dios?"

Giorgio dice: "Si vives hasta el domingo será un milagro".

“Entonces es el Arca”, dice Marjorie.

—¡Joder, me muero de la desesperación! —Giorgio se incorpora de golpe, pateando el suelo, dándose palmadas en los costados, intentando recuperar la circulación. Se saca el sueño de los ojos y la boca y luego se tambalea hacia la cocina—. Mira, ¿para qué subiste las persianas, eh? —Se acerca pesadamente a la encimera, escudriñando las ventanas en busca de peligro. Pero la calle está vacía, solo la furgoneta de Black Douglas —como un trozo de carbón— y huellas en la nieve. Las ganancias del trueque de Giorgio están a salvo en la pequeña oficina: aparatos eléctricos, menaje del hogar, accesorios, nada que se pueda comer.

Busca algo para desayunar en la cocina, ve el armario vacío, los lagos negros de aceite. Luego, pasando a empujones junto a ella, dejando atrás ese olor, atraviesa la trastienda con dificultad, abriendo la puerta de la zona de basura. Las últimas cajas de comida descongelada se han quedado afuera, en la jaula antivuelco, y el cartón y la carne descongelada se han vuelto a congelar en un solo bloque de hielo. La grasa se pega a la rejilla de Ashraf como la carne se pega a los huesos. Este es el segundo trabajo del nuevo día: necesita ver cómo se las arregla Ashraf después de anoche, necesita asegurarse de que no haya resentimientos por sus ventanas. Pero el primer trabajo es el desayuno; el primer trabajo siempre es el desayuno.

Así que, de vuelta en la cocina, saca dos bollos de la penúltima bandeja de la pila. "Toma", se dirige a Marjorie, "cómete un bollo. Es eso o patatas crudas; no nos queda nada más".

—Gracias, señor Giorgio. —Con los dientes apretados, parte el pan en migajas, alimentándose como un pajarito. Mientras chupa el pan, agita una mano temblorosa hacia la ventana—. No ha venido nadie.

"¿A quién esperabas?", dice Giorgio. "¿A Jesús?". Se sirve un segundo bollo. "Oye, Jesús no va a venir a Dundule. Wet Wet Wet no vendría a Dundule, joder".

Pero Marjorie dice: "No hay policías ni soldados, ¿sabes? Me contaron sobre esto".

"¿Sobre qué?"

“Los planes para…” Marjorie se concentra mucho. “Ay, no me importan los detalles ahora, ¿sabes? Fue un soldado el que me lo contó. El Arca, así dijo que se llamaba. Me acuerdo de eso: el Arca. Había estado en la guerra. En una de esas guerras, ¿sabes? En el Golfo, en Vietnam. No, quizá estuvo en Irlanda del Norte. ¿Kenny? ¿O Jimmy? Algo así. Esto fue en Punto de Inflexión. O quizá era un Testigo. Pero había encontrado la luz, ¿sabes? Y me habló del Arca; era como un nombre en clave.”

—Escucha —dice Giorgio—, necesito ver a Ashraf. ¿Estarás bien un ratito?

Cuando era soldado en Londres, ese sería su trabajo. El Arca era el lugar al que iban.

Después de ver a Ashraf, necesitamos conseguir comida. Necesitamos encontrar algo más que podamos cocinar.

Es una zona muy grande en Londres. Es adonde van si hay una guerra nuclear, un virus mortal… los peces gordos y los políticos…

“¿Marjorie?”

“Está todo preparado para que sobrevivan a cualquier cosa, y todos los soldados tienen que defender este gran... El Arca, se llama... Y no hay que preocuparse por el resto de nosotros”.

“*Marjorie.*”

—¿Sí, señor Giorgio?

“¿Crees que…? ¿Tal vez necesites un cambio de ropa?”

"¿Pero a dónde vamos?"

"¿Cuándo te cambiaste por última vez?" Giorgio le pone una mano regordeta en el hombro. Intenta mostrarse amable, pero parece que está haciendo un arresto

ciudadano. Dice: "¿Crees que quizás necesites un pequeño lavado de cara? Ya sé que el agua está helada, pero... ¿Y podría preguntarle a Ashraf si su madre tiene ropa de repuesto?"

Marjorie se queda mirando fijamente el tragaluz.

Entonces Giorgio dijo: "¿Marjorie? ¿Quieres darte un baño? ¡Sube!

Ella arrastra su andador hasta la trastienda, mira el lavabo, mira a Giorgio.

“Déjame ayudarte con esto”, dice Giorgio, bajando la cremallera de su chaqueta de repuesto y quitándosela por los hombros. “Te dejo con ella, ¿de acuerdo? Solo llama si necesitas algo”. Empieza a alejarse, pero cuando mira hacia atrás, Marjorie se apoya con una mano en su cuerpo, mientras que con la otra mano aprieta los botones de su abrigo. Así que Giorgio dice: “Ven, déjame ayudarte”. Ahora que está cerca de ella, el olor le recuerda a los pañales de Gianfranco Jr. “¿Estarás bien ahora?”, dice cuando le quita el abrigo. “Estaré en la parte delantera, ¿de acuerdo?”

Pero cuando Giorgio regresa unos minutos después, Marjorie aún no ha conseguido desabrocharle la falda. A Giorgio se le ocurre que podría desvestirla y bañarla; eso es lo que haría si cuidara de su madre o si trabajara en una casa de ancianos, ¿no? Se imagina bañándole las nalgas sucias,

salpicándole agua tibia en sus partes íntimas, limpiándole el culo. Pero no puede; no le parece correcto. "Joder, Marjorie, cariño. Lo siento. Lo siento mucho. No puedo hacer esto. No soy la persona indicada para cuidarte en un momento como este".

“Pero señor Giorgio…”

Tengo que comprar comida. Tengo que empezar a cocinar. Y necesitas... Necesitas una mujer, quizás alguien de tu misma edad. ¿La madre de Ashraf? Aún puedes venir cuando abra el restaurante, ¿sabes?

Marjorie no responde. Su cabeza cuelga como una campana sin badajo, con la mirada fija en los bolsos con cierre de velcro.

II

En fin, en casa de Ashraf, el primo Hamza y otro hombre martillan tableros contrachapados contra las ventanas rotas, con sombrero, capucha y guantes. El Sr. Ashraf Jr. y un hombre con una keffiyeh al estilo palestino en la cara cargan estanterías sobre un montón de basura: un sofá volcado,

cajas de comida, una jaula antivuelco volcada. Cuando Ashraf ve a Giorgio y Marjorie, se sacude el polvo de los guantes y se dobla las manos. El primo Hamza se gira, empuñando el martillo, y el hombre de la keffiyeh coge un cuchillo de carnicero.

"Tienes mucho descaro al mostrar tu cara aquí", dice Ashraf.

—¿Seguro? ¿Qué es esto entonces? —pregunta Giorgio, mirando las cosas apiladas en la acera.

“Una barricada”, dice Ashraf.

Giorgio dice: "¿Sí? Escucha, siento mucho lo de tus ventanas. Si tuviera alguna idea..."

Ashraf levanta otro estante y lo clava en la barricada.

“¿Ha perdido mucho, señor Ashraf?”, pregunta Marjorie.

"Todo."

Giorgio dice: "Lo siento, amigo. Mira, ¿no te importa si me quedo con la rejilla ahora? Ya no la necesitas, así que..."

En este momento Ashraf toma su bate de cricket.

“Perdí toda mi comida y todo”, dice Giorgio, “pero logré abrir anoche y…”

Pero Ashraf le preguntó: "¿Qué quieres, Giorgio?"

“Sí”, dice el primo Hamza, “¿qué andas husmeando?”

Giorgio levanta las manos para apaciguarlo. "Solo digo que tengo un montón de aparatos eléctricos y utensilios de cocina, y... O sea, si querías elegir algunas cosas para compensar la ventana, ¿entiendes?"

—Unas cuantas cosas para compensar el daño, ¿sí? —dice Ashraf—. ¿Has visto lo que le han hecho a la tienda de mi padre?

"¡Qué buenos días! Hemos estado limpiando", dice el primo Hamza. "Todo: destrozado, roto, robado".

"Sí, lo hemos hecho", dice Ashraf. "Mis padres estaban arriba, demasiado asustados para bajar, pensando que podrían quemarlos vivos".

“¡Yo no saqueé tu tienda!” dice Giorgio.

—Sí, lo hiciste —dice Ashraf—. Tú empezaste.

—No —dice Marjorie—. No, señor Giorgio.

"¿De dónde sacaste tus luces, eh?" pregunta Ashraf.

“¿Qué luces?”, pregunta Giorgio.

“No te hagas el tonto: las que usaste anoche”.

Giorgio dice: "¿Esas cosas? ¡Ay, las encontré!".

“Sí, detrás de mi mostrador”, dice Ashraf, señalando el bate de cricket.

Entonces Marjorie dice: "¿Señor Giorgio? ¿Es cierto?"

Y Giorgio dijo algo como: "Yo no... Mira, nosotros los inmigrantes tenemos que mantenernos unidos".

“Confié en ti, amigo.”

—Ashraf, amigo —dice Giorgio—, estabas muy empalagoso. Deberías haber acaparado las luces cuando…

"Mi padre dice que ya ha visto esto", dice Ashraf. "Violencia intercomunitaria. Limpieza étnica".

—Tranquilo, no —dice Giorgio—. Soy amigo de la comunidad pakistaní desde hace mucho tiempo.

Pero Ashraf le respondió: "No eres un amigo, amigo".

Giorgio busca ayuda a su alrededor. Al ver a su primo Hamza, dice: «Siempre hemos hecho buenos negocios juntos, ¿verdad, Hamza?».

Pero Hamza simplemente golpea la palma de su mano con el mango de su martillo.

“¿Cómo va el suministro de carne?”, pregunta Giorgio.

Hamza escupe al suelo.

“Porque estoy intentando reabastecerme y…”

“Parece que no lo entienden”, dice el hombre de la keffiyeh. “No estamos aquí esperando ser víctimas, no esta vez. Ahora estamos escribiendo una historia diferente. Somos gente pacífica, pero si quieren una guerra, les daremos una guerra y la ganaremos”.

—Bueno, tranquilo —dice Giorgio. Luego añade: —Oye, lo que sea que pienses de mí —pone una mano en la espalda de Marjorie—, no se lo quitarías a una anciana. Marjorie no tiene dónde quedarse, nadie que la ayude, nada que ponerse, y pensé que tal vez tu madre podría…

Pero Ashraf dijo: "Aquí está el favor que te haré. Un último favor por los viejos tiempos".

“¿Sí?” dice Giorgio.

Voy a dejarte ir. Esta vez. Pero si vuelves por aquí te parto las piernas, amigo.

III

De camino a Asda, Giorgio se da cuenta de que tiembla tanto como Marjorie. Ninguno de los dos habla durante un buen rato, y cuando Giorgio siente que debe decir algo, teme que su voz no sea firme. "Así que así será. Nada de ley y orden. Violencia callejera". Tiene los puños apretados y las manos metidas en las mangas de la chaqueta.

Marjorie dice: "James. Creo que podría haber sido James".

"¿Qué?"

El soldado. El que me habló del Arca.

—¡Dios mío, Marjorie, no te preocupes por el maldito soldado! Ashraf está rodeado de hombres armados y yo estoy atrapado contigo.

—Pero dijo la verdad, ¿no?

Giorgio mira la calle casi vacía. Hay un viejo empujando un carrito lleno de comida para gatos. Las gaviotas se pavonean entre la basura. De repente, se da cuenta de que Marjorie *dice* la verdad, en esencia, aunque no en detalle: han *sido* abandonados y nadie los salvará. Dice: «Entonces estamos en una batalla por la supervivencia. Necesitamos provisiones antes de que todos se vuelvan caníbales, *¿no?*».

“Podría haber sido Terry”.

"Estoy jodido", murmura. "Siempre es el gordo cabrón el que come primero".

Al otro lado del aparcamiento del Asda, detrás del polideportivo, las luces se han apagado en la torre del hospital. Giorgio piensa primero en la sala de maternidad, ¿sabes?, porque la última vez que fue a la enfermería fue cuando nació su hijo. Imagínate entrar al parto sin luces ni equipos funcionando. ¿Qué hay de los pobres diablos que estaban con respiradores y eso? No hay que pensarlo.

En fin, los guía por el aparcamiento, donde la nieve se ha compactado con cientos de pasos. Las puertas del Asda están abiertas de par en par, con cristales rotos por todas partes. Marjorie empuja su andador, y Giorgio encuentra un carrito, y sus ruedas trazan líneas de tranvía en el suelo embarrado. Hacen una pausa, adaptándose a la penumbra.

¿Qué encontraron? Cajas vacías de frutas y verduras. Hojas de col. Trozos de cebolla como fragmentos de pergamino. Un hombre en chándal levanta una bandeja de cartón, no encuentra nada debajo y la tira al suelo.

Los estantes vacíos de la sección refrigerada son blancos como costillas expuestas. Se abren paso entre yogures rotos, derrames secos como marcas de nacimiento. Un paquete de manteca de cerdo se deslizó detrás del cartel de precios y Giorgio lo agarra como un tesoro. En la sección de secos, toma lo que queda: una base de pizza sin gluten, dos frascos

de pepinillos, cebollas encurtidas, una bolsa de cebada, una lata de alubias cannellini que había rodado sin ser vista hasta el fondo de la estantería. El suelo cruje con la pasta y el arroz, las bolsas de comida derramadas se abren de golpe sin que se las hayan perdido. Hay mujeres arrastrándose por ahí, llenando bolsas de plástico, o incluso sus bolsillos, recogiendo las conchas de pasta del suelo una a una.

Los estantes de la panadería solo tienen migajas. La gente abre las puertas del personal, buscando productos frescos o ingredientes para hornear. Buscando a gatas, Giorgio encuentra un paquete de galletas con pepitas de chocolate sin azúcar que habían tirado bajo los estantes. Se ha formado un charco de hielo en el suelo de la sección de congelados, donde el agua del congelador se ha descongelado y vuelto a congelar. En la sección de hogar, los estantes siguen llenos de pastillas para lavavajillas, detergente en polvo, productos de limpieza: cosas que ya no sirven. Avergonzado por el vacío de su carrito, Giorgio lo llena con tres botellas de lejía, un rollo de bolsas de basura y siete paquetes de toallitas húmedas QuickMop.

En fin, al menos no ha habido una carrera por la ropa: las chaquetas de invierno se han ido, pero no todo lo demás. Compara las prendas con Marjorie, intentando calcular las tallas. Le elige una sudadera con capucha de Minnie Mouse, un polar calentito, un gorro de toalla, pantalones de chándal, un paquete de calzoncillos, una sudadera que dice

"Bee happy", unas camisetas que dicen "Pensé que habías dicho *ron*" y "Estaré allí con un prosecco".

Antes de irse, se lleva algunos libros y revistas: *Woman's Weekly, The Bumper Puzzle Book, Chat, The Girl Behind the Window, The Girl Who Knew the Other Girl,* cosas que cree que podrían gustarle a Marjorie. Las cajas están completamente desprotegidas, como un control fronterizo en desuso.

IV

En fin, de vuelta en el Señor de las Papas Fritas, Giorgio cumple con su deber. Mientras Marjorie se apoya en el lavabo, le desabrocha el abrigo. Mete la mano bajo su falda, dejándola puesta como una cortina de pudor mientras contiene la respiración y le baja los pañales. Son pesados, como los pañales matutinos de Gianfranco Jr., y están rellenos con una compresa para la incontinencia o algo así; buscará alguna por la mañana.

Por ahora, vierte detergente en un paño de cocina y abre el grifo, pero solo sale un hilito de agua. Se pregunta: "¿Qué es eso?". Por mucho que gire el grifo, está seco. Es como si

alguien hubiera cerrado el agua en la llave de paso, ¿entiendes? Golpea las tuberías, se rasca la cabeza, se arrodilla sobre las baldosas y gira la llave de paso de un lado a otro. Luego se sienta en el suelo, desesperado.

“¿Señor Giorgio?”

"Lo siento", dice. "Un momento". Pero luego se preocupa por las toallitas para fregar de su carrito, ¿verdad? Así que trae las toallitas, le levanta la falda para que pueda limpiarse, luego le da el paño de cocina para que se seque. Le pone sus pañales y pantalones deportivos nuevos antes de quitarle la falda vieja; está rígida como la portada de un libro. Luego le quita la mitad superior. Giorgio está de pie detrás de ella mientras se limpia los hombros. La piel de sus hombros está escamosa como las páginas de un libro antiguo. Cuando se pone una camiseta nueva, la sudadera con capucha de Minnie Mouse y el polar, Giorgio la ayuda a atar el gorro por debajo de la parte superior para abrigarse. Huele a limones.

En fin, la invita a sentarse mientras les prepara algo de comer: unos bollos con las cebollas encurtidas que compró en Asda, bañadas con un par de latas de Irn Bru. Había pensado en esto como su almuerzo, pero, mientras comen, ve que el cielo ya está oscureciendo y sabe que no volverán a comer hasta mañana, así que saca dos galletas Free From y listo. Lo que necesita es una forma de cocinar las patatas, ¿sabes? Por ejemplo, si consigue suficiente papel de aluminio, quizás pueda hornearlas al estilo de camping, o

cuando prepare el agua, quizás pueda hervirlas en una fogata. El agua: necesita saber si solo se le corta el agua a él o a todo el edificio, así que cuando terminan de comer, deja a Marjorie descansar y sube las escaleras. A la luz que se desvanece, un brasero arde afuera de la tienda de Ashraf; su calor distorsiona los rostros de los hombres de guardia.

V

No, Giorgio no recibe respuesta de Tam ni de Douglas porque, como ya sabes, a estas alturas ya están calentitos en el piso de Donna. Giorgio no conoce a Donna, pero este asunto del agua es de esas cosas por las que se le pregunta a un vecino, así que, tras una breve vacilación, llama a su puerta.

Pero han sucedido algunas cosas que deberías saber. Para empezar, Tam y Mac malinterpretaron la invitación de Donna. Están atontados por la morfina y el tramadol, y no paran de abrazarse y decirse lo genial que es que por fin tengan la oportunidad de reunirse. Se sirven el vino de Donna y no entienden por qué tiene un problema con eso. Peor aún, cuando Ruth busca unos analgésicos para el tobillo, Tam le da dos cápsulas de oxicodona de 20 mg, y ella

las toma sin rechistar, pensando que son paracetamol o lo que sea. Después de eso, se pasa el día recuperando y recuperando la consciencia, y cuando despierta no deja de gritar: "¡Qué gente *tan maravillosa! ¡Qué gente tan maravillosa!*". O toma las manos de Donna entre las suyas, la mira con ojos de lapa y dice: "Gracias", de esa manera tan sincera que Donna siempre encuentra un poquito vergonzosa.

Este tipo de broma pronto le cansa a Black Douglas, quien sale a despedir a un conocido de su época de minero. Como el conocido no ha muerto, el gesto de Douglas no le sienta bien. Pero al regresar, Douglas dice que no tenía sentido esperar: mira, los riñones del pobre viejo no funcionan, y ahora no tiene dinero para su máquina de diálisis. «Tiene el color de un plátano».

En resumen, en algún momento de la mañana, Donna decide que podría beber un poco de vino; como si fuera suyo, después de todo. Además, ¿quién sabe cuándo volverá a ver vino? Y entonces, una vez que está bebiendo, empieza a atiborrar de cigarrillos a Tam y Mac. Ava ya está completamente desesperada con ella, porque el cáncer ya no es la menor de sus preocupaciones, ¿sabes?

En fin, es Tam quien abre la puerta, y cuando termina de intentar abrazar a Giorgio, este mete la cabeza en la sala. "¿De acuerdo? Soy Giorgio. De la pescadería", dice, mirando a Donna.

Donna dice algo como: "Lo sé".

La habitación está cubierta de mantas y edredones, almohadas y sacos de dormir, como una enorme zona de juegos infantiles. Apesta a cigarrillos. Dos tazas se han convertido en ceniceros y uno de los edredones tiene una mancha de vino fresco que a primera vista parece sangre. Hay una vieja dormida en el suelo y una niñita concentrada en una especie de libro para colorear de cuentos de hadas. Mac está sirviendo más vino, Tam dibujando un boceto de Alicia en el País de las Maravillas tomando una pastilla de ácido, y Donna está vaciando una mochila, llenando el equipo de acampada. Hay naipes esparcidos por todas partes.

Entonces, tan educadamente como puede, Giorgio pregunta: "Eh, ¿qué pasa aquí? "

Y Donna dice: "Somos pingüinos".

Todos se ríen ahora, menos Douglas, que se queja de que son unos idiotas que no dejan morir en paz a un viejo, y Giorgio, que no tiene ni idea de qué traman y sospecha que la broma es suya. Así que Giorgio le dice: "Oye, solo venía a preguntarte si se te cortó el agua ".

—Olvídate del agua —dice Tam—. ¡A disfrutar de este vino!

“Aquí está”, dice Donna, sacando una estufa de camping de la mochila.

—Deberíamos cocinar arriba —dice Mac—, con la ventana abierta. Si no, nos intoxicaremos con monóxido de carbono.

“A Mac le encanta la ciencia”, dice Tam.

“¿Sí?” dice Donna.

Mac dice: "Ya no hago ciencia".

"No desde aquello que pasó", dice Tam.

“¿Cómo? ¿Qué pasó?”, pregunta Donna.

"Él no habla de eso", dice Tam.

Giorgio dice: "¿Qué hay de tu agua?"

Es la chiquilla la que se levanta, saltando de manta en manta, trepando con sus piernas y torsos. "Están borrachos", dice cuando ella y Giorgio están en la pequeña cocina. Toda su comida está alineada por tipo: un montón de paquetes en el búnker, una columna de latas sobre el linóleo. Prueba el grifo y un chorrito *golpea el* lavabo de acero, luego nada.

"No estaba seguro", dice Giorgio. " Pensé que quizás se me congelaron las tuberías o algo así, ¿sabes? "

“Tenemos agua en la bañera”, dice la niña.

Entonces Giorgio se cuida. Dice: "Perdón, soy Giorgio, del restaurante de pescado y marisco de abajo".

"Soy Ava."

"¿Son estas tus fotos, Ava? ", dice Giorgio, señalando la puerta del refrigerador. Entre los ponis, una viuda —y Giorgio supone que Tam— ha dispuesto las letras del imán arcoíris para decir "vete a la mierda".

—Sí —dice Ava, con la mirada perdida, como si temiera su juicio.

"Son buenísimos", dice Giorgio. Y entonces, viendo que esta chica es la única que tiene sentido, Giorgio dice: "Oye, ¿cuál es la historia del juego del pingüino?".

Así que Ava le explica todo: cómo esta mujer, Ruth, había muerto, cómo su madre la había salvado y cómo ella, la mujer Ruth, les había contado sobre unos pingüinos locos que se juntaban para calentarse. Luego lo mira a los ojos y él siente como si le estuvieran haciendo una prueba del polígrafo. "¿Quieres unirte a nosotros?", dice.

VI

No, ya sabes cómo es: cuando Giorgio saca a relucir el tema del calor compartido con los adultos, se esfuerza en recalcar que no lo pide por sí mismo. Es decir, obviamente *estaría* bien, y si fuera por él, preferiría estar solo, ¿entiendes? No, no está pensando en sí mismo; lo que pasa, explica, es que está cuidando a una mujer muy frágil, Marjorie, y anoche temió que la fiebre se la llevara.

En resumen, esa noche, Giorgio cierra con candado el Señor de las Papas Fritas y sube con dificultad las escaleras con su colchón, su manta y Marjorie. Le sorprende que Marjorie pueda subir las escaleras. Él carga su andador y ella se arrastra de lado, agarrándose a la barandilla con las manos. Luego, Giorgio baja para cargar con los hombros el colchón con olor a pis, que se dobla y se hunde como un pez gigante.

Pero aunque no durmió la noche anterior, aunque hacía calor —relativamente hablando— y aunque estaba muerto de cansancio, Giorgio no podía dormir. Oscurece muy temprano, y aun así hay una luz extraña, ¿sabes? El cielo se ha despejado y la luz de la luna se refleja en la nieve. Durante

las primeras horas después de la puesta del sol, lo perturbaban los susurros de Tam y Mac por el megáfono, sus resoplidos, ronquidos y relinchos. Pero incluso cuando por fin se quedan todos dormidos, él sigue despierto, escuchándolos roncar. Ruth hacía un ruido como el de una rueda de bicicleta desinflándose, Donna parecía un respirador de hospital, y Douglas escupía palabras en sueños: bastardo, maricón, cáncer, muerte.

Entonces Giorgio ve a la luz de la luna que Ava está despierta y... ¡ay! Está tumbada junto a su madre, mirándolo, y le sorprende lo aterrador que debe ser esto para ella. Y en ese preciso instante, se enfurece con su madre, con Donna, porque esa chiquilla se merece algo mejor que estar despierta sola con sus preocupaciones, y vuelve a pensar en Gianfranco Jr. y en que no hay nada que se pueda hacer.

Gianfranco Jr. seguía jugando al escondite cuando Giorgio lo vio por última vez, así que no sabe nada sobre la edad de Ava. Lleva puesta la capucha peluda y lleva peto y mitones. "¿Estás bien?", susurra. "¿Tienes suficiente calor?"

“Sí, gracias.”

Afuera, una botella se rompe. Un borracho canta "The Sash", añadiendo "Fuck the Pope" [Que le den al Papa] cada vez que no recuerda en qué verso está.

“¿Quieres hablar?” dice Giorgio.

Ava se incorpora en su saco de dormir, apoya la barbilla en las rodillas y dice: «Es como si estuviéramos en un cuento de hadas».

"¿Lo es?"

Y Ava dice: "Sí, las historias siempre empeoran antes de mejorar. Solo hay que esperar el final".

—Toma —dice Giorgio, sin saber si su idea parece condescendiente—. ¿Quieres un cuento antes de dormir?

"De acuerdo."

Pero a Giorgio no le importan las historias, así que se inventa una locura basándose en lo que Marjorie ha estado contando todo el día. Le dice: "¿Has estado alguna vez en Londres?".

Ava no está segura.

Sé que lo habrás visto en la tele. Es donde la Reina vive en un gran palacio con todos los príncipes y princesas, y hay toda clase de villanos que viven en una casa enorme con un reloj enorme, y tienen inmensos tesoros: diamantes y joyas, gansos que ponen huevos de oro, ruedas que hacen girar el dinero de la nada. Luego Giorgio explica que todo el mundo sabe que en pleno Londres hay un búnker debajo del

Ministerio de Defensa —puede buscarlo cuando vuelva internet, dice— y algunos incluso saben que está conectado a otros búnkeres bajo otros edificios importantes. Pero lo que nadie sabe, porque es un secreto, es sobre el Arca.

Mira, dice Giorgio, cuando algo sale mal, algo tan insignificante como lo que está pasando ahora, los soldados de Londres, desde el SAS hasta esos zoquetes a caballo con sus sombreros enormes y graciosos, construyen barricadas alrededor de una zona verde. La zona está a orillas del Támesis, donde se ven las imágenes de la noria y el reloj, y todo eso. Cuando todos los peces gordos están dentro, vuelan el puente de Westminster, ¡bang! Y disparan a cualquiera que se acerque. Tienen bodegas llenas de comida, combustible, agua, oxígeno de emergencia, suministros médicos, todo lo que la gente de aquí no tiene.

«Porque hay otro secreto», dice Giorgio: «Van a convertir Escocia en un parque temático y lo van a llamar Disnaeland». «Lo van a llamar Disnaeland», dice, «porque no los votan, no les gustan y no les importan nada». Hace una pausa, esperando a ver si Ava se ríe, pero Ava ya está dormida, con la respiración agitada y las piernas retorciéndose en el saco de dormir.

Capítulo X

EL LIBRO DE PYCHO

I

En fin, por la mañana, Giorgio es el primero. Así que, antes de que los demás despierten, le confisca las drogas a Tam. Tiene que quitarle la bolsa de plástico que lleva debajo del brazo, porque Tam la ha abrazado toda la noche como a un amante. Pero, según Giorgio, no está bien tener esas drogas alrededor de una niñita. Les devolverá sus cosas a Tam y Mac, poco a poco, pero se las ganarán: cuidando de Marjorie. Por ahora, deja a Marjorie durmiendo y baja al Señor de las Papas Fritas, con la intención de comerse un par de bollos untados con manteca.

Afuera, el cielo es azul cobalto y los tejados sin calefacción son de un blanco glaseado. Han sobrevivido otra noche.

Giorgio piensa que Ava tiene razón: la vida es una historia, y en toda buena historia las cosas suelen empeorar antes de mejorar. Y las cosas *están* a punto de empeorar.

Porque mientras Giorgio se demora en la carretera, mirando el cielo azul cobalto, disfrutando del crujido de la nieve compactada bajo sus pies, una docena de motociclistas derrapan frente a la casa de Ashraf. Son todos cabezas rapadas muy valientes, en vaqueros y chándal: son Psycho y la Mujer Maravilla. No, hay otros mundos posibles en los que Giorgio se apresuraría a entrar en el Señor de las Papas Fritas, cerrando la persiana tras él, pero en *este* mundo, Giorgio avanza sigilosamente por la carretera, todavía con una bolsa de plástico llena de opiáceos en la mano. Tiene curiosidad por saber cómo lidiarán los Ashraf con esto, y no está muy seguro de a quién está animando.

El problema es que el agua se ha cortado, y la sed se está convirtiendo rápidamente en el mayor problema. La banda de los IMW ha estado despierta toda la noche, y ahora están entre borrachos y hambrientos, tan deshidratadas que algunas han intentado comer nieve. Así que exigen que los Ashraf les den algo de beber, y estos les dicen que se larguen.

Psycho dice: "¿Sabes quién soy?"

Y el señor Ashraf Jr. le respondió: "Sí, eres un enano ladrón y tienes prohibido entrar".

Entonces Psycho dice: "¿Sabes quién es mi padre? "

Y Ashraf dice: "Es un cabrón ladrón y vaya, lo pillé robando en Shaven Ravens hace treinta años».

Y ya sabes cómo va esto. Pronto están todos gritando a la vez, y no se sabe quién grita qué:

"Entonces, vas a gemir, maldito..."

"Te vamos a dar una paliza..."

"Venga loco".

"Te vas a la mierda, idiota".

Hay pechos al aire, aviones volando, gritos, saludos y palmadas en el pecho. Pero después de eso, ninguno de los dos retrocede, así que uno de los dos intenta una patada, falla y corre hacia sus compañeros. Ashraf batea, falla y rebota sobre las puntas de los pies. Cada pocos segundos, alguien corre hacia adelante y otro hacia atrás. Es como si hubiera sido coreografiado. Ya saben cómo es: a menos que alguien se enfurezca sin importarle recibir golpes, esta está destinada a ser una de esas peleas en las que nadie recibe un golpe. Después de dos minutos, la pandilla vuelve a montar en sus bicicletas, gritando amenazas mientras pedalean hacia el Señor de las Papas Fritas.

Giorgio ha estado viendo todo esto, dándole vueltas a mil cosas. Ha estado pensando que así es como debe ser: pandillas, turbas, vecinos peleando entre sí, familias peleando entre sí, cada uno por su cuenta en una lucha por la supervivencia. Ha visto este tipo de cosas en las películas, ¿sabes? Y ha estado pensando que él y los demás del apartamento de Busy Bee no deberían estar perdiendo el tiempo bebiendo vino, jugando a las cartas y contando historias: deberían estar construyendo defensas, armándose, preparándose como los Ashraf. Pero en lo que no ha estado pensando es en lo expuesto que está ahora mismo, y lo que no ha esperado es en lo rápido que la atención de los IMW podría volverse hacia él. Mete la bolsa de drogas de Tam debajo de su chaqueta y corre como un pato de vuelta al Señor de las Papas Fritas, pero cuando saca las llaves, las YMW están frenando, cortando la nieve y parando sus motos en una maraña de pedales y manubrios.

"¿Qué carajo le pasa a tu cupón?" dice Psycho.

Y Giorgio dijo algo como: "Mira, no busco problemas".

“Dame un poco de jugo entonces”, dice Psycho.

Titch está tirando del tocón colgante del espejo retrovisor carbonizado del lado del conductor de Douglas.

—¡Ahora, cabrón! —dice Psycho, sacando una navaja de su chaqueta.

Giorgio dice: "No hay necesidad de eso".

—Sí que hace falta, joder. Estamos muertos de sed.

Ahora Titch ha arrancado el retrovisor derretido y está medio agachado, listo para lanzárselo a Giorgio. Psycho apunta con su espada. De repente, se siente muy caliente a la sombra de los pisos.

—Está bien —dice Giorgio, porque no ve otra opción—. Esperad aquí. Tiene miedo de que el alijo de drogas se escape de debajo de su chaqueta, así que abre el candado lo más rápido que puede, pero tiene las manos frías y las llaves son complicadas.

Psycho dice: "Date prisa, maldito gordo".

Tras subir la persiana y abrir la puerta, Giorgio se adentra en el Señor de las Papas Fritas, con las manos en alto. Dentro, tiene que pensar rápido. Para asegurarse de que no lo vean, se sube al armario y se desliza por una de las placas del techo. Mientras esconde la bolsa de drogas en el hueco del techo, oye que los demás están pendientes. *"¿Te cortaste en el fregadero? ¿Qué te pasa?"*

—Tranquilo, ¿eh? Me estáis volviendo loco.

Giorgio vuelve a colocar la placa del techo y se baja de un salto. Les dará a las YMW lo que tiene después del mediodía, pero ¿qué les impedirá pedir más hasta que no le quede

nada? Cuando se acabe el líquido, ¿qué beberá? ¿Qué beberá Marjorie? Quizás le queden cien latas, y son más valiosas que todo lo demás que posee.

Sin embargo, se apoya packs de Fanta en el pecho y se acerca. "Aquí tenéis. Esto es todo lo que tengo, ¿vale? Así que no volváis".

—No me gusta la Fanta —dice Titch—. ¿No tienes Irn Bru?

“Quiero una Coca–Cola”, dice otro chico.

—¡Joder! —dice Psycho—. ¡A ver si no dejan de gemir!

Abren sus latas, se toman el jugo de un trago. Luego eructan, aplastan las botellas vacías y se las tiran a Giorgio. Dan vueltas en las motos y vuelven por donde vinieron. Se ríen a carcajadas, haciendo caballitos. Al pasar junto a los Ashraf, escupen flema, hacen señas de imbécil, les alzan el dedo de en medio: pura provocación

II

En fin, esa tarde, los YMW buscan chicas. Registran los bares en busca de bebidas alcohólicas. Se dan un toque de desodorante. Se retan mutuamente a beber desinfectante de manos. Recorren la zona en moto, buscando borrachos

para provocar. Para atraer borrachos, claro, hay que encontrar viejos borrachos descarados, borrachos casi muertos, y luego escupirlos, abofetearlos y provocarlos hasta que intentan defenderse. Entonces esquivas sus torpes golpes, esquivando como matadores y riendo mientras los borrachos gruñones se tambalean, rugen y caen al barro.

Pero ya no hay más desposeídos, ni gaitas ni nada, en Dundule. Están ocupando edificios vacíos, ¿sabes? Se apiñan en áticos, fumando excrementos de perro, bebiendo sidra robada y preguntándose por qué no hay agua en el baño.

Y esa noche, al final del tercer día, les toca a los YMW ocupar un edificio vacío. Para su nueva sede, Psycho ha elegido el edificio de Análisis de Datos de Nordenholt. Nadie ha entrado desde que Donna y Kieran se fueron, y todo está congelado en el tiempo. Como si hubiera un calendario atascado para siempre en el 27 de febrero. Listas de tareas pendientes que nunca se terminarán. Una ensalada de cuscús, guardada para un mañana cancelado. Una tarjeta de felicitación —"Bienvenido, pequeño"—, medio firmada, que está en el segundo piso, sin terminar.

Los Jóvenes Mentales de Westbridge (YMW) rompieron el silencio, destrozando y haciendo añicos, gritando y aullando, chillando, rugiendo y coreando: "¡Síííí! ¡Síííí! ¡Vamos a la mierda entonces, cabrones!" *"Vamos a la mierda, vamos a la mierda, na na na naa, na na na naa".* Se oye el siseo de

pintura en aerosol. Un olor a gasolina. Eslóganes, etiquetas y monogramas: "YMW YA BAS"; "WEE GOGGSY #1"; "PROPIEDAD DE YMW, ENTRAR Y MORIR".

Goggsy dice: "¡Oye, Danny! ¡Danny! ¡Mira esto, cabrón!", y luego estrella un martillo en la pantalla de un ordenador. Se enfurece, rompe la pantalla, parte la carcasa, golpea el teclado tan fuerte que salta un metro. Rompe la torre en cintas, cables, carcasas, ventiladores y circuitos impresos. Destroza más ordenadores, fotos familiares. Se sube a los escritorios, hace explotar tubos de luz.

Se dan vueltas en sillas giratorias, juegan con alfombrillas de ratón, lanzan martillos a las macetas. Disparan extintores, llenando los pasillos de nubes espumosas. Destrozan las máquinas expendedoras para coger el zumo, las patatas fritas y el chocolate. O lanzan tazas, se grapan los brazos y se pegan la cara con cinta adhesiva. Afuera hay más, balanceándose del andamio como simios.

III

Pero démosle un respiro a Psycho: ¿quién más podría ser el pobre muchacho? No tienes voz ni voto en ser tú mismo, y Psycho no tiene voz ni voto en ser Psycho. Es decir, no puede controlar lo que cree, lo que desea, lo que teme.

Nadie puede. Y Psycho, como tú y todos los demás, tiene secretos: dentro de Psycho, igual que dentro de ti, hay una pequeña luz que no se ha extinguido.

No, Marjorie llamaría a esta luz su alma. Bert, el esposo de Ruth, la llamaría su niño interior. Pero como sea que la llames, es una pequeña huella que se evapora, dejada donde pisó la piscina infantil, el día que persiguió la canción de un camión de helados, y su padre marcó el brazo de su madre con sus planchas de pelo. Es un rastro del niño que amaba dibujar cebras y le decía a su maestra que iba a trabajar en un zoológico. Es el niño que se apagó los cigarrillos en el pecho para enseñarse a manejar el dolor. El niño que temía que se le parara el corazón cuando lo sumergieron en agua caliente por probarse el maquillaje de su madre.

Y en algún momento, este pequeño se puso a salvo. Se construyó una guarida y se acurrucó con mantas y peluches. Y alrededor de su guarida construyó un castillo de cuento de hadas, con foso y puente levadizo, una imponente muralla y grandes torres con asas para mil arqueros. Ahora, cuando lo atacaban, Psycho podía contraatacar. Gritaba. Golpeaba. Mordía. Apuñalaba. Aprendió a sentir ira en lugar de miedo.

Poco a poco, con el paso de los años, se olvidó del niño asustado. Pero seguía allí, gritando en la noche, oculto a la vista como el monstruo del Castillo de Glamis. Esta miserable criatura, ahora deforme y pálida tras años de abandono e internamiento, comenzó a acechar las ruinas del

subconsciente de Psycho. Aparece en la noche, una aparición apenas visible. En sueños se le puede oír gritando desde la ventana de una torre o corriendo desnudo por las almenas en medio de una tormenta.

A los dieciocho años, Psycho se ha convertido en la cortina que él mismo construyó a su alrededor, y lo atormenta precisamente aquello que este monstruo fue construido para protegerlo. No le importa cómo un niño construyó un castillo de cuento de hadas para protegerse del miedo, y hace tiempo que olvidó cómo el dueño del castillo cerró la puerta y perdió la llave. Simplemente sabe, o al menos intuye, que guarda un terrible secreto en su interior. Le aterra que otros vean al monstruo, o que este escape y se vengue.

Y ahora la situación se ha vuelto urgente. Verás, el poder de Psycho reside en ser furioso, rápido e intrépido. La diferencia entre tú y Psycho es que Psycho no tiene nada que perder. Psycho mide 1,68 m y tiene brazos como cuerdas; solo le temes porque sabes que hará cosas que tú no harías. Por ejemplo, no vas a meterle una botella rota en la cara a Psycho; temes demasiado las consecuencias. Temes su venganza, temes a sus amigos, temes a la policía, temes la cárcel. Temes perder tu trabajo y tu casa. Pero Psycho no tiene trabajo ni casa. Psycho *sabe* que le espera una temporada en el adiós, y sabe que hay cientos de personas tras él. Lo único que tiene que perder es su reputación, así que hará *lo que sea* para protegerla. Te acribillará a balazos,

te apuñalará, te apedreará y te lanzará bombas incendiarias en tu casa.

Pero no, *nadie* tiene nada que perder. Pronto, todos los cabrones estarán apuñalando, poniendo cristales y bombardeando, solo por un poco de comida y agua. Y el poder de Psycho se evaporará con el miedo. Pronto, será solo otro pequeño desesperado. Y hay cientos de personas en este grupo con cientos de razones para buscar venganza. Escucha: Psycho necesita escapar, de sí mismo y de todos los demás.

Ve dos opciones. Una: ahorcarse. Como si lo hiciera atando la cuerda a la vieja antena parabólica de la parte trasera de los pisos. Dos: huir. Irse de Dundule, irse de Escocia. Para eso, sabe que necesitará algún tipo de moneda. Ahora, hasta la crisis, había estado ahorrando para sus negocios de drogas, pero sus fajos de billetes, aún escondidos tras los paneles del baño, son recordatorios inútiles de una época pasada. Necesita algo nuevo que usar como moneda, ¿verdad? Y lo necesita ahora.

Aquí hay una cosa que Psycho sabe: la humanidad dure días o siglos, la demanda de cocaína durará lo mismo. ¿Te acordarás de Psycho contando cómo había organizado este negocio de drogas con unos marineros brasileños que se habían quedado sin combustible para llegar a casa? Bueno, eso no fue una tontería. Pero lo que se ha guardado, lo que no le ha contado a nadie, es su verdadera motivación para

montar este negocio de drogas. Verás, necesita a su banda para que le ayude a llevar el material que van a traficar, pero cuando consigan el equipo, no va a dejar que lo trafiquen; a la primera oportunidad que tenga, cogerá la droga y escapará.

IV

Así que, el cuarto día, van a buscar las drogas a los marineros. Es otro día caluroso y despejado, el aire tan fresco que podrías romperlo con los dedos. La nieve derretida por el sol gotea de los tejados. Se forma hielo negro en las sombras. Psycho y la YMW tardan dos horas en recorrer en bicicleta las doce millas hasta Grangemouth: pedalean hacia el norte desde Dundule, adentrándose en ondulantes tierras de cultivo, donde el aire está cargado de humo de leña, los setos están desnudos y los valientes caballos pastan en campos cubiertos de nieve. En Fernielown, donde las almenas en ruinas del pequeño pueblo parecen dientes podridos, se detienen a comprar zumo de naranja, cigarrillos y chocolate en la tienda del pueblo. Pasan junto a un camión de transporte, con la lona rasgada al borde de la carretera. Luego llegan a Bo'ness fuera

de Escocia, donde la gente hace cola para recibir comida; todo ordenado, ¿sabes? Y bajan en rueda libre hacia el mar, pasando zumbando junto a una gasolinera cerrada, antes de pedalear hacia el oeste bordeando la costa. Pronto aparece Grangemouth a lo lejos, un paisaje de ciencia ficción con edificios industriales, tanques de almacenamiento y torres de refrigeración.

El muelle de Grangemouth maneja nueve millones de toneladas de carga al año, y la refinería de petróleo es una de las más grandes de Europa. Pero cuando llegan los chicos, no hay trabajo que hacer. Los camiones de transporte están estacionados uno contra el otro, sus conductores cocinando en hornillos de camping al borde de la carretera. Una multitud de sindicalistas del Sindicato General de Trabajadores del Transporte permanecen en silencio ondeando banderas rojas y blancas. Los faroles y las torres no producen humo. En un silencio inquietante, los chicos pedalean junto a las alambradas, chocan contra las vías del tranvía, levantan sus bicicletas por encima de las barreras a la entrada del puerto. Ya no hay bromas; no tienen ni idea de cómo se desmoronará este acuerdo.

En fin, pedalean por la orilla, bajo grúas y cabrestantes, pasando junto a cientos de brillantes contenedores apilados como piezas de Lego. El agua es gris pizarra, el aire apesta a algas y no hay ningún ruido salvo el de las gaviotas y el *zumbido del motor* de ese carguero descomunal. Se detienen a la sombra del casco rojizo del barco. Desde el

muelle, Psycho estira el cuello hacia el castillo del puente. No hay otro sitio donde puedan estar esos cabrones; el resto del barco, los cien metros, es plano salvo por dos grúas de carga.

Psycho dice: "¿Bien? ¿Chicos? ¿Qué tal? Estoy aquí por el asunto, ¿sabéis?". Solo hay una gaviota mirándolo desde la borda. "¿Hola?", grita. " ¿Hola? ¡Vamos, cabrones!".

“Pensé que esto ya estaba preparado”, dice Goggsy.

Psycho dice: "Sí que lo está, ¿de acuerdo?"

"Entonces, ¿dónde carajo están?" dice Wee Danny.

Y Goggsy dice: "No te hagas el gracioso, Psycho, pero mira si hemos venido en bicicleta hasta aquí y..."

—¿Entiendes lo que quiero decir? —dice Cammie—. No tenemos ni una mierda de comida.

"¿Crees que no lo sé?" dice Psycho.

"Sólo digo que si no podemos conseguir algún equipo para intercambiar, estamos acabados", dice Goggsy.

—Sí, y he venido en bicicleta hasta aquí justo después de que me dispararan, ¿sabes? —De camino a Grangemouth, Titch ha estado contando cómo se lavó la herida con whisky, se sacó la bala con pinzas y se cosió con el costurero de su

abuela. Psycho sabe que es una barbaridad. Es el don de quienes viven disfrazados reconocer los disfraces de los demás, y es su piadosa costumbre rara vez traicionar su conocimiento, ni siquiera al pobre diablo cuyo disfraz han descubierto.

—Escuchen —dice Psycho—. ¡Que todos dejen de mearse! ¡Joder, tío! Son como un grupo de niñitas. Solo necesitamos llamar la atención de esos cabrones, ¿sabes? ¡Joder, tírenle unas piedras o algo así!

Entonces, lo hacen: las YMW comienzan a lanzar piedras al castillo del puente, y es ahí cuando las cosas empiezan a ir realmente mal.

V

Porque aquí está la historia de estos marineros, ¿verdad?: la tripulación del Anjo Sorridente. Llevan cuarenta días y cuarenta noches a bordo. Seis brasileños, cinco filipinos y cuatro indonesios zarparon de Santos con un cargamento de pellets de harina de soja. Y cada grupo nacional odia mutuamente a los demás, ¿verdad? Los filipinos odian a los brasileños porque creen que están mejor promovidos, y odian a los indonesios porque creen que no están cualificados. Los indonesios coinciden con los filipinos en lo

que respecta a los brasileños, pero creen que estos últimos están en sus trece. Por su parte, los brasileños temen que los filipinos e indonesios los derroquen.

Pero por ahora, hay una tregua precaria. Solo quedan cuatro brasileños: un contramaestre tuerto, un marinero drogadicto, un jefe de máquinas con problemas psicológicos y un exboxeador que trabaja de cocinero. Verán, el marinero mató al primer oficial, casi sin querer. Hubo un escándalo por consumo de cocaína, y el primer oficial recibió un golpe con una llave inglesa. Como dijo el cocinero, fue el tipo de incidente que uno espera cuando los hombres viven amontonados.

Pero al ver que su primer oficial había muerto, el capitán les dio una charla, ¿verdad? Y en el forcejeo que siguió, el contramaestre lo empujó por la escala del mástil. El capitán se rompió la columna vertebral y pronto murió. Fue una lástima, pero, como bien señaló el jefe de máquinas, los accidentes son parte de la vida en el mar, ¿no?

Es decir, no planearon un motín; simplemente ocurrió. Los filipinos e indonesios agradecieron estar libres de la autoridad de los oficiales superiores, pero la sensación de liberación duró poco. Llegaron a Grangemouth hace menos de una semana y descubrieron que no había nada con qué repostar y que nadie estaba preparado para hacerse cargo de su carga. No tenían suficiente combustible para navegar a otro puerto, así que se pasaban el día criticando a los

marineros rivales por radio VHF. Se pasaban las noches esnifando y jugando a las cartas cada vez más acalorados. Al principio, apostaban cigarrillos, luego se enfadaban, y ahora jugaban a las cuchilladas. Se masturbaban con DVD porno. Los filipinos se entretenían haciéndose incisiones en la piel de las tetas e insertándose bolitas hechas con cepillos de dientes derretidos. Esto es algo común entre los marineros filipinos —en serio: búsquenlo—, así que los demás los dejaban con eso.

En fin, aparte de estar varados en Grangemouth, la crisis no los afecta en casi ningún sentido. Por ejemplo, les queda suficiente combustible para el generador de agua dulce y la calefacción de la cabina, y reabastecieron la cocina al atracar. Pero cada día comen por aburrimiento, y cuanto más se acercan a quedarse sin comida, más cerca están de la guerra civil. Necesitan zarpar pronto. Necesitan encontrar combustible rápido.

VI

En fin, los Jóvenes Mentales de Westbridge llevan un rato gritando y lanzando piedras al castillo del puente cuando un tuerto aparece en cubierta y les dispara con una manguera

a presión. La fuerza del agua hace que Titch caiga al suelo. Cuando por fin cierra la manguera, el tuerto grita: "¡Váyanse a la mierda, hijos de puta pedorros!". Para entonces, había media docena de marineros observando, riendo y gritando insultos en varios idiomas.

Entonces Psycho abre su mochila para enseñar el contenido. Dice: «Tenemos móviles, portátiles, cámaras, joyas».

Pero los marineros dicen: "Que te jodan. Vete a chupar a un burro".

Entonces Psycho dice: "Vamos, cabrones. ¡Hagan el maldito trato!".

Pero los marineros simplemente dicen: "¡Que te jodan, que jodan a tu país y que jodan a la puta que te parió! Queremos irnos a casa. Diles que nos den combustible o bajamos a tierra y te matamos". Y entonces gritan, vitorean y hacen sonar las barandillas. Cantan en inglés: "¡Dennos combustible! ¡Dennos combustible!".

“¡Si quieres drogas, consíguenos combustible!”, dice el fugitivo tuerto.

Psycho se sienta en un bolardo de amarre y piensa.

—¿Y bien, Psycho? —pregunta Goggsy—. ¿Cuál es tu plan, eh?

“Sí”, dice Wee Danny, “sin ánimo de ser gracioso, pero nos dijiste que esto estaba preparado”.

"Esto es una pasada", dice Titch. "¿Cómo comemos? ¿Qué bebemos?"

"Es una cagada, eso es lo que es", dice Goggsy.

—Psycho, tío. Te quedarás ahí sentado, enfadado, ¿eh? —dice Wee Danny.

Que les den. Psycho ni siquiera puede preparar su habitual bombardeo de amenazas. No tiene otro plan. Piensa en la antena parabólica y la cuerda que lleva al cuello. Está mareado por un pánico que no comprende. Hay algo en la nave: sus enormes olas de acero, su torre como la fortaleza de un castillo. No les teme a esos cabrones, no le teme a nadie, pero su corazón late con fuerza como si algo dentro de él intentara escapar.

Capítulo XI

BELLUM OMNIUM CONTRA OMNES

I

Bien, un poco de atención. ¿Recuerdan cómo Kieran se fue por la noche a juntarse con sus amigos supervivientes? Bueno, no es broma, pero ¿ven a Hobbes, el líder de su grupito? Está completamente loco, sin razón. Es un psicópata, sí, pero ese es solo el principio de sus problemas. Verán, Hobbes cree que, en el fondo, todos quieren atraparlo. Claro, está ese danés calvo que a veces lo saluda en el gimnasio, y está ese viejo calle arriba que le hace pastelitos y le pregunta por su madre, pero aunque parezcan *amigables,* en su estado natural querrían atraparlo, ¿sabes? Si no fuera por las fuerzas del orden, si no fuera por esta frágil supuesta civilización, ese viejo le cortaría el cuello en plena noche. Mira, Hobbes sabe –con total certeza– que la

condición humana natural es la guerra de cada cabrón contra cada otro cabrón.

No, ya sabes que eso es una locura. Has visto a bebés divertirse alimentando a sus padres, has visto la alegría con la que corresponden a la risa de sus madres. Has visto a bebés sonriendo, orgullosos de sí mismos, mientras pasan sus bloques y sonajeros a los adultos, otorgándoles estos regalos como si fueran títulos de caballero. Sabes que la única naturaleza humana es nuestra necesaria sociabilidad. Pero Hobbes no conocía a ningún bebé. Hobbes realmente no conocía a nadie fuera de la sala de pesas del Centro de Ocio. Así que Hobbes cree que la esencia de la humanidad es la competencia violenta.

Y aquí está el problema de Hobbes: si la vida *es* una competición, está perdiendo estrepitosamente. Por ejemplo, tiene cuarenta y tantos y lleva seis años sin trabajo. Solía trabajar como guardia de seguridad en un supermercado, pero lo perdió después de dispararle con una pistola eléctrica a un farmacéutico local en una discusión por una cesta de fresas (Hobbes consigue todo tipo de armas en la red oscura). Desde entonces, su único trabajo ha sido como voluntario en el club de fitness Dundule Rovers. Es un equipo amateur que recibe multitudes de menos de cien personas. El delantero estrella es instalador de paneles de yeso. Pero Hobbes barre la pequeña terraza en busca de bombas, somete a los oficiales visitantes a un detector de metales y, una vez, durante los penaltis al final de un playoff

de descenso, le dio un placaje de rugby al portero de la casa. (Hobbes pensó que estaba salvando al portero de un francotirador; pero la luz que había visto era solo el sol reflejándose en los anteojos del juez de línea.)

Sin embargo, hay algunas personas —bueno, dos— que están tan preocupadas por sus propias deficiencias que no pueden ver las de Hobbes. Hobbes impresiona a Kieran y Bodkins con historias inventadas sobre su tiempo en las fuerzas especiales, y los impresiona con su físico musculoso, su barba poblada y sus tatuajes tribales. Están tan desesperados por su aprobación que, si sus juicios chocan con los suyos, desconfían de sus propios juicios. Ahora bien, como verán, esto hace que Kieran y Bodkins tomen decisiones bastante mediocres, y tal vez piensen: "¡*Ni hablar! ¡No hay peligro de que se atrevan a hacer eso!".* Así que tengan en cuenta que, en la mayoría de las historias sobre el apocalipsis, *todos* —excepto el protagonista y su familia— son capaces de todo lo que sigue y más.

II

En fin, como ya sabéis, la noche del motín, Kieran fue a encontrarse con Hobbes en el parque de aventuras. Hobbes eligió el parque de aventuras como sede del Campamento de Supervivencia cuando solían entrenar allí. Los

cronometraba mientras subían a la casa del árbol, bajaban a toda velocidad por la tirolina, se deslizaban por las vigas de equilibrio, galopaban por el travesaño de neumáticos, saltaban de un tronco a otro, se bajaban por la red y corrían por el tobogán hasta el fuerte de juegos. Pero los padres los regañaban por subir por el tobogán con botas de agua. El padre de un niño se volvió loco cuando Kieran tiró a su hijo pequeño de la viga de equilibrio. Al final, tuvieron que abandonar el parque después de que Bodkins recibiera una Orden de Prevención de Delincuentes Sexuales.

Sin embargo, en su primera noche, mientras las masas ignorantes —los zombis, como los llaman— están saqueando e incendiando, los soldados de la Guardia Civil extienden lonas sobre el techo del fuerte de juegos y suben a su refugio por la escalera infantil. Kieran permanece despierto, escuchando la tormenta de nieve, sintiéndose cómodo y orgulloso. Porque mientras gente como Ruth sufre hipotermia, los supervivientes están preparados; tienen sacos de vivac, sacos de dormir de grado ártico y trajes de camuflaje de Gore–Tex.

Mientras los zombies se están cagando de lo que van a beber, los supervivientes beben el agua del Dule Burn, ya sea hervida o purificada con pastillas.

Mientras una banda saquea los suministros de Giorgio, los supervivientes están rodeados de defensas naturales: al norte, el patio de recreo está protegido por el canal; al oeste,

está fortificado por la montaña Breast; y al sur, al otro lado de un matorral de espinos, ortigas y zarzas, una alambrada rodea campos de pastoreo llanos. El único punto débil está al este, donde el aparcamiento del patio de recreo está alimentado por una pequeña carretera que rodea el museo. Ahora bien, esta carretera cruza un afluente del Avon, cerca de donde el arroyo se encuentra con el canal, así que Kieran y Hobbes bloquean el puente con una cocina tirada en el suelo, un sofá podrido, los muelles de un colchón, un frigorífico oxidado... Varias cosas así.

Mientras los zombis se arriesgan a contraer tifus porque no pueden tirar de la cadena del inodoro, Bodkins cava una zanja en un bosquecillo de saúco y espino. Y Bodkins, sí, parece un niño de un anuncio de galletas —con pecas, hoyuelos y ojos azules—, así que siempre intenta que su apariencia sea menos infantil. Muchas veces al día revisa el progreso de su bigote, como un jardinero revisando un calabacín premiado, pero nadie más sabe siquiera que se supone que debe *tenerlo.* Así que, mientras cava el excusado, se toma un momento para restregarse las manchas de tierra de las mejillas, porque cree que eso lo hará parecer más varonil.

En fin, cuando la zanja es lo suficientemente profunda, Bodkins clava la pala en la tierra excavada e invita a Hobbes a inaugurar el nuevo inodoro. Bueno, Hobbes se quita los pantalones cortos, se desabrocha el cinturón, se pone los pantalones de combate, se quita las mascarillas

antimicrobianas y se queda expuesto al aire helado. Se agacha, con los pies a horcajadas sobre la zanja. Para empezar, no pasa nada. Entonces se oye un hilillo de orina. Hobbes se queda en cuclillas, con el culo apuntando hacia la zanja, y los demás se quedan de pie a su alrededor hasta que consigue producir. «Hermanos», dice, limpiándose el culo con una hoja de acedera helada. «Ha nacido el nuevo mundo».

Aunque los zombis pronto estarán hambrientos, Hobbes ha traído cientos de latas de atún y frijoles pintos, Kieran docenas de bolsas de fruta seca y Bodkins montones de Monster Munch y Oreos. Sin embargo, incluso el campamento de supervivencia mejor abastecido acaba por quedarse sin comida. Tras el colapso de TEOTWAWKI[7] (El fin del mundo tal como lo conocemos), se extiende un futuro largo y potencialmente hambriento, ¿verdad?, y en ese futuro, solo podrán sobrevivir como cazadores–recolectores. Así que, como preparación, el segundo día salen de caza.

El trabajo de Kieran consiste en envolver una alfombra vieja alrededor del alambre de púas y cubrirlo mientras saltan de un salto por la cerca hacia el campo de ovejas. Una vez sobre la cerca, Hobbes gatea hasta estar a solo diez

---

7 «TEOTWAWKI» (acrónimo de "The end of the world as we know it" en español: «El fin del mundo tal como lo conocemos») es el tercer episodio de la tercera temporada de la serie de televisión posapocalíptica de horror *Fear the Walking Dead*.

metros de las ovejas, y todas ellas siguen pastando o durmiendo, despatarradas. Es una noche clara y cálida, y la nieve refleja la luz de la luna. Kieran observa cómo las babosas y los escarabajos se deslizan y se arrastran por donde han estado descansando en la alfombra. De repente, Hobbes corre, las ovejas balan, se oye un espantoso golpeteo de cascos. Y Hobbes la persigue, con su cuchillo de caza brillando a la luz de la luna, hasta que se lanza contra la oveja, y durante unos segundos, él y la oveja se revuelcan en barro, nieve y mierda. Entonces Hobbes se sube a la bestia, sujetándola con su peso, y –después de una pausa espantosa– hunde el cuchillo en la garganta de la oveja.

La oveja se retuerce y sufre espasmos, Ken, y Hobbes le cortan el cuello con una sierra mientras Bodkins corre por el campo, disparando con su pistola de aire comprimido. Uno de los disparos alcanza a Hobbes por error, quien salta de la oveja, aullando de dolor. Entonces Bodkins se para sobre la oveja, disparándole al cráneo, y aun así la criatura sigue pateando, agitándose y dando vueltas. Es una de esas ovejas sarnosas, con rastas y bayas colgantes, y le disparan y apuñalan durante un minuto más antes de que la bestia deje de retorcerse.

En fin, llevan esta cosa de vuelta al Campamento de Supervivencia, ¿verdad?, y Hobbes mete su cuchillo bajo la lana de la bestia. Corta la piel a lo largo de su vientre como si estuviera abriendo una cremallera. Luego se para sobre su garganta y tira de la piel para soltarla; el ruido es como

cuando se levanta una alfombra, ¿sabes? Para entonces, la bestia y Hobbes están cubiertos de sangre, e incluso Kieran se estremece cuando Hobbes le parte las patas a la criatura. Una vez que le ha amputado cada rodilla, Hobbes despelleja las patas, limpiando pacientemente la piel con su cuchillo, metiendo el puño justo bajo la lana. Y, ¡Dios mío!, le serruchó la cabeza y el ruido que hizo fue... Es como cuando se rasga una camisa de algodón. Y Hobbes se quedó allí de pie, sujetando la cabeza ensangrentada, y cuando por fin la soltó, golpeó el asfalto con un golpe sordo.

Sí, pero luego izan el cadáver a la red trepadora por las patas traseras. Hobbes le corta la lana de la cola y le abre el trasero, ¿verdad? Luego, le mete el puño en el trasero desgarrado y prepara un tubo largo, que ata y vuelve a introducir en el cadáver. Mientras Hobbes tira de la lana, aún se puede sentir el calor del animal, y cuando finalmente la desollan, la oveja no parece más grande que una liebre.

¿Y ahora qué? Hobbes le corta el vientre y sus entrañas azules se derraman, salpicando el suelo. El olor es asqueroso, como para hacerte vomitar. Y mientras Hobbes se deshace de las últimas entrañas, Bodkins vomita y vomita al pie del árbol. Hobbes mete las manos dentro de la oveja sacrificada para presumir de cómo gotea sangre y vísceras. Luego se acerca a Bodkins y le unta la cara con las manos.

III

En fin, la tarde del tercer día, los supervivientes reciben una visita inesperada. Mira, hay un camionero llamado Dale, ¿verdad?, al que le dijeron que condujera un camión cisterna lleno de diésel desde Mossmorran hasta un almacén en Tyneside, pero cuando llega, el almacén está en llamas. Las carreteras están desiertas y sin iluminación. Hay soldados lanzándole piedras desde un paso elevado. No tiene señal en ninguno de sus teléfonos. Y este pobre tipo está hecho polvo, ¿sabes? Así que da la vuelta y conduce de vuelta a Escocia.

Pero los puentes de Forth están bloqueados, ¿verdad?, así que Dale tiene que tomar la ruta larga, manteniendo las marchas cortas, sorteando los vehículos que se han quedado sin combustible y están abandonados. Pero con cada cambio de marcha, Dale siente todo el peso que arrastra; es decir, cuanto más se acerca a casa, más atractiva le resulta la vida en la carretera. Verás, vive con su madre en un pueblecito donde todos los cabrones le doblan la edad. Normalmente, solo tiene que pasar dos días en casa de su madre antes de volver a la carretera, pero en la época del COVID–19 conducía para las cervecerías, ¿verdad?, y lo pusieron en el programa de suspensión de empleo (ERTE), así que durante meses le pagaron por quedarse en casa. Su madre

compraba, cocinaba y limpiaba, mientras él pasaba la mañana durmiendo, las tardes comiendo frente al televisor y el tiempo entre medias solo en su habitación, jugando videojuegos o hablando con chicas de la red.

Y aquí está la cuestión: los humanos, como la mayoría de los animales, están impulsados por un antiguo sistema de recompensa que los anima a comer, tener orgasmos y holgazanear en un ambiente cálido y seguro; pero los humanos, a diferencia de la mayoría de los animales, se ponen totalmente de mal humor si pueden hacer estas cosas día tras día sin esfuerzo. Para su asombro, Dale encontró su vida de satisfacción total totalmente insatisfactoria. Esta es la gran pregunta filosófica de su tiempo: ¿cómo es que no puedes simplemente tumbarte en una habitación cálida, viendo pornografía y comiendo Wotsits? Dale lo intentó, joder, sabe que lo intentó. Pero como la mayoría de la gente, pronto tuvo que transponer su deseo a algo menos fácil de alcanzar: quería ver sexo en el mundo real.

Escucha. La vida en la carretera es dura: meas en una botella y defecas en una bolsa; te duele la espalda y terminas en el horno con síndrome piriforme. Dale lo hace tolerable comiendo natillas y visitando sitios de mercadillos de segunda mano. El mercadillo de segunda mano, en este contexto, se refiere a encontrarse con desconocidos en apartaderos para tener sexo al aire libre, un fenómeno un poquito parecido a lo que solías conocer como "dogging", y durante sus meses con el empleo suspendido estaba

desesperado por estar fuera de casa, oliendo el mantillo húmedo de hojas, oliendo el pegajoso y viscoso aroma del sexo, viendo piel a medias vislumbrada a la luz de las linternas. El antojo le recordó cuando tuvo varicela de niño; se rascaba tanto esa picazón que ahora, a los cuarenta y un años, está cubierto de marcas blancas.

Y aunque Dale no es precisamente el hombre más perspicaz de Escocia (es decir, nunca ha pensado mucho en el valor de un camión cisterna de diésel lleno durante una crisis energética), incluso él puede ver que una vez que llegue a casa de su madre, no volverá a la carretera durante mucho tiempo. Recordando lo que sufrió durante la pandemia de COVID–19, Dale decidió aprovechar su última oportunidad para un poco de emoción en el mundo exterior. Decidió hacer una parada en un mercadillo de segunda mano. Y si alguien va a estar vendiendo seguros en un momento como este, lo más probable es que esté en el parque de aventuras a las afueras de Dundule.

IV

Así que, justo después del anochecer del cuarto día, este pobre desgraciado se acerca a la barricada de los

supervivientes. En ese momento, los supervivientes disfrutan de la historia de Hobbes sobre cómo rastreó a Bin Laden, cuando oyen el ya desconocido ruido del motor. Las luces de emergencia brillan en la penumbra. Los frenos de aire silban. Una puerta se abre con un golpe seco.

“Tírate al suelo”, dice Hobbes, lanzándose boca abajo.

Así, los tres supervivientes yacen sobre la nieve embarrada, escuchando los pesados pasos del camionero. Jadea y una rama cruje mientras intenta atravesar la barricada.

De repente, Hobbes se pone en pie de un salto. Dice: "¡Quieto! Túmbate boca abajo y pon las manos detrás de la espalda".

Y el camionero dice: "Amigo, no me interesa este tipo de cosas..."

Entonces Kieran corre hacia el otro lado y golpea a este pobre bastardo.

Y el camionero dice: "¡Vete a la mierda! ¡Soy un observador! ¡Esto no es consensuado!"

Luego, mientras Hobbes y Bodkins le atan las manos al camionero, Kieran investiga su camión: un camión cisterna de combustible de 23.000 litros. Salta y golpea con los nudillos el enorme cilindro de metal, pero no sabe si está

lleno. Al volver al campamento, el camionero está junto al fuego, boca abajo, con las manos atadas a la espalda.

"Ahora vas a empezar a hablar", dice Hobbes, agarrando el hombro del camionero y tirándolo sobre su espalda.

Noo, el tipo lleva pantalones deportivos, ¿verdad? Y es evidente que tiene una erección. Mira a su cohete y dice: "Solo se vive una vez, ¿eh? Mañana podríamos estar muertos".

“¿Eres zapatero?” dice Kieran.

Y Dale dice: "¿Por qué otra razón estaría aquí?"

“¿Qué es un zapatero?”, pregunta Bodkins.

"El aparcamiento es un mercadillo de segunda mano", dice Kieran. "Los chicos se quedan en los arbustos viendo a parejas follar en los coches".

Dale dice: "¿Qué *hacéis* aquí?", porque por primera vez es plenamente consciente del olor visceral, los cadáveres colgados, la sangre manchada en las caras de los hombres. "Mira", dice, perdiendo rápidamente la erección. "Vamos, ¿eh? Aquí hace mucho frío".

"¿Qué hay en tu camioneta?" pregunta Kieran.

"Diesel."

"¿Cuánto cuesta?"

“Está lleno. 23.000 litros.”

"Hobbes", dice Kieran. "Esto podría ser enorme".

“¿De quién es?”, pregunta Hobbes.

Y Dale dice: "No lo sé. Creo que es del gobierno. Tuve que conducir desde Mossmorran hasta este lugar en Tyneside, pero cuando llegué estaba... Oye, estoy de viaje, a veces días seguidos. Hay un montón de camioneros vendiendo botas. Y cada uno por lo suyo, ¿no? Pensé en pasarme a ver si había alguien por ahí, y vi vuestro fuego y pensé..."

“¿Creías que éramos homosexuales?”, dice Hobbes.

Y Dale dice: "¿A quién le importa hoy en día, lo que te excite, ¿no?".

"¿Qué haremos con él?", pregunta Kieran.

"¿Puedes desatarme por favor?" dice Dale.

Pero Hobbes dice: "No tan rápido. Primero, tú y yo vamos a tener una pequeña charla".

V

El quinto día, Kieran es el último en levantarse. Al bajar del tobogán, encuentra a Hobbes sentado en la barra de equilibrio, hirviendo una olla de agua sobre las brasas del fuego de la noche anterior.

“Buenos días”, dice Hobbes.

"De acuerdo", dice Kieran. La luz es intensa y la nieve cruje bajo sus botas. Tras la barricada, puede ver la parte superior del camión cisterna. "¿Dónde está Dale?"

Hobbes dice algo como "¿Dale?"

—Sí, Dale —dice Kieran—. O sea, el tipo del camión.

"Oh, él", dice Hobbes. "Está muerto".

“*¿Muerto?*”, dice Kieran.

“Sí”, dice Hobbes.

La mandíbula de Kieran se abre y se cierra como la pata de uno de esos gatos de la suerte que se ven en los restaurantes chinos.

—Estoy haciendo té de ortiga —dice Hobbes—. ¿Quieres una taza?

Kieran dice: "¿Qué quieres decir con que está muerto?"

"Muerto. Fallecido. Kaput."

“Pero… Él estaba… ¿Lo mataste?”

"Sí."

"*¿Por qué?* "

Hobbes se encoge de hombros y escupe una chispa al fuego. "Me atacó con un cuchillo".

“Yo… nosotros… quiero decir, ¿no estaba atado?”, dice Kieran.

“¿Qué dijiste del té?”, pregunta Hobbes.

—Sí, supongo. Pero me sorprende un poco que…

Entonces Hobbes dice: «Mira, Kieran. Tienes que tener más coraje». Sirve el té en tazas de acero. «Así es como debe ser. Te lo digo, este no es lugar para tonterías».

"¿Pero *lo mataste*?" Kieran mira a su alrededor, esperando que sea una broma, ¿entiendes? O sea, espera que en cualquier momento el camionero salte de los arbustos con una taza de té de ortiga.

"Tenía que hacerlo", dice Hobbes, pasándole a Kieran una taza humeante. "Y tú necesitas poder hacer lo mismo. Vi lo que estaba haciendo en cuanto llegó".

“¿Sí?” dice Kieran.

Hobbes dice: "Es un gesto clásico cuando la cosa se pone fea. Yo habría hecho lo mismo en su situación".

Kieran dice: "¿Te habrías dedicado a vender botas?"

—No, idiota. Habría ido a por provisiones. Acércate a quien esté mejor preparado y mátalo en la noche.

“Supongamos”, dice Kieran.

Esta gente está desesperada, Kieran. ¿De verdad crees que ese camión era suyo? Claro que no: ya habría matado a alguien para conseguirlo. A alguien débil. Es la guerra de todos contra todos, Kieran, y tenemos que ser implacables.

Kieran sopla su té de ortiga." Entonces, ¿dónde está ahora? "

“Bodkins lo está enterrando detrás del inodoro”.

—Claro. ¡Maldita sea!

Se sientan en silencio, sorbiendo su té, hasta que oyen a Bodkins caminando entre el follaje.

"¿Cómo está?", pregunta Hobbes.

"Tengo sus orejas", dice Bodkins. Bodkins lleva dos orejas cortadas y llenas de sangre. Las maneja lejos de su cuerpo, una en cada mano, apretadas entre el pulgar y el índice.

“Excelente trabajo”, dice Hobbes.

Kieran dice: "¿Le cortaste las orejas?"

"Sí", dice Bodkins.

"*¿Por qué?*"

“Hobbes me lo dijo.”

“Secaremos las orejas junto al fuego”, dice Hobbes, “y luego uno de nosotros podrá usarlas como collar”.

“Para demostrar que somos realmente feroces”, dice Bodkins, “como los indios piel roja”.

Entonces Hobbes dice: «Si parecemos salvajes, nuestros enemigos nos tendrán más miedo. Es como los depredadores temen a las moscas sírfidas porque parece una avispa».

"Pero", dice Kieran, "pero si le cortamos las orejas a alguien, ¿no seríamos, en cierto modo, un poco salvajes?"

Hobbes niega con la cabeza. "Ya está muerto. No necesita orejas, ¿verdad?" Sorbe su té. "¿Crees que deberíamos cortarle las orejas y ya?"

“¡No!” dice Kieran.

—Sí, supongo que sería un poco raro —dice Hobbes.

"¿Quizás lo de las orejas ya sea un poco raro?", dice Kieran. "O sea, es la guerra de todos contra todos, me parece bien, pero la mutilación de cadáveres va en contra de la Convención de Ginebra".

Hobbes dice algo así como: “La Convención de Ginebra no se aplica en la guerra de cada cabrón contra cada otro cabrón”.

“¿No?” dice Kieran.

—No. No, no. —Hobbes se levanta y vierte los restos de su té en el barro.

Hay otros mundos posibles en los que Kieran sale solo del campamento esa mañana. Hay mundos en los que se enfrenta a Hobbes y busca justicia para Dale. Incluso hay un mundo en el que la primera persona a la que va a ver es Donna, a quien le cuenta todo lo sucedido y le ruega perdón y ayuda. Pero en *este* mundo, Kieran mira su rostro y dice «de acuerdo». Hobbes probablemente tenga razón, piensa. Y, más que nada, Kieran no quiere parecer una Jessie.

Capítulo XII

EL LIBRO DEL AGUA

I

Las noches son largas y oscuras. En Busy Bee Flats, no quieren desperdiciar sus menguantes fuentes de luz: las velas de Donna, las lámparas LED de Giorgio, los encendedores de Tam y Mac, así que cuando se pone el sol, se acuestan a dormir. A veces cuentan historias en la oscuridad, o cantan canciones, o intentan recordar viejos chistes: "Bueno, tengo uno", dice alguien. Entonces hay un tipo de Belfast, cierto, y está caminando por una intersección en la línea de la paz (es tarde en la noche), y de repente, un tipo con pasamontañas salta, apuntándole con una pistola a las rodillas. "¿De qué maldita religión eres?"

Este pobre tipo se está cagando de miedo, ¿sabes?, porque no tiene ni idea de quién es el bandido del pasamontañas; no sabe de qué lado está. Podría ser del IRA, la UDA, INLA, UVF, lo que sea. Así que piensa que elija lo que elija, católico o protestante, tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de que le den un tiro en la rodilla. Pero entonces tiene un destello de inspiración, ¿verdad? Dice: "En realidad, soy... eh... soy judío". Y una gran sonrisa se dibuja tras el pasamontañas del pistolero. "Que me jodan", dice. "Debo ser el palestino más afortunado de Belfast". Luego, después de reírse lo suficiente como para ser educados, alguien más dirá: "Bueno, tengo otro", y así sucesivamente.

Los días son cortos y ajetreados. Hablan de comida durante horas. Muchas veces al día, alguien expresa sus pensamientos de hambre. "¿Sabes por qué mataría ahora mismo?", dicen. ¿Alguna vez probaste esa salsa peri–peri de limón y hierbas en Nando's? ¡Ay, tío! Daría lo que fuera por un cubo de alitas de pollo con un chorrito de eso.

Tienen muchísima hambre. Por ejemplo, Black Douglas no come con ellos ni revela qué provisiones tiene guardadas, y Tam y Mac no pueden pensar en nada más que en morfina, pero eso deja a cinco personas que alimentar, y dos de ellas, Ruth y Marjorie, no han venido con recursos propios. Giorgio le da a Marjorie bollos, manteca y zumo con gas, y Marjorie acepta sus regalos como si fueran de Dios. Pero cada vez que Donna y Ava tienen que comer, Donna siente que tiene que ofrecerle algo a Ruth, y Ruth siente que tiene que negarse,

así que hay un largo tira y afloja, un peloteo de ofertas y rechazos, hasta que, como si fuera en contra de su voluntad, Ruth acepta un trozo de pastel de menta, una cucharada de espaguetis, media salchicha enlatada, lo que haya ese día. Y luego hay una negociación: Donna ofrece mucho más de lo que pueden dar, y Ruth insiste en mucho menos de lo que la sustentaría.

A veces trabajan juntos: por ejemplo, hierven las patatas de Giorgio en el hornillo de Donna. Siempre que hierven algo, por cierto, usan el agua sobrante para preparar té. Una bolsita de té rinde para doce tazas.

¿Qué más? Giorgio recluta a Tam y Mac para que le ayuden a construir una barricada como la de los Ashraf. Apilan contenedores de basura derretidos y sacos de basura contra la furgoneta incendiada de Black Douglas. Las gaviotas picotean las bolsas de basura.

Y Giorgio recoge armas, las alinea en la puerta del Señor de las Papas Fritas: un palo de escoba, el martillo de repuesto de Black Douglas, dos extintores, sus cuchillos de cocina más grandes. Los está probando constantemente, atacando y apuñalando a enemigos invisibles. Pero por ahora, nadie amenaza sus provisiones. Los IMW no han regresado. Los Ashraf montan guardia por turnos, día y noche, calentándose junto a su brasero. Una tarde, el primo Hamza y el Sr. Ashraf Jr. pasan sin decir palabra la barricada de Giorgio blandiendo hachas. Trepan por el terraplén hasta

el lateral del puente del ferrocarril y luego destrozan la valla publicitaria para convertirla en leña. La valla estaba adornada con la imagen de un teléfono móvil y el imperativo: «Nos vemos mañana».

Con los transeúntes más amigables —viejos clientes de Giorgio, vecinos que conocen de vista, desconocidos con niños curiosos— preguntan por el bienestar de cada uno. "¿Cómo estás?", dicen. "¿Estás aguantando?", " ¿Cómo está tu familia?". Si la pregunta es demasiado específica —¿Cuánta agua te queda? ¿Cuánto crees que te durará la comida?—, la gente se muestra cautelosa, se cierra, retrocede, mete la mano en los bolsillos de la chaqueta para consolarse con algo escondido. Así que, en lugar de eso, se tranquilizan con clichés. "Ay, todo va bien", dicen. "No está tan mal. Es lo que hay, ¿entiendes? Solo tienes que estar alerta, ¿eh?". Comparten historias sobre invasiones rusas; según a quién escuches, los rusos han desembarcado en cualquier lugar, desde las Shetland hasta Dorset. Marjorie y Ava le cuentan a todo el que quiere escuchar acerca del Arca, y la gente asiente y dice que no les sorprendería, que suena bastante bien, que pueden creerlo perfectamente.

La gente dice: "¿Has sintonizado la radio? ¡Increíble, eh!". Luego imitan la pronunciación habitual de las emisiones de la BBC: "El Primer Ministro ha elogiado hoy a los servicios de seguridad, anunciando que todos los sistemas de defensa y los controles fronterizos están en pleno funcionamiento. Mientras tanto, se han realizado celebraciones en todo el

país tras el nacimiento de la Princesa Lenina, ¡qué más da!". Sin embargo, cuando un helicóptero sobrevuela, los niños corren a la calle, agitando sus brazos como náufragos pidiendo ayuda.

Entre ellos, la mayoría de los residentes de Busy Bee hablan de agua. No tienen agua para lavarse y se les está acabando el desodorante. Les pica el cuero cabelludo y les está saliendo caspa. Crecen medialunas negras de suciedad bajo las uñas. Les brota barba incipiente en las zonas afeitadas.

Douglas corta los tubos de la ducha con una sierra para metales y debajo colocan cubos de fregona, palanganas, un contenedor de reciclaje de alimentos y las ollas más grandes de Donna. Pero lo único que recogen son las gotas que se deslizan cuando el sol derrite la nieve del tejado. Los cielos permanecen de un azul ártico, las noches gélidas. La nieve se derrite, se congela y vuelve a derretirse. En los lugares sombreados, la tierra permanece blanca y manchada, como la piel de un recién nacido cubierta de vérnix. Pasan horas observando las nubes, discutiendo sobre la dirección de la brisa.

Los que fuman —y Donna ha vuelto a fumar— recorren el suelo y, ay, recogiendo colillas congeladas. Cuando encuentran una buena, se la pasan, empaquetándolas de dos en dos, como en el colegio, y con cada exhalación miran

sus cubos y al cielo y dicen que seguro que lloverá pronto, aunque no haya ni una sola nube a la vista.

Pero el mayor problema es cómo ir al baño. Hay gente que ha bebido agua sin tratar del Dule Burn, o incluso del canal, y les da diarrea, y sus heces se han acumulado con la basura, así que entran a robar en los elegantes baños de hoteles, restaurantes y centros comerciales, o incluso tiran sus toallas en los parques del pueblo. Se ve gente cargando papel higiénico, incluso libros y revistas medio triturados, buscando algún sitio para cagar.

No han usado el inodoro de Donna desde que se fue el agua: todos siguen durmiendo en su sala, y sería un fastidio dormir junto a sus excrementos sin tirar de la cadena, ¿sabes? No, han dividido el edificio en zonas. El piso de Donna es para dormir y lavar; el de Tam y Mac es para cocinar; Douglas mantiene la puerta cerrada para que nadie se tiente con su colección de whisky; y el piso vacío es donde van al baño.

Y en la mañana del quinto día, Donna tiene diarrea. Quizás el agua del baño que beben se haya contaminado, o quizás sea otra cosa, pero sea como sea, la diarrea salpica el inodoro. Están en las últimas hojas del último rollo de papel higiénico, así que se limpia con la mayor moderación posible, teniendo en cuenta que no hay forma de lavarse las manos. Luego piensa qué hacer con el desastre. El inodoro ya estaba completamente sucio, como si se pudiera oler

desde el final de la escalera, pero Donna cree que ya no sepan que esta nueva suciedad proviene de ella.

¿Qué loca, eh? Incluso ahora, se preocupa por cosas así. Van a morir —es como si ya supiera que no vendrá nadie, que los han abandonado—, pero le preocupa más lo que le pasará cuando le llegue la regla (solo tiene un paquete de compresas) que la deshidratación o la inanición.

Claro, pero, pensándolo bien, ella siempre supo que iban a morir. Es solo el plazo lo que ha cambiado, ¿entiendes? Y pensándolo así, ¿no es de locos que se haya pasado la vida preocupándose por, por ejemplo, llegar a casa de alguien y que de repente le digan que se quite los zapatos? O… facturas de taxi que llegan en una cifra incómoda —8,40 libras o lo que sea—, de modo que podría parecer mezquino esperar el cambio, pero se sentiría extravagante dejar las diez libras enteras. O… en la oficina, sin saber nunca a qué distancia tenía que estar un compañero detrás de ella para que la liberaran de la obligación de abrir la puerta, antes de que abrir la puerta se volviera realmente *raro,* y la otra persona tuviera que fingir que hacía un pequeño trote, o tuviera que fingir que ni siquiera iba a hacerlo, y toda la situación se volviera incómoda para ambos. Le preocupa el vello facial. Le preocupa que su dieta carezca de probióticos. Le preocupa que, incluso a sus cuarenta, no use bien el delineador de labios. En fin, ¿puede haber algo de qué preocuparse excepto Ava?

II

En fin, la tarde del quinto día, todos excepto Ruth estaban afuera ayudando a Giorgio con sus defensas. Ruth se quedó en el piso, porque todavía le dolía el tobillo. En secreto, se ha propuesto que, en cuanto se presente la oportunidad, va a salir a la intemperie cojeando, como el capitán Oates.

Es la única forma ética de proceder, ¿entiendes? Todavía no les ha hablado de la granja (no sabe bien por qué), pero si van allí, quizás, solo quizás, sobrevivan. Sabe que si se quedan aquí, están prácticamente muertos. Aunque llueva, no recogerán suficiente agua de las tuberías. Y aunque no beban, se quedarán sin comida en quince días. No, tienen que mudarse, y quizás la granja pueda salvarlos.

Pero mientras que los demás podrían llegar caminando en pocas horas, ella no tiene ninguna posibilidad con su tobillo roto. Necesitaría que la llevaran, y no hay peligro de que encuentren un coche con gasolina. ¿Pero la dejarían atrás? Giorgio podría, tal vez incluso Donna podría ser persuadida, ¿pero la pequeña Ava? Su bondad, su trágico defecto, los condenaría. No, Ruth necesita tomar la decisión en sus manos. Siempre que hay un momento en que nadie está de

guardia, se escabulle, se escabulle lo más lejos que puede, se entrega al calor. Planea dejar indicaciones para llegar a la granja, junto con una carta para Bert: una de presentación y despedida.

Así que arranca una hoja del bloc de dibujo de Tam y toma prestado uno de los rotuladores de Ava. «Queridas Donna, Ava y demás», escribe con letras grandes y marrones. Luego hace una pausa, tacha «y demás» y escribe en su lugar «y todos mis nuevos amigos».

"He salido", continúa, "y puede que tarde un rato". Luego, por si no captan la referencia, añade: "No volveré, así que, por favor, no me esperen ni me busquen. Me han mostrado una enorme amabilidad y mi gratitud supera mis capacidades de expresión. Me salvaron la vida; me gustaría corresponderles".

Debéis iros. No hay esperanza de que sobreviváis aquí. No puedo garantizar que el siguiente plan funcione, pero creo sinceramente que es vuestra mejor opción y os insto a que lo consideréis seriamente.

Mi esposo y yo tenemos una granja. Les advierto que no es una explotación exitosa, pero hay —o al menos había la última vez que estuve allí— una relativa abundancia de avena y papas. Además, está en Braes, cerca del embalse de Druchimloch, así que tendrían suministro de agua. No sé exactamente a qué distancia está, pero podrán llegar

caminando en unas horas. Deben dirigirse al sur por la autovía y luego seguir el mapa del reverso. Adjunto una carta de presentación para mi esposo, Bert. En ella explico cómo me han ayudado y le instan a que los ayude como mi último deseo.

"Por favor, considerad esta oferta. Decidáis lo que decidáis, estaréis en mis últimos pensamientos". Duda antes de la despedida: "Saludos cordiales" parece demasiado formal. "Mis mejores deseos" parece un poco trillado. "Con cariño" parece… Ajá, ¿por qué no? "Con cariño, Ruth", escribe.

Mientras dibuja el mapa, intentando recordar las bifurcaciones y los puntos de referencia, piensa en los mapas del tesoro que dibujó su hermano cuando fueron de vacaciones a Loch Fàidh cuando eran niños. Se encuentra evaluando su vida, como si hubiera llegado al final del semestre y fuera hora de completar las evaluaciones de su módulo. ¿Y qué hay de la humanidad? ¿Cómo evaluaría a su especie si preparara un informe para el Comité Ejecutivo de Planificación Estratégica? «Un proyecto dinámico e innovador que, lamentablemente, no tuvo la longevidad prevista».

Entonces empieza su carta a Bert. «Querido Bert», escribe, pero se le llenan los ojos de lágrimas y deja el rotulador.

III

En este momento, la tarde del quinto día, Bert asiste a la reunión de crisis de la comunidad agrícola local en Spittle Lodge. La reunión está presidida por Lord Slabberford de Spittle, propietario del 90% de las tierras rurales en los alrededores de Dundule. Es dueño de ellas porque Carlos II dejó embarazada a su tatarabuela en Róterdam. Slabberford está orgulloso de su ascendencia escocesa y mantiene una casa en su residencia familiar. Cuando empezó el corte de electricidad, estaba de caza en Strathspey. Al regresar a casa, su Land Rover se quedó sin combustible al sur de Stirling y tuvo que caminar de regreso a Spittle Lodge. Así que aquí está.

Slabberford es, por decirlo suavemente, quizás un poco endogámico. Por ejemplo, después de generaciones de primos casándose con primos, su rostro tiene rasgos impresionantes. Es decir, hay que fijarse bien para ver que sí tiene nariz y barbilla. Y quizás esta endogamia sea la razón de su simplicidad. Y ser sencillo y de clase alta no es broma: bueno, no se preocupa mucho por el dinero ni nada parecido, pero sí interactúa constantemente con gente que

espera que sepa de, por ejemplo, física de partículas o del nuevo director artístico del Teatro Nacional.

Pero Slabberford tiene una estrategia de supervivencia para conversaciones que escapan a su comprensión. Lo que hace es esto: en cuanto algún conocido demuestra conocimientos esotéricos, Slabberford dice: «Bueno, entonces debes saberlo...», y entonces se inventa un nombre: Tubby Hettingbottom, o lo que sea. No importa si la persona con la que habla dice que conoce a Tubby o no (y es una locura cuánta gente afirma haber *conocido* a una persona inventada). Sea como sea, Slabberford continúa con: «Bueno, jaja, nunca lo creerás, pero hace muchos años (me refiero a décadas atrás), un viejo amigo del colegio lo conoció a través del club de rugby». Y luego, ya sea que esté fingiendo ser físico de partículas o actor, contará la misma historia sobre un tipo que viene de Londres para la Copa Calcuta y, después de mucha cerveza en el rugby (según cuenta la historia), el tipo se caga en un taxi camino a la estación de Waverley, y entonces salta del taxi, se mete en Jenners, intenta... Escucha, la historia no importa. La cuestión es que desvía la conversación hacia el tipo de humor escatológico con el que Slabberford se siente más cómodo.

En fin, obviamente Lord Slabberford de Spittle vive en Londres (o al menos lo hacía antes de la crisis) y no sabe más de agricultura que Bert. Así que tiene suerte de que el sistema feudal de tierras de Escocia le haya permitido

explotar a los agricultores arrendatarios, como su familia ha hecho durante siglos. Cuando heredó las tierras familiares, la mayoría de los arrendatarios eran familias de agricultores que habían trabajado la tierra durante generaciones. Pero las viejas familias se quedaron sin herederos dispuestos a heredar una existencia tan miserable, así que ahora entre los arrendatarios hay tipos raros como ese tal Bert. Incluso hay un administrador de tierras, a quien Lord Slabberford de Spittle conoció una vez en una horrible fiesta benéfica en Londres. Cada vez más, muchos de los agricultores arrendatarios también viven en Londres, Edimburgo o Kelvinside, dejando la gestión diaria de sus granjas a contratistas. Los contratistas son un grupo decente, pero emplean a una chusma ruda. Algunos de los hombres son jóvenes matones que, antes de la crisis, iban en quads[8] disparando a las mascotas de los vecinos con rifles de aire comprimido. Esa gente solo sirve para trabajos manuales y para apalear a saboteadores de la caza.

Pero Slabberford tiene debilidad por los robustos jóvenes de las Tierras Altas que trabajan en las fincas de caza. Y está encantado de que uno de sus granjeros arrendatarios, Duff Macduie, fuera, hace muchos años, un ghillie[9] en la finca Ben

8 Los Quads son vehículos de cuatro o más ruedas que no tienen carrocería, cuyo sistema de dirección es un manillar, están dotados de sillín donde el conductor va sentado a horcajadas.

9 La palabra inglesa ghillie deriva del gaélico escocés gille, que significa hombre joven o muchacho mayor que trabaja como sirviente al aire

Alder. Duff Macduie se mudó a las tierras bajas por razones desconocidas, y continúa cultivando sus tierras de forma casi tradicional. Siempre está con un border collie[10] incontinente llamado Dug. Dug es tan anciano, encorvado e introvertido como su dueño.

El otro diez por ciento de las tierras rurales pertenece a Freddy Calverhall, un ganadero adinerado de Staffordshire. Se mudó al norte hace diez años para aumentar sus ingresos y aprovechar al máximo los subsidios europeos. Padece hipertensión y es miembro fundamentalista de la Alianza del Campo. *Desprecia a* los vegetarianos. *Desprecia* a los tejones. Sobre todo, desprecia... al marido de Ruth, Bert.

IV

En fin, diez minutos después de que la reunión debería haber comenzado, solo quedan Lord Slabberford, Freddy Calverhall, Bert, Duff Macduie y un ingeniero de Scottish

---

libre, y es más conocida en referencia a aquellos empleados para ayudar a los deportistas con la caza o la pesca recreativa en las Tierras Altas.

10 El border collie es una raza de perro de trabajo incluido dentro de la denominación Collie. La raza surgió en la frontera entre Escocia e Inglaterra como perro pastor, sobre todo para trabajar con rebaños de ovejas.

Water. El ingeniero es —espera esto— innegablemente mujer. No hay vuelta de hoja. Lleva una chaqueta acolchada de alta visibilidad. Una coleta se le asoma por la parte trasera de la gorra de béisbol. Cuando se quita los guantes, tiene las uñas descascarilladas con restos de esmalte rojo.

Así que están sentados a la gran mesa de roble del comedor de la Logia, a la derecha, rodeados de cabezas de ciervo, escudos de armas, óleos de hombres con pelucas y tartán, y Slabberford les sirve un trago de whisky Macallan de dieciocho años. Siempre hace esto, porque parece el tipo de cosas que un laird escocés debería hacer, ¿sabes? Pero la mayoría de las veces, nadie bebe whisky. Freddy Calverhall es hombre de oporto y brandy. Bert es abstemio. Y Duff Macduie no participará de la hospitalidad de su anfitrión porque no tiene oportunidad de corresponder. Si bebiera el whisky, seguramente regresaría por la mañana para recompensar al Señor. Pero *ese día,* incluso la mujer de la junta de agua tira su trago.

"*Fàilte*", dice Slabberford al abrir la reunión. "Vaya, estamos en un buen lío, *¿no es cierto?* En el espíritu de la hospitalidad escocesa, propongo que nuestra bella invitada de la junta de aguas tenga la amabilidad de exponer sus ideas".

“Gracias”, dice. “Vengo hoy del embalse de Druchimloch para hablar sobre las opciones para abastecer de agua. La situación es urgente: decenas de miles de personas,

incluidos ustedes, carecen de agua potable. Estamos al borde de una catástrofe humanitaria".

"En efecto", dice Slabberford, quien tiene una bodega repleta y cientos de botellas de Highland Spring guardadas. "Nos encontramos en una situación bastante complicada".

Pero entonces Calverhall dice: "No veo qué le importa esto a la Asociación Agrícola. Hay un arroyo que pasa por mi tierra; beberé de él. Serán los habitantes del pueblo los que morirán de cólera".

Slabberford dice algo como: "Sí, beber de un arroyo de montaña nunca le hizo daño a nadie, *¿no es así,* Duff?"

Pero Duff Macduie está ocupado apisonando tabaco en el cuenco de su pipa.

"La cuestión es", dice la ingeniera hidráulica, "que hay una diferencia entre beber de un arroyo de montaña y beber agua filtrada de tierras agrícolas. El agua sin tratar contiene coliformes, bacterias E. coli, plomo..."

—¡Así que es culpa de los granjeros! —dice Freddy Calverhall—. Deberíamos estar hablando de los cabrones que robaron mis ovejas.

"Un momento", dice Bert. "Mi esposa está varada en la ciudad. No tengo forma de contactarla. Estoy muy preocupado, ¿sabes? Escucha, entiendo perfectamente que

hay *muchas* emociones en la sala. Quizás, y esto es solo una idea que quiero comentarle al grupo, deberíamos tomarnos un descanso para poder compartir las emociones que estemos…”

"Por favor", dice la mujer del Scottish Water. "Aunque el agua fuera potable, necesitaríamos electricidad para restablecer el suministro".

“Ajá”, dice Slabberford. Y aquí —esto siempre es un desastre— comete el error de creer que entiende el tema de conversación. Empuja su silla hacia atrás, se levanta. Dice: “Es espléndido ver a una joven interesarse en estos asuntos. Pero en tu entusiasmo, has pasado por alto una ley de la naturaleza observada por un caballero bastante inteligente llamado Sir Isaac Newton. Sir Isaac una vez observó una manzana caer al suelo y dedujo que el núcleo de la Tierra tiene una poderosa atracción magnética, o 'gravedad'. Ahora, imagina que esta botella de Macallan es el depósito en la ladera, *¿n'est –ce–pas?* E imagina que tu vaso es el grifo de tu cocina”. Sirve el whisky un metro por encima del vaso para que salpique sobre la mesa. “Como por arte de magia. En cuanto consigas abrir el grifo, la gravedad será toda la fuerza que necesites”.

La mujer de Scottish Water bebe el whisky de un trago, hace una mueca y se tranquiliza respirando hondo varias veces. Dice algo como: "Gracias, pero soy consciente de la gravedad". Luego ofrece una descripción general

simplificada, pero aún extensa, del sistema hídrico local, durante la cual explica sobre la filtración y la desinfección microbiana, la coagulación, la floculación, la sedimentación y el ajuste del pH, y analiza las demandas energéticas del bombeo interno en comparación con las bombas de refuerzo que controlan el flujo entre el Druchimloch y el depósito de almacenamiento adyacente. Luego explica que la energía para este proceso, y mucho más, se puede almacenar y generar según la demanda utilizando el sistema hidroeléctrico de almacenamiento por bombeo del depósito, pero que el depósito superior no está vacío porque no hay ninguna fuente de energía para impulsar las turbinas que reciclan el agua. Luego comparte los cálculos que le permitieron establecer los requisitos operativos básicos de las bombas hidráulicas, explicando cómo eliminó la velocidad en la tubería, utilizó una ecuación de Colebrook–White para estimar el coeficiente de fricción y aplicó los resultados a una ecuación básica de Darcy–Weisbach. Calculó las RPM mínimas necesarias para superar la presión de operación y, dado que la potencia es igual al par multiplicado por las RPM sobre 5252, estableció que las turbinas deben funcionar a un mínimo de 252,74 caballos de fuerza cada una.

"Oye", dice Slabberford cuando termina, "debes conocer a Pointy Farquharson en la estación de agua..."

—Cállate, Kevin —dice Freddy Calverhall—. ¿250 caballos? ¿De dónde demonios crees que los vas a sacar? Te digo que

no de mí. No crío caballos, y aunque lo hiciera, te aseguro que no te los daría.

La mujer de Scottish Water explica que se refiere a una unidad de medida. "Como cuando comparas motores de coches", dice. No se propone que enganchen cientos de caballos a una rueda gigante. No, piensa que ella y su equipo podrían adaptar el transformador del parque eólico en los terrenos de Slabberford para usar la red eléctrica, lo que les permitiría regular la frecuencia y el voltaje, y así alimentar directamente las bombas hidráulicas.

No, Slabberford no tiene muy claros los detalles. Ve y oye los aerogeneradores cuando se encuentra deambulando por las Braes; son cosas enormes y feas, como gaviotas monstruosas. Sabe vagamente que antes de la crisis le pagaban trescientos mil al año por el uso de su tierra. Pero todo este asunto de caballos y turbantes le pasa desapercibido. "¡Estás luchando contra molinos de viento!", dice. No tiene ni idea de qué quiere decir con eso.

La mujer explica que es imposible almacenar electricidad. Incluso si logran poner en funcionamiento los aerogeneradores, no servirán de nada a menos que transformen la energía en una forma almacenable. Si pueden alimentar las bombas hidráulicas durante condiciones óptimas de viento, podrán transformar la energía eólica en energía cinética potencial, que luego se liberará según sea necesario para satisfacer constantemente

algunas demandas esenciales. En primer lugar, pueden restablecer el suministro de agua, y luego quizás puedan suministrar energía al hospital. ¿Quizás puedan proporcionar calefacción a las casas de ancianos? "Escuchen", dice la mujer, "lo único que quiero es un paso seguro para mí y un equipo para intentar realizar obras en el parque eólico y posiblemente tender cables por sus terrenos, con la ambición de alimentar directamente las bombas hidráulicas del embalse. No tengo ni idea de si es posible, pero tenemos que intentarlo. En esencia, queremos garantías de que si trabajamos en sus terrenos, no nos dispararán".

—¡Claro que no! —dice Slabberford—. Pareces bastante decente, *¿no?* Dime, ¿qué *saco* de esto? No lo habías pensado, ¿verdad? Como nadie dice nada, Slabberford se recuesta en su silla y, por segunda vez, ruge: —¡Estás luchando contra molinos de viento!

—De acuerdo —dice la mujer—. Si me disculpan —añade—, me gustaría inspeccionar el lugar ahora mismo.

—Pues adelante. —Calverhall agita la mano para espantar a la mujer de la habitación—. Bien —dice—. Por fin. Hablemos de estos malditos cazadores furtivos.

Capítulo XIII

EL LIBRO DE AVA

I

Noo, como ya sabes, fueron Kieran y sus amigos "supervivientes" los que cazaron furtivamente las ovejas de Calverhall. Los supervivientes siguen acampando en el parque de aventuras, y después de esa discusión con el camionero, se han puesto más serios con la guardia. Por ejemplo, hasta el momento, han echado a un jubilado que estaba dando un paseo, a dos chicos en bici que estaban intentando usar la tirolina, y a la madre de Bodkins, que quería darles un pastel de frutas que había horneado con los últimos ingredientes que tenía en la despensa.

En fin, a última hora de la tarde, día cinco, Kieran está de guardia. Está en lo alto de Breast Mountain, con la escopeta

en la rodilla, escudriñando el paisaje con sus binoculares. Está un poquito triste porque Hobbes y Bodkins han cazado otra oveja y ahora Bodkins va a despellejar a la bestia. Los supervivientes aún no se han comido la primera oveja, pero Hobbes dice que es importante que cada uno tome una presa. Así que parece un poquito raro que más temprano ese día le hayan dicho a Kieran que fuera a buscar setas de pierna aterciopelada, claramente un rol femenino. A través de sus binoculares, observa a Bodkins colgando la piel de la oveja para secarla, imaginando que la está alineando con una mira telescópica. Después de un poco, Kieran cierra un ojo sobre la imagen de Bodkins. *Bang.* A Kieran le gusta imaginar que ha explotado aquello sobre lo que cierra un ojo.

Así que, después de su turno de guardia, cuando Kieran y Hobbes están en el fuerte de juegos, haciendo el tonto con la radio portátil, Kieran habla de la división del trabajo. Recolectar, dice, es tarea de mujeres. Es como si todo el mundo supiera que en las sociedades de cazadores–recolectores, los hombres cazaban y las mujeres recolectaban. Por eso los niños están genéticamente programados para preferir el azul del cielo de la pradera, y las niñas están genéticamente programadas para preferir el rosa de las bayas maduras.

Hobbes lo entiende. «Sí, pero», dice, «como somos un grupo de hombres, no podría asignarle la tarea exactamente a una mujer, ¿verdad? Uno de nosotros tenía que hacerlo».

Pero a Kieran le parece que si alguno de ellos debería interpretar un papel femenino, ese debería ser Bodkins. Por ejemplo, Hobbes siempre ha tenido una barba grande, y Kieran se ha vuelto un poco hirsuto desde que se desmayó, pero Bodkins todavía parece un niño de un anuncio de galletas. Y claro, Kieran cree que es mejor no decir nada sobre la feminidad de Bodkins. En cambio, le dice a Hobbes lo que pensaba mientras estaba sentado en la Montaña del Pecho: ¿no deberían estar buscando añadir más personas a su comunidad?

Hobbes dice: "¿Chicas? ¿Chicas en plan mujeres? ¿Estás loco? ¿Cuántas mujeres conoces que podrían sobrevivir en la naturaleza, eh? ¿Crees que las mujeres pueden cazar? ¿Hacer fuego? ¿Despellejar ovejas? ¿Crees que las mujeres pueden matar a un salvaje hambriento?"

—Claro que no —dice Kieran—. Pero pueden hacer algunas cosas. Principalmente lo obvio, y…

Hobbes pisotea un ciempiés con el tacón de su bota.

"Solo digo", dice Kieran, "que si queremos sobrevivir y repoblarnos, entonces... Bueno, necesitamos mujeres para... dar a luz a la próxima generación".

"Mmm", dice Hobbes, acariciándose la barba con las manos. Luego, con una navaja, raspa el ciempiés muerto de la suela de su bota. Examina los pedazos aplastados y tira los

restos por el tobogán. Dice: "No, si traemos mujeres al campamento, nos degollarán en la noche. No podemos confiar en las mujeres; necesitamos chicas".

“¡Sí!” dice Kieran, porque la palabra “chicas” le hace pensar en animadoras, rímel y bikinis con tiras.

Pero Hobbes dice: "Encontraremos algunas huérfanas..."

“¿Huérfanas?”

O futuras huérfanas. Las criaremos como hijas.

Noo, Kieran dice: "Espera un momento, pero..."

“Pueden quitarle el trabajo a las mujeres”, dice Hobbes.

“Sí, pero…”

“Les enseñaremos a buscar comida, a cocinar y a cuidar el fuego”.

“Sí, pero todavía está el tema de la reproducción sexual”, dice Kieran.

Hobbes se encoge de hombros, como diciendo: « *¿Dónde está el problema?*». «Cuando lleguen a la pubertad, nos reproduciremos con ellas».

—Estás bromeando —dice Kieran—. O sea, eso sería…

¿Qué? En la mayoría de las sociedades tribales, las niñas se casan en la pubertad.

—Sí, pero eso es... quiero decir, es un poco enfermizo, ¿no?

"Es lo natural", dice Hobbes. "Cuanto más joven sea la niña, más posibilidades tiene de sobrevivir al parto".

“Es cierto”, dice Kieran, “pero todavía se siente…”

Pero Hobbes dice: "La historia del viejo mundo, Kieran. Tienes que dejar de comportarte como una pequeña Jessie".

En otros mundos posibles, Kieran expresa su sensación de que esto está totalmente mal. Pero en este mundo, solo logra graznar y tragar saliva. Luego dice: "¿Qué edad tienen las niñas?".

—Mmm —Hobbes mira a Kieran, evaluándolo como si fuera la primera vez que se ven—. No tan jóvenes como para ser una carga o morir, pero tampoco tan viejos como para que no podamos criarlas a nuestra manera. ¿Quizás de ocho o nueve?

“No sé nada sobre niños”, dice Kieran.

Hobbes rueda y desaparece por el tobogán. Cuando Kieran lo sigue, Hobbes camina de un lado a otro alrededor del parque infantil, sacudiendo los brazos como el director de

orquesta. Habla rápido, más para sí mismo que para Kieran. «Tenemos que movernos ya. Los zombis deben estar sin agua ni calefacción, y pronto se quedarán sin comida. Se matarán entre ellos, o morirán de frío, o morirán por beber agua contaminada. Otros morirán de hambre y se volverán caníbales. Los viejos ya estarán muertos. Los niños serán los siguientes. Tenemos que salvar a algunas muchachas mientras podamos. ¿Tenéis alguna idea de objetivos?»

Keiran dice: «No conozco niños». Luego se acuerda de Ava. «Espera, conozco a una niña». Pero se detiene, sin saber si debería contarle a Hobbes sobre Ava. Intenta imaginar cómo se vería después de la pubertad. Es una forma de pensar bastante loca, ¿sabes?, pero supone que es bastante atractiva para ser una niña. Su madre tiene bastantes pechos para una niña vieja, así que quizá a Ava le crezcan unas tetas decentes. Por un segundo, se pregunta cómo estará Donna, si es que sigue viva.

Pero Hobbes le dice: "Olvídate de eso, Kieran. ¿Cómo se llama?"

"Ava."

"¿Cómo es ella?"

—No lo sé. Solo era una niñita.

¿Sabes dónde vive?

—Sí —dice Kieran—. Están en los apartamentos Busy Bee, en Elmore Road.

“¿Qué tipo de defensas debemos esperar?”

"¿*Defensas?*", dice Kieran. "Ni siquiera tiene padre".

Hobbes asiente, agarra la polea del zorro volador y lo lanza por la tirolina. "¿Y estás seguro de eso?", pregunta, como si todo eso de secuestrar niños fuera idea de Kieran.

II

La tarde del día siguiente, sexto día, estaban listos para atrapar a la chica. Hobbes vestía uniforme de camuflaje urbano y se había atado las orejas podridas del camionero al cuello. El sol invernal brillaba en su cabeza recién afeitada; tenía el cuero cabelludo cubierto de pequeños cortes. Cruzada al pecho, una bandolera contenía cincuenta cartuchos para su escopeta. Un cuchillo de caza colgaba de su cintura en una vaina. "¿De acuerdo?", dijo. "¡Atención!"

Sus soldados golpean con sus botas izquierdas el suelo helado.

—¡Presenten armas! ¡Tranquilos! —dice Hobbes. Y luego dice: —Bien, escuchen la noticia. Nos encontramos en un escenario de guerra. Cuanto más nos acerquemos, más zombis veremos. Lo que más me preocupa es que esta gente esté desesperada, ¿sabes? Algunos podrían ser caníbales. De todas formas, estarán muertos en unas semanas, así que no tienen nada que perder, y eso los hace peligrosos, ¿verdad? Pero ¿sabéis cuál es el mayor peligro?

Kieran dice: "¿Descuido?"

—No —dice Hobbes—. Debilidad. Si la madre de esta chica sigue viva, no querrá que le quitemos a su hija, ¿verdad? Hará lo que sea para detenernos. Eso incluye intentar joderte la cabeza. Te dirá que está mal, que la quiere, y esas cosas. Se aprovechará de tu debilidad. Y entonces dirás: «Bueno, vale, quédate con la chica». ¿Y entonces qué pasa?

“¿La niña se muere de hambre?” dice Bodkins.

—Quizás —dice Hobbes—. O quizás la violen y la asesinen. Quizás se la coman. Pero de una forma u otra, sin nosotros, morirá. No, necesito saberlo por nuestro bien, y por el de esa muchachita; no te dejarás vencer por la presión. Te estoy mirando especialmente a ti, Kieran. Conoces a la madre de la chica. ¿Estás seguro de qué lado estás?

"Claro", dice Kieran. Sabe que Hobbes tiene razón, pero quizá haya una tercera opción; por ejemplo, ¿quizás le

revele a Donna la ubicación del campamento y así ella pueda visitar a Ava? Quizás, si sobreviven lo suficiente, algún día Hobbes dejará que Donna se una al campamento y...

III

En fin, Hobbes dice que necesitan borrar sus huellas, así que chapotean hacia el oeste por el Dule Burn, pisando ocasionalmente placas de hielo. Luego se abren paso entre las zarzas que se extienden por las orillas, emergiendo como criaturas de pantano en el campo de golf Braeview. En los greens y calles, los muñecos de nieve hechos días atrás se han derretido y se ven como palos de golf desinflados, con sus hocicos de zanahoria y bocas de piedra retorcidas y deformadas. Hay un cabrón loco en el hoyo 15, jugando con un hierro cinco y un palo naranja, como si se hubiera perdido el apocalipsis. Así que los supervivientes se apresuran a meterse entre los arbustos de aulagas, donde el aire es pegajoso con flores, luego corren entre los pinos, hacia la autovía.

Solo se relacionan con desconocidos cuando no pueden evitarlo. Por ejemplo, cuando van por la autovía, hay una familia de cuatro caminando hacia el norte, rumbo a

Dundule: un hombre, una mujer y dos muchachos, ¿no? Llevan chaquetas de Gore–Tex, botas de montaña, pantalones de senderismo convertibles y todo ese tipo de equipo. Los dos chicos llevan mochilas Eagle al hombro, y los padres caminan encorvados bajo grandes mochilas Jack Wolfskin. Y van tan lentos que Hobbes no puede parar de andar detrás de ellos. Así que, cuando están a una distancia que les permite gritar, Hobbes mete un cartucho en la recámara de su escopeta y dispara. Dice: "¡Hola!".

Entonces la familia se gira, sobresaltada. "¡Buenas tardes!", grita el hombre.

“¿Cuál es tu negocio?” grita Hobbes.

¿Mi negocio? Bueno, trabajaba en odontología, pero…

"¿Dónde está tu base?"

«¡Edimburgo!», grita la madre.

Hobbes decía algo como: “Mantén tus manos donde pueda verlas”.

Mientras avanzan, los niños parecen asustados, la madre furiosa, y el hombre se queda de pie con las manos en alto, sonriendo tontamente. "Hola", dice, cuando los “supervivientes” están a tres metros de distancia. "¿Están cazando?"

"Nos quedamos sin combustible", dice la madre. Lleva colgada del cuello una funda de PVC con mapas. "No comprobó si los puentes de Forth estaban transitables. Desperdiciamos la mitad del combustible pasando por Queensferry".

El padre dice: "Entonces tuvimos una pequeña aventura al bajar por las colinas, ¿no es así, muchachos?"

"Dijo que sería más rápido que rodear la circunvalación", dice la madre. "¡Un atajo!"

"¿A dónde váis?" pregunta Kieran.

“Tenemos un lugar en el norte, cerca de los Cairngorms”, dice el padre.

“No trajimos las bicis”, dice la madre. “Las bicis son lo más obvio. Tenemos portaequipajes para ellas y todo. Ya habríamos pasado Crieff”.

“Salimos a toda prisa”, dice el padre.

“Empacó sus botas de montaña”, dice la madre. “Empacó *la Breve Historia* del Tiempo de Stephen Hawking. Empacó cinco libros de Bill Bryson. ¿Pero las bicicletas? No, las bicicletas no. Las dejó.”

La mayoría de los encuentros de los supervivientes son así: a pesar de sus miedos, nadie les tiende emboscadas y no ven

ninguna trampa explosiva. En un momento —¿sabes dónde sube la autovía por Southfield? —, hay un corzo vigilando en la cima de la colina. Sus patas son vivaces, el cuello recto, la cabeza alta, las patas largas como estiletes. Hobbes carga su escopeta y dispara. Los pájaros aletean desde los árboles como humo. Pero el ciervo, imperturbable, brinca sobre el asfalto, se agacha sobre sus cuartos traseros y, con tres pasos rebotantes, baja el terraplén y se aleja.

Un poquito después, aparece un todoterreno, a toda velocidad por la autovía. Y los supervivientes se escapan hacia la mediana. No preparados para el rugido del motor, los pájaros se elevan de los árboles en nubes chillonas. Hobbes dispara al todoterreno y, ¡ay!, pero sin mayor éxito.

En fin, cuando entran en la zona, cruzan la mediana y suben por el terraplén opuesto. Se cruzan con una mujer agachada en el tojo de la carretera, como si estuviera cagando o algo así. En las calles laterales, un niño pequeño busca en un contenedor. Hay gente recogiendo leña, llenando carritos con carteles de inmobiliarias, estacas de cercas y embalajes de cartón. Los perros corren en manadas, ladrando hasta quedarse roncos, hurgando en los excrementos de las hadas. Cada casa tiene cuencos, cubos o palanganas escondidos bajo los canalones.

Y luego está el viejo trabajo de Kieran, ¿verdad? ¿Os acordáis de que la YMW ocupó la oficina de Análisis de Datos de Nordenholt, no? Así que ahora el edificio está lleno de

grafitis. Frente a las ventanas destrozadas, chicos con capuchas patrullan los andamios, como piratas amotinados pavoneándose en la toldilla. Apuntan con sus garrotes, apuntan con sus catapultas, lanzan insultos y hacen señas de imbécil. El corazón de Kieran late con fuerza como el ritmo de tambores de marcha.

Y escucha, esto es importante. Kieran está furioso porque le han jodido el edificio, ¿sabes? Así que les hace una peineta a los YMW, los llama imbéciles y cobardes. No, hay otros mundos en los que Kieran se esconde, y en esos mundos vive vidas muy diferentes. Pero en Disnaeland le grita a la Mujer Maravilla hasta que Hobbes le hace un favor. Hobbes le dice: "Sin distracciones. Hazlo fácil, estúpido".

Y eso es todo. Eso es todo lo que pasa. Es solo una tontería —Kieran insulta a algunos cuando quizás no tenía por qué hacerlo—, pero las tonterías hacen que los mundos posibles se bifurquen.

IV

Dentro de Busy Bee Flats, Giorgio ha subido a usar el inodoro, Black Douglas está en su propio apartamento

revisando sus whiskies, Tam y Mac están abajo vigilando la barricada, y los demás se relajan en el dormitorio compartido. Ava le está mostrando a Marjorie el libro para colorear y transferir *Style Your Horse* que recibió por Navidad, Donna se pregunta si pueden permitirse el gas y el agua para prepararse otra taza de té, y Ruth está leyendo *The Stand* de Stephen King, que, por cierto, Donna compró pero nunca terminó cuando ella y Ava pasaron una semana en Seton Sands. Ruth lleva tres pares de calcetines en sus manos, luchando por pasar las páginas. Donna espera que pueda leer rápido porque pronto necesitarán las páginas para papel higiénico; por ahora, están utilizando una vieja copia de *Grazia.*

En fin, cuando empieza, cuando oyen a los "supervivientes" irrumpir por la puerta principal, se sientan erguidos en sofás y colchones, con la boca abierta, esperando un peligro que aún no ha llegado. Se oyen botas subiendo la escalera. Nadie se mueve, nadie dice nada. Aunque no se da cuenta, Donna se lleva un dedo a los labios.

Entonces la puerta del piso se abre de golpe. Donna se levanta del sofá, como para recibir a invitados. Más tarde, no le importará lo que dijo, ni si se peleó, ni cómo llegó al colchón de Giorgio, pero sí le importará ver el libro de pegatinas de Ava, abierto sobre su edredón, con calcomanías metálicas brillantes pegadas para representar el latón de los caballos.

Pero por ahora, Donna es pura biología, retorciéndose, corcoveando y mordiendo, gritando más fuerte de lo que puede oír. Las cuerdas le cortan las muñecas, el colchón le raspa la mejilla, la frustración de estar sujeta se siente como calor. Tiene una breve visión —¡oh, oh, como un destello subliminal, ¿entiendes?— de una oreja humana cercenada. Ve —o quizás imagina— a todos esos hombres con ropa de abrigo, tambaleándose y tropezando con almohadas, edredones y colchones.

Y en algún momento debe reconocer a Kieran porque dice su nombre, pero no comprende conscientemente qué significa su presencia. Es como si le estuviera diciendo que es lo mejor, que le conviene, que es su única oportunidad. Y entonces le susurra algo: «Encuéntranos donde un zorro vuela sobre un castillo». Nada tiene sentido, pero en cierto modo comprende que se llevan a Ava. Lo último que ve son los mitones de Ava colgando de la cinta que corre bajo las mangas de su abrigo, y entonces su visión se vuelve blanca como si el mundo hubiera explotado.

Donna se aferra con tanta fuerza a las cuerdas que en los próximos días se le formarán costras en las muñecas y los tobillos. Pero es inútil. Los llantos de Ava se debilitan. Ava se ha ido.

V

Y entonces los pensamientos de Donna empiezan a fluir a toda velocidad. Bien, piensa. Tranquila. Respira. No te asustes. Ve a un lugar tranquilo... Es Kieran. Kieran no es peligroso. Kieran es... ¿Por qué se llevaría a Ava? No siente que haya nadie más en la habitación, aunque Ruth y Marjorie están atadas espalda con espalda cerca de la ventana.

Es Giorgio quien llega primero. Está sin aliento, incoherente y su pánico es... ¿qué? ¿Gracioso? No, al final, todo parece ir muy lento. Giorgio aún no la ha desatado cuando llega Black Douglas. Black Douglas grita: "¡Unos cabrones han destrozado la puerta! ¿Qué pasa? ¡Han destrozado la maldita puerta!"

Giorgio hace ruido con los cajones de la cocina, Ruth llora, Marjorie reza, Douglas se queda junto a la puerta. Es muy lento y silencioso, como si nadara bajo el agua. Cuando Giorgio corta sus ataduras, se levanta mareada y es como si saliera a la superficie, ¿sabes? Todo vuelve a ser rápido y ruidoso. "¡Vamos!", grita.

VI

Hace años que no corre, pero sube las escaleras de tres en tres. Más tarde, cuando la adrenalina se le va, se derrumba, temblando, sollozando y luchando por respirar, pero por ahora sale corriendo de la puerta principal como un galgo de la trampa. Evita la barricada de Giorgio, cortando de raíz las disculpas y explicaciones de Tam y Mac. Sus "Intentamos detenerlos", "Tenían armas" y "Siento no haber podido hacerlo" son solo ruido que deja atrás.

Fuera de Ashrafs, en el semáforo, hay un murmullo de gente, ¿verdad? Y, mientras corre, se ve aterrizar en medio de ese ruido, como una avispa en el suelo. No planea lo que hará al llegar, como tampoco planea el ritmo de sus piernas. Se mueve como una atleta, a través de un túnel de cosas que no importan. Hay tanto tiempo ahora que bloquea sus pensamientos.

Cuando llega a la multitud, la detienen de nuevo. Manos en los hombros, manos en el pecho. Dicen: "¡Tienen armas! ¡Tienen armas! ¡Atrás, tienen armas!"

¡Ava! ¡Ava! Ella avanza como un jugador de rugby, empujándolos hacia atrás poco a poco.

Y todos gritan cosas ininteligibles, y ella los oye como los aficionados al fitness oyen voces desde las gradas. A través de hombros y brazos, a través del calor corporal y la testosterona, ve a un hombre barbudo agarrando a Ava. Ahí está Kieran. Ahí están las armas.

Y ahí está Psycho, caminando hacia Kieran, y Kieran está preparando su escopeta, y todos le gritan a Psycho que regrese: Kieran y sus amigos, la pandilla de Psycho, incluso el Sr. Ashraf Jr. Psycho está a solo un metro de Kieran cuando Kieran dispara.

Noo, imagínate esto: una bocanada de humo. Un jadeo como si algo te hubiera pasado desapercibido. Un latido cuando el único sonido es el chillido de las gaviotas. Kieran, tambaleándose hacia atrás por el retroceso. ¿Y Psycho? Psycho está ahí parado, con los brazos estirados como Jesús en la cruz.

¿Se erró el disparo? ¿Kieran falló? ¿O acaso Psycho encontró un milagro?

Ahora Donna ve el cuchillo. Psycho abre la hoja, avanza, gira y libera su peso con un gruñido.

El ruido es como si alguien pateara un zapato pinchado. Kieran se agarra el hombro. Tiene la boca abierta, los ojos entrecerrados, su expresión es pura locura.

Y Psycho dice: "¿Ay? ¿Quién es el cobarde, maricón?"

Capítulo XIV

ANNUS MIRABILIS

I

Ruth no ve a Psycho apuñalar a Kieran. Es la primera vez que sale de los apartamentos Busy Bee —la primera vez que intenta apoyarse en su tobillo lesionado— desde que llegó hace cuatro días. Pero, como saben, su tobillo está mucho mejor de lo que estaba —vaya que el descanso le ha ayudado— y, en cualquier caso, la adrenalina disimula el dolor. Así que intenta seguir a Donna —intenta perseguirla con los demás—, pero sigue siendo incluso más lenta que Marjorie. Para cuando Ruth sube por Elmore Road, todo ha terminado: Ava está en brazos de Donna y Kieran baja tambaleándose por Balfour Road, intentando alcanzar a sus compañeros.

No, es otra pelea la que presencia: una batalla por el arma que Kieran dejó caer. Mira, el Sr. Ashraf Jr. tomó el arma y la apuntó a Psycho, quien le devolvió el cuchillo. Y Ruth mira a estos hombres, a la derecha, bajo sus armas, y ve a Donna de rodillas, sosteniendo a Ava, mientras el sol poniente pinta sus sombras como gigantes. Es como mirar algo a través del arco de un templo.

En fin, Ruth es la primera en darse cuenta de que el Sr. Ashraf padre ha salido cojeando de la tienda. Lleva una kurta y una gorra de taqiyah, y una larga barba gris, e incluso para Ruth, parece muy frágil. Pero golpea las armas con su bastón. Le habla a su hijo en panyabí. Luego, les hace señas a Donna y a Ava. «Vengan», dice.

Luego, llevan a Ava al piso de los Ashraf en una especie de camilla de hombros. La pasan por encima de la barricada —cuatro estanterías apiladas y un sofá volcado—, de manos abiertas unas a otras. Ruth recuerda las imágenes de televisión de niños palestinos heridos siendo llevados entre el polvo y los escombros. "¡Estoy bien!", dice Ava. "¡Por Dios, estoy bien!".

En fin, la ponen en la cama del Sr. y la Sra. Ashraf Sr., debajo de las cortinas de Zardozi y las láminas de flores enmarcadas. La Sra. Ashraf Sr. le frota la rodilla con hamamelis. Marjorie reza. Giorgio le lava una herida en la palma. Donna le toma la manita y le habla con palabras de

bebé y besos de buenas noches. "¡Estoy bien!", dice Ava. "¡Dios mío! "

Pero a medida que pasa el miedo, Ruth siente el dolor en el tobillo. Le duele cada vez más y pronto vuelve a no poder apoyarse. No quiere armar un escándalo mientras todos están ocupados con Ava, así que se disculpa y se sienta en la sala de estar de los Ashraf.

El Sr. Ashraf padre está sentado en un sillón de aire, y Ruth no sabe si está despierto. Psycho está apoyado en el alféizar de la ventana, abriendo y cerrando la perilla. El Sr. Ashraf hijo camina de un lado a otro por la cocina, todavía con la escopeta de Kieran en la mano.

Sí, pero el pequeño apartamento sobre la tienda ha estado en manos del Sr. y la Sra. Ashraf Sr. desde los años setenta, ¿verdad?, y durante los últimos cincuenta años no han tirado nada. Por ejemplo, la sala está abarrotada de sillones de bronce, mesas de centro de teca y plantas de interior que han crecido por el espacio. En un equipo de alta fidelidad, hay una caja de pañuelos tallada, un mabkhara de latón, un jarrón de ónix, una lámpara de mesa de Hello Kitty... toda esto compitiendo por espacio. Y al igual que en el piso de Donna, los muebles siguen dispuestos alrededor del televisor, como si estuvieran esperando que los dioses dormidos reapareciesen. Pero mientras que el televisor de Donna es una pantalla plana cinematográfica, el televisor de

los Ashraf es una cosa enorme sobre gruesas patas de acero, como un robot de una película antigua.

En fin, después de media hora, Ava se niega a quedarse en la cama. En ese momento, la Sra. Ashraf Sr. les hace señas a las mujeres y a Ava para que la sigan escaleras abajo. Ruth intenta explicar lo de su tobillo, pero dada su edad, la Sra. Ashraf Sr. sale por la puerta antes de que Ruth pueda ordenar sus palabras. No quiere ofender ni causar malentendidos, así que, con la ayuda de Donna, Ruth la sigue lo mejor que puede. La Sra. Ashraf Sr. lleva una tetera llena y las guía ágilmente escaleras abajo, a través de la trastienda de la tienda, hasta el patio de grava de la parte trasera, y Ruth la sigue con dificultad, haciendo una mueca de dolor y disculpándose, con la mano sobre los hombros de Donna, como un soldado herido de una vieja guerra.

Afuera, la hierba crece en macetas de barro. El brezo se tiñe de rosa y púrpura en una pequeña rocalla salpicada de nieve. En el centro del patio hay un horno hecho con un cubo de basura metálico, aislamiento de vermiculita y una maceta de terracota volcada. Una nube de humo sube del horno y se mezcla con sus alientos condensados. El olor a carbón le recuerda a Ruth a su segundo marido, Dick, que era un apasionado de las barbacoas. Dick tenía un delantal especial para barbacoas que decía: «A los hombres de verdad les gusta la carne de cerdo desmenuzada». En serio.

En fin, tienen un par de sillas de hierro forjado junto a una mesita de patio, y Ava y Donna ayudan a Ruth a sentarse. Y escucha esto: la pequeña Ava le pregunta a Ruth si *está* bien. Y Ruth le responde: "No te preocupes por mí, ¿estás bien? O sea, después de lo que has pasado...". Pero se detiene a media frase porque piensa que quizás debería fingir lo que no acaba de pasar para no traumatizar más a Ava, ¿entiendes? En fin, antes de que Ruth pueda decir nada más, la Sra. Ashraf le agarra la mejilla a Ava, pellizcándola entre sus dedos ásperos. Le dice: "Eres una chica fuerte".

Y Ava dice: "Gracias", pero suena insegura, como si no supiera si esa era la reacción esperada.

Entonces Marjorie dice: “Me gusta tu…”, pero no encuentra la palabra, así que simplemente agita una mano temblorosa hacia los brezos que se mueven por el suelo.

—Ah, sí —dice Donna—. Sus brezos son preciosos, señora Ashraf. Son la primera señal de la primavera.

La Sra. Ashraf asiente y sonríe. Luego levanta la base de la olla, que ha sido cortada para formar la tapa de un horno, con un gancho hecho con una percha de alambre. Echa más carbón y coloca una rejilla del horno sobre el fuego. Luego pone la tetera a hervir. Sonríe de nuevo y dice: «Mi esposo, mi hijo y mi sobrino. Ellos hacen esto. Porque ahora la cocina no funciona». Su rostro está marcado por profundas arrugas

de satisfacción y Ruth se pregunta de dónde ha sacado tanta felicidad.

II

En fin, para cuando suben la tetera por las escaleras, Tam y Mac están en el baño llenándose de opiáceos y discutiendo sobre quién debería preguntarle a Psycho si tiene algo de ching. El primo Hamza y su amigo están abajo vigilando la tienda. Pero todos los demás están en la sala, de pie y gritando sobre quién debería tener la custodia del arma. Entre la testosterona y los golpes en el pecho, Ruth no puede entender ni una palabra de lo que dicen los demás. Solo el Sr. Ashraf Sr. está en silencio. Está sentado en un sillón, sacudiendo la cabeza, jugueteando con su misbaha[11], y su esposa camina alrededor de los hombres, esquivando saliva y agitando los brazos mientras sirve tazas de chai. "¡*Raula na pa!*", [¡Té, por favor!] le dice al Sr. Ashraf Jr. "¡*Raula na pa!*" Pero el Sr. Ashraf Jr. está ocupado apuntando el arma al pecho de Giorgio, gritando sobre las luces encendidas.

11 Un masbaha o misbaha (en árabe rosario) es una sarta, serie de cuentas o bolitas unidas por un hilo (objeto similar a un rosario), de uso tradicional entre los fieles de la religión islámica para llevar la cuenta en el número de repeticiones del tasbih.

Entonces, la Sra. Ashraf Sr. le hace señas a la mujer para que entre a la cocina. Se pone las manos sobre las orejas, cierra los ojos y niega con la cabeza. "*Raula, raula, raula.* Son tontas", dice con una risita. Su búnker está lleno de montones de tupperware, frascos de harina, especias y legumbres, utensilios de cocina de décadas de antigüedad: hay un cucharón vertical, un cortador de mangos polvoriento, una freidora amarillenta por el aceite, un molinillo de granos manual oxidado... ¡Ah, ese tipo de cosas! Se puede oler a clavo, jengibre y olor corporal masculino; todo eso luchando con el hedor del inodoro sin agua.

Ahora, como puedes imaginar, Ruth tiene un dilema aquí. Por un lado, es una invitada en la casa de los Ashraf y teme imponer juicios etnocéntricos. Por ejemplo, ha leído a Edward Said. Ha leído a Homi Bhabha. Una vez fue coautora de un informe universitario sobre "Revisión de la integración de cuestiones de igualdad y diversidad en colaboración con el Plan Estratégico Ejecutivo de la UCS". En una ocasión, incluso cubrió medio semestre del módulo "Debates en Estudios Poscoloniales" cuando el Dr. Onwudiwe, el único profesor PARD[12] del departamento, tuvo problemas con su visa. Sí, Ruth es la última persona que querría imponer su sistema de valores occidentales.

12 PARD es la abreviación utilizada para referirse al "Proceso Administrativo de Restablecimiento de Derechos".

Sí, pero por otro lado, es feminista. Formó parte del Movimiento de Liberación Femenina. Estuvo en Greenham Common. ¿Se quedará en la cocina y dejará el futuro en manos de los hombres? Mira a la otra mujer. Donna sostiene la mano de su hija, acariciando el cabello de la niña. La Sra. Ashraf busca en los armarios bajo la luz tenue, quizás con la esperanza de encontrar algo para alimentar a sus invitados. Y Marjorie duerme. La humanidad no debe enfrentarse a mil años más de hombres librando sus absurdas luchas de poder mientras las mujeres duermen, cocinan y cuidan a los niños en la cocina.

Pero antes de que Ruth se dé cuenta de lo que va a hacer, Ava se pone furiosa. Tiene un ataque de furia. Libera su mano de la de Donna, corre a la sala y grita a todo pulmón.

III

Ofendidos por Black, los hombres se detienen a mitad de camino, como un cuadro vivo de su pelea inacabada. Giorgio forcejea con el Sr. Ashraf Jr., intentando arrebatarle el arma. El Sr. Ashraf Sr. se detiene, con el bastón en alto, listo para atropellar al gordo ex pescador. Y Psycho apunta con su navaja a la nariz enorme de Black Douglas.

Solo Tam y Mac no se inmutan ante la apoplejía de Ava. Verán, por cuidar a Marjorie, Giorgio les paga con sus propios opiáceos, así que salen del baño, abrazados, con la boca abierta y los párpados entrecerrados, hablando a la vez. Mac habla de cómo compartir drogas une a las personas, como compartir un electrón une el hidrógeno molecular, y Tam no para de parlotear sobre cuando cortas un pimiento y encuentras un pequeño pimiento creciendo dentro, y si eso demuestra que los pimientos deberían clasificarse como mamíferos.

En fin, Donna abraza a su pequeña gritona contra su barriga y dice: "¡*Ufff,* Pookie! ¡Aquí me tienes, mi corderito!".

Y mientras los gritos de la niña se calman, Ruth decide que es su deber teorizar sobre la intervención de Ava. Apoyada en una pierna contra el marco de la puerta, dice: «La niña habla por todas nosotras. Las mujeres nos negamos a ser signadas como Otras durante otros mil años de patriarcado falocéntrico y misógino».

Aparte de Tam (que explica que los cacahuetes en realidad son nueces, por lo que toda la industria de los snacks es básicamente una conspiración), nadie dice una palabra.

“Lo que quiero decir”, dice Ruth, quien se da cuenta cuando ha dado una clase al nivel equivocado, “es que estáis cometiendo los mismos errores que los hombres han estado

cometiendo durante miles de años. Para los niños, el proyecto edípico implica renunciar al apego infantil a la madre e identificarse con el padre". Psycho cierra su navaja. "Apartas a tu madre corpórea", dice Ruth, mientras Giorgio suelta la escopeta. "Pero también repudias los rasgos que ella representaba en tu propia personalidad: suprimes la amabilidad, el cuidado y el amor. Te pasas la vida intentando demostrar que te has separado de tu madre y rechazado todas las cualidades de crianza y amor que ella encarnaba. Y como la masculinidad solo existe como la supresión de la feminidad, es un acto frágil que debes realizar todos los días. Esa actuación es competitiva. Y esa competitividad conduce a la violencia, la guerra y el odio". El Sr. Ashraf Jr. le entrega solemnemente el arma a su madre y, por un instante, todos los hombres permanecen de pie, con las cabezas inclinadas, sin aliento por su discurso. "Una y otra vez", continúa Ruth, "la esperanza es aplastada por la violencia masculina. Desde que comenzó esta crisis, ninguno de ustedes ha hecho nada constructivo. Solo han discutido, peleado y destruido. Les importan más las armas que la gente. Son todos unos inútiles".

"Eso es un poco duro", dice Giorgio.

"¿En serio?", pregunta Ruth. "Díganme algo positivo que hayan hecho desde que se fue la luz".

—Bueno —dice Giorgio, mirando a su alrededor en busca de ayuda—. Bueno…

Entonces Tam dice: "Te dimos analgésicos".

“Y llevamos a Marjorie a casa la noche de los disturbios”, dice Mac.

"Y también te ayudamos a evitar la hipotermia", dice Tam.

“Y viniste aquí, a la casa de mis padres”, dice el Sr. Ashraf Jr, “y bebiste té preparado en el horno que mis primos y yo construimos con nuestras manos”.

"Yo alimenté a este grupo", dice Giorgio. "Trabajé hasta sudar la gota gorda cocinando hamburguesas en una hoguera".

“Yo hice la comida”, dice Tam.

“Recogí la leña”, dice Black Douglas. “Soy un anciano, ya no estoy en este mundo infeliz. Y en mis últimos días, mis manos ampolladas cortaban leña con un hacha pesada”.

“Desde mi tienda, en la planta baja”, dice el Sr. Ashraf Sr., “mi hijo y mi familia hemos donado todo lo que tenemos, como *sadaqa*[13]*,* para ayudar a los necesitados a sobrevivir a esta crisis, *inshallah*” [Si Dios quiere].

---

13 La sadaqa o sádaqa (en árabe "caridad") es una limosna voluntaria, en líneas generales, un regalo de sí al otro. Este concepto abarca cualquier acto de dar por compasión, amor, amistad (fraternidad), deber religioso o generosidad. El término es sinónimo de Tzedaká.

“Salvé a su pequeña muchacha”, dice Psycho.

“¡Alabado sea Jehová!” dice Marjorie.

“Está bien”, dice Ruth, un poco sorprendida, “pero aparte de eso…”

"¿Aparte de eso?", dice el Sr. Ashraf Jr. "Cuando mi padre llegó a este país, ahorró vendiendo de una maleta de puerta en puerta. Y durante casi medio siglo, mis padres y yo hemos servido a esta comunidad, llevando sus mensajes sin descanso."

"¿Ves mis manos?", dice Giorgio, agitando sus miembros regordetes. "No hay ni un centímetro que no haya sido cortado por un cuchillo, quemado por una parrilla, marcado por el aceite caliente. Yo, mi padre antes que yo, su padre antes que él, nos hemos pasado la vida trabajando en cocinas calientes para alimentar a nuestros semejantes."

"¿Sabías que era minero?", dice Black Douglas. "Trabajaba bajo tierra, agachado en la oscuridad, para que ustedes tuvieran calor en invierno. Y luego, después de Thatcher, mientras veía a mis compañeros morir de neumonía y desesperanza, trabajé entibando, aserrando madera para los techos que los cobijan. Y ahora soy viejo con artritis y me quedan pocos amigos con vida. Sí, toda una vida de trabajo no me ha servido de nada. Moriré de hambre solo en la oscuridad como todos ustedes."

—Douglas —dice Giorgio, haciendole señas para que calle—. ¿Qué has hecho, Ruth, para tener derecho a dar el sermón de la montaña, carajo?

"Bueno", dice Ruth. "Bueno... quiero decir..." Su primer pensamiento es decir que ha educado a los jóvenes, que ha dedicado su vida a la docencia, pero que nunca fue muy buena como profesora, y que hace tiempo abandonó la docencia para seguir una carrera directiva. En cierto modo, ha *facilitado* la enseñanza, pero ¿cómo puede esperar que esta gente crea que formar parte de un comité que revisa cómo se preparan los departamentos académicos para una Evaluación de Garantía de Calidad tiene algún impacto positivo en el mundo? Ni siquiera ella misma lo cree. Podría decir que, como intelectual, ha contribuido a la historia de las ideas, pero eso es un gran logro para los pocos artículos que publicó en revistas menores hace más de veinte años. Y luego recuerda que ha dedicado gran parte de su vida a la maternidad, que es una de esas mujeres anónimas que sostienen la sociedad con su labor de cuidado no remunerada. Pero apenas lo piensa, se da cuenta de que sus hijos le guardan rencor, y de adultos solo le han hablado para lamentar su desdichada juventud. Por fin, todo lo que puede decir es: «Lo intenté». Y entonces empieza a saludar. Le tiemblan los hombros y se seca las lágrimas y los mocos que le recorren las mejillas, la barbilla y el dorso de las manos en grandes regueros de caracol.

Y en ese preciso momento, Ruth comprende que no va a entrar en el mar como el Capitán Oates. En ese preciso momento, comprende que este no puede ser el final de su historia. En ese preciso momento, comprende que quiere vivir.

IV

Cuando terminó de sollozar, Ava se zafó del abrazo de Donna, secándose la cara con las mangas. Preguntó: "¿Alguna de ustedes ha mirado el cielo últimamente?".

“Amén”, dice Marjorie.

“*La illahah illalah*”[14], dice Ashraf Sr.

—No tiene sentido —dice Giorgio—. Si cae un misil, no…

"Me refiero a aviones", dice Ava. "Hace días que no veo un avión".

—Eso es porque no hay combustible, Pet —dice Giorgio.

14 La declaración "la illah ila Allah" tiene un significado literal: no hay ninguna deidad o ser digno de adoración excepto Alá.

—Sí —dice Ava—. Pero debería haber incluso aviones volando sobre nosotros.

"Tiene razón", dice Donna. "¿Cómo es que no hemos visto, en lo alto del cielo, la estela de un avión de un vuelo, no lo sé, de Copenhague a Nueva York? Lo que sea que esté sucediendo aquí, está sucediendo en todo el mundo".

El señor Ashraf Jr. se encoge de hombros. "Quizás sí, quizás no".

“La cuestión es”, dice Donna, “que nadie nos salvará. La UE no nos enviará ayuda humanitaria. O nos salvamos nosotros o…”

“Si la sed y el cólera nos alcanzan”, dice Black Douglas, “nos quedaremos sin comida y moriremos de hambre en el caldero”.

“Estamos jodidos”, dice Psycho.

“*¡Sí, Alá!*” dice el señor Ashraf Sr.

“Estamos condenados”, dice Black Douglas.

—Vamos a controlarnos —dice Ruth, secándose los ojos. Esto es Escocia; seguro que lloverá pronto. Y en cuanto a la comida —añade—, tengo un plan.

Bueno, cuando Ruth describe la granja de su marido, el ánimo en el piso de los Ashraf se anima. Todos, incluso Psycho, escuchan a Ruth. El problema es que, *en teoría,* la granja es la solución a medio plazo a sus problemas de alimentación, pero *en la práctica,* Bert ni siquiera puede alimentarse. Las pulgas roen las hojas de sus nabos hasta convertirlas en un encaje verde intenso. La mancha anular destruye sus coles hasta que todo el campo parece cubierto de ceniza. Las moscas de la zanahoria plagan sus zanahorias. Cuando por fin las arranca del suelo, las verduras ennegrecidas y marchitas parecen dedos congelados.

Un año, las coles de Bruselas de Bert fueron víctimas de una plaga de pájaros al estilo de Hitchcock, y se obsesionó con construir espantapájaros cada vez más realistas. Por ejemplo, en un intento de realismo, les dio actividades. Uno era sostener una brújula y estudiar un mapa de Ordnance Survey. Otro estaba dispuesto sobre una esterilla de yoga en la postura del perro boca abajo. Había tenido algo de éxito con la fruta, logrando cultivar frambuesas y ruibarbo, pero se obsesionó tanto con sus papas fritas que no se dio cuenta de que sus fresas se llenaban de pelos y moho gris. Mientras tanto, los pájaros se posaban en sus elaboradas esculturas y no dejaban de rascar sus coles de Bruselas. Así que, al año siguiente, gastó una fortuna en túneles de polietileno para sus habas, ¿verdad?, pero su cosecha estaba plagada de manchas de chocolate, y a finales del verano solo quedaba

un campo de cañas de bambú, un sombrío recuerdo de su último desastre hortícola.

Después de eso, se centró en los cereales, ¿verdad? Gastó siete mil del dinero de Ruth en una cosechadora de segunda mano. Pero plantó su cebada de invierno a poca profundidad, y su cebada de primavera sufrió mildiu. Su trigo estaba tan dañado por la *septoria tritici* que parecía que su campo había sido atacado por pirómanos. Durante años, la cosechadora languideció en el granero de Bert, oxidándose.

Pero la promesa de Ruth de proveer comida no es del todo descabellada. Según ella, solo necesitan sobrevivir hasta el verano, ¿entiendes? Si llegan a julio, ¿verdad?, entonces los campos de las granjas más prósperas les darán bayas y frijoles, zanahorias y coliflor, patatas y guisantes.

Y piensa que quizás puedan sobrevivir con las dos cosechas que Bert *ha* logrado cultivar. Les cuenta sobre la cosecha de avena de Bert, cómo llenó sus silos de grano a finales de agosto, cómo todos los molineros escoceses lo criticaron duramente. Si encuentran la manera de desgranarlas, de quitarles las cáscaras incomestibles, entonces podrán hacer grandes cantidades de gachas, ¿verdad?

Y tienen papas. Les cuenta que cualquier cosecha que Bert siembra, cosecha papas, y que, cada primavera, Bert tiene que deshacerse de su cosecha indeseada. Su almacén está

lleno de miles de papas que necesitan comerse antes de que se pudran.

"¿Qué hay de la carne?", pregunta Giorgio. "¿Tiene alguna oveja?"

Ruth niega con la cabeza. «Bert es vegano», dice.

“¿Y entonces qué voy a servir con las patatas?”, pregunta Giorgio.

Ruth dice: "¿Quizás podamos llegar a un acuerdo con uno de los granjeros vecinos?"

"Eso podría funcionar", dice el Sr. Ashraf Jr. "Si conseguimos algunas, el primo Hamza podrá descuartizarlas".

—Bueno, sigamos —dice Ruth—, en la granja solo puede vivir una cierta cantidad de gente.

“¿Vivir en la granja?”, dice el Sr. Ashraf Jr. “No voy a vivir en la granja; no voy a dejar a mi familia”.

"Y no voy a abandonar al Señor de las Papas Fritas", dice Giorgio. "Nosotros llevamos la comida al grupo".

“Pero”, dice Ruth, “pero… Bueno, eso sería desesperadamente ineficiente”.

“O toda mi familia es parte de esto o ninguno de nosotros lo es”, dice Ashraf Jr.

—Sí —dice Giorgio—. Si algunos se quedan con hambre, asaltarán la granja y nos matarán. Para que eso funcione, todos tienen que comer.

“¡Ay de los que maquinan iniquidad!”, dice Marjorie.

—Pero no podemos alimentar a todo el pueblo —dice Ruth—. Bert solo tiene unas cuantas patatas mohosas.

“Nosotros no *tenemos* por qué alimentar a toda la tropa”, dice Donna. “Toda la tropa tiene que alimentar a toda la tropa”.

V

Pero habrá problemas, ¿sabes? Como Black Douglas es rápido para señalar, hay todo tipo de problemas. Para empezar, tienen que viajar a la granja. Cuando el Sr. Ashraf padre encuentra un viejo atlas de carreteras, el Sr. Ashraf hijo lo ilumina con una linterna mientras Ruth les muestra la ubicación de la granja. Se puede caminar fácilmente, pero

no para Ruth con su tobillo lesionado. Y si Ruth no está allí, ¿de verdad una carta convencerá a Bert de que deje su comida? Y llegar a la granja es una cosa, pero ¿cómo van a traer la comida a la ciudad? Incluso si pueden, ¿cómo van a quitarle la cáscara a la avena? ¿Cómo la cocinarán?

En fin, ya están muy irritables de hambre. Como si nadie hubiera comido desde el desayuno, y hablar de comida, incluso de avena con cáscara, les hace salivar.

Donna dice: "Necesito conseguir algo de comida para Ava".

—Sí, buen punto —dice Giorgio—. Me muero de hambre.

“Tu horno debe ser *muy* útil”, dice Ruth.

—Sí —dice Tam—. Me vendría bien un curry.

"Están perdiendo el tiempo", dice Black Douglas. "No compartirán nada con nosotros, sobre todo ahora que tienen esa maldita pistola".

Bueno, hay una animada discusión en punjabi: los ancianos Ashraf susurran, como si si hablaran muy alto, los demás aprenderían de repente su idioma. Pero al final, el Sr. Ashraf Jr. junta las manos y anuncia: «Mi familia y yo agradecemos el espíritu de cooperación que nos ha unido, y prometemos mantener el arma a salvo, aquí con mis padres, y no usarla jamás a menos que nos ataquen. Pero ahora mismo, no podemos compartir nuestras reservas de comida».

"Cuéntamelo", dice Black Douglas.

—Donna —dice Giorgio—, ¿qué hay de tu hornillo? ¿Tienen comida en bolsa para cocinar?

Pero Donna dice: «Después de lo que pasó hoy, tengo que priorizar las necesidades de Ava, ¿entiendes? Simplemente no hay suficiente para todos».

—De acuerdo —dice Giorgio—. ¿Y qué tal si comemos juntos en el Señor de las Papas Fritas y traemos algo a la mesa? Bueno, no sé de ti, pero después de lo que pasó hoy, prefiero no estar solo.

Se oye un murmullo de acuerdo.

"¿Qué dicen?", pregunta Giorgio, mirando al Sr. Ashraf Jr. "¿Podemos olvidar lo pasado? Si es así, puedo proporcionar el lugar, un poco de salsa roja y de pollo, unas latas de jugo y todo eso. ¿Quizás puedan cocinar algo en su horno tandoor?"[15], dice, señalando a los Ashraf con la cabeza. "Y ustedes", señala a Donna y Ruth con la cabeza, "¿pueden traer algo de su comida de campamento o lo que sea? Y nadie con armas, ¿verdad?"

---

15 El tandoor es un horno de arcilla con forma cilíndrica, tradicionalmente enterrado en el suelo para mantener una temperatura constante. Su diseño único permite alcanzar temperaturas extremadamente altas (hasta 480°C), lo que lo convierte en una herramienta esencial para cocinar de manera rápida y eficiente.

Y así, para resumir, en la noche del sexto día, comen todos juntos.

Capítulo XV

ÉXODO

I

Así que, imagínense esto, ¿verdad?: las mesas del Señor de las Papas Fritas están dispuestas en un gran rectángulo, con los platos de papas fritas para compartir y las luces LED encendidas como velas. Hay latas de jugo y sobres de salsa de Giorgio; rotis recién hechos y aros de piña tandoori especiados de los Ashraf; gulash de res hervido en bolsa y curry de verduras de Donna; una lata de caldo escocés de Black Douglas; y, esperen a escuchar esto, tres pizzas calientes de Psycho, Titch y Wee Danny. Resulta que un tipo del barrio, un tipo que usa un generador diésel para alimentar a sus comensales, les cambió tres pizzas por un gramo de ching.

En fin, están comiendo y Giorgio dice: "Necesitamos carne. Necesitamos las patatas y demás, pero la carne es lo principal. Si consigo carne, puedo volver a abrir".

Pero ver las luces encendidas ha vuelto a poner nervioso al Sr. Ashraf Jr., así que dice: "¿Vas a dejar de hablar de tu negocio? Yo no tengo ningún negocio, gracias a ti".

"No volvamos a pelearnos entre nosotros", dice Donna.

—Solo necesito carne —dice Giorgio—. Carne y leña.

“Como dije, tendrás que comerciar con otro agricultor”, dice Ruth.

“¿Pero intercambiar qué?”, pregunta el primo Hamza.

—Drogas —dice Titch—. Tenemos un trato con esos marineros brasileños...

“No creo que los agricultores tomen drogas”, dice Ruth.

"*Todos* se drogan", dice Tam. Él y Mac no trajeron comida y no comieron. Están sentados aparte de los demás, todavía drogados con opiáceos, debatiendo si la serie original del *Capitán Pugwash* realmente tenía personajes llamados Maestro Bates, Marinero Staines y Roger el Grumete.

"Ni siquiera saben cómo llegar, y mucho menos cómo recuperar la comida. Es una idea estúpida", dice Black Douglas.

Entonces Psycho dice: "A ver si os habéis comido nuestras pizzas y esto ni siquiera funciona..."

—¿Y por qué hablan de comida? —pregunta Donna—. El agua es la emergencia.

“Porque necesitamos ambas”, dice Ava.

“Tenemos que tirar de la cadena del baño”, dice la señora Ashraf Sr.

“Amén”, dice Marjorie.

"Quieren hacer baños de compost", dice Titch. "Los vi cuando mi banda era cabeza de cartel en T in the Park".

"La verdad es que no está nada mal", dice Giorgio. "Podríamos cavarlos en la zona común".

“O en el parque para que podamos usarlos”, dice Ashraf Jr.

"¡Menudo trabajo!", dice Titch. "¿Ves en la fiesta de después, esa Rima Laidlaw? ¿La conoces de Factor X, la sana y ordenada? Está loca por mí y eso, ¿sabes? Así que estábamos en mi limusina, ¿no?, y yo la estaba tomando el

pelo y eso, ¿eh? Pero luego su amiga quería unirse a la acción y bueno, así que yo…"

"Déjalo descansar, ¿eh? ", dice Donna.

“Apoyo la sugerencia”, dice Ruth.

“Hoy en día”, dice Donna, “no tengo paciencia con ese tipo de mierda”.

Entonces Ruth dice: "Y si podemos tomarnos un descanso de las fantasías misóginas, tengo una idea de cómo podemos... cómo *puedo* llegar a la granja".

“Escuchémoslo entonces”, dice Douglas.

Y Ruth dice: "Bicicleta tándem".

Black Douglas golpea la mesa con la mano, fingiendo una carcajada. «Es la estupidez más grande que he oído en mi vida».

"¿Por qué?" Verás, mientras estaba comprometida con Dick, Ruth soportó una gira en tándem por Nueva Zelanda. Por ejemplo, los British and Irish Lions estaban jugando una serie de partidos de rugby contra los All Blacks, ¿verdad?, y Dick y sus amigos pensaron que sería divertido ir en bicicleta de un lugar a otro. Noo, Ruth no estaba en el ciclismo ni en el rugby, y no tenía ningún deseo particular de ver Nueva Zelanda. Pero era lo suficientemente pronto en su relación

como para que quisiera gustarle a Dick, así que aceptó unirse a él en un tándem, ¿verdad? Lo que le viene a la mente a ahora es la espalda sudada de su prometido. Cada vez que llegaban a una colina, Dick empezaba a gruñir: "Uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro. ¡Vamos! ¡Dale! ¡Dale a esta perra!" Pero a ella le importa que a menudo podía navegar y dejar que Dick hiciera el trabajo. Con un jinete fuerte como capitán, tal vez pueda llegar a la granja.

“Puedo conseguirte una bicicleta tándem”, dice Psycho.

“¿De la misma manera que tu amiguito puede conseguirme una cita con Rima Laidlaw?” dice Giorgio.

Pero Psycho dice: "Danny y yo tenemos cientos de bicicletas, ¿eh? "

Entonces empezaron a parlotear sobre la ética de usar bicicletas, y Donna solo necesitaba salir un rato. "Voy a buscar el hornillo", dijo, "a hervir agua para el té. ¿Vienes, Ava?"

Pero Ava dice: "¡Quiero quedarme para la reunión!"

Donna mira a Ava y luego a Ruth, quien asiente con un guiño que dice «*ya lo tengo».* Solo se conocen desde hace unos días y ya hablan sin palabras. Afuera, antes de subir las escaleras, Donna hurga en la cuneta, buscando colillas de cigarro a la luz de la luna. Encuentra una colilla decente, pero está congelada y es difícil de encender. Le tiemblan las

manos y comprende por qué ha salido: necesita llorar, sollozar y aullar, solo unos minutos, antes de volver a entrar para fingir que todo va a estar bien.

Cuando regresa con la estufa, contenta por la penumbra que oculta su rostro, Giorgio la lleva a buscar agua. No lleva luz consigo, y recorren la cocina a paso lento, chocando con parrillas y cubas de cocción. La trastienda huele a grasa y al lío de Giorgio, y su única fuente de agua es lo que queda en su tanque de agua caliente. Mientras Giorgio encuentra las bolsitas de té, las cremas UHT y una pila de vasos de poliestireno, el agua gotea del grifo de desagüe hacia el cuenco de hojalata de Donna.

Allá atrás, los demás siguen discutiendo. "Si les consigo la bici", dice Psycho, "seré uno de los cabrones que irán a la granja. Y si alguno intenta detenerme, les voy a...".

—Tranquilo —dice Giorgio—. Psycho tiene razón. Si le toca el tándem, debería poder conducirlo. Ruth va en el segundo asiento y yo en la bici de Tam.

"Vete a la mierda", dice el Sr. Ashraf Jr. "¿Quién dice que vas?"

"Claro *que* sí", dice Giorgio. "Soy yo quien cocina".

"Sí, y yo voy a cortar la carne", dice el primo Hamza.

"Sé lo que estás haciendo", dice el Sr. Ashraf Jr. "Estás tratando de excluirnos".

“No seas tonto”, dice Giorgio.

"Si Ruth está de acuerdo", dice el Sr. Ashraf Jr., "entonces ustedes, los del Busy Bee, ya estarán representados. Y si Psycho está de acuerdo, entonces los IMW están representados, y bueno. ¿Y qué pasa con nosotros?"

—Tiene razón —dice Ruth—. Debería haber un representante de cada grupo.

—Eso me parece justo, señor Giorgio —dice Marjorie.

—De acuerdo —dice Giorgio—. ¿Y quién es el que va de vuestro grupo?

El señor Ashraf Jr. duda. "Lo haré", dice.

—Pero no me va a traer la carne —dice Giorgio—. Sigue enfadado por sus luces, ¿eh?

"Yo le traeré la carne a Hamza", dice el Sr. Ashraf Jr. "Tienes mi palabra, y mi palabra es mi reputación". Lo dice en serio, pero le preocupa más ir en bicicleta. De alguna manera, la idea de montar en bicicleta le da vergüenza. ¿Recordará siquiera *cómo* montar en bicicleta? No ha montado en bicicleta desde que repartía periódicos para su segundo tío, hace más de medio siglo. Después de que

terminan en el Señor de las Papas Fritas, cuando los demás se van a dormir, toma prestada la bicicleta de Tam y la prueba en la calle vacía. Al principio, se tambalea y tiene que poner el pie en el suelo, pero pronto está volando, sintiendo el viento alrededor de su cuerpo. Solo a la luz de la luna, da vueltas y hace caballitos. Se siente como un niño de nuevo.

II

El séptimo día, el tiempo finalmente cambia. El aire ártico da paso a la baja presión. La temperatura sube. Nubes oscuras se ciernen sobre Dundule, pesadas como toallas empapadas. Por la mañana, cuando los ciclistas parten, el día se siente cargado de lluvia.

Psycho y Ruth no se llevan bien al instante. Psycho no escucha las instrucciones de Ruth sobre cómo alinear los pedales y contar hasta tres antes de soltar los frenos. Pero tras siete intentos fallidos, logran avanzar y mantenerse en pie. Giorgio corre tras ellos, gritando: "¡Hagan lo que hagan, hagan el trato! ¡Consígannos carne!".

Mientras pedalean en silencio, Ruth piensa en viajar en rickshaw por la India. Al principio de su matrimonio, Bert decidió que debían gastar miles de libras del dinero de Ruth en un paquete vacacional de descubrimiento titulado

"Montañas, monasterios y casas de barro; viajes con atención plena y yoga en el regazo de las nieves". Fueron quince días de meditación, reflexión, artesanía tradicional tibetana y orientalismo descarado. Después, tenían dos días antes de su vuelo, así que Bert decidió que debían experimentar la verdadera India haciendo que algún muchacho los pedaleara por la Vieja Delhi. Iban de un sitio a otro, fotografiando a los monos que se balanceaban en la red de cables eléctricos. Durante dos días, el chico del rickshaw los llevó a las tiendas de sus conocidos, donde los obligó a comprar cajas de tiffin, tarrinas de cardamomo negro, telas ikat y un afrodisíaco hecho con la corteza del árbol Arjuna. Pero la ira de Ruth por haber sido estafada se vio contrarrestada por su culpa imperial. Como si hubiera algo vil en su blancura y el poder de su inflada moneda occidental. Pero no, no se siente culpable mientras Psycho la conduce hacia la granja; no, se siente como si fueran un equipo.

En fin, cruzan Barfer Park, a la derecha, a través de los restos encogidos de muñecos de nieve, y cuando Ruth se da cuenta de que están en la callecita donde se averió su coche, pide detenerse en su viejo Volkswagen. Tiene las ventanillas destrozadas, los retrovisores arrancados. Ruth se imagina viendo el coche filmado en fotografía *time–lapse* mientras la mugre y las esporas cubren el capó, la suciedad se acumula en el techo, el musgo empieza a crecer en las ranuras de la estructura metálica. Imagínatelo. El óxido se extiende. Las

plántulas brotan de la tapicería. Brotes pálidos emergen del asfalto agrietado por la escarcha. La vegetación crece alrededor del coche hasta que el techo se dobla bajo el peso. Pronto, su coche sería un montículo cubierto de arbustos en un claro del bosque. Se imagina la película ralentizándose mientras humanoides atrofiados con pieles de animales desentierran la reliquia de su Volkswagen usando herramientas de piedra. Ya parece una locura que tan recientemente hayan caminado por la tierra como dioses.

III

Al llegar a la Granja Wollstonecraft, Ruth contempla la imponente casa como si fuera un hogar de la infancia apenas recordado. El aire empapado está impregnado de miel por las flores de aulaga. Los racimos de campanillas de invierno han brotado en el borde delantero, cubierto de rocío. Desde el seto, un acentor común *gorjea* una melodía desafinada con el tintineo de las campanillas de viento de Bert.

Dentro, el contenedor de compost está repleto de restos de comida y la cocina desprende un penetrante olor a tierra. Las velas se han derretido por todas partes y el fregadero

está lleno de platos sin lavar. "¿Cariño?", llama. "¿Bert? Soy yo". Se pregunta si quizá la habrá buscado.

Consulta el calendario de la caldera de gas inactiva, pensando que podría contener alguna pista sobre su paradero. Es marzo, pero ¿qué fecha es? ¿El 4? ¿El 5? No sabe qué día de la semana es. En cualquier caso, el calendario está en blanco.

Creyendo que tiene que estar en el campo, les dice a sus invitados que se arreglen y luego sale cojeando. Detrás de la casa, abre el cerrojo de la puerta de la granja con la bisagra rota, levantándola por el surco que ha tallado en la tierra húmeda. Y allí está Bert, encorvado, empujando una pequeña sembradora por un surco elevado en su campo árido. Parece un niño pequeño con un juguete para empujar.

“¡Bert!” llama ella.

Se pone de pie, la saluda con la mano y corre hacia ella, secándose las manos en el sobretodo. Al llegar a Ruth, le da un largo abrazo. Bert es un gran abrazador; incluso en tiempos normales, sus abrazos eran largos y sinceros.

"¿Qué estás haciendo aquí afuera?" pregunta ella cuando logra apartarlo.

"Sembrando zanahorias", dice, señalando el cambio de clima. "Por fin se acabó la helada".

"Me alegra mucho verte", dice Ruth, sin saber si realmente lo siente así. "¿Cómo estás?"

—Sí, vale, supongo. Es que tengo una especie de cefalea tensional. Simplemente está ahí, ¿sabes? Y me siento como si estuviera… —Bert es californiano y a veces olvida que «*¿cómo estás?*» es más un saludo que una invitación a terapia, ¿sabes? —Pero, espera, cuéntame un poco sobre *ti. ¿*Cómo *estás?*

“Estoy bien”, dice Ruth. “He estado tan preocupada…”

“Me quedé sin gasolina…”

—¿Pero qué le pasó a tu pierna?

"Acabo de resbalar. En el trabajo. Se está poniendo..."

"¿Pero cómo estás *realmente?*", dice Bert. "¿Estás bien?"

—Sí, lo estoy —dice Ruth—. De verdad que sí.

Bert dice: "Está bien ser positivo, pero date tiempo para sentir, ¿sí?"

Ruth le da un beso en la mejilla. «Ayúdame a entrar», dice. «Hay unas personas que quiero presentarte».

IV

Cuando presenta a Psycho y al Sr. Ashraf Jr., y explica que hay gente en la ciudad que quiere su comida, Bert se sobresalta. Dice: «Sabía que podía hacerlo funcionar. Sabía que no estaba perdiendo el tiempo». Están sentados a la robusta mesa de la cocina, bajo las vigas a la vista. Hay ollas colgadas en la pared de piedra desnuda. Los estantes están llenos de tazas Le Creuset, cafeteras, cuencos de barro y todo tipo de cosas. El reloj se ha parado a las siete y cuarto.

“Pero la cuestión es”, dice Ashraf, “que no queremos ser desagradecidos ni nada por el estilo, pero he prometido que intentaré conseguir algo de carne, algo de carne halal”.

"Sí, vale. De hecho, me he convertido al veganismo", dice Bert, y luego habla durante varios minutos sobre el uso sostenible de la tierra y el bienestar animal.

Cuando por fin puede decir una palabra, Ashraf dice algo como: "Sí, Ruth nos dijo que no tienes animales, pero pensamos que tal vez tendrías un amigo que pudiera intercambiarnos algunas monedas o lo que sea ".

—No es broma —dice Psycho—, pero me importa un bledo. Me muero de hambre.

“Sí, ¿le importaría darme un vaso de agua?”, dice Ashraf.

"Prepararé la comida", dice Ruth. Se levanta, apoyándose en el búnker. Abre cajones y armarios, redescubriendo su cocina. Es tan extraño estar en casa. "¿Hay algo para beber, cariño?", dice, abriendo una lata de maíz dulce.

Bert dice: «Puedes revisar la cantimplora, pero estoy casi seguro de que me la terminé. Para conseguir agua, subo al embalse. Tardo una hora ida y vuelta».

"A la mierda con eso", dice Psycho. "Estoy hecho polvo".

"Pero tengo una actitud muy positiva respecto a la situación del agua", afirma Bert.

"Claro que sí", dice Ruth, abriendo una caja de frijoles. Bert es implacablemente positivo, como una versión hippie del aparato de relaciones públicas de la Universidad. Por ejemplo, si alguna vez ocurre un desastre nuclear, en los segundos previos a que toda la vida en la Tierra sea exterminada, bajo el grito de un misil que se acerca, Bert le dirá a Ruth que es una brillante oportunidad para el autodescubrimiento.

"No, en serio", dice. "Hay una ingeniera hidráulica increíble que ha reunido a un equipo de electricistas y demás, y están intentando usar las turbinas eólicas para alimentar las bombas hidráulicas, lo cual... no sé; es súper complejo, pero..."

“¿Están intentando reiniciar el agua?” dice Ashraf.

"Es la mejor noticia que he escuchado en mucho tiempo", dice Ruth. "Imagínate abrir el grifo y que salga agua".

“Están usando el pantano”, dice Ashraf.

—Lavándose —dice Psycho—. Todos los cabrones tocan la bocina. Es una locura.

Bert dice: "Sólo tenemos que ser pacientes y mantenernos positivos, ¿sabes?"

Ruth vierte las alubias y el maíz dulce en una ensaladera de madera de olivo (¿verdad?), luego añade una mezcla de semillas omega–3 y unas nueces. Rocía la ensalada con abundante aceite de oliva y balsámico, y la sirve con un plato de galletas y un irónico "*Buen provecho*". Nadie habla hasta que se acaba. Recogen cada miga de galleta. Limpian el cuenco, lamiéndose el aceite de los dedos.

"Volviendo a la carne", dice Ashraf, lamiéndose los dedos por última vez. "Agradecemos que compartas tu avena y tus patatas, pero prometí que intentaría arreglarlo..."

—Claro, sí —dice Bert—. El ganadero más grande de por aquí es un tal Calverhall…

“Vamos a verlo”, dice Ashraf.

Bueno, sí, es un personaje un poco difícil... También está Macduie, que es más tradicional. A Guthrie no lo he visto desde que empezó la crisis, pero sería un buen...

“Tenemos que reunirnos con ellos”, dice Ashraf.

"¿Quizás debería convocar a la Asociación de Agricultores?" Como ya no pueden hacer esto en Convo, los granjeros acordaron en su última reunión que se reunirían en Spittle Lodge si alguno de ellos tocaba las campanas de la iglesia. Nadie lo ha intentado todavía, pero Bert no ve ninguna razón por la que no debería ser el primero. Así que, en resumen, Ruth se queda en la casa de la granja, apoyando el tobillo junto a la estufa de leña, o cojeando de habitación en habitación, tocando sus posesiones como si fueran altares. Su estampado de Elizabeth Blackadder, su jabón de manos de Bayliss y Harding, su cárdigan de cachemir de Belinda Robertson... todo parece de otro mundo. Mientras tanto, Ashraf, Bert y Psycho bajan en bicicleta a la iglesia.

V

La iglesia tiene un campanario que parece la torre de un fuerte. Su tejado está sombreado de verde por el musgo y el liquen. En el cementerio, la hierba húmeda les moja los pies. Una paloma torcaz arrulla en el tejo y las lápidas se

desploman en ángulos, desgastadas por el clima como viejas pastillas de jabón. El Sr. Ashraf Jr. se detiene para observar una tumba tallada con un esqueleto danzante. La única escritura legible es la fecha: 1746. La vida entonces debía ser muy parecida a la vida en la actualidad, ¿sabes? El miedo a la enfermedad y al hambre, la enorme escala del mundo, la tiranía de la oscuridad.

En fin, abren con un crujido la gran puerta de madera y se hunden en el olor mohoso a libro de oraciones y la acústica de un espacio vacío. Retumban los pasos y los bancos vacíos crujen misteriosamente. La alfombra tan pisoteada le recuerda a Ashraf las viejas almohadillas de esponja que se usaban para los mostradores de los bancos y las oficinas de correos. Se da cuenta de que está caminando por el pasillo, con ese paso reverencial que la gente reserva para galerías y catedrales.

"¿Dónde crees que está la campana?" dice Bert, su voz suena fuerte y plástica.

"¿Cómo carajo voy a saberlo?" dice Psycho.

"No soy ningún experto", dice Ashraf, "pero yo empezaría a mirar debajo del campanario".

“Ahí es donde entramos nosotros”, dice Bert.

Cuando encuentran la cuerda, Psycho la desenreda y tira de ella, como si estuviera trabajando con un aparato de

gimnasio. Suena la campana y Ashraf imagina a la paloma torcaz lanzándose desde el tejo, batiendo las alas con total confianza en su improbable vuelo.

VI

Así que, una hora después, los tres se encuentran con Calverhall, Duff Macduie y Lord Slabberford en Spittle Lodge. Calverhall pregunta: "¿Qué significa esto? ¿Quién demonios tocó la campana?".

—Son gente de la ciudad —dice Bert—. Son amigos de mi esposa y…

"¿Qué diablos están haciendo aquí?" dice Calverhall.

—Tranquilízate, Freddy, viejo amigo —dice Slabberford, mientras acompaña a sus invitados al comedor.

“Los habitantes de la ciudad tienen hambre”, dice Bert, y suena como una frase de un cuento de hadas.

"Esperamos poder ayudarnos unos a otros", dice el Sr. Ashraf Jr.

—No necesito tu ayuda —dice Calverhall—. No *quiero* tu ayuda.

—¿Y entonces qué vas a hacer con tus animales? —pregunta Bert—. Ni siquiera tú puedes comértelos todos.

Calverhall mira a Slabberford, que tararea *Scotland the Brave*, y luego a Duff Macduie, que apisona su pipa en silencio. Mira a Ashraf, a Psycho y a las cabezas de ciervo disecadas que cuelgan sobre la puerta. Finalmente, se sienta a la enorme mesa del comedor y hace crujir los nudillos. «Bien», dice. «Escuchemos lo que tienen que decir».

Ashraf dice: "¿Pensábamos que quizás podríamos conseguir algo de carne? Mira, mi primo Hamza..."

—Espera —dice Calverhall—. ¿Qué *me ofreces?*

“Eso es lo que queremos discutir”, dice Bert.

“¿Qué quieres?” dice Ashraf.

"¿Qué tienes?"

“Drogas”, dice el Psycho.

“¿Drogas?” dice Slabberford.

“¿Drogas?”, dice Calverhall.

"No", dice Bert.

“Aún no las tenemos, pero hay unos brasileños en ese barco y…”

"¿Quién es él?" pregunta Calverhall, señalando a Psycho.

"¿Yo?", dice Psycho, golpeándose el pecho con las palmas. "Soy el mejor de la YMW, ¿sabes?"

"Un tipo duro, ¿eh?" dice Calverhall.

Y Psycho dice: "Pruébame, maldito gordito".

Pero Calverhall se ríe. "Es como si te ladrara un West Highland terrier. ¿Por qué no lo dejas en el suelo con el perro de Duff?"

"¿Sí?", dice Psycho, poniéndose de pie, dándose una palmada en el pecho y abriendo los brazos como si invocara la ayuda divina. "Vámonos, carajo, entonces".

—Tranquilo, Psycho —dice Ashraf, sujetándolo por la chaqueta—. Tranquilo.

Al mediodía todos estaban de pie, excepto Duff Macduie, y Slabberford dijo: "Esto me recuerda a Gordonstoun; si dos tipos se pelearan, lo resolveríamos a golpes en la sala de entrenamiento de los mayores".

"Aquí no hay necesidad de eso", dice Ashraf. "Solo queremos ofrecer un intercambio".

"¿Me estás ofreciendo drogas?" dice Calverhall, sentándose atentamente.

—No, no, no —dice Bert—. Están ofreciendo…

“Bienes de consumo”, dice Ashraf.

“¿Como qué?” dice Calverhall.

“Teléfonos móviles y…”

¿Teléfonos móviles? ¡No sirven para nada!

Y Ashraf dice: “Sí, pero esto, el corte de luz, no va a durar para siempre, ¿verdad?”

Nadie responde y por un momento el único ruido es el de los pedos del Border Collie incontinente de MacDuie.

Entonces Calverhall junta sus dedos gordos y se inclina hacia adelante. Dice: «Hay una cosa que quiero de ti».

“¿Qué?” dice Ashraf.

Señala a Bert. "Su tierra".

"¡Ni hablar!", dice Bert. "¡No puedo creer que me pidas eso!"

—No esperes un segundo —dice Ashraf—. Tenemos que comer. No hay nada de malo en escuchar lo que hay en la mesa.

Calverhall sonríe. «Kevin, quiero que me transfieras el alquiler de Bert».

Slabberford se encoge de hombros; su encogimiento es un gesto rococó, lleno de curvas teatrales. "No soy abogado, pero podría preparar algo hasta que el administrador esté disponible. Pero no creo que sea eso lo que Bert quiere".

"Pero ¿nos quedaríamos con todas tus putas vacas o lo que sea?" dice Psycho.

Calverhall piensa, un esfuerzo que le obliga a mirar hacia su regazo. «Te quedarías con un tercio de todos mis animales».

“La mitad de su tierra por un tercio de tus animales”, dice Ashraf.

"¡Basta!", dice Bert, poniendo las manos con decisión sobre la mesa. "¡No voy a vender mi tierra!" Pero, además, tiene más campos de los que puede cuidar. Quizás Ruth tenga razón en que la granja es un proyecto demasiado grande. ¿Tal vez tendría más éxito con una parcela más pequeña? Así que dice: "Solo por curiosidad, ¿de cuántos animales estamos hablando? "

"¿En total?" Calverhall infla las mejillas. "Tengo unas 150 cabezas de ganado, y la misma cantidad de ovejas..."

"Tienes más que eso", dice Duff Macduie. "Apuesto a que tienes casi mil cabezas dentro".

—Bien —dice Calverhall—. La mitad de sus tierras por una cuarta parte de mis animales: digamos cincuenta vacas, ochenta ovejas y treinta cerdos.

Bert dice: "¿Y me quedaría con la casa de campo y los campos que ya he plantado?"

No los tocaría ni con un palo. No cultivaré. Usaré tus campos veganos para la agricultura intensiva.

“Se siente mal”, dice Bert.

—Vamos, amigo —dice Ashraf—. No pretendía molestarte, pero ¿qué querría Ruth? Es cuestión de vida o muerte, ¿verdad?

"Es solo un pedazo de tierra", dice Psycho. "Dáselo a ese gordo cabrón".

“¿Tenemos un trato?” dice Calverhall.

Bert se mira las manos. Encorva los hombros, derrotado, y su voz suena terriblemente baja. "Supongo", dice.

—Esto merece un brindis —dice Slabberford—. Voy a traer el Macallan.

Pero Calverhall dice: "Espera: hay una cosa más que quiero".

“¿Y ahora qué?” dice Bert.

Calverhall señala a Psycho. «Quiero que gatee alrededor de la mesa como el perro que es, y luego quiero que me lama las botas».

"Chúpame la teta, gorda maldita".

Calverhall dice: "Entonces no hay trato".

—Venga ya —dice Slabberford—. Es un espectáculo bastante malo.

"Ya sabes que no te va a lamer las botas", dice Ashraf.

Pero Calverhall dice: «Lo hará si eso le quita el hambre. O lo hace ahora, o volverá conmigo cuando tenga más hambre y mis condiciones sean menos generosas».

Entonces Bert dice: "Supongo que voy a renunciar a la mitad de nuestra tierra, y eso me resulta bastante desagradable, así que tal vez todos tengamos que..."

"Que os jodan", dice Psycho.

"O sea, si lo piensas, no tardaría mucho", dice Ashraf. "Sería más fácil en un segundo".

—Lo *haré* —dice Bert—. No quiero que la gente pase hambre por mi orgullo obstinado.

No quiero *que* me lamas los pies; me los lamerías por puntos de Néctar. Quiero que *él* me lama los pies.

—De acuerdo —dice Psycho—. Si eso es lo que buscan.

“¿En serio?” dice Ashraf.

"Buen chico", dice Calverhall.

Nadie sabe adónde mirar mientras Psycho se arrodilla y empieza a gatear alrededor de la mesa de caoba. Tarda una eternidad en cruzar la alfombra de tartán. Calverhall sigue sentado, con los pies bien plantados, mientras Psycho se detiene y empieza a agachar la cabeza.

Y entonces Psycho se lanza a por él, como un tigre. Su cabeza golpea el pecho de Calverhall, quien se incorpora de golpe, tropieza con su silla y se estrella contra un óleo de un tipo raro vestido de tartán. El cuadro se cae de la pared y Calverhall tiene a Psycho agarrado del cuello. Todos gritan y chillan y no se oye ni una palabra. Y ahora Calverhall tiene a Psycho inmovilizado en la mesa, y Psycho le muerde la mano, y Calverhall ruge e intenta quitárselo de encima, pero no aguanta el dolor y tiene que soltarle el cuello. Y mientras

intenta sujetarle los brazos a Psycho, Psycho le muerde la oreja al gordo cabrón. Y, vaya, se oye. Y ahora Calverhall se está volviendo loco, ¿no? No para de gritar, y... Y le ha soltado los brazos a Psycho, ¿entiendes? Así que le da un codazo en el costado, con la rodilla... Es una locura. Y Psycho seguía mordiéndole la lengua, sacándole un ojo, intentando golpearlo, y Calverhall seguía rugiendo de dolor y rabia, golpeándole los riñones como... ¡Dios mío, qué idiota! Y entonces Ashraf, que solo intentaba separarlos, le dio un codazo en la boca a Psycho. Entonces... Entonces Psycho se apartó de Calverhall, se metió con Ashraf, y al mismo tiempo Psycho logró derribar a Calverhall de un golpe, y Calverhall perdió el equilibrio, se deslizó por la pared, y por un segundo se quedó sentado sobre su trasero, y Psycho se quedó de pie con sangre (la suya o la de Calverhall) manchada en la boca, como David contra Goliat, y jadeaba, y tenía los brazos de Ashraf atados como un cinturón de seguridad.

Maldita sea. Ahora los gritos y rugidos han parado, y por un momento lo único que se oye es la respiración agitada de Psycho. Escupe algo: sangre, un diente o un trozo de oreja. Luego, apoyándose en la silla rota, Calverhall intenta ponerse de pie. Cuando llega a una posición sentada en el aire, pone las manos en el pecho de su chaqueta Barbour y hace un ruido silencioso como "oh". Hay sangre goteando de su oreja y alrededor de sus fosas nasales, cierto, y su cara es del color de las nubes de lluvia. Y solo por un momento cuelga allí, su expresión extrañamente neutral, como si

estuviera sentado en una silla invisible. Luego se inclina de culo. Pero es el ruido que hace su cabeza lo que te dice que no se va a levantar. Su cabeza se estrella contra el suelo, como el portazo de una puerta pesada.

VII

En fin, cuando finalmente se dan cuenta de que Calverhall ha sufrido un infarto, lo ponen boca arriba y lo arrastran hasta la mesa. Les toma tiempo levantarlo. Mientras Bert y Slabbeford discuten sobre técnicas de reanimación, Psycho se limpia la sangre de la cara, Ashraf camina de un lado a otro por la habitación repitiendo "No puedo creerlo", y Duff Macduie se queda de pie al pie de la mesa como un enterrador.

"Supongo que el pobre hombre está perdido", dice Lord Slabberford de Spittle, después de un intento poco entusiasta de reanimarlo.

“Hicimos lo que pudimos”, dice Bert.

Duff Macduie no dice nada, pero en este punto se quita el moño.

Es evidente que la muerte de Calverhall no va a detener los relojes ni a acallar los tambores. El único afectado por su fallecimiento es Psycho, que permanece de pie junto al cadáver, quizás con los ojos ligeramente llorosos.

—Mira —dice Ashraf, tocándose el hombro—. No te culpes.

"¿Quién carajo te preguntó?" dice Psycho, secándose los ojos.

Freddy Calverhall vivía solo. Su esposa lo abandonó hace años, básicamente porque era horrible, y sus hijos viven en Inglaterra. No hay nadie que reclame su cadáver, así que Slabberford propone enterrar a Calverhall en su propio terreno, lo cual todos coinciden en que es "lo que él hubiera querido".

En resumen, traen palas del cobertizo de la cabaña y suben el cadáver a una carretilla. Entonces Macduie despierta a su perro con un silbido agudo y el cortejo fúnebre avanza por la entrada principal de la cabaña, rumbo noreste por los sinuosos caminos rurales, bajo un cielo nublado. Se detienen junto a un campo de ovejas en las afueras del pueblo, donde el aire apesta a desechos biológicos. "Diría que este es el lugar perfecto, *¿no?*", dice Slabberford.

Se necesitan cuatro de ellos para forzar la carretilla a través de la puerta de la granja y bajar por el camino lleno

de baches. Luego, arrojan el cadáver de Calverhall sobre un trozo de hierba, trébol y estiércol de oveja. Les parece apropiado que alguien diga unas palabras, así que clavan sus palas en el suelo y se quedan con la cabeza gacha. Un búho ulula desde el pequeño montículo más allá del espino que bordea el campo.

"Bueno, qué asunto tan triste", dice Slabberford. "Nos reunimos hoy aquí para despedir a Freddy Calverhall, quien, creo que todos estamos de acuerdo, ha fallecido definitivamente. Y nos reunimos en el nombre de Jesucristo, quien murió y resucitó para la gloria de Dios. Y… oramos por su familia, dondequiera que se encuentre. Así que… Así que, adiós a Freddy Calverhall. Era… Era un tipo con ciertas cualidades, estoy seguro. Duff, lo conocías mejor que la mayoría. ¿Quizás podrías pronunciar un breve panegírico?"

Duff Macduie avanza arrastrando los pies, con un conejo en el regazo. «Freddy era un hombre que...», mira fijamente al suelo, «criaba buenas novillas en su época». Macduie asiente y retrocede entre los dolientes.

—¡Sí! —dice Slabberford—. Crió unas vaquillas buenísimas. Y tú sabes un par de cosas sobre vaquillas, *¿no?* ¿Duff? Gracias por tus amables palabras. Bueno, sin más preámbulos, encomendamos a nuestro hermano Freddy a la misericordia de Dios. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo, y todo lo demás. Brindemos por la resurrección y la

vida eterna por nuestro Señor Jesucristo, a él sea la gloria por los siglos. Amén.

Ellos corean “Amén” y comienzan a cavar.

Pero no llevaban mucho tiempo aullando cuando se abrió el cielo. El suelo pronto se empapó y la tierra se pegó a las palas. Calverhall era un hombre corpulento y tenían mucho que cavar, así que acordaron posponer el entierro hasta que mejorara el tiempo. Por la mañana, dejaron a Calverhall tirado en el campo, vigilado por unas ovejas traumatizadas. Mientras caminaban penosamente hacia la puerta, las ovejas *balaron* y se dispersaron, y el Sr. Ashraf Jr. se dio cuenta de que Calverhall había dejado atrás un montón de ganado. Quizás, solo quizás, Giorgio consiguiera su carne después de un día.

Capítulo XVI

RESURRECCIÓN

I

Sí, pero los dolientes no sabían que los vigilaban. Verán, cuando entraron al campo, Bodkins los vio desde la Montaña de la Mama y ululó de emergencia. Kieran salió con dificultad del fuerte de juegos, con su brazo herido en cabestrillo. Para cuando subió a la Montaña de la Mama, Hobbes ya estaba allí, observando la ceremonia con los binoculares, debatiendo con Bodkins si el joven era el que apuñaló a Kieran.

Tras el desastre del secuestro, tras vendar la herida de Kieran, Hobbes insistió en que quemaran todo su costoso equipo de supervivencia de diseño. Dijo que tenían que aprender a sobrevivir con lo que pudieran cazar y buscar, así

que ahora llevan pieles de oveja sin tratar atadas con juncos trenzados. Las pieles apestan, rezuman salmuera y apenas les cubren el trasero. Cuando Hobbes se agacha, su enorme pene y sus erecciones rozan la tierra.

“Necesitamos ese cuerpo”, susurra Hobbes.

Kieran toma los binoculares con su única mira aérea funcional. Enfocando lo mejor que puede, estudia el cadáver del granjero gordo bajo la lluvia. "¿Por qué?", pregunta.

“*¿Por qué?*”, dice Hobbes, como si la respuesta fuera obvia.

—Sí. ¿Por qué? ¿Para qué necesitamos un cadáver? — Kieran está húmedo y teme que la herida de su puñalada sea fatal.

Hobbes se levanta y contempla el cielo lúgubre. A lo lejos, sobre el campo, un murmullo de estorninos se retuerce y se arremolina como una sombra negra que sugiere una plaga bíblica. «Pues sí», dice Hobbes.

Kieran mira a Bodkins e incluso ese pequeño movimiento lastima su brazo herido.

Entonces Hobbes dice: "He luchado junto a algunos hombres duros en mi vida". Hace una pausa mientras observa las acrobacias de los pájaros. "Sabes, cuando estaba con la Legión Extranjera Francesa en el Congo, cierto, luché

junto a un boxeador ruandés a puño limpio que había matado a más de quinientos hombres. Llevaba una placa pectoral de sus dientes para demostrarlo. Y cuando estaba con Defion Internacional, luchando contra paramilitares en la Amazonía colombiana, conocí a un mariachi de los barrios bajos de Jalisco, que se cortó la pierna después de ser mordido por un áspid bothrops. Y cuando entrené al Forsvarets Spesialkommando, le enseñé a disparar a un kayakista que una vez luchó contra un oso polar usando solo sus brazos. ¿Pero conoces a los hombres más duros que he conocido?"

“¿El SAS?” dice Kieran.

"No."

“¿Los SEALs de la Marina de Estados Unidos?”, pregunta Bodkins.

—No. He conocido hombres que harían que cualquier SEAL de la Marina se cagara.

“¿Quién entonces?” pregunta Bodkins.

“Los guerreros de Gaiiyuakee Waiii Wakukujuku”.

“¿Quién?” pregunta Kieran.

“Hombres sin miedo”, dice Hobbes. “Esos son. Mira, los Gaiiyuakee Waiii Wakukujuku son una feroz tribu de Papúa

Nueva Guinea que habita las montañas de las selvas de Sepik Oriental. Sus guerreros luchan contra cocodrilos, solo por diversión, usando solo sus dientes. ¿Y sabes de dónde viene su extraordinario coraje? Del exocanibalismo", dice Hobbes.

"¿Qué es eso?" pregunta Kieran.

Hobbes gira, mirando a Kieran para crear un efecto dramático. "Se comen el corazón de sus enemigos".

"Entonces, ¿quieres que nos comamos el corazón de ese tipo? " pregunta Kieran.

Hobbes asiente.

—¡No! Aquí es donde pongo el límite —dice Kieran.

"*Es* un poco asqueroso", dice Bodkins.

"¿Qué les pasa a ustedes dos?", dice Hobbes. "¿Son tan cobardes como para no comerse el corazón de un hombre?"

"No, pero estoy helado, estoy mojado, estoy *herido*…"

"*¡Buu buu!*", dice Hobbes.

"Nunca tuvimos que comernos al camionero", dice Bodkins.

"Eso fue antes de la vergüenza", dice Hobbes.

Pero Kieran dice: "No veo el sentido de comer *ningún* corazón humano".

“¡Sois unos cobardes!”, dice Hobbes,

"No soy ningún cobarde", dice Kieran. "Me comería el corazón de un hombre si tuviera que hacerlo. O sea, si nos muriéramos de hambre y no hubiera nada más que comer..."

—Sí —dice Bodkins—. Me comería los ojos.

“Me comería a un hombre entero”, dice Kieran.

“Me comería un bebé”, dice Bodkins.

Hobbes agarra a Bodkins con un garrote. "¡Ambos huyeron de los zombis! ¡Los asaltó una muchachita! ¡Qué vergüenza! Ningún guerrero Gaiiyuakee Waiii Wakukujuku se molestaría en comerlos. ¿No lo ven? Necesitan restaurar su honor consumiendo el espíritu de su enemigo".

—Está bien —dice Kieran—. Si quieres comerte su corazón, adelante. Pero me duele mucho el brazo, tengo fiebre y no quiero comerme a nadie.

"No me comeré el corazón si él no se lo come", dice Bodkins.

Pero Hobbes dice: «Nos *comeremos* el corazón. Es una orden. Cualquier hombre que se niegue al ritual será

expulsado del campamento. ¿Queréis eso? ¿Queréis probar suerte con los salvajes? Esa turba de salvajes acaba de matar a ese hombre y dejó su cadáver para los lobos. Si queréis arriesgaros con la gente mala, adelante. Si no, prepara el fuego, Kieran, mientras vamos a recoger el cadáver».

II

Por la mañana, día ocho, Ruth se despierta con el canto de los pájaros. Oyó en algún sitio —quizás en Radio Escocia— que los pájaros cantan por la mañana para demostrar que han sobrevivido a la noche. Por un momento, no sabe dónde está, pero luego se da cuenta de que está en casa, en la granja. Está despierta en su propia cama, y la última semana parece un sueño.

Mientras Bert ronca, ella se sienta en la cama y se viste con su ropa limpia. Luego baja sigilosamente las escaleras. No hay nadie más despierto: Psycho duerme en una habitación de invitados, y en la otra, el Sr. Ashraf Jr. realiza el Taiammum antes de sus oraciones del amanecer. Ahora que ha pasado el frío, ya no hay necesidad de compartir el calor corporal. Se pregunta si en los pisos Busy Bee siguen

compartiendo la misma habitación. ¿Ya todos han vuelto a sus casas?

En fin, prueba el grifo de la cocina, por si acaso, pero no le sirve de nada. No sabe si la historia de Bert sobre los ingenieros hidráulicos que restablecerán el suministro es real o un ejemplo de positividad; si no lo es, si no arreglan el agua, entonces ni toda la comida del mundo los salvará. Al menos ha llovido. Saca un vaso y recoge agua de lluvia de uno de sus cubos.

Hoy en día, duermen al anochecer y despiertan con el amanecer, así que no tardan en estar todos juntos en la cocina. Para desayunar, comparte dos latas de cóctel de frutas, guardando la mayor parte del jugo para ella. Luego, mientras ella descansa el tobillo, los hombres se ponen en marcha para terminar de enterrar a Calverhall.

III

Es otro día sombrío, pero el aire es mucho más cálido y la mañana se siente absolutamente primaveral. Los brotes se abren en los cerezos silvestres. Las campanillas de invierno se mecen con la brisa. Las gotas de lluvia cuelgan de la hierba como lentejuelas. De camino al campo de ovejas, se

encuentran con Lord Slabberford de Spittle, Duff Macduie y el desdichado border collie de Macduie.

Pero Freddy Calverhall se ha ido. Como si estuviera allí, miran en silencio el lugar donde dejaron el cadáver. Cada uno gira en círculo, escudriñando el paisaje en busca de confirmación de que están en el lugar correcto. Están paralelos al endrino. Pueden ver la pradera a través de la maraña de saúco. Incluso pueden ver dónde clavaron sus palas el día anterior. No se puede negar: el cadáver no está.

Se quedaron en silencio, perplejos, un minuto más. Al final, Slabberford dijo: «Esto sí que es un cambio de historia, ¿eh? Supongo que el viejo Freddy no estaba muerto».

"Estaba muerto", dice Bert. "No tenía pulso, y su palidez era cadavérica; estaba muerto como nunca."

"Estoy de acuerdo en que es una recuperación notable", dice Slabberford.

"A ver", dice Ashraf. "La gente se recupera de esguinces de tobillo y calambres en la cabeza; no se recuperan de la muerte".

“Puede que las ovejas se lo hayan comido”, dice Psycho.

—No, no, no —dice Slabberford—. Alguien más grande se lo debe haber llevado.

“¿No viste su tamaño?” dice Ashraf.

—Tiene razón —dice Bert—. Ningún carroñero podría levantarlo.

"Entonces es un milagro", dice Slabberford. "Dios debió de haberlo resucitado".

"¿En serio?", dice Bert. "No habría sido mi primera opción para un rayo de sol".

Tras quedarse sin sugerencias, vuelven a mirar el lugar donde debería haber estado el cadáver. Finalmente, Duff Macduie enciende su pipa. «Sí», dice, «es raro».

IV

Lo positivo es que no hay cadáver, así que no hace falta cavar un hoyo. Suben a la granja de Calverhall para ver si ha resucitado, pero no hay rastro de él, ni muerto ni vivo.

Entonces Ashraf dice: "¿Vamos a hablar de los animales o qué?"

Están de pie junto al corral de los cerdos, junto a un granero abandonado, a sotavento del pozo de purines[16] de Calverhall. Las paredes cubiertas de hiedra del granero se han derrumbado, su techo corrugado comido por el óxido. La pamplina y la ortiga muerta enredan el esqueleto de un tractor, y un gran fregadero viejo yace en el barro, pintado de limo y cal. En dos bañeras abandonadas, el agua espumosa es tan espesa y verde como la sopa de guisantes, y más allá de una cerca eléctrica de tres líneas, las cerdas están fuera de sus cabañas de parto, resoplando, husmeando y revolcándose en barro caramelo. Los lechones, de solo unas semanas, juegan a su alrededor como cachorros. El Psycho no puede dejar de pensar en cómo la cerda más grande se parece al granjero. ¿Y si, y obviamente esto suena un poco loco, el granjero de alguna manera se ha convertido en un cerdo?

Después de un rato, Slabberford dice: "Bueno, supongo que, *legalmente hablando,* sin un heredero aparente, la tierra y su contenido vuelven a mí".

"Entonces será mejor que alimentes a esos cerdos", dice Duff Macduie, mientras golpea su pipa.

16 Los purines son los residuos semilíquidos procedentes de las granjas, ricos en nitrógeno, fósforo y potasio. Son valiosos tanto como fertilizantes como para las plantas de biogás, permitiendo transformar un problema ambiental en un recurso para la economía circular.

"¿Alimentarlos?", pregunta Slabberford. "¿No pueden comer hierba?"

—No —dice Duff Macduie—. Pienso compuesto. Pellets. Tubérculos. Apio. Cereales. Y los lechones ya casi están listos para el destete. No es fácil. Sobre todo cuando no se puede calentar el sustituto de leche. Y las ovejas y los cobayas necesitan el alimento de invierno hasta que crezca la hierba: ensilado de maíz, heno, neeps[17].

“Déjame terminar mi punto”, dice Slabberford. “Como las bestias son de mi propiedad, puedo agradecer generosamente a mi inquilino de toda la vida, Duff Macduie. Felicidades, Duff: acabas de aumentar tu…”

—No puedo aceptarlo —dice Macduie—. No soy hombre que se lucre con lo que no ha ganado.

—Muy bien —dice el Señor—. Bueno, chicos, necesitaban animales, *¿no?*

"Tendrán que alimentarlos", dice Macduie.

"¡Ay, tiempo muerto!", dice Bert. "No pueden comer solos".

"Tendrás que cambiarles la ropa de cama y calentarles el agua si vuelve a congelarse", murmura Macduie.

---

17 Neeps es la palabra escocesa para turnips, nabo.

—Hombre, no podemos calentar nuestra propia agua — dice Bert.

"No tenemos nada de agua", dice Psycho.

—Pero no podemos dejarlos que se las arreglen solos, ¿no?

Entonces Psycho dice: "Entonces comámonos a esos cabrones".

“Eso es bárbaro”, dice Bert.

"No, tiene razón", dice Ashraf. "O sea, tendremos otras fuentes de alimento en verano, ¿entiendes? Son los próximos meses los que necesitamos para sobrevivir".

"Yo esperaría hasta el parto", dice Macduie.

“¿Cuándo es el parto?”, pregunta Ashraf.

“Abril o mayo.”

"Para entonces ya estaremos muertos", dice Ashraf.

"O las ovejas lo estarán", dice Slabberford.

Entonces Ashraf dice: “Supongamos que esperamos hasta el parto: ¿cuánto tiempo nos llevará engordarlos?”

“La matanza suele tener lugar en octubre”, dice Macduie.

“La gente necesita comida ahora”, dice Bert.

Psycho se ha alejado de los demás y, mientras observa a esos cerdos a través de la valla, tiene esta sensación... Es como un recuerdo, pero no parece pertenecer a su vida, ¿sabes? Pero le gusta observar a estos pingüinos. Y puede olerlo todo, como si estuviera pasando ahora mismo: pescado y amoniaco y crema solar y la dulce pegajosidad de los caramelos Starburst medio derretidos en su bolsillo. Puede oír a su madre diciendo: «Mira, ¿lo ves?», y el aleteo de las aletas, y el chapoteo de las patas palmeadas, y esa cosita con forma de cascada en medio del recinto. Está mirando a través de la valla de metacrilato porque es demasiado pequeño para ver por encima, y los pingüinos, cuando gritan, suenan como trompetas de fiesta —¿sabes, esas cosas como tubitos de papel que se desenrollan cuando soplas por la boquilla?— y sabe que hoy era su cumpleaños y que él eligió visitar el zoológico de Embra.

Bueno, Bert señala un energizador cuadrado que se ve a medias en un montículo de hierba mojada. Dice: "Esa es la batería de la cerca, ¿verdad?". Está conectada al alambre con abrazaderas de plástico que parecen estacas grandes. "¿Podríamos usarla para algo?".

Macduie lo considera. «Es una batería de doce voltios. Seguro que encontrarás muchas como esta por aquí».

"Es el mismo tipo que usarías en una caravana, ¿verdad?", pregunta Bert.

“No lo sé”, dice Macduie.

“Así es como se enciende la tetera, las luces y el microondas”.

"¿Está conectada?", pregunta Slabberford, tocando el cable superior. "No, no lo creo".

“La batería necesitará cargarse”, dice Macduie.

"¿Cómo lo haces?" pregunta Ashraf.

Macduie se encoge de hombros. "Conectando a la red eléctrica".

—Maldita sea, tío —dice Bert—. Debe haber una manera. Si podemos recargarlas, podremos volver a usar electrodomésticos. Pero si la valla está caída, ¿por qué no se escapan los cerdos?

"Lo harán muy pronto", dice Macduie.

“Entonces, muchachos, tenéis que actuar rápido, *¿no?*”

Mi primo Hamza está en el matadero. Matará a las ovejas y arrullará con el descuartizamiento y demás.

“Pero no sería posible conservar la carne”, dice Bert.

"Podríamos criarlas en grupo. Matarlas por orden", dice Ashraf.

—Es ridículo —dice Bert—. Y cruel. ¿Dónde las guardarías?

“¿Parque Barfer?”, dice Ashraf.

Entonces Slabberford dice: "¿Cómo diablos lograrías llevarlos allí?"

"Dug y yo podemos ayudarte con eso", dice Duff Macduie, mientras patea a su border collie incontinente. Todos, incluidas las cerdas, miran a Dug. Está dormido en el barro. Sus ojos supuran pus y sus manchas negras están salpicadas de gris. Sus patas artríticas sobresalen en ángulos extraños, y su lengua correosa cuelga entre sus colmillos. "Primero nos llevaremos a las ovejas", continúa Macduie, "si es lo que quieres. Luego las vacas".

Bert dice: "Perdón por ser tan directo como el americano, pero ¿qué quieres a cambio?"

"Un aprendiz", dice Macduie, mirando a Psycho. "Ya no tengo piernas, y me gustaría transmitir mis viejas habilidades antes de que llegue mi hora".

“¿Yo?” dice Psycho, señalando su propio pecho.

“¿Él?” dice Slabberford.

“¿*Psycho?*”, dice Ashraf.

Macduie se encoge de hombros y pisotea un tentáculo de zarza. "No tiene sentido enseñarle a alguien que ya lo sabe".

Bert le toca el codo a Psycho para animarlo. "Es una gran oportunidad para ti".

"Vete a la mierda", dice Psycho. Ya tiene caca de oveja en sus buenas zapatillas Lacoste. "No soy granjero".

V

¿Pero qué opción le queda a Psycho? Le ha dado a cientos de personas cientos de razones para buscar una venganza horrible. A los once años, le arrancó los dientes a un niño con las barras de un tiovivo; a los doce, le partió la mano con un cincel a su amigo durante la educación técnica; a los trece, le prendió fuego a un chaval con un lanzallamas a base de desodorante. Ahora, van a morir de todos modos, así que ya nadie le teme. Su dinero no vale nada y está prácticamente desprovisto de equipo. Y por culpa de esos malditos marineros, hasta Goggsy y Wee Danny se van a volver contra él. Está jodido, ¿sabes?

Pero aquí está la cosa: nadie puede derrocarlo si no está. Nombrará a Wee Danny y *podrá* preocuparse por los malditos brasileños. Mientras tanto, Psycho será como un vaquero. Tendrá una pistola y un cuchillo, y pastoreará ganado y... "Está bien", dice, "lo haré".

En resumen, más tarde ese día, Macduie se apoya en un poste de coladera y, entre caladas de su pipa, le hace sonar su silbato de pastor ante el destartalado redil. Silba diferentes ruidos: la alarma de un coche, un personaje de dibujos animados que se enfada, el silbido de un lobo, un misil que se acerca a tierra. Su redil es antiguo, pero no importa; las ovejas traumatizadas forman una fila. Después de veinte minutos, Macduie ha despejado la ladera y ha encerrado a noventa y cuatro ovejas.

Sí, pero los problemas empiezan en cuanto llevan a esos estúpidos animales al camino de la granja. La última vez que sacaron a las ovejas del pasto fue en temporada de engorde, ¿verdad?, y las ovejas no tienen buenos recuerdos. Puede que se alegren de escapar de los supervivientes, pero no tienen prisa por encontrarse con el carnero. Así que cada vez que hay un hueco en el seto, una oveja abre la puerta hacia la libertad. Macduie silba al viejo collie para que entre en acción, pero para cuando ha rodeado a las fugitivas, el resto de la manada ha desaparecido por el camino. Le grita a Psycho: "¡Ven! ¡Ven!" ¡Ven! ¡Calla! ¡Calla! ¡Vámonos!

Calverhall crió ovejas escocesas de cara negra, así que algunas tienen cuernos o espuelas, y qué más da. Cuando las ovejas se acercan a él, Psycho grita: "¡Váyanse a la mierda! ¡Aléjense de mí, malditas cabronas! ¿Sí? ¡Pues ahí va la cuadrilla, cabronas cachondas!". Pero poco a poco, calle a calle, la gran migración de carne avanza.

Capítulo XVII

LAS BUENAS NOTICIAS DEL SR. ASHRAF JR.

I

En fin, esa misma tarde, día ocho, el Sr. Ashraf Jr. regresa solo a Dundule en bicicleta. Lleva noticias a su familia, a Giorgio y a cualquiera que quiera escuchar. Las noticias que trae son estas: los animales están en camino, listos para el matadero, y deben preparar el Parque Barfer como pasto; Bert y Ruth esperan con la avena y las patatas, y deben organizar la recolección; los ingenieros están trabajando para restablecer el suministro de agua, y deben tener fe.

Y para Ashraf, traer noticias es una vocación. Verás, de jovencito, hacía una ronda de periódicos antes incluso de trabajar para su padre. Incluso ahora, le importa la luz amarilla de la tienda, brillando sola en la oscuridad húmeda

antes del amanecer. Las mochilas naranjas, con su olor a viejos aparatos de gimnasia, sus correas de hombro tan largas que los papeles le golpearían la parte posterior de las rodillas. Los buzones con burletes que se comían los suplementos del fin de semana. Los jolgorios. Los gatos, los zorros y los camiones de la leche. El olor de las mañanas de otras personas. Pararse en las escaleras de los pisos para mirar la página tres. Los timbres que nadie contestaba. Los quejosos. Los racistas. La gloria de un piso en la puerta principal. Sus manos tan manchadas de tinta que su toque era como un sello de biblioteca. Las monedas de 50 peniques pegadas en las tarjetas de Navidad. Los billetes de dos libras en su puño cada sábado.

Las noticias son sagradas, ¿entiendes? Son las cartas que su padre recibía de vuelta a casa, los anuncios de nacimientos, matrimonios y defunciones. Es el relato de un viajero, una paloma mensajera, un pregonero. Son los sobres sellados en una diligencia que rebota, los despachos de guerra que se escuchan por radio, el resultado del partido de prueba en Ceefax. Es el tablón de anuncios de su tienda. Son los chismes del barrio que lo impulsan y fluyen de él, como el agua impulsa al fluir de una noria. Son las fotos de sus nietos en Convo.

Noo, el viaje en bicicleta de Ashraf, es como Filípides corriendo hacia Atenas. Y aunque solo ha estado ausente un día, la situación ha cambiado. En el centro, las calles están tan concurridas que tiene que bajarse de la bicicleta. Más

que nada, le recuerda el Hajj. Ashraf realizó su peregrinación con su familia hace quince años. Recuerda el autobús a La Meca desde Yeddah y su sorpresa ante la multitud y el caos. Había peregrinos en los techos de los autobuses, hombres apiñados en camas planas, peatones guiando cabras. Recuerda los campamentos improvisados en Arafat, los eruditos gritando en Jabal al–Rahmah, los peregrinos tumbados en el suelo en Muzdalifah. Noo, todo lo que experimentó durante su Hajj parece tener un paralelo en Dundule.

Por ejemplo, hay gente en las esquinas reunida alrededor de braseros, cargando ollas y cubos llenos de agua de lluvia. Gente con cañas de pescar. Gente mirando al cielo, rezando por más lluvia. Gente sentada en la calle. Gente intentando hacerse oír, profetizando y persuadiendo. Ve a Kenny Sutherland, quien solía ser el representante de ventas de Diageo. Lleva dos patos muertos. Pero a pesar del caos y la desesperación, a pesar de que nadie se esfuerza, es como si, separados de sus ataduras mundanas, fueran iguales y estuvieran en paz.

En fin, cerca de Asda, ve una corriente que se dirige hacia la masa humana. La gente de Masist se dirige al Centro de Ocio, como el agua en una ladera. Es una corriente que cobra impulso, como un río que se espesa al acercarse al mar. Se une a ella con gusto, con entusiasmo, aunque no sabe adónde van ni por qué. A su lado, hay una mujer con un bolso de mano a cuadros, una chica que salta las grietas del

pavimento, un hombre gordo con caderas maltrechas cuyo peso se tambalea de un lado a otro al caminar. Ninguno parece saber adónde van ni por qué; son arrastrados por la corriente, sí, pero ellos mismos son *la* corriente.

Encadena su bicicleta en el aparcamiento junto a la puerta del centro de ocio. Dentro, bajo el crujido de cristales rotos, el vestíbulo está revestido con un mosaico de folletos de clases de natación, el ferrocarril histórico y el museo de la minería. Se ha formado un atasco en los torniquetes, donde las personas mayores luchan por pasar por debajo. Los vestuarios aún huelen a sudor, lejía, cloro, calcetines y cabello: desagües obstruidos. Alrededor de la piscina, las algas manchan las baldosas. Los flotadores se mecen en el agua. Los separadores de calles de natación serpentean por la terraza.

Y escuchen esto: hay gente llenando cantimploras, teteras y cubos. Unos ahuecan el agua de la piscina con las manos, o están postrados, bebiendo como caballos. Ashraf encuentra un hueco cerca del fondo y bebe de rodillas. Bebe y bebe y bebe hasta que el agua clorada y caliente lo deja sin aliento. Piensa en el Pozo de Zamzam.

En fin, en el pabellón deportivo principal, el silbido de un centenar de conversaciones es como estática. El Sr. Ashraf no sabe quién manda, no puede decir más que una frase de nadie. "Sí, pero fue ella quien me habló de la Cruz Roja y eso no son más que tonterías"; "Las donaciones de comida van

al lado, al estudio de baile"; "No lo he visto desde El Antes, pero no he estado..."; "Ay, la lluvia... estábamos bailando afuera con ella, ¿sabes?"; "¡Atención, por favor! Escuchen la noo...". "Nunca les he visto el sentido; siempre pensé que si ibas a comprarlas entonces...". "Pero ella no se encuentra bien y no sabemos...". "Todos los que tengan acceso a un generador, si pudieran ir a ver a Rachel bajo el aro de baloncesto entonces...". “Dios mío, el COVID–19 fue como la Feria de Glasgow comparado con esta mierda. ¿Sabes lo que dice mi mujer? Ha oído…” “¿Dónde está la comida? Mi vecino me dijo que había…”; “No es broma, pero si hay *una* invasión rusa, no hay nada que podamos hacer…”; “¡Oye! Solo puedes sobrevivir tres días sin agua; todo lo demás puede esperar”.

Ashraf se da cuenta de que lleva la noticia. "Miren", grita, "quizás quieran oír esto..."

Solo la mujer a su lado muestra interés. "No oigo lo que dicen", dice, ahuecando la mano sobre un oído.

Ashraf dice: "He estado cerca del embalse".

"¿Dónde has estado?"

“He estado cerca del embalse y he oído que están arreglando el suministro de agua”.

"¿Sí?"

“Utilizando la energía eólica.”

—¡Calla un momento! —grita la mujer. —¡Escuchen a este tipo!

La gente más cercana se gira mientras Ashraf repite el mensaje. "¿Oíste eso?", dicen. "Ese tipo ha estado cerca del embalse y dice que van a volver a abrir el agua".

"¿Sí?"

"¿Qué pasa, cariño?"

“Aparentemente, alguien dice que ha visto el depósito y sabe cómo volver a abrir el agua”.

¿Eh, Kelly? Espera a oír esto: acaba de hablar el tipo que va a volver a conectar el agua.

La noticia se propaga y propaga hasta que vuelve a la fuente. Uno de los clientes del Sr. Ashraf, un tipo con tapones para los oídos y tatuajes faciales, lo reconoce entre la multitud. "Muy bien, Sr. Ashraf", dice. "¿Cómo se encuentra? ¿Su viejo se mantiene a salvo? ¿Ha oído las noticias?"

“Sí, lo hice”, dice el Sr. Ashraf Jr. “Yo traje la noticia”.

II

Cuando ya ha visto suficiente, el Sr. Ashraf Jr. lleva el mensaje a su familia. Luego, a regañadientes —porque aún le preocupa que Giorgio esté controlando las luces—, se dirige al Señor de las Papas Fritas. Las persianas están cerradas, pero Giorgio está sentado en la entrada de los apartamentos, jugando a las cartas con Donna y Ava. Ashraf le dice: «Oye, Giorgio, quiero hablar contigo», y le hace señas para que entre en la calle despejada.

Giorgio se levanta de un salto y sale con aires de contoneo. Me pregunta: "¿Vuelves por tus ruedines?".

“He vuelto con novedades”, dice Ashraf.

¿Sí? ¿Cómo te fue?

“Primero, hay que hacer reparaciones”.

Giorgio dice: "¿Reparaciones? Ya no estás hablando de las luces, ¿verdad?"

Y Ashraf dice: "A ver si te los robaste cuando no estaba mirando. Eso habría sido una cosa. Pero confié en ti detrás de mi mostrador".

Dije que lo sentía. ¿Qué más quieres?

“¡Ah, todo lo que intercambiaste!” dice Ashraf.

—Vamos, ¿eh? —dice Giorgio. Todos tienen las manos en las caderas, como si estuvieran a punto de bailar una danza de espadas escocesa.

"Dame todas las cosas que tienes en tu oficina y estamos en paz".

Giorgio mira a Donna por encima del hombro. Hablando en voz más baja, dice: "¿Qué coño haces con rizadores de pelo eléctricos y un micrófono de karaoke Bluetooth? ¡Es una barbaridad!".

Pero Ashraf dice: "Entonces te alegrarás de hacer el trato".

"¿Cómo es que es un trato?", pregunta Giorgio. "¿Qué ofreces?"

“Mi amistad.”

“Eso es como ofrecerme herpes”.

"Venga ya", dice Ashraf, girándose para marcharse.

Pero entonces Giorgio azota el aire, ahuyentando un pensamiento indeseado como un oso espanta una mosca. "Ay, a la mierda", dice. "Es tuyo. Llévatelo. Pero dinos: ¿qué harás con ello? "

—Déjame preocuparme por eso, amigo. ¿Me ayudas a subirlo?

“Cuéntame primero tus novedades”, dice Giorgio, retrocediendo para dejar pasar a dos ciclistas.

Ashraf dice: "Vas a conseguir tu carne".

"¿En serio? ¡Qué preciosidad!", dice Giorgio, apretando los puños. Pero entonces Ashraf explica que tienen que preparar el Parque Barfer para los animales de pastoreo (construir una valla o algo así), y Giorgio detiene sus celebraciones como un fisicoculturista al que el VAR detiene.

—Hay más —continúa Ashraf—. La avena y las patatas están listas para la recolección, así que es necesario que consigas un vehículo para ir a la granja.

Y Giorgio dice: "¿Sí? ¿Y dónde cojones voy a conseguir diésel?"

Ashraf cuenta que acaba de llegar de la reunión de la gente —Giorgio ni siquiera *sabía que había* una— en el centro de ocio, ¿sabes?, y allí se puso a hablar con un chico que trabajaba en una gasolinera, ¿verdad?, quien le dijo a Ashraf que los surtidores, los dispensadores o lo que fuera, se cortaban cuando el nivel de los tanques subterráneos bajaba del nivel del surtidor, así que siempre quedaba un poquito en el fondo, y solo había que bajar por la alcantarilla y extraerlo con una bomba manual. Y, mira esto —dice

Ashraf—, él —como el de la gasolinera— cree que incluso hay tanques que nunca se secan. Los dueños dejaron de comerciar porque el precio subió muy rápido y se estaban agotando los suministros, y además no había electricidad para que los surtidores funcionaran.

"Al carajo con eso", dice Giorgio, dándose una palmadita en la barriga. "No voy a meterme en una alcantarilla. No, lo haremos igual que te sacamos de aquí y te trajimos de vuelta: a pedales".

"Como quieras."

“Haré que Douglas construya algo que podamos conectar a una bicicleta: un carro para bicicletas”.

“Hay una noticia más importante.”

"Sigue."

“Hay ingenieros intentando restablecer el suministro de agua”.

"¡Guau!" Giorgio da un puñetazo al aire, como si la revisión ya estuviera en su poder. "¿Crees que lo van a conseguir?"

El Sr. Ashraf Jr. se encoge de hombros. «*Inshallah.* Tenemos que creer».

Se siente bien dar la noticia. Ashraf ya está ansioso por contarles a sus familiares lo último: los amigos de Giorgio traen comida de la granja en una especie de carro de bicicleta alocado.

III

En fin, el Sr. Ashraf Jr. saca los estantes de su barricada y los repone en su tienda. Los llena con las ganancias del trueque de Giorgio, exponiéndolos como reliquias en un museo. Hay secciones de equipos de salud, libros, artículos para el hogar, juegos, accesorios y aparatos eléctricos (no se incluyen pilas). No vende nada: es una tienda de intercambio, una biblioteca. La gente trae lo que no quiere y se lleva lo que necesita. Y al mismo tiempo, trae y recibe las noticias.

Esa noche, con las últimas luces del octavo día, Ashraf le pregunta a su madre si aún conserva la caja de recuerdos de cuando era niño. Tras extraerla del armario de la habitación donde dormía, se sienta solo y rememora. Incluso la propia caja —un antiguo bolso de críquet— lo transporta con sus antiguos olores a cuero, aceite de linaza y guantes de bateo empapados de sudor. Dentro encuentra una pulsera de

hospital que usaba de bebé. Un recuerdo de cuando se rompió la pierna. Antiguos informes escolares: tablas ilegibles escritas en tinta sobre papel color trigo o coral. Pero lo que busca es un viejo recorte de periódico: sus bordes se descascarillan y el papel es tan fino que es transparente al trasluz, pero el titular dice: «Niño local gana concurso de periodismo con un ensayo sobre críquet», y allí está, empuñando su bate de críquet, con gafas de sol color canela del NHS, con aspecto aterrorizado e indomable.

IV

Unas horas después, ocurre un milagro, ¿verdad? ¡Ay, qué tontería! Los grifos empiezan a gotear. Donde las tuberías se han agrietado por la helada, se oyen pequeños grifos que salpican. Hay tantos grifos abiertos que la presión del agua es muy baja, pero no se puede negar lo que ha pasado: han arreglado las bombas del depósito, tal como dijo el Sr. Ashraf Jr.

Mientras más y más gente cierra los grifos, poco a poco los inodoros se llenan. Y nadie se detiene a pensar qué pasará cuando todo el grupo tire seis días de mierda de una sola vez.

Trescientas mil cargas son llevadas a la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales. Ahora, las bombas de tornillo siguen funcionando, por lo que las aguas residuales inundan el canal de desagüe hacia el Dule Burn. Y al llegar al Avon, se mezclan con aguas residuales que fluyen río abajo desde las plantas de tratamiento en mal estado. Luego, donde el río desemboca en el Forth, cerca de Grangemouth, una gran marea de residuos comienza a enturbiar el mar. Pronto se extienden al puerto de Grangemouth.

Y para la tripulación del Anjo Sorridente, esto es, como dicen, la gota que colmó el vaso. Siguen en el muelle, esperando combustible. Se les acabaron los cigarrillos, y ahora están flotando en un mar de mierda.

V

Pero todos los demás celebran. Se echan agua en la cara, se enjuagan los pies. Beben vaso tras vaso, haciendo una pausa, sin saber si pueden confiar en esta abundancia que antes les resultaba familiar. En la mañana del noveno día, Ashraf desmantela lo que queda de su barricada. Deja el sofá afuera, boca arriba, para que tal vez, cuando el clima suba y el acolchado se seque, la gente pueda sentarse y comentar

las noticias. Luego clava un cartel en el tablero que cubre sus ventanas rotas. En letras de rotulador, el cartel dice: «MILAGRO DEL AGUA, HISTORIA COMPLETA DENTRO».

Tres horas después, cuando Giorgio viene a curiosear, Ashraf sigue trabajando en su expositor. Ha añadido "CHICA LOCAL ADOPTA OVEJAS CALLEJERAS", "EXCLUSIVA: GÁNSTER SE CONVIERTE EN PASTOR", "DESPACHO DE PRIMERA LÍNEA: LA HISTORIA DE UNA ENFERMERA". Mientras Giorgio se acerca, Ashraf está pegando "REUNIÓN PÚBLICA. GIMNASIO DEL CENTRO DE OCIO DUNDULE. MEDIODÍA". Da un último empujón a los alfileres y se hace a un lado para que Giorgio pueda ver. "¿Qué te parece, amigo? Voy a convertir la tienda en una tienda de intercambio y centro de noticias. ¿Te importa que antes tuviéramos el tablón de anuncios de la comunidad dentro? Nadie ha publicado nada en los últimos años. Era tu *Friendster* y tu *Gumtree* y todo eso. Pero ahora, sin internet, ni tele, ni periódicos, la gente necesita un centro de noticias".

Giorgio dice: "¿Qué es eso?"

“Es cualquier ubicación centralizada para almacenar y compartir información actual”.

—No, tonto. ¿De que va la reunión?

¿Cómo? ¿Vendrás conmigo?

—Vete a la mierda —dice Giorgio—. ¿Acaso tengo pinta de haber estado alguna vez en un gimnasio?

No te preocupes. Podrás leerlo todo en mi centro de información.

“¿Qué es eso?” dice Giorgio, señalando “CHICA LOCAL ADOPTA OVEJAS CALLEJERAS”.

—Ay —dice Ashraf, frotándose las manos—. Espera a oír esto. Bueno, estoy en la entrada, trabajando en mis letreros, ¿verdad?, y ahí está una oveja enorme y furiosa trotando justo en medio de la calle. Mira, acaban de traer la primera oveja al parque, ¿verdad?, y se suponía que debías construir una cerca...

¡Nos lo contaste ayer mismo!

“Así que esta oveja se escapó o lo que sea, y pensé que tenía que atraparla, llevársela a Hamza, ¿entiendes? Así que me agaché, como un portero, y la pequeña Ava corría tras esta estúpida oveja, llamándola 'Cenizas'. Había estado jugando en la calle o lo que sea, ¿verdad?, y vio a la oveja y... En fin, me lancé de cabeza, la agarré por una pata, ¿verdad?, pero Ava la alcanzó y empezó a acariciarla. Así que le dije a su madre: "¿Qué vamos a hacer? Porque no podemos mandarla al matadero, ahora la chiquilla le puso nombre y eso". Sobre todo, después de lo que le pasó a la pobre niña, por no mencionar lo conmocionada que estaba su madre,

pero, en fin, para resumir, iba a ser la comida de alguien, pero obtuvo un indulto, y ahora es una mascota muy querida que pasta en el... común."

Giorgio dice: "¿A eso le llamas noticia?"

“El interés humano es la clave de las noticias locales”.

"Es un desperdicio de comida, eso es lo que es".

“No, un desperdicio de comida es como un gordo pescador que se olvida de construir una valla”.

“Estamos trabajando en el carro de bicicletas”, dice Giorgio.

"No, *esta es* una buena historia", dice el Sr. Ashraf Jr. "Un minero miserable crea una máquina loca".

Capítulo XVIII

CARRO DE FUEGO

I

Así que es el décimo día, y en medio de la nada, en la vía de servicio detrás del Lord of the Fries, Black Douglas presume de su carro de bicicletas. Su base son siete palés de madera clavados a siete ruedas de bicicleta. Tiene cuatro contenedores de basura clavados a los palés centrales para la carga. Y dos asientos de coche fijados a los palés traseros para los pasajeros. El único palé delantero está enganchado a la tija del sillín trasero de una bicicleta de montaña.

“¿Qué carajo es eso?” dice Giorgio.

“El carro de fuego”, dice Douglas.

"No es broma, pero ¿funciona?", pregunta Donna.

"Claro que sí", dice Black Douglas. "Pero no puedo pedalear con mi vieja espalda, así que ¿quién quiere ser el primero?"

"Me apunto", dice el Sr. Ashraf Jr., subiéndose al asiento. Apoya los pies y se esfuerza por cambiar los pedales, pero el aparato no se mueve.

El Black Douglas dice: "Pon algo de esfuerzo".

—Bueno, dame un segundo —dice Ashraf. Le da su mano, pero el carro no se moverá, ¿entiendes?

Entonces Giorgio dijo: "Anímate. Te mostraré cómo se hace".

"Es demasiado pesado", dice Ava.

—No podrás moverlo —dice Ashraf, alejándose.

Giorgio se sube al sillín, pone los pies en los pedales y hace una mueca. Parece y suena como si intentara soltar un trozo de madera, pero la bici sigue inmóvil.

“Te lo digo”, dice Ashraf.

—Douglas, ¿quién esperabas que condujera esto? —pregunta Giorgio—. ¿El maldito Lance Armstrong?

"Nos estamos quedando sin comida", dice Donna. "¿Y te has pasado dos días construyendo el peor kart del mundo?"

“Es casi tan útil como Tam”, dice Giorgio.

"Entonces, ¿no vamos a conseguir la comida de la granja?", pregunta Ava.

“Anoche Marjorie y yo compartimos una base de pizza sin gluten sin cocinar”, dice Giorgio. “Esta mañana nos comimos los últimos panecillos duros untados con manteca”.

"Estamos aprovechando nuestras últimas comidas", dice Donna. "Ayer, para comer, comimos una lata de espaguetis en aros, entre los tres".

"No sé cuándo fue la última vez que Tam y Mac comieron", dice Giorgio. "Y me estoy tomando en serio lo de beber el aceite viejo de mis freidoras".

"Nos estamos quedando sin nada y ¡ay!", dice Ashraf. "Mi madre se está quedando sin harinas".

“Necesitábamos que esta cosa estúpida funcionara”, dice Donna con lágrimas en los ojos.

"¿Carro de Fuego?", dice Giorgio. "Mas bien carroza de Leña".

II

Sí, pero más tarde ese mismo día, un carruaje tirado por caballos baja por Elmore Road. Es un landó negro, tirado por dos caballos negros, y el Sr. Ashraf Jr. corre tras ellos a paso lento, agarrando un cuaderno. El primer pensamiento de Giorgio es encontrar a Ava, que probablemente esté en la parte de atrás con Ashes, la oveja, para que no se pierda a los caballos. Su segundo pensamiento es que un caballo podría tirar del carro de Douglas. Y su tercer pensamiento es darse cuenta de que el cochero va vestido de negro y el otro es un funerario. Todos llevan mascarillas como las del COVID–19.

"¿Disculpe?", grita Ashraf, agitando su libreta. " ¡Hola, esperen! "

El cochero grita “¡So!” y tira de las riendas.

"¿Y tú qué?", dice el enterrador, quitándose la mascarilla hasta el cuello mientras el carruaje se detiene.

—Disculpe la molestia —dice Ashraf—. Cuento las noticias locales.

“¿Ha fallecido alguien?”, pregunta Giorgio.

—No cualquiera —dice el cochero—. Claro, no hay espacio en las morgues. Se fue la luz en el hospital. No pueden refrigerar los cuerpos.

“¿De cuántos cadáveres estamos hablando?”, pregunta Ashraf, bolígrafo en mano.

—Ah, son bastantes, claro está —dice el empresario de pompas fúnebres.

"¿Es acento del Ulster?", pregunta Giorgio, y entonces empiezan a hablar sin parar, porque hoy en día la gente charla con desconocidos de una forma desconocida desde al menos la Segunda Guerra Mundial. Se preguntan entre ellos: "¿Tienes la hora?", una frase que había desaparecido en la era de los teléfonos móviles. A menudo la respuesta es no —la mayoría no tiene un reloj que funcione sin conexión—, pero siempre tienen tiempo para charlar. Así que Giorgio le cuenta al enterrador cómo su hermana se casó con un chico de Larne, y el enterrador le cuenta cómo conoció a su esposa escocesa de vacaciones en Kavos y lo duro que es no tener noticias de sus padres al otro lado del océano, especialmente de su abuela, que no le queda mucho tiempo en el mundo, Dios la bendiga. Dice que su esposa es enfermera geriátrica, y lo terrible que ha sido para los ancianos, sin mencionar a los que están en cuidados intensivos, los recién nacidos en incubadoras, los pobres que necesitan diálisis... Luego Ashraf cuenta cómo llegó a hablar con un médico, un iraní, y este doctor iraní, a quien Ashraf conoce a través de la asamblea, le dijo al Sr. Ashraf que las condiciones en la enfermería eran desesperadas y que no había visto nada igual desde los peores días de la Guerra de Juzestán.

De todos modos, después de un rato de esto, Giorgio dice: "Entonces, ¿qué pasa con el carruaje? "

“Cuerpos”, dice el enterrador. “Todos se estaban pudriendo en la morgue, claro que sí. Viejos que murieron de frío y todo eso. Así que su hombre, el patólogo o quien sea, nos pidió que los lleváramos, que Dios nos perdone”. Señala con la cabeza al cochero. “Trabaja en un pequeño local en Bathgate, alquila caballos y carruajes. Los hemos usado varias veces para los funerales más solemnes, así que sí. Hay otro carruaje, uno que usaban para bodas, y lo han convertido en una pequeña ambulancia. Mi esposa ha estado ayudando a llevar a los ancianos al hospital, así que sí”.

Giorgio se acercó al carruaje arrastrando los pies, con una curiosidad morbosa. Una cruz roja estaba pintada en un lateral, y el carruaje estaba, en efecto, lleno de cuerpos envueltos en plástico. Un pie azul sobresalía como salido de una película de terror.

Entonces Ashraf dice: "¿No es así? ¿No es el camino equivocado para el crematorio y eso?"

Y el enterrador dice: «El crematorio no tiene gas, como en todas partes. Y no podemos enterrarlos a todos, así que no podemos. Cuando no localizamos a sus familiares... Claro, no hay tiempo. No con tantos cadáveres y sin diésel para las excavadoras. No, los llevaremos a esa vieja cantera del

oeste. Los arrojaremos allí y acordonaremos la zona. Es lo mejor que podemos hacer, y así es. Todos están etiquetados, para que las familias puedan recuperar los restos cuando la situación mejore un poco».

Ashraf ahora empuña su bolígrafo como si fuera un micrófono. "¿Y qué les diría a los vecinos preocupados por lo que les pueda pasar a ellos o a sus seres queridos si ocurre lo peor?"

Y el enterrador dice: "¿Me estás preguntando sobre el Cielo y el Infierno?"

—No —dice Ashraf—. Me refiero a restos mortales, funerales, ese tipo de cosas.

—Sí, claro. Totalmente de acuerdo. Pero tampoco sé qué decir al respecto.

“Algo positivo estaría bien”, dice Ashraf.

—Ese tipo es un puto enterrador —dice Giorgio—. ¿Qué tan seguro esperas que diga?

Pero el empresario de pompas fúnebres dice: "Ah, tal vez puedas escribir eso... tratamos de tratar a todos con la dignidad que queremos para nuestros seres queridos, y así lo hacemos".

“Eso es bueno”, dice Ashraf mientras lo escribe.

—Bien —dice el enterrador—, ya nos vamos. Mejor que los dejemos en paz, que Dios nos perdone.

“¿Vas a volver al hospital después?”, pregunta Giorgio.

Sí, es un trabajo duro, sí, pero mi esposa lo tiene aún más difícil. Lo único que puede hacer es aliviarles el dolor, ¿y cuánto durará eso?

—Bueno, acabe con esa nota feliz —dice el cochero, levantando las riendas.

—Abre la puerta —dice Giorgio—. Hay algo que quiero que lleves al hospital. Un segundo. Dentro del Señor de las Papas Fritas, entra a la cocina arrastrando los pies, se sube al armario caliente y se desliza por el techo. Baja la bolsa de Tam por el hueco del techo y, al salir, se la ofrece al funerario. —Toma esto —dice—. Dáselo a tu esposa.

"¿Qué es esto?" pregunta el empresario de pompas fúnebres.

—Opiáceos y esas porquerías —dice Giorgio—. Solo asegúrate de dárselas, ¿vale?

Entonces el cochero asiente, levanta las riendas, chasquea la lengua y grita: "¡Ja!". El caballo se inclina ante el peso, las riendas crujen, las ruedas giran, los cascos chocan.

“¿Cómo es que tenías bolsas de opiáceos?”, pregunta Ashraf.

“Es una larga historia”, dice Giorgio.

"¿Estás preparado para una entrevista?"

—¡Qué chingado! Tengo que hablar a una chiquilla sobre un caballo.

III

“¿Un caballo?” dice Ava.

—Sí, para tirar del carro de Douglas —dice Giorgio—. Necesitamos conseguir esa comida.

—Sabes de caballos, ¿eh, Pookie? —pregunta Donna.

—Sí —dice Ava, sin estar segura de si es verdad. Está de rodillas en el lodoso terreno comunal de Busy Bee’s, acariciando a la oveja Ashes. No llueve del todo, pero el cielo está tan pesado y bajo que bien podría hacerlo.

“¿Dónde podríamos conseguir un hada-caballo?”, pregunta Giorgio.

—Apuesto a que podrías improvisar una escena en la antigua escuela de equitación de Ava —dice Donna—. ¿Lo sabes? ¿Justo afuera? ¿Cerca de la Zona Industrial?

Giorgio asiente. "Jam" es una de las palabras nuevas. La gente dice que alguien robó o estropeó las judías o las velas del vecino, pero nadie usa esos verbos para describir el vaciado de cadenas de tiendas, almacenes y contenedores. Dicen: "Metí estas patatas fritas en Asda el primer día". O: "Las aplasté". Llaman al apagón el "Powcoot". Llaman a la época anterior al Powcoot "El Antes". "¿Te importa El Antes?", dicen. "Parece otro mundo".

"Pero no podemos pedir prestado un caballo sin el instructor", dice Ava.

—Sí —dice Giorgio—. Ya veo que es un problema.

Entonces Donna dice: "Creo que las reglas son un poquito diferentes, ¿no, Pookie? ¿Qué hace Pocahontas cuando su gente tiene hambre?"

“Pocahontas es una princesa de dibujos animados”, dice Ava.

“De todos modos”, dice Giorgio, “tu mamá tiene razón”.

Es curioso que, a cierta edad, la opinión de cualquier adulto valga más que la de un padre. Ava reflexiona sobre la contribución de Giorgio. «De acuerdo», dice, «pero un caballo no puede tirar del carro sin arneses».

Giorgio dice: "¿Dónde encontraríamos un arnés de hadas?"

—Ni idea —dice Donna—. ¿Un proveedor ecuestre?

“¿Dónde puedo encontrar uno de ellos?”

"¿Alguna idea, Ava?" pregunta Donna.

Ava mira sus pies y sacude la cabeza.

"Tendrías que buscarlo", dice Donna. "Pero sin internet... supongo que tendrías que usar las Páginas Amarillas o algo así".

“Hace años que no veo un callejero”, dice Giorgio.

“Los guardan en la biblioteca”, dice Ava. “Los he visto”.

—Tiene razón —dice Donna—. De años atrás. Estantes y estantes llenos de ellos.

“¿Tenemos una biblioteca?” dice Giorgio.

—Sí —dice Donna, señalando en una dirección vaga—, detrás de la Logia Masónica. En la calle Kinraddie.

Giorgio dice: " Entonces, si puedo conseguir un arnés, ¿montarás el caballo, Ava? "

Ava sonríe y asiente, con su pequeño pecho inflado, orgullosa como una paloma.

IV

La biblioteca está abierta (las luces funcionan con un generador) y dentro todos los asientos están ocupados y han despejado las computadoras para hacer más espacio. Hay gente leyendo con las piernas cruzadas en el suelo. Otros están apoyados sobre libros, sobre los codos y el estómago. Y es justo como debe ser una biblioteca: tiene ese aroma a papel de libros viejos y un olor terroso que a Giorgio le recuerda a granos de café. Aparte del zumbido apagado del generador, el único ruido son los susurros de las páginas, los ruidos digestivos, los *gaaaa–gaaas* de los bebés masticando bloques en el área de juegos, las ventanas sacudidas por la brisa, los crujidos y gemidos del suelo de madera mientras los clientes caminan suavemente entre las estanterías. De repente, un niño pequeño grita, o alguien tose, estornuda o se aclara la garganta, y el ruido sacude la sala y luego queda suspendido en el aire como un olor nuevo.

Bueno, hay una multitud alrededor del mostrador de referencia, y Giorgio tiene que esperar mientras una mujer con un gorro de orejas de gato pregunta por la novela superventas *La chica que conocía a la otra chica.* Giorgio está impaciente: se enfrentan a la inanición y la gente está más preocupada por cómo entretenerse ahora que sus televisores no funcionan. Se pregunta por qué los bibliotecarios siguen trabajando. No es como si les pagaran o algo así. ¿Quizás son como la gente que siempre estaba pensando en cómo dejarían sus trabajos si ganaran la lotería?

En fin, cuando le toca el turno, la bibliotecaria le explica dónde encontrar las guías telefónicas, y él sigue sus instrucciones, *disculpándose entre* los los que leen libros despatarrados, a pasos largos y balanceándose como si cruzara un lago sobre piedras. Cuando ve los viejos lomos amarillos, saca el más reciente y lo pasa a «Proveedores ecuestres». Hay consultores ambientales y especialistas en liberación de capital, pero ningún proveedor ecuestre. Así que busca «caballo». Entre «Carruajes tirados por caballos» y «Operadores de transporte de caballos», hay una entrada para «Suministros para caballos». Está en Rumford. Giorgio no sabe dónde está exactamente, así que arranca la página, disimulando el ruido con una tos que suena como una campana.

De vuelta en el escritorio, una mujer diferente le dice que sí, resulta que tienen mapas, que simplemente están al lado de los viejos directorios.

—Mira, supongo que no tendrás un bolígrafo y papel que me puedas prestar un ratito.

—No te preocupes —dice ella, buscando en el escritorio. Pero, ¿me devolverás el bolígrafo?

"Eres una estrella", dice Giorgio. Se acerca a los mapas y encuentra el Ordnance Survey Explorer 349: Falkirk, Dundule y Livingston. Rumford está al oeste, de camino a Falkirk. Mira la escala e intenta medir la distancia con la falange superior del pulgar; puede que sean unos sesenta kilómetros ida y vuelta. Alguien podría ir en bicicleta sin problema, pero ¿seguirá ahí la tienda? Vale la pena intentarlo. Saca un diccionario del estante y se apoya en él para trazar la parte relevante del mapa; no ha trazado nada desde que era un niño. Antes de volver a guardar el diccionario, busca la entrada de "Mermelada" y garabatea una nueva definición en el margen: "Ayudarse a uno mismo y a los demás usando cosas que no pertenecen a nadie".

V

No es broma, pero Tam y Mac *deberían ser* los más indicados para manejar el arnés: de todos los adultos, son los más jóvenes y, en teoría, los que están en mejor forma. Así que Giorgio piensa que puede vigilar a Marjorie mientras van en bici a Rumford. Pero ahora hace más calor y los niños se sonrojan; la época de dormir en comunidad ha terminado. Si pueden elegir, nadie quiere soportar los ronquidos de su vecino, ni su irritante carraspeo por la mañana, ni el ruido enloquecedor de masticar sus escasas raciones de desayuno. Así que Giorgio encuentra a Tam de vuelta en su propio piso.

Lo creas o no, su piso está aún más sucio. Durante los últimos días, los demás lo han estado usando para cocinar. Así que ahora hay paquetes de comida añadidos a los demás detritos. Babosas y babosas han disfrutado de las noches vacías, babosas correteando alrededor de los viejos derrames y migas. Las paredes están remendadas con los dibujos de más y más pesadillas de Tam: hongos creciendo de los ojos de cadáveres que ríen, Sonic the Hedgehog interpretando *El Grito de Edward Munch,* una bestia de siete cabezas inyectándose en cada uno de sus siete cuellos; ay, este tipo de cosas. Las cortinas están corridas y el piso huele a vómito, halitosis y pelo sin lavar.

Tras abrir la puerta, Tam se tambalea sin decir palabra y regresa a la sala de estar, dejándose caer en el sofá como un saltador de altura al golpear la colchoneta. Mac está en el suelo, y todos bostezan, irritados, con las pupilas como agujeros negros.

“Marjorie me ha estado contando lo amable que has sido”, dice Giorgio.

Pero Tam simplemente me dice: "¿Dónde está nuestro equipo, Giorgio? Nos estamos enfermando".

“Ella se ha encariñado mucho con ustedes.”

“E–e–entonces ¿por qué no has…?”

"¿Te apuntas a ir a Rumford a comprar un arnés?" Los chicos parecen completamente destrozados, así que Giorgio continúa. "Vamos a usar un caballo y una carreta para transportar la comida de la granja".

–Entonces, ¿por qué no vas?, dice Tam.

"Porque soy un gordo bastardo."

Y Tam dice: "No tanto estos días, ¿sabes?"

"¿Qué quieres decir?"

“Sólo digo que has perdido un poco de peso”.

—Na —dice Giorgio enderezando la espalda y metiendo el vientre.

–¿No lo crees, Mac?

"S–sí, t–te ves s–elegante".

“Relativamente hablando, ¿entiendes?”, dice Tam.

Giorgio se ríe, sacude la cabeza y mete la barriga. "Supongo que he perdido unos kilos, ¿eh? ¿Pero se han visto cómo están? Hacen que Marjorie parezca Pavarotti".

Hay un ruido pantanoso en el vientre de Mac.

Tam dice algo como: "Vuelve a pagarnos el sueldo, Giorgio".

—Sí, necesito hablarles de eso. No es broma, chicos, pero son adictos.

Esto es una obviedad absoluta que ninguno de los dos muchachos discute. "Sí, pero eres tú quien nos ha estado pagando con opiáceos", dice Tam.

“*Nuestro* oap–pi–pi…”

Giorgio levanta las manos. "Y eso estuvo mal de mi parte".

“Bien”, dice Tam, “entonces simplemente devuelve nuestro equipo y…”

Entonces la habitación tiembla con el rugido de un avión de combate, el primero que escuchan en días. Giorgio corre a la ventana, abre las cortinas de un tirón, pero, por supuesto, ya no está. "Da miedo", dice Giorgio, "pero es emocionante y asombroso, ¿sabes?"

El estómago de Mac estalla con otro aullido digestivo.

—Bueno —dice Giorgio—. No puedo ir a buscar el arreo porque estoy ayudando a conseguir el caballo. No puedo hacer nada, ¿verdad? Aquí tienes el mapa. Suministros para caballos de Rumford. Solo tienes que ir en bici y conseguir un arreo. Yo traeré el caballo, tú el arreo, ¿vale?

Mac se pone de rodillas y entrelaza los dedos como si le rezara a un dios caprichoso. "Dd–ddd…"

—¡Drogas! —dice Tam—. ¿Dónde están nuestras malditas drogas?

—¡Ay, joder! —dice Giorgio—. ¡Las regalé!

—No, nunca —dice Tam—. O sea, no lo hiciste, ¿verdad?

Necesitaban analgésicos en el hospital, ¿sabes? Para la gente que de verdad sufre. Enfermos, ancianos y demás.

"*Estoy* sss– ssss–s–suff–"

“*Estamos* sufriendo”, dice Tam, acurrucándose en posición fetal.

—Lo siento, chicos, pero serán mucho más felices cuando estén limpios. —Giorgio retrocede hacia el pasillo—. Vendré a ver cómo están en un rato, ¿de acuerdo?

"Vete a la mierda", dice Tam.

Intentaré traerles algo de comida si puedo, pero no tengo nada ni para mí ni para Marj.

"¡Vete a la mierda!" dice Tam.

“Dejaré el mapa en la puerta y quizás mañana, cuando te sientas...”.

"¡Vete a la mierda!" Tam lanza un tazón de cereales y su antiguo contenido, pegado con cera, se estrella contra el marco de la puerta y durante días sus fragmentos yacerán sobre la alfombra sucia, como huesos excavados.

A la mañana siguiente, el día once, Tam y Mac despiertan con un vacío que supera el hambre. La sesión por fin ha terminado, y han defecado, vomitado y escupido bilis. Pero su vacío es más que físico. Es un vacío que siempre han tenido y que siempre han llenado con drogas, bebida, tele, redes sociales o, en el caso de Mac, logros. No, simplemente hay una terrible carencia.

Durante una hora, permanecen sentados en el sofá en silencio. Mac lleva un mono de Bugs Bunny; las orejas de conejo le caen sobre la cara como lágrimas. Tam está envuelto en una manta, con la cabeza entre las manos. Afuera está oscuro y no saben qué hora es. Podría ser el final de un día o el comienzo de otro.

Por fin, Tam se arrastra al baño, se mira en el espejo. Encuentra unas tijeras de uñas y una vieja navaja, y poco a poco se corta y se raspa la barba peluda. Después, se salpica agua en la cara y siente como una bofetada. Bebe del grifo, sorbo tras sorbo, hasta que el agua helada le congela el cerebro. Luego se cepilla los dientes, se desnuda y se pone su jersey viejo. Se enjabona las axilas y el culo y berrea, moja su vieja camiseta y se limpia. El frío es brutal. Pero mientras se viste con su ropa más abrigada, la madrugada va pasando, y afuera el cielo se ilumina con la púrpura esperanzadora del mañana.

VI

Día once. Hora de montar a caballo. Un día llueve y Giorgio se inquieta. ¿Y si hay un perro guardián o un granjero loco esperando con una escopeta? ¿Y si se han comido al caballo?

Pero esa tarde, las nubes se desplazan hacia el este y la luna sale para guiarlos. Al amparo de la oscuridad, Donna, Ava y Giorgio caminan hacia la escuela de equitación de Ava. Con su gorro de equitación de segunda mano, sus pantalones de montar y sus botas de agua de colores del arcoíris, Ava avanza a saltos, moviendo las manos como si llevara riendas.

Giorgio dice: «Vaya motor, ¿eh? Debe ser un rollo para ti sola».

"No es serio", dice Donna.

"Bien hecho", dice Giorgio. Allá arriba, Ava, con sus botas de agua, salpica un charco. A Giorgio se le ocurre que la gente con la que se cruzan en la calle probablemente confunda a Donna y Ava con su esposa e hija. "Supongo", dice, "si hubiera tenido a Gianfranco conmigo, habría sido más probable que me volviera a casar".

“¿Qué, para el cuidado de los niños?”

—No. Es por la familia, ¿sabes?

“Somos una familia”, dice Donna.

"Sin duda", dice Giorgio. "Solo me preguntaba si alguna vez habías pensado en casarte de nuevo".

“Nunca me casé por primera vez”.

—Bien —dice Giorgio—. Lo siento, no es asunto mío.

"Tienes razón, no lo es." Siguen caminando, sin mirarse, pero entonces Donna dice: "Pero, ya que preguntas, tuve un rollo con... Esto es un poco loco, pero ¿conoces al tipo que intentó secuestrar a Ava? Tuve un rollo con él, el tipo al que Psycho apuñaló."

—¿Sí? —Giorgio intenta comprenderlo—. ¿Así que por eso intentaron secuestrarla? ¿Porque es como su padre o algo así?

—No, no, no —dice Donna—. Él no es su padre. O sea, ni siquiera nos veíamos como... Ni siquiera le gustaba Ava; eso es lo que lo hace tan complicado.

Giorgio se concentra en dónde pone los pies, evitando las grietas del pavimento mojado. "¿Y entonces Ava no estaba en la escena?"

"No."

“Lo siento, no quise entrometerme.”

Entonces Donna dice: "Debes estar muy preocupado por tu chico".

Giorgio se encoge de hombros. "Para mí, sigue siendo un bebé. El tiempo se ha detenido, ¿sabes? Huele solo a palomitas y se me pega al cuello en la noche. Su risa es

como...". Giorgio tiene los ojos húmedos y siente esa opresión detrás de la nariz. Su voz es un puente que no confía en que sostenga el peso de lo que quiere decir. "Es lo que es".

Donna le pone la mano en el hombro, ¿entiendes? Es solo un pequeño gesto de consuelo, pero el roce lo recorre por completo. Le hormiguea el brazo, le hace cosquillas en los muslos, le tensa el estómago y... ¡ay! Después de tanto amar y perder, aquí, en una noche de miedo y temor, la magia antigua lo ha rastreado hasta el fondo: ha vuelto a sentir la emoción adolescente del suave roce humano.

VII

En fin, después de un par de millas, Donna reconoce el camino de gravilla encharcado que sale de la carretera principal. La humillación especial de venir aquí en autobús siempre fue que la entrada de los establos estaba diseñada asumiendo que nadie estaría lo suficientemente desesperado como para llegar a pie. Estaba sin luz, cierto, enterrado bajo fresnos colgantes, tan oscuro que no podía ver dónde pisaba. Si venía un coche, no había ningún otro lugar adonde ir excepto a los helechos y zarzas. Le importa

protegerse la cara de los faros, sosteniendo a Ava mientras tropezaban en el follaje al lado de la pista, respirando para hacer más espacio para los todoterrenos. Una vez, vio la cara de la amiguita de Ava presionada contra la ventana del asiento trasero; la expresión de la muchacha sugería asombro, simpatía y simplemente alegría total.

Al final del camino, hay una puerta de granja cerrada con una cuerda, y un cartel que advierte sobre las cámaras de seguridad. Giorgio juguetea con la cuerda, y la puerta se abre bruscamente, provocando el graznido de los pájaros desde los árboles adyacentes. Un perro ladra en un campo lejano. Pero nadie los desafía. No hay excusa para acobardarse.

La caravana que servía de oficina está desocupada. Cestas colgantes se mecen vacías y muertas con la brisa. Una carretilla está volcada junto a un remolque para caballos que solo contiene un puñado de paja embarrada. Un hedor proviene de los contenedores vacíos. No hay nadie. En los establos, donde huele a estiércol, heno y verduras podridas, hay siete caballos roncando tras las mallas metálicas.

“Quiero este”. Ava está mirando un pequeño caballo blanco (más bien un poni, piensa Donna) que parece estar durmiendo de pie.

—Vamos a buscarlo y vámonos entonces —susurra Giorgio.

"Primero tenemos que entrar ahí", dice Ava, señalando un cobertizo de madera de pino. Tiene una ventana con reja, una puerta con candado y un extintor clavado en el lateral.

"¿Qué hay ahí dentro?"

El cuarto de aperos. Donde guardan las sillas de montar, los bocados y todo eso.

Giorgio examina el candado. "¿No puedes montar a caballo sin eso?"

—Deberíamos largarnos de aquí —dice Donna. Su corazón late como los cascos de un caballo.

“¡No!” dice Ava.

Giorgio busca alrededor de la oficina de la casa rodante, detrás del remolque para caballos, junto al granero metálico. Regresa cargando una enorme roca, como un héroe de un antiguo mito.

“¡Pero el ruido!” susurra Donna.

Se quedan de pie, con los ojos fijos en el otro, esperando que el otro tome la decisión.

—Necesitamos la comida —dice Giorgio—. Si no nos atrevemos a hacer esto ahora…

—¡Dense prisa! —dice Ava—. Están perdiendo el tiempo.

Eso lo decide. Giorgio levanta la piedra sobre su cabeza, mirando a Donna para ver si lo detiene. Ella se da la vuelta, comprobando que nadie los esté observando, y un segundo después, un esfuerzo tremendo y un crujido de madera despiertan a los caballos, y resoplan, relinchan y patean, y los pájaros chillan, y el perro ladra, y a ella le zumban los oídos. Giorgio tiene que lanzar la piedra dos veces más antes de que la puerta se abra de golpe, ¿verdad?, y para entonces los caballos están pateando, pisoteando y relinchando, y uno de ellos se frota la cabeza contra la rejilla de alambre de su establo.

“¡Date prisa!” dice Donna.

Ava asiente e intenta decir algo, pero su vocecita se desvanece por el miedo o la emoción.

"Espera", dice Giorgio, buscando las linternas en sus bolsillos. Entonces, cuando logra ver, Ava se pone de puntillas para inspeccionar el equipo que está en los estantes o colgado de ganchos. "Necesitaremos esto primero", dice, entregándole a Donna un juego de cuerdas anudadas.

“Esto primero”, susurra Donna, pasándoselo a Giorgio.

Giorgio lo levanta a la luz de la luna y luego lo tira al suelo del patio. Trabajan como una pequeña brigada de cubos, pasando cada objeto por la cadena. Hay tela, cuero y cosas

con hebillas y correas. "¿Eso es todo?", pregunta Giorgio cuando Ava sale. "No olvides las luces".

—Vamos —dice Donna, escudriñando la oscuridad en busca del peligro—. Vamos por el caballo y vámonos.

Bueno, Ava hace señas para que gire mientras abre la puerta del establo del poni. Dice: "Shhh, ahora. Eres un poni precioso, ¿eh?". Se pasa un buen rato susurrándole cumplidos al poni, ¿verdad?, y Donna siente cómo crece la ansiedad de Giorgio; es contagiosa. "Necesito el cabestro ahora", dice Ava, poniéndose de puntillas y acariciando la cruz del poni.

“¿Cómo es?”, pregunta Giorgio.

“Lo primero que os pasé”, dice Ava.

"¿Este?"

“Ayúdame a pasarlo por su cuello”.

Donna observa a su hija sacar el poni y atarlo en el patio: le parece una locura que su bebé haya aprendido esas cosas. Se da cuenta de que es la primera vez que depende de los conocimientos de Ava. Es la primera vez que la relación de cuidado se invierte.

“¿Cuánto tiempo lleva hacer esto?”, pregunta Giorgio.

“Pásanos la mantilla”, dice Ava, señalando. “¡No, Giorgio! Lo siguiente. Sí. Eso es”. Entonces Ava dice: “Espera, coge esto”. Rodean la silla con la mantilla, utilizan un velcro, enganchan el pretal a la cincha. Deslizan la brida por el morro del caballo, y Ava juguetea con los pasadores del cierre de garganta.

—¿De acuerdo? —dice Giorgio—. ¿Eso servirá?

"¿Puedes ayudarme?" dice Ava.

Entonces, Giorgio la ayuda a colocar el pie en el estribo, Donna la empuja con las dos manos y Ava se monta a horcajadas sobre el caballo y sujeta las riendas.

—Bueno, vamos allá—dice Giorgio.

Donna teme que Ava galope en la noche como un vaquero o lo que sea, pero el poni simplemente avanza con paso confiado y un balanceo perezoso de la cola. En el camino de tierra, Donna está convencida de que los detendrán. Cuando el viento sacude los árboles, imagina el motor de una camioneta y espera la luz cegadora.

Pero cuando están a cierta distancia de la escuela de equitación, Giorgio dice: "¿Crees que deberíamos disfrazarlo?"

“¿Disfrazarlo?” dice Ava.

—Sí. Píntalo de negro o algo así, como harías con un coche robado.

—¡Dios *mío!* ¡No puedes pintar un caballo! —dice Ava.

¿Conoces esa sensación de risa y alegría que sientes después de hacer algo intenso? El miedo desaparece y su espacio se llena de euforia. Sus risas salen de sus barrigas, grandes y redondas como globos. Nunca lo sabrán, pero en ese momento Donna y Giorgio se dan cuenta de lo mismo. Ambos caen en la cuenta de que, aunque este sea el peor momento de sus vidas, aunque estén a punto de morir de hambre, no les importa ser tan felices.

Capítulo XIX

EL SEGUNDO LIBRO DE RUT

I

Pero ya basta de ellos. De vuelta en la Granja Wollstonecraft, en la madrugada del día trece, Ruth yace despierta. Bert ronca. Las almohadas huelen a su aceite de lavanda. No sabe que durante estas horas de insomnio se han generado miles de células cancerosas en su mucosa gástrica. No sabe la precisión con la que el cáncer ha marcado su vida. Y, sin embargo, incluso ahora que ha vuelto el agua, incluso con la desesperada siembra y la positividad de Bert, todavía tiene la inquebrantable sensación de que su fin está cerca, ¿entiendes? Como si, de alguna manera, simplemente supiera que, de una forma u otra, no estará por aquí mucho más tiempo.

Su tobillo mejora cada día, pero a veces, si se da la vuelta mientras duerme, se despierta gritando de dolor. Da vueltas para un lado y otro, intentando ponerse cómoda, cuando Bert habla con los ojos cerrados. Dice: "¿Qué haces? ¿Qué te pasa?".

“No puedo dormir.”

Y luego dice: «Bueno, cálmate, intenta respirar. Eso es todo. Respira hondo».

“Bert…” dice ella.

Simplemente respira. Inhala y exhala. Intenta imaginar un lugar tranquilo.

“Bert…”

“Se puede oír el sonido del agua goteando y…”

—¡Cállate, Bert! Por favor, cállate y déjame dormir.

Más tarde, cuando el sol empieza a ascender y una luz azul pálido se cuela en el dormitorio, lo que oye es a Bert roncando y a un petirrojo cantando las primeras notas del coro del amanecer. El tiempo ha cambiado de nuevo: las nubes de lluvia se han agotado, y en su lugar hay un calor seco y primaveral.

Ruth se arrepiente de haberle gritado a Bert; no es culpa suya. *Es ella* quien ha cambiado. Pero, aunque lo exonera de toda culpa, le sorprende lo lejos que se siente de él, incluso mientras ronca a su lado. Se da cuenta de cuánto extraña a Donna y a Ava. Cuánto los extraña a todos: a Giorgio, a Marjorie, al Sr. Ashraf, incluso a Psycho. Y se da cuenta de que la Granja Wollstonecraft ya no le resulta un hogar.

Esa mañana, su mente divaga, como suele ocurrir, pensando en Vivian, la amiga más especial que Ruth tuvo. Verás, Ruth y Vivian estudiaban juntas en Londres. En 1970, vieron la protesta feminista contra el concurso de Miss Mundo en el Albert Hall. No sabían que la protesta estaba ocurriendo hasta que la vieron en la tele, y aun así, el principal recuerdo que Ruth tiene del espectáculo es que Vivian era más guapa que cualquiera de las chicas en traje de baño. Después, durmieron juntas. O sea, no en el sentido eufemístico —no se desnudaron ni nada—, sino que Ruth rodeó la cintura de Vivian con sus brazos y se durmió acariciándole la nuca.

Pronto, Vivian se entusiasmó con la liberación femenina. En el Día Internacional de la Mujer, Ruth y Vivian marcharon desde Hyde Park hasta Trafalgar Square, cogidas de la mano, cantando con cáustica ironía "Mantente joven y hermosa, si quieres ser amada". Luego, en octubre de 1971, viajaron a Skegness para la conferencia nacional del Movimiento de Liberación de la Mujer. Y ya saben cómo son estas cosas: la sesión plenaria inaugural estuvo dominada por disputas

entre facciones maoístas y trotskistas, también hombres. Para cuando las activistas más experimentadas lograron expulsar a los hombres, Ruth y Vivian se fueron a fumar un porro con tres chicas que se convirtieron en miembros del Frente de Liberación Gay (GLF).

Ruth se sorprendió de que las activistas del GLF asumieran que ella y Vivian eran una pareja de lesbianas. Sí, se acariciaban, se abrazaban y se decían "te amo". Sí, se bañaban y dormían juntas. Pero nunca había considerado que su amistad fuera homosexual. Incluso en el año transcurrido desde que abrazaron la libertad de las mujeres, la mayoría de sus conversaciones íntimas habían sido sobre hombres, matrimonio y cortejo heterosexual. Pero esa noche, desorientadas por la marihuana, Ruth y Vivian se sentaron en el muelle de Skegness. Era octubre, ¿verdad?, y el viento soplaba con fuerza desde el Mar del Norte. Y cuando Vivian atrajo a Ruth hacia ella para calentarse, sus frentes se tocaron y sus ojos se encontraron. Esta vez, el momento fue sexualmente intenso como nunca antes. ¿Qué habría pasado si se hubieran besado? En cambio, tres muchachas modernas gritaron algo que se perdió en el ruido del viento y el mar. Ruth retrocedió, se levantó. Nunca volvieron a estar tan cerca.

Bueno, la última vez que Ruth y Vivian se vieron en persona fue en Greenham Common en 1983. Estaban sentadas en la calle, cogidas de la mano, bloqueando la base de misiles nucleares con miles de mujeres. Estaban junto a un grupo de

punks con ojos de panda, que maldecían y escupían, que llevaban bandoleras y crestas puntiagudas de treinta centímetros. Los punks tenían más o menos la misma edad que Ruth y Vivian tenían entonces. Intentaron aprovecharse de la energía de los punks, pero pronto Ruth y Vivian empezaron a parlotear sobre sus carreras, sus mejoras en la vida y sus maridos irritantemente feministas. Incluso después de eso, se mantuvieron en contacto durante más de una década (siempre prometiendo reunirse cuando sus agendas se sincronizaran), primero mediante cartas frecuentes, luego mediante "comunicados" ocasionales (Vivian estilizó sus cartas con declaraciones de The Angry Brigade (la Brigada de la Ira), y luego mediante llamadas telefónicas cada vez más escasas.

La última vez que hablaron por teléfono, en algún momento cerca del comienzo de los años de Blair, cuando Ruth se estaba adaptando al neoliberalismo y se preparaba para casarse con Dick, tuvieron una discusión sobre un ensayo a favor del libre mercado de los años 50 titulado "Yo, Lápiz". Menuda tontería por la que pelearse, ¿eh? Pero después de eso, solo hubo tarjetas de Navidad escritas superficialmente. Y luego, en algún momento... ¿Se mudó alguno de ellas y olvidó compartir su nueva dirección? ¿Se distanciaron porque Ruth nunca invitó a Vivian a la boda de ella y Dick? ¿Llegaron a un reconocimiento mutuo de que lo que alguna vez tuvieron en común se había perdido? ¿Prefirieron las dos olvidarse de la pasión de su juventud?

Y era *pasión,* aunque no se consumara o fuera asexual. ¿Habría sido más feliz su vida si hubiera sido más valiente aquella noche en Skegness? La respuesta, por supuesto, es que los mundos posibles tienden a converger. Hay *mundos* en los que se besan, hacen el amor y luego viven juntas en una casa ocupada solo para mujeres en Caledonian Road, en King's Cross, y dibujan en las calles, y forman un grupo de poesía, y tienen gatos e instalan sus propias tuberías. Y en algunos de esos mundos, permanecen juntas el tiempo suficiente para mudarse a London Fields, donde Vivian abre una pequeña librería feminista, y Ruth consigue trabajo impartiendo cursos extraescolares sobre estudios femeninos. Incluso hay mundos en los que su relación sobrevive: Ruth se convierte en profesora y la librería de Vivian en una editorial, que pasa por una serie de fusiones y adquisiciones, hasta que ella termina, sin quererlo, como editora ejecutiva de Harper Collins. Hay un mundo, improbable pero posible y real, donde se jubilan anticipadamente y, juntas y aún enamoradas, compran al contado una gran casa de madera en la colonia Whiteway, en el corazón de los Cotswolds, y en largos paseos otoñales con su San Bernardo recuerdan el pasado e intentan recordar los nombres de sus antiguos compañeros de casa. Pero incluso en ese mundo no pueden escapar de la extinción: Rush sigue con cáncer y el mundo también se acerca a su fin.

II

En fin, a media mañana del día trece, cuando Donna y Ava llegan a la granja Wollstonecraft en el carro tirado por caballos, Ruth está sentada en el banco de la entrada de la casa, observando a Bert reparar su carretilla. Tiene la rueda interior en una palangana llena de agua y está dando vueltas buscando el pinchazo. Ella piensa cómo decirle que, si se presenta la oportunidad, quiere volver a vivir sus días en la ciudad. El sol calienta y los brotes de narciso están listos para brotar, y el aire huele a aulaga y a humo de leña y... ¿Conoces ese olor a hierba fresca que flota después del rocío? Es una locura pensar que esta podría ser la última vez que verá el amanecer de la primavera.

“Creo que me estoy muriendo”, dice ella.

—No es cierto—dice Bert, sin levantar la vista del barreño. Pero si empiezas a pensar así, se convertirá en una especie de profecía autocumplida.

Ruth dice: "Todos nos estamos muriendo".

—Vale, claro —dice Bert, con tono aburrido—. En cierto sentido, el tiempo no espera a nadie. ¿Entiendes lo que te digo? No esperes al tiempo.

—Eso es lo que he estado pensando, Bert. Verás —dice Ruth—, la vida es corta y…

Además, no te definas en términos materiales. Me considero una fuente de energía, más que una especie de forma corpórea limitada, ¿sabes?

“Claro, pero…”

“Cuando reconoces que la perspectiva material es solo una forma de ver las cosas, entonces es como si pudieras crear prácticamente cualquier mundo que quieras”.

Ella dice: «¿Incluso uno en el que Waitrose me traiga una lasaña de verduras sin gluten y un yogur de chocolate crudo con leche de coco?».

Bert nunca se ríe de los chistes. Dejó de reírse hace años. En cambio, dice: «Vaya, qué gracioso».

Ruth se levanta del banco y pone una mano sobre su hombro.

“Lo tengo”, dice Bert, presionando su dedo sobre el pinchazo.

Ella dice: "No renuncies a tus sueños, Bert".

“¿Eh?” dice finalmente levantando la vista.

Y entonces es cuando oyen el carro de caballos.

Bert se levanta de la carretilla, cargando con la cámara mojada mientras camina hacia la entrada. "¿Hola?", pregunta. "¿Quién anda ahí?" Deja a Ruth atrás, pasando junto a los cerezos y bajando por la rejilla de ganado más rápido de lo que ella puede seguir. Más allá del resplandor de aulagas, a través del bosquecillo de zarzas y espinos, Ruth aún oye sus voces. "¿Es aquí?", pregunta Ava. "No lo sé", dice Donna. "¿Puedo ayudarlas?", pregunta Bert.

Un minuto después, Donna y Ava corren hacia Ruth. Donna lleva un mapa de carreteras en la mano y Ava lleva un casco de montar, y detrás de ellas, Bert ha dejado caer la cámara de su neumático y se seca las manos en su sudadera con capucha que dice «Sé el cambio que quieres ver en el mundo». Ava se ríe, con una expresión de alegría pura, y Ruth descubre una energía femenina que desconocía tener. No puede correr a su encuentro, así que se mueve al ritmo de sus pasos y estira los brazos hacia el cielo como un saludo al sol, y un segundo después, están riendo y abrazándose como si estuvieran celebrando un gol.

Luego la llevan a conocer a Kelpie, el poni, que está atado a un poste de telégrafo, inclinando la cabeza para masticar los azafranes de la carretera, y en un relevo sin aliento, Ava y Donna le cuentan a Ruth cómo Douglas construyó el carro y no se movía, así que a Giorgio se le ocurrió meter un caballo, y Giorgio vino con ellas a buscar el poni, y ¿sabrías qué? La puerta del cuarto de aperos estaba cerrada con llave, pero Giorgio la rompió con una gran roca, y luego

Giorgio ayudó a ensillar a Kelpie, y deberías haberlo visto, pero, y esto fue lo siguiente, necesitaban un arnés y fue Giorgio el que descubrió cómo conseguir uno, y luego la parte realmente loca...

Y en un momento dado entran y Bert enciende la estufa de leña y consiguen calentar una olla con agua. Preparan la infusión con las últimas bolsitas de té rooibos, y mientras tanto, cuentan historias. Ah, y adivina qué, ¿verdad? Giorgio ya no vive en los apartamentos Busy Bee *ni* en El Señor de las Patatas Fritas: se ha mudado a la casa vacía de atrás. ¿Conoces la de los paneles solares? Pero no tiene muebles, así que hemos estado recogiendo cachivaches de nuestra casa y ahora es muy gracioso, con todo, desde una discoteca hasta el baúl de un viejo marinero, y el baúl parece un cofre del tesoro. Y… Y… Ah, sí, entonces Giorgio tiene la primera carne del primo Hamza. Porque, a ver, espera a oír esto: Psycho es como una especie de pastor, y en fin, Giorgio tiene esta carne y no sabe cómo conservarla, pero ¿sabes lo que ha hecho? Ha ido a limpiar el congelador, ¿verdad?, y luego ha metido un montón de sal para lavavajillas (porque todos dejaron la sal porque los lavavajillas no funcionan, ¿verdad?), y entonces la usa como conservante. Y además, ¿verdad?, han empezado con esa cosa de la asamblea municipal donde todos pueden ir a hablar de decisiones y cosas así, y el señor Ashraf va todos los días, pero Giorgio dice…

Incluso cuando Bert termina de arreglar la carretilla, mientras cargan la primera tanda de avena y patatas, hablan y hablan. Y aquí va una cosa: a Ruth nunca le había gustado hablar. Era una de esas cosas que había que hacer, como tirar la basura para reciclar o cambiar periódicamente la tarifa de la compañía eléctrica. Verán, cada uno vivía por separado, criaba familias separadas, vivía en casas separadas en barrios lejanos, tenía aficiones esotéricas y se dedicaba a trabajos tan especializados o ajenos que parecían completamente inútiles para cualquiera que no trabajara en el mismo sector. Iba a cenas y se ponía a preguntar "¿y tú a qué te dedicas?", y tenía que escuchar a algún pobre diablo intentar explicarle los altibajos de ser un operador de flujo de derivados de acciones. O, lo que era aún peor, tenía que verlos hablar por hablar mientras ella parloteaba sobre su monografía sobre John Dryden y el milenarismo. O ella diría, "Entonces, ¿qué haces para relajarte?" Y luego se quedaría atascada con preguntas de seguimiento cuando el tipo resultaba ser un ornitólogo que estaba ansioso por contarle sobre un pájaro negro de alas blancas que había visto en Esk Mouth hace algún año.

Y como estas conversaciones eran tan sombrías, era comprensible que la gente recurriera a lo único que compartían: el consumo. Por ejemplo, a veces los hombres hablaban de sus preferencias de consumo al comprar un coche, o las mujeres de sus preferencias al elegir ropa o cocinas nuevas. Grupos mixtos debatían sobre el coste de la

membresía en diferentes spas. O compartían sus experiencias de consumo de vacaciones en diferentes islas griegas o cenando en un nuevo restaurante donde la comida estaba caliente, el servicio era lento o había *que* probar la tarta tatin.

Pero sobre todo, hablaban sobre su consumo de cultura. Hablaron de quién había leído el álbum ganador del Booker de ese año y de si no era muy bueno, sino más bien aburrido o simplemente muy triste al final. Debatieron sobre la importancia social de Motown, si Kurt Cobain fue la última estrella del rock, si Rima Laidlaw era feminista. Hablaban de un nuevo artículo *del Guardian sobre imágenes generadas por computadora.* o un artículo *del Times* sobre la Ópera Metropolitana.

Y ya saben cómo funciona: como no tenían otra forma de relacionarse, hablaban de estos temas como si importaran. Se despidieron —educadamente— porque alguien aceptó una reseña de cinco estrellas para una nueva película de Tarantino o dijo que Leonard Cohen no debería haber ganado el Premio Nobel de Literatura. Politizaron sus respuestas al entretenimiento, convirtiéndolas en cuestiones morales. Despreciaron los puntos de vista alternativos como los sindicalistas habían despreciado a los esquiroles, o las congregaciones a los herejes.

¿Pero qué? Aunque estas conversaciones eran repetitivas, inútiles y agrias, las consideraban mucho mejores que las

charlas triviales que solían escuchar en bares, restaurantes y cafeterías. Se burlaban cuando oían a sus compañeros de trabajo cotillear sobre su jefe o debatir la mejor estrategia para reestructurar la oficina. Era una obviedad que no había nada más triste que salir y hablar del trabajo.

Pero ahora, Ruth comprende que el esfuerzo compartido es la única base para una conversación significativa. Gran parte del trabajo al que ella y otros dedicaron sus vidas fue titánico en su inutilidad. Pero las conversaciones que generó dicho trabajo fueron, sin embargo, las mejores conversaciones que tuvieron. Ahora, toda conversación se sustenta en el esfuerzo compartido, en el esfuerzo colaborativo. Ruth no puede dejar de charlar, no puede dejar de escuchar, no puede dejar de hacer preguntas. Se ha reído más estos últimos diez días que en toda la década anterior. Es enorme.

III

En fin, cuando llenaron los contenedores con todo lo que podían, Donna y Ava fueron a usar el cochecito antes de emprender el viaje de regreso. Ruth y Bert se quedaron solos, esperando en la entrada de la granja. Estaba

terriblemente silencioso; el único ruido era el tintineo de las hebillas cuando Kelpie sacudía la cabeza al ver unos cochecitos. Y, por alguna razón, Ruth pensó en los jardines conmemorativos de los crematorios. "Cariño", dijo, "he estado pensando".

“Yo también”, dice Bert. “En los últimos días, siento que realmente he encontrado mi centro. Es como…”

—Escucha, Bert. Por una vez, por favor, escúchame. —No sabe cómo decirle que se va—. Bert —dice—, tienes que seguir tu verdadero camino.

Sí, creo que todos lo hacemos. Y lo bueno de estar *centrado* es que…

—Bert, escucha. Tu camino está aquí, en la granja.

Sí, creo que esto es solo el principio. Vamos a crecer mucho y…

Ella dice: "Tengo que seguir *mi* camino. Pertenezco a este pueblo. Hay cosas que debo hacer, por mí".

Bert niega con la cabeza, confundido. "Pero necesito quedarme en la granja. Acabas de decir que es mi vocación y..."

“Lo sé, cariño.”

Bert se queda de pie, confundido, intentando comprender lo que ella está diciendo.

Entonces Ruth dice: "He preparado una maleta".

"¿Ya?"

—Vuelvo al carro. Ya te lo dije antes.

¿Pero quién me ayudará en la granja? Tenemos mucho trabajo que hacer. Necesitamos sembrar, arar y…

"Enviaremos gente", dice Ruth. "Jóvenes con energía y buen humor". Ya está pensando que los mejores candidatos podrían ser los IMW. Se los imagina riendo, gritando y criticándose mutuamente mientras recogen bayas y patatas. Y, curiosamente, imagina que Bert disfrutaría viéndose como mentor de una banda de delincuentes. "Cariño", dice, tomándole la mano. "¿Recuerdas el día que nos mudamos aquí?"

—Como ayer —dice Bert—. Dijiste que nos estábamos preparando para la última batalla de la vida.

Y luego me pediste que plantara las primeras semillas; de la buena suerte, dijiste. ¿Te acuerdas?

Bert asiente.

Ella mira el carro cargado. "Al final lo logramos, ¿verdad, cariño?"

Capítulo XX

EL SEÑOR DE LAS PATATAS FRITAS

I

En fin, en Dundule, esa noche, ocurre otro milagro. La torre del hospital se ilumina. La luz eléctrica brilla en cada ventana. Parece el Templo de Salomón, brillante y dorado sobre el negro paisaje urbano. Los pocos que se encuentran en las calles oscuras se detienen a observar maravillados su resplandor celestial. Y desde el hospital, una hilera dorada de farolas se extiende por High Street, pasando por la High Kirk y la estación de tren, a lo largo de la autovía hasta una estrella suspendida en los matorrales. Benditos sean la ingeniera hidráulica y su equipo: lo han logrado.

II

Por la mañana, día catorce, todo el mundo habla de las luces. "Es un puto milagro, ¿eh? ", dice Giorgio.

“Verdaderamente somos bendecidos al caminar en el Reino de Dios”, dice Marjorie. “Pensé que mis ojos me engañaban al ver la majestuosidad de sus dones”.

Están en el Señor de las Papas Fritas, ayudando a la Sra. Ashraf Sr., Donna y Ruth a preparar la primera avena, mientras Ava está afuera alimentando a Kelpie. Giorgio atascó una gran jardinera de acero que planea usar como caldero. Si logran preparar la avena, la pondrá en la barbacoa y preparará un montón de gachas.

Pero preparar la avena no es fácil, ¿sabes? Primero, tienen que separar la avena de la cáscara. La Sra. Ashraf Sr. parece saber de avena, y los manda a buscar fundas de almohada. Luego, cada una llena una funda de avena y pasa media hora azotándola con un zapato.

Cuando terminan de desgranar las fundas de almohada, salen y vierten la avena de tina en tina, de cubo en cubo, de olla en olla. La idea es aventar la cosecha: hay una brisa suave y, poco a poco, se separan las cáscaras más ligeras de los granos más pesados. Y funciona; no es una ciencia

exacta: muchos granos terminan en la carretera y muchas cáscaras se quedan mezcladas con ellos. Pero, después de un rato, la Sra. Ashraf padre dice que ya están bastante cerca, y vierten todos los granos en un cubo grande.

Entonces empieza la parte más lenta. Mientras trabajaban en paralelo para trillar y aventar, ahora tienen el molinillo manual de la Sra. Ashraf para convertir la avena en copos. Así que, de vuelta en el Señor de las Papas Fritas, se turnan para girar la manivela mientras los demás, sentados a las mesas, hablan sin parar del milagro de las luces y el gran debate sobre la moneda.

III

¿El gran debate monetario? Bien, allá vamos. Básicamente, hay una propuesta en la asamblea municipal para que emitan su propia moneda, ¿no? No, no pueden volver al dinero antiguo porque siempre estuvo distribuido injustamente. Por ejemplo, están los viejos avaros con cajas de zapatos llenas de billetes. Están los de Psycho con el dinero de la droga escondido tras los paneles del baño de su madre. Y están todos los que aún recuerdan los ahorros que

tenían en los bancos. No, no pueden volver al dinero antiguo.

Entonces, existe la idea de que deberían empezar a usar dinero de Monopoly. No es broma. Verás, en el Antes, habría una versión de Monopoly en Dundule, ¿verdad?, y en la época del Powcoot había miles de juegos almacenados en la zona industrial. La cuestión es que no hay billetes de este tipo en circulación, ¿verdad?, así que es una oportunidad para empezar desde cero: un billete, de cualquier denominación, equivaldría a una hora de trabajo, ¿verdad?

"No me gusta", dice Giorgio, mientras Marjorie toma su turno con el molinillo. "No funcionará. ¿Dices que cualquier hora de trabajo vale lo mismo? Digamos que un inútil, como Tam, pasa una hora limpiando basura o lo que sea. ¿Recibe la misma recompensa que un médico que pasa una hora salvando vidas?"

Donna se encoge de hombros. "Sí."

—De acuerdo. Supongamos que llevamos leña, y yo lleno diez carros en una hora, y una niñita solo llena tres. ¿Me estás diciendo que recibimos la misma recompensa?

“Sí”, dice Donna.

Entonces Giorgio dice: " En este sistema, supongamos que Ava lleva el poni a la granja y vuelve, ¿no? El viaje completo, incluyendo la carga, dura, digamos, seis horas. Así que recibe

seis billetes por dar un paseo en poni, algo que antes hacía por placer. Mientras tanto, un pobre desgraciado está limpiando las alcantarillas, hundido hasta las rodillas en la mierda. ¿Me estás diciendo que reciben la misma recompensa?"

"Hasta donde tengo entendido, señor Ashraf", dice Donna, "sí".

—De acuerdo. Supongamos que Leo Messi viene a Dundule.

“Es poco probable”, dice Donna.

Y yo quiero pagar para verlo jugar, ¿no? Y se enfrenta a Pa Kujabi, ¿no? Y marca un doblete. ¿Me estás diciendo que Messi y Kujabi reciben el mismo premio?

"Sí."

"Es muy sencillo", dice Ruth. "Una nota, cualquier nota, representa una hora de trabajo, cualquier trabajo".

Giorgio niega con la cabeza. «Digamos que vendo un tazón de avena por una nota, ¿verdad? ¿Quién se queda con la nota? ¿Se la doy a Marjorie porque molió esa avena? ¿O a ti, Donna, porque trillaste? ¿O a Ava, porque montó el poni? ¿O a ti, Sra. Ashraf, porque nos dijiste qué hacer y pusiste el molinillo? ¿O a ti, Ruth, porque cultivaste la avena? ¿O a tu marido, porque la sembró? ¿O a Mac, porque consiguió el

arnés? ¿O a Douglas, porque construyó la carreta? ¿O me quedo con la nota porque cociné las avenas?».

—Pero —dice Donna—, la gente no se atrevería a hacer ese trabajo para producir un tazón de gachas. Lo más probable es que vendas cien tazones. Luego les das a todos tantos billetes como horas de trabajo hayan invertido.

"¿Qué pasa si no quedan notas para mí?"

“Entonces has fijado mal el valor”, dice Ruth.

Giorgio dice: "¿Qué piensa, señora Ashraf?"

La Sra. Ashraf hace un gesto de pesar. "Me alegra que mi molinillo haya servido de ayuda".

"¿Ves?", dice Giorgio. "Eso ha sido lo mejor de los últimos días. Todos ayudándose mutuamente. Simplemente compartiendo cosas, trabajando juntos. Empiezas a aportar dinero y todos dicen: 'Mi tazón cuesta diez billetes porque eso es lo que tardaron unos chinos en hacerlo'".

"Pero las notas sólo se aplican al trabajo realizado después del Powcoot", dice Ruth.

“Todavía no me gusta”, dice Giorgio.

“Entonces no uses notas”, dice Donna.

"No pienso hacerlo"

“Bien”, dice Ruth, “experimento mental: supongamos que logras reabrir. ¿Qué harás cuando un desconocido te pida un tazón de avena?”

“Depende”, dice Giorgio. “¿A ver si es una enfermera de la enfermería o uno de los que arreglaron el agua? Pueden comer todas las gachas que quieran. Pero ¿a ver si es algún vago, uno de esos idiotas que trabajaba para la Agencia de Normas Alimentarias, y que lleva sentado desde el Powcoot? Le diría que se largara”.

“¿Cómo sabes que una enfermera es una enfermera?”, pregunta Donna.

Giorgio dice: "¿Porque llevaría uniforme?"

"¿Pero qué pasa con el resto de personal que necesita un hospital?", pregunta Ruth. "¿Qué pasa, por ejemplo, con un responsable de validación de datos que, no sé, tiene que desarrollar prácticas de datos no digitales sin agotar los limitados suministros de papel?".

—Es lo mismo —dice Giorgio—. Le daría un tazón de gachas y listo.

“Sí”, dice Donna, “pero ¿cómo sabes que no estaba sentado sobre su trasero?”

Giorgio se encoge de hombros. "¿Porque me lo diría?"

¿Y si miente? ¿Y si es un vago y un avaricioso, ¿no?, y se pone como: «¡Ay, qué hambre! Acabo de terminar mi turno en el hospital». Y cuenta la misma historia una y otra vez, y se atiborra.

Giorgio le hace un rasguño a su oreja.

"¿Y qué pasa con los demás?", pregunta Ruth. "No todos pueden trabajar en el hospital. ¿Y qué pasa con las personas mayores, las personas con discapacidad y los niños?"

Con la boca abierta, sumido en sus pensamientos, Giorgio levanta la mano para detener la conversación. Finalmente, dice: «Los niños menores de doce años comen gratis. Y en cuanto a los demás, sin ánimo de ofender, pero todos pueden hacer algo. Cualquiera con manos puede lavar platos. Hasta Marjorie puede lavar platos. Joder, hasta *Tam* puede lavar platos».

—Supongamos que acepto ayudar a lavar los platos —dice Ruth—. ¿Cómo piensas pagarme?

"Te daré comida."

"¿No se parece eso a las condiciones de la esclavitud?", dice Ruth. "¿Y si necesito algo más, algo que tú no fabricas?"

"¿Cómo qué?"

—No lo sé. Una vela.

Giorgio piensa: «Entonces le darías la comida al fabricante de velas».

—Qué tontería —dice Donna—. No, eso es una tontería, no va a cruzar el pueblo con un tazón de gachas y esperar una vela a cambio.

—De acuerdo —dice Giorgio—. Entonces le daré un vale para una comida y se lo dará al fabricante de velas.

"*Sochi peya te banda gaya*", dice la Sra. Ashraf Sr., riendo. "¡Piensas demasiado y ahora defiendes lo que rechazabas!"

—Tiene razón —dice Ruth—. Acabas de describir exactamente lo que harán las notas.

—¿Sí? —dice Giorgio. Siente que va perdiendo—. ¿Y la prostitución?

"¿Qué pasa con ella?" dice Ruth.

Por ejemplo, supongamos que Tam pasa una hora ayudándome y le doy una nota. ¿Me estás diciendo que luego puede pasar una hora con una prostituta?

"Rotundamente no", dice Ruth. "Hay que parar la mercantilización del cuerpo femenino".

"De todas formas, no puedo imaginar a ninguna mujer haciendo ese trato", dice Donna.

—Exactamente —dice Giorgio—. Pero quizá alguien lo haría si Tam ahorrara suficientes billetes, ¿no? Quizás alguien lo haría por veinte billetes.

“Tienes razón, en realidad”, dice Ruth. “No se puede regular la oferta y la demanda. Aunque todos sepan el valor de la moneda de una hora, no se puede impedir que la gente pague de más por algo que realmente quiere”.

“Y si la prostituta atiende a cinco clientes al día durante una semana, recibirá billetes de setecientos dólares”.

“¿Por qué estamos hablando de una prostituta?”, pregunta Donna.

“El ejemplo no tiene por qué ser una prostituta”, dice Ruth. “Todos los valores se volverán económicos. La idea de que un billete vale una hora de trabajo pronto quedará tan obsoleta como el patrón oro”.

"No, si nos atenemos a las reglas", dice Donna.

“La asamblea haría cumplir la norma”, dice Giorgio. “Antes de que te des cuenta, será como la Rusia de Stalin. Más nos vale poner a esos capullos escondidos en Londres de nuevo al mando”.

“Es una buena discusión”, dice la Sra. Ashraf Sr.

"Sí, lo es", dice Giorgio. Quizás no haya ganado, pero hay un empate, y eso es probablemente lo mejor que se puede conseguir. Se levanta, listo para disculparse. Solo hay una trituradora, y si va a reabrir mañana, no tiene tiempo para quedarse charlando.

IV

Bien, entonces tiene su barbacoa, su caldero, su agua, y pronto tendrá su avena. También tiene su carne y sus patatas. Por ejemplo, algún ganado escapó antes de que construyeran la cerca, y durante meses habrá avistamientos de ovejas fugitivas. Otras fueron cazadas furtivamente antes de que la gente entendiera que las ovejas en Barfer Park les pertenecían. Ninguno de los cazadores furtivos tenía idea de cómo matar una oveja (ni idea de qué hacer con una una vez muerta). Por ejemplo, una consejera de pareja le aplastó el cráneo a una oveja con una piedra, gritando mientras la materia cerebral salpicaba su blusa. Una coordinadora de marketing digital y su esposo intentaron ahogar una oveja en el canal. Un vendedor de sillas ergonómicas pasó quince minutos decapitando una oveja con un hacha. Sin embargo, la primera carne de Giorgio llegó hace dos días: tres bolsas

de basura llenas de cortes de cordero. Cuando el hijo de Hamza entregó las bolsas, Giorgio sintió como si le hubieran dado la evidencia de un caso de asesino en serie.

Como le da paranoia usar sal de lavavajillas como conservante, revisa la carne del congelador cada pocas horas: hay chuletas de paletilla, de lomo, de solomillo; costillas, hígados, riñones. Las bolsas de sal para lavavajillas decían "No ingerir", pero también que el único ingrediente era cloruro de sodio. Para Giorgio, el cloruro de sodio es igual que cualquier otra sal. Es el tipo de cosa que habría buscado en Google antes del Powcoot, pero ahora solo tiene que confiar en su instinto.

Pero donde tiene dificultades es por la leña. ¡No te creerías lo rápido que un grupo puede quemar la leña sobrante! Han rastrillado ramas y ramitas en parques para usarlas como yesca. Han destrozado vallas de jardín. Han derribado vallas publicitarias. Han quemado palés, tablas de madera contrachapada y bancos de parque. Algunos han quemado sus cobertizos.

Así que Giorgio se lo piensa un poco, ¿no?, y se da cuenta de que cerca del pueblo hay una vieja zapatería que lleva años tapiada. Piensa que quizás él y Douglas puedan arrancarle las tablas del suelo, el mostrador, los marcos de las ventanas... ¡Quemarlo todo! Pero cuando llegan, hay un grupo de mujeres ya amontonando cada trocito de madera.

Desanimados, Giorgio y Douglas se alejan con dificultad, empujando sus carritos vacíos, y es entonces cuando ven el andamio que rodea el edificio de oficinas que una vez albergó Nordenholt Data Analysis, ¿verdad? Ha sido la base de los IMW desde el tercer día —la mitad de las ventanas están destrozadas, está llena de grafitis y el pequeño Danny hace guardia afuera—, pero casi todos los miembros de la pandilla se han ido con sus chicas a vivir, trabajar y divertirse en la granja de Bert.

En fin, Douglas y Giorgio se divirtieron un ratito con Danny, intercambiando las últimas novedades. Luego, Giorgio le preguntó a Danny si podían usar algunas tablas del andamio para leña. Danny no se inmutó, así que Giorgio tomó una llave inglesa de la caja de herramientas de Douglas y trepó al andamio. Se movió por los tramos y subió por las escaleras como si estuviera en un viejo videojuego. Para cuando llegó arriba, cinco pisos, la cabeza le daba vueltas y estaba sin aliento por el ascenso.

Pero se siente mejor cuando sube al tejado. Cruzando el fieltro entre los tragaluces, se toma un momento para recuperar el aliento y saborear la vista. Ahí está la azotea de los apartamentos Busy Bee y los paneles solares en el tejado de su nueva casa. Allí, al norte, bajo la rotondaboot y el grueso tejado de plástico de Asda, puede ver el arco del polideportivo. Y ahí está la torre de la enfermería, sus luces eléctricas formando una nube amarillo pajizo en la lluviosa mañana. Se esfuerza por ver el estuario de Forth, pero el día

es demasiado gris o la curva de la tierra demasiado pronunciada. Mira al este, al otro lado de High Street, donde puede ver la cima del campanario de High Kirk, la torre del reloj de la biblioteca, las agujas cuadrangulares de la Universidad. Y puede ver cuántos edificios están carbonizados por los disturbios; es como si la ciudad hubiera sido salpicada de tinta. Hacia el sur, las Braes son de un verde oscuro, medio envueltas en nubes.

Entonces oye a Douglas gritar: "¡Giorgio! ¡Giorgio! ¿Estás bien ahí arriba?"

Giorgio retrocede lentamente hasta el borde, se sube al andamio y mira hacia abajo. Ahí está Douglas, como un hombrecito de Lego, con las manos ahuecadas formando un megáfono. Giorgio se siente mareado y cierra los ojos.

Cuando se recompone, empieza a desatornillar acopladores y abrazaderas, soltando las tablas del andamio. Una a una, las va dejando caer por el lateral. Douglas y Danny esperan abajo, asegurándose de que nadie cruce la pequeña plaza del edificio. Las tablas caen como clavadistas olímpicos y luego se estrellan contra las losas del pavimento con un estruendo que lastima los dientes de Giorgio. Mientras Douglas recoge las piezas en sus carritos, Giorgio empieza con el siguiente juego de acopladores.

V

Lo otro que necesita son cuencos. Por ejemplo, si va a servir gachas, necesita algo para servirlas. Así que, cuando termina de recoger la leña, va a la tienda de intercambio de Ashraf.

Las ventanas de Ashraf ahora están empapeladas con letreros e informes escritos a mano, algunos de ellos ilustrados por Tam. Para "EXMINERO CREA UNA MÁQUINA LOCA", Tam dibujó el Carro de Fuego con un Kelpie que parece Pegaso. Para "JÓVENES LOCALES ENCUENTRAN EL AMOR DURANTE POWCOOT", dibujó una pareja de dibujos animados follando. Para "AYUDA EN UNA GRANJA: DOCENAS DE OPORTUNIDADES AGRÍCOLAS ABAJO", dibujó a un profesor con una horca. Para "NOTICIAS DE GLASGOW: RELATO DE UN TESTIGO OCULAR DE UN REFUGIADO", garabateó a un escocés regordete que lleva sus pertenencias en un bulto como el de Dick Whittington. El último que lee Giorgio lo hace reír: " ARCA DE LONDRES: LA ESCANDALOSA VERDAD SOBRE LA ÉLITE Y SUS BÚNKERES SECRETOS".

En fin, dentro, Giorgio está de pie sobre la alfombra chapoteante mientras el tintineo de la campana se apaga. Ashraf está apoyado en su mostrador, rodeado de velas eléctricas, escribiendo las últimas noticias. Los estantes

ahora están llenos de juguetes, juegos, ropa, cojines, libros y todo tipo de trastos.

“¿Tu centro de noticias ha despegado entonces?”, pregunta Giorgio.

“Te dije que así sería”, dice Ashraf.

Entonces Giorgio dice: "¿Estás seguro de que tu información es verdadera?"

—Por supuesto. Todo lo que lees aquí es verdad garantizada.

“¿Incluso las cosas sobre el Arca?”

“Confirmado por muchas fuentes.”

"¿Y si", dice Giorgio, disfrutando de su as bajo la manga, "lo hubieran sacado de la misma fuente? ¿Y si te digo que esa fuente fue una historia que inventé para la pequeña Ava, basada en alguna tontería que Marjorie estaba diciendo?"

—No —dice Ashraf—. Se lo he oído a mucha gente que lo conoce.

Pero Giorgio dice: "Te lo digo: empezó como un cuento de hadas".

Entonces Ashraf dice: «Respóndeme a esto. Si todos los políticos, el jefe de la policía y los soldados están en el Arca,

¿dónde están?». Como Giorgio no pudo encontrar una respuesta, Ashraf continuó: «Ves, es como la división de la luna, ¿eh? Quizás Alá, glorificado y exaltado sea, respondió la oración de Mahoma, la paz sea con él, y la luna se partió literalmente por la mitad y se volvió a unir. ¿O quizás esos versículos tratan sobre lo que literalmente *sucederá* en el Día del Juicio? ¿O quizás su verdad es más figurativa que literal? Pero de una forma u otra, dicen *la* verdad».

Giorgio está totalmente desconcertado por esto.

Ashraf dice: «O es como el burro parlante de la Biblia, ¿verdad? O Dios literalmente hizo que un burro hablara, o hizo que Balaam pensara que un burro podía hablar, o la verdad de esa parte es más figurativa que literal. ¿Quizás se está burlando de Balaam? Quizás Dios y Moisés se estaban riendo juntos».

"¿Cuándo te volviste tan religioso?", pregunta Giorgio.

Lo que digo, amigo, es que quizás todos tus políticos y jefes estén *literalmente* encerrados en un complejo enorme llamado El Arca o quizás no lo estén. Pero sea como sea, la historia dice la verdad. Como te digo: todo lo que lees aquí es verdad.

—¡Joder! Es como hablar con Marjorie. Solo vine a por unos tazones.

"¿Unos cuencos?", dice Ashraf.

Sí, abrimos mañana. Desayuno a las nueve. Almuerzo al mediodía. Té a las cuatro.

—No, eso es nuevo —dice Ashraf, cogiendo su libreta—. ¿Qué se siente al abrir por primera vez desde los disturbios?

“¿Cómo se *siente?*”

—Sí. Sabes lo que es un sentimiento, ¿verdad?

Giorgio dice: "Bien, supongo".

Ashraf da golpecitos con el bolígrafo. "¿Cuál es tu mensaje para la gente local?"

Supongo que me siento orgulloso, porque no ha sido fácil. Y estoy agradecido porque tanta gente me ha ayudado de tantas maneras.

—Bueno, ya estamos llegando a algo. ¿Qué les espera a los comensales en el Lord of the Fries mañana?

Y Giorgio dice: "Espero que sean tazones. He venido buscando tazones, cualquier cosa donde pueda servir las gachas".

“Tenemos un montón de cuencos, en la parte de atrás, en la sección de artículos para el hogar”.

“Calidad, ¡gracias, amigo!”

—Pero espera —dice Ashraf—. ¿Qué estás intercambiando?

“¿Eh?”

“Esto es una casa de cambio: tomas algo y dejas algo”.

"Estás bromeando, ¿verdad?"

—No, toma todos los tazones que quieras. Lo que dejes no será equivalente, pero dejas *algo;* es un gesto de buena voluntad.

“¿Como qué?” dice Giorgio.

—No lo sé. Cualquier cosa que ya no necesites.

“¿No estás olvidando que me quitaste todo lo que tenía, supuestamente a cambio de tu amistad?”

Y Ashraf le dice: "Tienes mi amistad, amigo, pero conoces las reglas: sin méritos ni excepciones. Tomas algo, dejas algo".

Giorgio está de pie junto a la sección de juguetes, con la mano apoyada en una caja de zapatos llena de una vieja pista de Scalextric. Junto a ella, hay una estación de bomberos de plástico, una muñeca de Pocahontas, un Batmóvil con el que se ha jugado tanto que se le ha desprendido la pintura. Hay juegos de mesa en cajas de

cartón pegadas con cinta adhesiva, equipos de Subbuteo llenos de tobillos rotos y brazos desaparecidos, bloques de construcción con marcas de dientes, muñecas Barbie peinadas hasta quedar leonadas. "Espera ahí", dice. "Ya sé qué darte".

Básicamente, Giorgio sube por el camino hacia el Señor de las Papas Fritas y unos minutos después está de regreso con el viejo parque infantil de Gianfranco Jr.

"¿Seguro?", dice Ashraf. "¿Ese no era el de tu hijito?"

“Sí”, dice Giorgio, “así fue”.

Entonces Ashraf dice: "Ay, coge los tazones, amigo. Haré un..."

"Na", dice Giorgio, subiendo la voz. "Preferiría que otro... No sirve de nada estar tirado en un estante de mi freiduría, ¿verdad? Si otro bebé puede disfrutar la mitad de lo que Gianfranco disfrutó al batear ese tucán..." Su voz se ha vuelto cada vez más aguda y ahora se ha desbordado. Por primera vez en años, está llorando. Gruesas lágrimas caen de sus mejillas; ha sucedido tan inesperadamente que no puede ocultarlo de Ashraf.

"Está bien, amigo", dice el Sr. Ashraf Jr., saliendo de detrás del mostrador. "Está bien". Y le da un abrazo a Giorgio.

VI

Por la mañana del día quince, Giorgio coloca su caldero en la chimenea de ladrillo que ha construido junto a la barbacoa gigante. Mientras Marjorie trae una bolsa de café de filtro de la despensa, él vierte la primera carga de avena, añade un poco de sal y vierte agua en la manguera.

Cuando Marjorie regresó con el café, él le dijo: «Necesitamos una cafetera. Algo que podamos usar como tetera».

“¿Puedo buscar una?”

Saludos, cariño. Sería genial. ¿Intentas ir a casa de Ashraf?

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis.”

"Suena bien."

“¿Una tetera?”, dice Marjorie.

Giorgio dice: «Una olla. Una olla enorme para hervir agua».

—Sí. Eso vendría bien para el café.

“Así es, Marjorie.”

"¿Tenemos una?"

“Ibas a buscar una, ¿te acuerdas?”

"¿Ah, si? Me apuraré."

Tómate tu tiempo. Tiempo, tenemos de sobra.

“Oh, señor Giorgio, usted es como Jesús alimentando a la multitud”.

Tiempo, tengo de sobra. Tú probablemente tengas un poquito menos. Pero suficiente para conseguir una olla.

Es tal como lo prometen las Escrituras, ¿entiendes? ¡En el Reino de Dios, no nos falta de nada!

“Excepto una olla.”

“Ah, es cierto”, dice Marjorie.

Pensándolo bien, no tenemos tanto tiempo para la cafetera. Abrimos en menos de una hora. Giorgio la acompaña hasta la puerta principal y garabatea una nota en una servilleta: «Giorgio necesita una cafetera grande para poder hervir mucha agua para hacer café». En el reverso escribe: «La cafetera que llevo es para Giorgio». Cierra la puerta tras ella para que los clientes no puedan entrar temprano. Luego sale a llenar la chimenea con las tablas de andamio cortadas.

Un minuto después, un idiota aporrea la puerta. Cree que debe ser Marjorie, que se ha olvidado dónde estaba. Cuando ve que es Tam, lo abraza. Tam está con Mac, y los dos están sobrios. Parecen un poco confundidos por estar afuera, como animales que salen de una larga hibernación, pero aparte de eso se ven bastante bien. Giorgio ha recuperado a todo su equipo, ¿sabes? Es como en El Antes, pero mucho mejor. Está tan contento que agarra a Mac, le da un abrazo y... ¡ah! Es lo máximo.

VII

Pronto, decenas de clientes llegan al Señor de las Papas Fritas. No hay suficiente espacio para todos, así que Giorgio tiene que decirles a algunos que vuelvan a sentarse a las diez. Nadie se queja ni amenaza con publicar una reseña negativa. Simplemente se quedan en casa o esperan afuera, en la sala de estar, balbuceando mientras acarician al poni.

Pero aún no hay suficientes asientos para ellos, así que Mac y Douglas, y un hombre con una barba que Giorgio nunca había visto, trajeron sillas de sus casas, y todos, amigos y desconocidos, se apretujaron alrededor de las mesas. Treinta personas y cien conversaciones.

Ahí está Psycho, debatiendo sobre el pastoreo de ovejas con los viejos Ashraf. Y ahí están Ava, Ruth y el primo Hamza. Y ahí está esa mujer que conoció afuera de la casa de Ashraf, y tres niños, y el tipo de la barba. ¿Pero dónde está Donna? No ha venido.

Entonces, al girarse hacia la cocina, la puerta se abre y allí está ella, sosteniendo un pequeño reproductor de CD morado. "He cambiado algunas pilas", dice. "Pensé que quizás querrías poner la radio o algo así".

No quiere parecer desagradecido, pero las emisiones de radio de la BBC solo sacan de quicio a todo el mundo. Siguen emitiendo las mismas advertencias junto con declaraciones sobre cómo el gobierno mantiene el control total, cómo los sistemas de defensa están totalmente operativos, cómo están tomando sesudamente las decisiones difíciles y las medidas necesarias para asegurar que la nación salga más fuerte que nunca. ¡Quien demonios escucha eso! "¿Hay un CD dentro?", pregunta Giorgio.

Donna abre el reproductor, mira dentro y se ríe.

“¿Qué?” dice Giorgio.

“Hace años que no uso esta cosa.”

¿Cómo? ¿Qué contiene?

“*Grandes éxitos de Robbie Williams*”.

Giorgio se ríe. «Funciona», dice.

Así que, el pequeño reproductor de CD suena de fondo mientras Giorgio y Marjorie traen tazones de gachas. Los tazones son de todos los tamaños y colores, y a veces Tam y Mac los llenan demasiado pronto y las gachas hierven. Pero nadie se queja. El café a veces está demasiado flojo y a veces demasiado fuerte, pero ¿a quién le importa? Quizás sea la última vez que beban en vasos desechables. Giorgio acepta una nota de los que tienen una y rechaza las disculpas de los que no. Los comensales se ofrecen a lavar sus propios tazones y nadie quiere irse. Cuando suena "Angels" en el CD, se lo dan todo: levantan los brazos en alto, como aficionados en un partido de fútbol, gritando el estribillo todos juntos.

Capítulo XXI

EL POZO

I

Para el día veinte, desesperados por la leña, los habitantes de Dundule han empezado a talar y serrar torres de teléfono. Las torres están tratadas con creosota y son tóxicas, pero no queda mucho más que quemar. La mejor manera de talar una torre es escalar las gradas y serrar la parte superior (la parte con el metal y los cables, y eso está unido); luego, simplemente se corta la torre desde la base. A menudo, la parte superior del poste queda suspendida, colgando de una telaraña de cables. A veces, una cuelga justo por encima del suelo, y los niños pueden usarla como columpio.

Pero aunque el clima se vuelve más templado, nunca tienen suficiente combustible para cocinar y calentarse. Así que, en resumen, Black Douglas propone el plan más audaz hasta la fecha: logrará lo que siempre ha soñado: reabrir la mina de carbón.

Desde que se inauguró el museo del patrimonio industrial en el sitio de la antigua mina de carbón, Douglas se ha negado a visitarlo (tiene un rencor desconcertante contra los mineros que se convirtieron en guías turísticos), pero el día veintiuno, bajo nubes como lana de acero, empaca algunas herramientas y camina hacia la antigua mina.

Alrededor de la mina, al este de Dundule, solía haber un pequeño pueblo minero llamado Carhill. Eran casas municipales de guijarros grises, con pequeñas ventanas y puertas a juego. Pero todo eso ha sido demolido, y el barrio —que ya no era un suburbio adinerado— ha sido rebautizado como Braeview. Las nuevas casas son de cristal y con grandes puertas correderas que dan a balcones. Los balcones están llenos de macetas y comederos donde la gente cultiva cualquier alimento que pueda.

La zona ha cambiado tanto que, hasta que encuentra el canal, Douglas no puede estar seguro de estar en la parte correcta del pueblo. Cerca del parque de aventuras, donde el canal está cubierto de lentejas de agua, el camino de sirga pasa junto a un viejo escorial, y hay un hedor espantoso, un hedor a muerte, y siente que lo observan desde la otra orilla.

Ve la lona de los “supervivientes” ondeando cerca del fuerte de juegos y supone que algunos vagabundos han intentado construir un refugio. Una hoguera arde en un pequeño aparcamiento junto a un bosquecillo, y hay cosas colgando de las ramas —no sabe qué— y un búho ulula, y el olor es puro y penetrante, y todo le dice que se dé prisa.

Poco después, llega a la estación Dundule del Ferrocarril del Patrimonio. Le molesta que sea una línea industrial, pero no, lleva a niños y turistas al Museo de los Ferrocarriles Escoceses en Bo'ness. Se puede conseguir una entrada individual para el Museo del Patrimonio Industrial, el Museo del Ferrocarril Escocés, el Ferrocarril del Patrimonio y la Experiencia Minera. En la taquilla, sobre vagones de tren florecidos de azafranes, entre los viejos carteles publicitarios de metal, los carteles en vitrinas muestran niños sonrientes: un niño en una locomotora de vapor, una chica balanceándose en una tirolina, un actor agazapado vestido de peón, un muchacho con casco de minero... ¡Vaya!

En fin, al otro lado de la pasarela de hierro forjado, bajo el canal, en Heritage Plaza, la noria conservada de Carhill Colliery permanece suspendida, pintada de escarlata, más brillante que nunca. Hay una escultura hecha de rieles de tren. Bancos hechos de traviesas de ferrocarril. Vías de tranvía desiertas entre los adoquines. Mesas de picnic pintadas en tonos pastel. Una tienda de ladrillos reconstruida. Una cafetería, con la puerta cerrada y las luces apagadas. Narcisos en jardineras alrededor de la noria. Dos

condensadores de superficie antiguos, recién pintados, vigilan junto a las puertas de cristal de la sala de máquinas.

Está todo cerrado y no hay nadie por ahí, salvo unas cuantas personas que buscan un poco de escarceo, así que Douglas elige su momento, abre las puertas con un cincel y entra en la sala de máquinas por primera vez en cuarenta años. Hay un reluciente martillo de vapor. Una esquiladora de carbón. Una máquina de vapor del siglo XIX expuesta como una escultura en el pulido suelo de madera noble. Las placas en las paredes de ladrillo visto relatan una cronología de un siglo, desde el hundimiento de la mina, pasando por la huelga general y la nacionalización, hasta la disputa de 1984, y la inauguración y el cierre del museo. Hay una recreación de la cabaña de un minero, en la que un minero rechoncho se lava constantemente en una bañera de hojalata, junto a una pequeña mesa de comedor que permanecerá para siempre a medio servir. Y allí, tal como le dijeron que estaría, está el punto culminante del museo y la clave del plan de Douglas: un ascensor con paredes de cristal que lleva a los visitantes a través de un camino subterráneo preservado.

Pero antes de regresar para reunir a una cuadrilla de trabajadores, recorre el resto de la exposición: una lámpara Davy, insignias sindicales, una empuñadura de carbón oxidada hasta quedar negra como un arma de alguna antigua guerra campesina. Cuando ve una chaqueta de burro de la empresa británica de carbón, le molesta. El olor

a azufre, diésel y petróleo, como el que solían oler las estaciones de tren, y los ruidos metálicos y las revoluciones, los gritos y las risas. Le molesta ser joven, recorrer las Braes con Nickie Walker, cuando el brezo estaba en flor y la adelfa se extendía por esa ladera como un moretón que se desvanece. Su olor a peras y vainilla y su lengua húmeda con sabor a menta verde. El dulce calor bajo su jersey. Dios, cómo adoraba esa Brae.

¿Existe otro mundo en el que ganaron la huelga y él se casó con Nickie Walker? ¿Existe la posibilidad de otro mundo ahora? ¿Por qué no? Todo lo que necesitan está aquí, ¿sabes? Hay uniformes, lámparas y herramientas de todas las épocas. Si es necesario, cavarán y cortarán con solo hachas. Ha leído los informes. Hay suficiente carbón bajo sus pies para décadas. Excavarán la tierra de nuevo. Extraerán oro negro.

Cuando estaba a punto de irse, vio la vieja bandera del Sindicato Nacional de Mineros de la Mina de Carhill. Estaba en la vía de la grúa, aplastada tras un cristal. Antes de irse, rompió el cristal, liberó la bandera, la enrolló y se la colgó al hombro.

II

No es broma, pero el hecho de que Douglas pueda formar una cuadrilla de trabajadores de la comunidad de antiguos mineros de Dundule refleja el optimismo de la época. Es una locura que acepten ayudarlo, pues su plan es, obviamente, una locura. Sin embargo, al mediodía del día veintidós, una docena de antiguos mineros se reúnen tras la vieja pancarta en Grainville Square. El más joven tiene sesenta y tres años, el mayor ochenta y nueve. Llevan bastones y andadores. Uno de ellos va en silla de ruedas.

Pero el delirio es contagioso y cientos de personas llenan la plaza para aplaudirlos. Ha llegado un viento desde el Forth, y es como si estuvieran en un sueño. Mientras los mineros marchan por la calle principal, sus simpatizantes se asoman a las ventanas, apretando los puños y vitoreando. Otros se alinean en la calle, con los brazos al aire, aplaudiendo y silbando, y ¡ay! Las mujeres besan las mejillas de los ancianos.

Y entonces, desde su silla de ruedas, el viejo Jimmy grita: «Los mineros, unidos, jamás serán vencidos». Al principio parece una broma, ¿sabes? Los demás se unen, cohibidos y riéndose de sí mismos. Pero luego empiezan a corearlo de verdad, tan furiosos y esperanzados como siempre. «¡Los mineros, unidos, jamás serán vencidos!». Cada vez más fuerte. Pronto parece que todo el grupo se ha unido. La

gente canta desde las ventanas, grita desde los techos de las paradas de autobús.

Pero una vez que se alejan del centro de la tropa, tras dejar atrás a la multitud, los mineros pronto se ven abrumados. Shuggie quiere que alguien más se encargue de la silla de ruedas de Jimmy y Lugsie necesita vaciar su bolsa de catéter. Para cuando finalmente llegan a la Explanada de la Mina, ya es tarde y están reventados. Aun así, se equipan con equipo de diferentes décadas. Los que se mueven más rápido agarran overoles naranjas, rodilleras de espuma y botas de goma; otros se quedan con chaquetas de tweed, cascos de hojalata, lámparas Davy..., ese tipo de cosas.

Luego se reunieron alrededor del ascensor de cristal. "Aquí está", dijo Douglas.

Y hay un montón de miradas, arrastrar de pies, carraspeos y flemas. Al final, Sandy dice: "No es broma, pero ¿cómo bajamos si el ascensor no funciona?".

—Seguro que hay una salida —dice Douglas—. Un conducto de servicio. Una escalera o algo así.

"¿Cómo puede Jimmy subirse por una escalera en su silla?", pregunta Sandy.

“Podemos bajarlo con una cuerda”, dice Douglas.

Lugsie empuja su andador hacia adelante, coloca su lámpara Davy en el pasamanos y mira a través del suelo de cristal del ascensor. "Parece que solo baja unos quince metros. El pozo tenía casi un kilómetro de profundidad".

—Havers —dice Douglas—. No era tan profundo.

“Hay algo más profundo que eso”, dice Lugsie.

Entonces empezaron a discutir.

“De todos modos, el carbón estaría allí”.

—No, no. No en los ochenta. Estábamos perforando allí.

“No, te equivocas porque cuando salimos…”

“Ah, pero ten cuidado, la veta no está aquí, ¿eh?”

“Estaba allí.”

“No, sería por ahí.”

“No, ¿no podría haber sido porque al final del día el sol se pondría en tu cara cuando salieras?”

En fin, después del cierre, ¿no bloquearon las puertas y las carreteras con hormigón? No excavaremos ahí.

“El resto se habrá adueñado de él.”

¿Y qué hay del metano? Aunque pudiéramos bajar, ¿cómo ventilaríamos?

“Y si alguna vez encontráramos carbón, ¿cómo lo procesaríamos?”

Básicamente, les toma menos de diez minutos aceptar que el plan es una mierda. Luego les toma otros diez minutos aceptar que no pueden soportar la ignominia de regresar a la ciudad fracasados. Así que se sientan a recordar y comparar dolencias médicas. Al final del día, van a los narcisos que rodean la gran rueda y se ensucian las manos. Se frotan la cara con barro y tierra. Luego regresan a la ciudad con sus uniformes históricos.

III

Al día siguiente, el día veintitrés, hay menos mineros porque algunos de los más viejos no pueden soportar la caminata. Lugsie trae una baraja de cartas y juegan al Texas Hold'em, apostando con las colecciones de fichas e insignias de antiguas minas del museo. Cuando se aburren de las cartas, inventan un juego parecido al "shove ha'penny", al que juegan con fichas de mina en el suelo de madera. O se

quedan dormidos hasta que alguien se despierta y se da cuenta de que es hora de irse a casa. Cada noche regresan a una bienvenida de héroes, inventan alguna tontería sobre el progreso que están haciendo y luego se quedan despiertos, inquietos por la culpa.

Esto continúa hasta el día veintinueve, ¿verdad?, cuando Lugsie, un entusiasta del vapor, se dirige a la estación ferroviaria histórica. Cruza el puente del canal y encuentra la entrada de la estación cerrada con candado, pero más adelante en el camino de sirga, bajo una guirnalda de saúco, hay una puerta que lo lleva al andén. Se sienta en un banco a la sombra del dosel de la terraza, simplemente disfrutando del momento, ¿entiendes? Hay un montón de azafranes en las jardineras de los vagones de tren, campanillas azules cayendo de las cestas colgantes. Viejos letreros de metal anuncian las cerillas Bryant & May, la cerveza McEwan, el jabón Hudson, el chocolate Fry…

En fin, cuando está listo, se arrastra por el andén para echar un vistazo al material rodante. Ve la estructura oxidada de un furgón, un tanque de leche, plataformas para contenedores, un vagón con pasillo de bogies a medio restaurar... ¡Vaya! Debajo de la báscula puente están el tanque de agua, la caseta de señales, el patio de mercancías y una grúa de seis toneladas.

Pero escuchen esto: entonces ve la torre de carbón y se le ocurre una idea. La torre de carbón no funciona, pero es

donde almacenan el carbón del ferrocarril histórico. Lugsie cruza las vías muertas, donde la hierba y la pamplina crecen entre el balasto, y al otro lado encuentra una montaña de carbón: toneladas de carbón de calidad para locomotoras importado de Rusia a finales del año pasado. Se llena los bolsillos, manchaándose las manos y la cara con purpurina negra.

De vuelta en el Museo de Minería, despierta a los demás. No pueden comprender su apariencia: brilla de sudor y polvo de carbón. Es como si hubiera salido de sus sueños. "Chicos", dice, "hemos encontrado la veta de carbón".

Capítulo XXII

HECHOS

I

Durante la semana siguiente, todo parece posible. Es un carnaval. Dos mujeres quieren llegar a Francia en globo aerostático, un hombre quiere fabricar combustible con la grasa de las patatas fritas de Giorgio. Una emisora de radio local transmite noticias y música. En cada calle, los oyentes se reúnen alrededor de radios de pilas o de manivela. El Sr. Ashraf Jr. tiene su propio programa de noticias. Los DJ no pueden acceder a la transmisión de audio ni al almacenamiento en la nube, así que ponen las mismas canciones una y otra vez. La favorita siempre es "Angels". Se convierte en su himno.

El tobillo de Ruth se cura hasta que puede caminar con un bastón, así que regresa a la Universidad. Sus colegas tienen la amabilidad de olvidar que alguna vez fue su jefa. Están demasiado ocupados guardando rencor por las métricas o la asignación de trabajo, demasiado vivos en el presente para preocuparse por el pasado. Y Ruth todavía puede ser administrativa: todos los días escribe un horario con las horas de los eventos y los números de las salas. Lo exhibe en rotafolios en el vestíbulo del cuadrante. Los estudiantes envían copias a Ashraf y a otros centros de noticias. El programa se anuncia en la radio comunitaria.

Cualquiera es bienvenido a asistir o proponer un evento. Hay talleres y charlas públicas, debates y foros abiertos. Hay talleres sobre energía renovable, Kropotkin y ayuda mutua, civilización romana, biocombustibles, la sociología del riesgo, la teología de la reforma de Thomas Müntzer, Simone de Beauvoir, inteligencia de enjambre multiobjetivo en colonias de hormigas. Es una locura. A veces, las salas de conferencias están tan llenas que la gente se queda de pie en las puertas, estirando el cuello para ver. A veces, nadie viene. Tienen cursos cortos: permacultura, organización comunitaria, mantenimiento de bicicletas, historia de Wummin, fabricación de velas, reparación de motores, teatro comunitario, teatro en la educación, la tradición mesiánica en el islam. Los libros de la biblioteca se tratan como santuarios.

¿Y saben qué más? El Día Treinta y Siete, hay una iniciativa para limpiar la basura de las calles de Dundule. Casi nada se ha tirado desde el Powcoot —incluso las latas que comía la gente se lavaban y almacenaban para su reutilización—, pero en las calles todavía se ven los restos de la sociedad de consumo. El olor ya no molesta a la gente: es menos fétido, más terroso y sudoroso, y en cualquier caso, se han acostumbrado a este mundo más acre. Sin embargo, la asamblea del pueblo vota usar parte del diésel extraído de los tanques subterráneos para alimentar tres camiones cisterna municipales que compactan la basura y la transportan al vertedero. Como el diésel es tan escaso, solo conducen los camiones por unas pocas carreteras principales, así que la iniciativa requiere voluntarios para llevar la basura a las carreteras a mano, ¿no?

Pero la Gran Limpieza comienza en caos porque los camiones de basura llegan una hora antes de lo previsto, por lo que los residentes de Braeview no han podido llevar la basura a la carretera principal, y los niños que esperaban ver estas máquinas en acción siguen dormidos. Básicamente, resulta que la confusión está relacionada con el horario de verano, que debía comenzar cuatro días antes. Los basureros lo han tenido en cuenta, pero pocos han ajustado sus relojes; a decir verdad, la mayoría ni siquiera *tiene* un reloj que funcione. Las discusiones sobre la hora correcta duran varios días, hasta que todos aceptan como definitiva la hora que muestra el reloj de cuerda de High Kirk. Esta hora

se conoce como la Hora Estándar de Dundule. Pero, atención: cuando la gente empieza a sintonizar las emisiones de radio de las ciudades vecinas, la Hora Estándar de Dundule resulta estar una hora por detrás de la Hora de Glasgow y, lo que es más extraño, diecisiete minutos por delante de la Hora de Embra.

II

Y luego está esto: Giorgio convence a Mac para que lo ayude a usar los paneles solares del tejado de la casa que ha ocupado, ¿no? Verás, siempre que Giorgio ve a Mac, Mac está solo, normalmente ayudando a Marjorie. Camina con la cabeza gacha, murmurando disculpas sin motivo, y su tartamudeo es tan grave que casi todo el mundo lo evita. En resumen, Giorgio ya no entiende que Mac *sufría,* que a su manera necesitaba *opiáceos,* alcohol, cocaína o *algo* para aliviar su sufrimiento.

En fin, un día, Giorgio ve a Mac intentando escapar después de ayudar a Marjorie a bajar las escaleras. Giorgio le dice: "¿Qué tal, amigo?".

"¿Qu–qu–qu–qué?" dice Mac. Es como un pizarrero corriendo en busca de refugio después de haber levantado una piedra.

Giorgio le dice: «Toma», como si se le acabara de ocurrir. «Se te dan bien las ciencias, ¿verdad? ¿Crees que podrías instalar los paneles solares de mi tejado para alimentar las luces?»

"Ya n –n–no hago ciencia", dice Mac.

“¿Por qué?”, pregunta Giorgio.

“N–nn–no desde que e–esa e–e–e–esa cosa que pasó.”

—Ay, vamos. Sea lo que sea, necesitas desahogarte.

“L–lo–siento.”

"Obviamente sigue molestándote", dice Giorgio. "Tienes que dejarlo salir. Siéntate aquí un momento. Descansa. Háblame".

Mac no tiene muchas opciones. Se sienta codo con codo con Giorgio en la entrada de Busy Bee Flats. La conversación que sigue es larga —el comienzo de cada frase es como arrancar un coche con pinzas—, pero poco a poco Mac explica lo que le pasó.

Básicamente, lo que pasó ocurrió en la Olimpiada Internacional Juvenil de Ciencias. Verás, cuando tenía quince años, Mac fue elegido capitán del equipo británico, ¿verdad? Pero esto quizás fue más emocionante para el padre de Mac que para él mismo. Porque, verás, allá por los 90, cuando era un prodigioso posdoctorado, el padre de Mac presentó una prueba de la Conjetura de Modularidad de Serre, que, hasta que sus errores fueron expuestos en la revisión por pares, entusiasmó brevemente al campo de la teoría de números. Bueno, una década después, el padre de Mac seguía trabajando en su prueba cuando se publicó una solución definitiva en Estados Unidos. Para entonces, el padre de Mac había caído en el olvido académico y daba clases de pregrado en la Universidad de Stirling. Es simplista, pero también cierto, afirmar que el padre de Mac buscó vivir indirectamente a través de su único hijo. En resumen, como preparación para la Olimpiada de Ciencias, el padre de Mac lo sometió a cinco meses de riguroso entrenamiento.

De todos modos, el formato de la Olimpiada requiere que los concursantes completen dos pruebas escritas antes de abordar el experimento de resolución de problemas. La primera prueba es de opción múltiple, pero es un poco más avanzada que tu examen básico de grado estándar, ¿sabes? Por ejemplo, aquí hay una pregunta de ejemplo: "¿Cuál de los siguientes es el orden correcto del radio iónico decreciente para Na+, Mg_2+, O_2− y F−?". La segunda prueba, el examen teórico, se vuelve aún más difícil; por ejemplo,

"Expresa la velocidad del electrón u en el Experimento de Rayos Catódicos de Thomson en términos de e, m y V_1, en el momento en que el electrón pasa por la rendija en M_1". Pero al final de las dos pruebas escritas, Mac quedó en segundo lugar, y el equipo británico quedó justo detrás de India.

Bueno, después de cada examen, el padre de Mac revisaba el examen, comprobando sus cálculos. Al estudiar el examen teórico, vio que Mac había cometido errores inexplicables. Lleno de nervios, Mac se había equivocado con la configuración electrónica del ion más estable del aluminio, y cosas así. Pero el padre de Mac seguía esperando que su hijo recuperara la puntuación en el examen experimental. Como el padre de Mac era rápido en señalar, él —el padre de Mac— lo había preparado tan bien, lo había *dotado* de tales ventajas intelectuales, le había otorgado privilegios tan extraordinarios y, francamente, *inmerecidos,* que era inconcebible que Mac reprobara.

Y, siendo justos, hay otros mundos, tan reales como el suyo, en los que Mac se sobrepone a sus nervios, gana la Olimpiada, recibe una beca para el Peterhouse College, Cambridge, y le otorgan el Premio Kelvin en su primer año. Pero, en Disnaeland, durante el segundo experimento, Mac comenzó a observar a la pequeña india que estaba en posición de medalla de oro; lo estaba haciendo parecer tan fácil, ¿sabes? Preocupado por tener que ir demasiado lento, Mac comenzó a apresurarse. Y mientras calculaban el contenido de ácido cítrico del gamgyul, vertió el indicador de

fenolftaleína en la solución de M NaOH. Al darse cuenta de que había arruinado dos sustancias químicas esenciales, Mac levantó la vista hacia la galería y vio la cara de su padre. La expresión de su padre era de horror y repulsión.

Mac no solo no logró alcanzar a la pequeña india, sino que también se quedó fuera de las medallas y le costó la plata al equipo británico. Y la cosa empeoró. Después, el padre de Mac habló con el padre de la india. Él —el padre de Mac— intentaba ser magnánimo, planeando hablar con el padre de la ganadora sobre soluciones alternativas. Pero el padre de la joven se disculpó y explicó que no entendía ninguna de las preguntas. Era un campesino analfabeto de Gujarat. Su hija ayudaba en el campo y estudiaba en una escuela pública local. Su madre murió al dar a luz, y ella quedó inválida a causa de la polio infantil.

En el vuelo de regreso, el padre de Mac le señaló cada una de sus ventajas y privilegios inmerecidos, una y otra vez, hasta que contextualizó la *enormidad* de su fracaso. Después de eso, no había nada más que decir. De vuelta en casa, cuando Mac bajaba a desayunar, su padre recogía el plato en silencio y salía de la habitación. Sufriendo una depresión severa, Mac llenó sus exámenes de Higher con declaraciones de autodesprecio y desesperación. Si bien sus calificaciones habrían complacido a la mayoría de los estudiantes, estaban tan por debajo de lo que la escuela esperaba de Mac que el rector exigió una investigación pública. Aquejado de tartamudez, Mac no ofreció ninguna explicación, y en lugar

de elegir entre las universidades de Oxbridge, aceptó en silencio una plaza en la Universidad de Escocia Central.

En fin, esta historia surge tras cientos de entregas entrecortadas, y al final Giorgio está aburridísimo. "¿Y luego qué?", pregunta.

"Eso es todo."

¿*Eso fue* lo que pasó? Creí que habías matado a tus padres en un teletransportador o algo así.

“Podría haberlo hecho”, dice Mac.

Giorgio dice: "¿Entonces por eso te odias?"

“No me odio a mí mismo.”

“Sí que lo haces”, dice Giorgio. “Créeme, amigo; he pasado por algo parecido. Cuando eres bueno en algo y eso te define… Por ejemplo, cuando era chico, era increíble con las chicas. Era el mejor. ¿Ves si hubiera habido una Olimpiada de Mujeres? La habría ganado sin desabrocharme el cinturón. Pero bueno, me lo arrebataron. Perdí mi belleza, mi familia y mi confianza. Lo perdí todo”.

"Lo siento", dice Mac.

—No, pero mira, desde el Powcoot, todo ha cambiado. No necesito que las mujeres me consideren alguien que crea

que valgo algo. A ti te pasa lo mismo. Vale, resulta que eres un genio, pero eso no importa. Importaría incluso si fueras tan tonto como Tam. Lo que importa es que tienes buen corazón.

No, no, no, aparte. Mientras la mayoría de la gente en Dundule ha saciado su hambre temporalmente, Mac se ha estado muriendo de hambre como penitencia por haber malgastado sus innumerables privilegios inmerecidos. Para entonces, el ácido clorhídrico le chapoteaba en el estómago y sus intestinos emitían un ruido como el de un bebé gorgoteando. Llevaba semanas eructando gases biliares. Y ahora, sentado en el escalón con Giorgio, algo mucho mayor estaba a punto de emerger de su tracto digestivo. Las entrañas de Mac rugían como un elefante furioso. Sus mejillas se inflaban. Se levantaba, arqueaba la espalda. Luego se enderezaba, estiraba los brazos y, *finalmente,* eructaba. Repetía la nota una y otra vez, como Pavarotti aferrándose a un si agudo.

"Lo siento", dice Mac cuando por fin termina. Se queda sentado, con aspecto agotado. "Lo de la energía solar es fácil", dice. "Solo necesitamos un inversor y una batería recargable de plomo–ácido; las hay en caravanas y carritos de golf".

"Eres un genio", dice Giorgio. Pone su brazo alrededor del cuello de Mac y lo aprieta; son mimos y un abrazo.

III

A finales de marzo, el día veintisiete, los trabajadores de la destilería Tullibardine votaron embotellar todo en sus barriles, ¿verdad? Así que, en abril, el día treinta y tres, este whisky de malta empezó a aparecer en Dundule. Ahora, la mayoría de los viejos pubs cerraron debido al COVID–19, la recesión, el auge de la socialización virtual y simplemente el aislamiento social distópico que impregnó la modernidad tardía. Pero ahora hay cientos de nuevos bares. La mayoría de estos son casas públicas en el sentido antiguo, es decir, son casas, a menudo con estufas de leña, donde se celebraban fiestas en los días posteriores al Powcoot. Ahora, la mayoría de estos sirven alcohol además de proporcionar un cálido espacio para traer tus propias bebidas.

Por ejemplo, todas las noches hay un té con baile al piano en el salón de un antiguo colegio. En Braeview hay un triángulo de nuevos bares gay. En un autobús de dos pisos destartalado, puedes tomar un trago mientras escuchas al Coro de High Kirk. Cerca del polideportivo, hay un bar de karaoke donde todos cantan a coro. En la zona industrial, los jóvenes se divierten en la antigua estación de UPS,

charlando entre ellos y escuchando sets acústicos interpretados por bandas de instituto.

Pero la mayoría de los bares nuevos son más tranquilos. Después de terminar en el Lord of the Fries, a Giorgio le gusta visitar el Zone One. Es solo una casa en Westbridge, pero estaba vacía durante el Powcoot, y tiene estufas de leña en las salas delanteras, así que la gente empezó a reunirse allí por las noches. Ahora, su exterior está pintado con corazones y arcoíris, y su entrada está decorada con una guirnalda de luces solares. Dentro, la gente se relaja sobre alfombras, cojines y mantas, bebiendo, leyendo y jugando a juegos de mesa a la luz de las velas.

En fin, tarde en el Día Cuarenta y Dos, Giorgio estaba en la Zona Uno, jugando a las damas con Donna, quien le contó que había empezado un curso de fabricación de velas en la universidad. "Tenemos un montón de cordel para las mechas", dijo, "pero conseguir la cera es lo complicado. Principalmente reciclamos velas derretidas, añadimos crayones y parafina atascada. Luego hay que derretirla al fuego. Lo divertido es añadir perfume, aceites esenciales y demás. Luego se vierte en un frasco alrededor de la mecha".

Giorgo le cuenta sobre Mac, las baterías que les pusieron a los carritos de golf, cómo sus paneles solares ya no pueden alimentar las luces de la casa ni del Señor de las Papas Fritas. Y luego, como está un poco borracho, porque Ruth está

buscando a Ava, porque es una pregunta inocente en sí misma, le pregunta si quiere ver sus luces.

Donna dice: "¿Ver tus luces?"

—Sí, quiero decir, cuando terminemos aquí. De camino a casa, podríamos... Obviamente ya has visto luces antes, pero...

—Está bien —dice ella—. Vamos a ver tus luces.

IV

Bromearán sobre ello el resto de sus vidas, pero las luces de Giorgio son realmente dignas de admirar: luces colgantes y de techo, lámparas de mesa, las bombillas halógenas bajo los armarios de la cocina. En un momento dado, Donna va a usar el baño de Giorgio, ¿verdad?, y cuando termina, se queda de pie frente al espejo, mirándose brillando bajo la luz eléctrica. Por primera vez, intenta sentir su nombre en los labios. "Gee–orgio". Disfruta de cómo pronunciar la primera sílaba la hace fruncir los labios como si esperara un beso. Sí, piensa, es el momento: por fin, está lista para escribir su propia historia.

Pero, ¿cuánta confianza necesitas tener en que tus sentimientos son correspondidos antes de intentar un beso? La mayoría de las personas cuentan las señales y calculan las probabilidades. ¿Reírse de los chistes del otro durante una hora? 50%. ¿Caminar juntos, aunque la ruta no tenga sentido? 60%. ¿Quedarse afuera, con una sonrisa de medianoche, durante más tiempo del que posiblemente tomaría decir adiós? 70%. ¿Ofrecer y aceptar una invitación para "entra por X"? 80–85 % (acordar compartir una copa antes de dormir: 80%; organizar ver algunas luces: 85%). ¿Ignorar los sillones y sentarse uno al lado del otro en el sofá? 88%. ¿Ninguno de los dos se separa cuando sus muslos se tocan? 90%. ¿Declarar cuánto se gustan el uno al otro? 91%. ¿Quitarse los zapatos? 92%. ¿Reorganizar sus cuerpos (tobillos sobre rodillas o pies bajo traseros) para que se giren y se vean uno al lado del otro en el sofá? 94 %. ¿Comparar el tamaño de las manos? 98%. ¿Abandonar la etiqueta conversacional que exige que el interlocutor desvíe la mirada, para poder hablar sin romper el contacto visual, y luego descubrir que esta intimidad se siente bien? (99%). ¿Hablar más bajo, acercar las caras, escuchar el latido del corazón del otro?

En aquellos tiempos, hace mucho tiempo, Donna imaginaba primeros besos como los de Jack y Rose en *Titanic.* En cambio, tuvo vomitadores, babeantes, braguitas, nalgadas, tirones de pelo. Tuvo un hombre que quería grabarla con su móvil. Un hombre que le pidió que se pusiera

un par de tacones que guardaba debajo de la cama. Un bebé adulto. Un olfateador de bragas. Tuvo un hombre que solo podía mantener una erección diciendo cosas como: "Ahora te mueres por ello, ¿eh?". Tuvo un francés que se iba a África por la mañana. Tuvo al padre de Ava. Tuvo a Kieran. La engañaron, la abandonaron, la traicionaron.

A veces, sus amigas lamentaban los orgasmos rápidos de sus amantes, quejándose de cómo el sexo las dejaba insatisfechas. Donna fingía identificarse, pero sus relaciones nunca pasaban de la etapa en que el sexo era una prueba que sortear. En sus recuerdos de besos y sexo, de alguna manera se había alejado de la acción, analizando su actuación como un comentarista de billar. ¿Es correcto? ¿Es mejor? ¿Siempre lleva los calcetines puestos? ¿Se molestará si uso lubricante vaginal? Y cuando, finalmente, sus embestidas se aceleraban, cuando su expresión se volvía más enfadada, cuando hundía el rostro en una fantasía privada o le sujetaba la barbilla para que no se perdiera su momento de triunfo, lo único que sentía era alivio. Con su primera docena de amantes fingía orgasmos, emitiendo un chillido cortés que esperaba que fuera digno pero que sugiriera un placer eufórico, pero con el tiempo aprendió que, con o sin los efectos de sonido, al recuperar el aliento, hacían la misma pregunta: "¿Te corriste?". Y ella daba la misma respuesta evasiva: “Oh, Dios, eso fue *increíble*”.

Con Giorgio, las cosas son diferentes. *Esto* es pasión. Cuando finalmente sucede, son siete minutos de choque de

dientes, moretones en los labios, lanzamiento de zapatos, patadas en los pantalones, euforia que quema la alfombra.

En el jadeante y sudoroso amanecer, yacen entrelazados en el colchón de Giorgio, húmedos y salados como el océano. Aturdidos y eufóricos, ríen y se besan, y se besan y ríen, y ella siente el impulso de decir: «Te amo».

Al rato, Giorgio se queda dormido con la cabeza sobre su pecho, y Donna, que tiene que volver con Ava, lo gira con suavidad, depositando su mejilla sobre la almohada y besándolo. A la luz de la luna, puede ver los restos de su pasión. Una bota. Unas zapatillas. Su sujetador. Sus vaqueros enredados con sus pantalones. Un rastro de pasión que sale del dormitorio y baja por las escaleras.

En silencio, se levanta y recoge sus cosas. Mientras camina de puntillas por la casa, enciende y apaga las luces, todavía asombrada por esta tecnología. Cuando regresa al dormitorio, Giorgio está despierto. "Pensé que te habías ido", dice.

Ella se sienta en el colchón y le acaricia la nuca. «Claro que no».

Él dijo: "Tuve una pesadilla".

"No", dice ella. "De verdad que lo logramos".

—No —dice riendo—. Tuve una pesadilla de que me encontraba en el Antes.

Ella entiende lo que quiere decir. Esta última semana ha sufrido la misma pesadilla recurrente. Ha soñado que se despierta con el ruido del tráfico, que llega tarde al trabajo, que no ha pagado la factura de la luz, que los días malos nunca terminan.

Cuando realmente tiene que irse, lo besa, luego lo besa otra vez, luego camina hacia el exterior, donde el cielo está iluminado por estrellas fugaces y la luna es una luz amigable en el mar.

Capítulo XXIII

HOBBES

I

Pero escuchen esto. Sin antibióticos, los Supervivientes no pueden tratar la infección que se desarrolla en la puñalada en el brazo de Kieran. La infección se gangrena. Las ampollas supuran un pus maloliente. Cuando Hobbes desenrolla las vendas de Kieran, la herida está negra como el alquitrán y rodeada de burbujas gaseosas. Para entonces, Kieran deliraba, con las manos empapadas en sudor. Al darse cuenta de que la infección se propaga rápidamente, Hobbes decide que la única opción es amputarle el brazo a Kieran.

Y no importa cuántas veces Hobbes cuente la historia del mariachi que se cortó el brazo sin pestañear: nada puede aliviar el horror de lo que sigue. Por ejemplo, Bodkins tiene

que tumbarse sobre las piernas y el torso de Kieran, mientras Hobbes le corta el brazo con un hacha. Kieran se resiste, grita y muerde mientras Hobbes le corta el hombro una y otra vez, salpicando sangre y pus. El hueso suena como una rama mojada al romperse y luego desgarrarse.

Solo cuando el aire finalmente se suelta y es arrojado a un lado, y los tres yacen exhaustos y jadeantes como si, tras la pasión, hubieran resurgido en un momento de oscuro arrepentimiento poscoital, Kieran finalmente pierde el conocimiento. Pero despierta a tiempo de sufrir el intento de Hobbes de cauterizar la herida con una daga al rojo vivo. Los gritos de Kieran suenan como los cantos de apareamiento de los zorros, que tan a menudo los han acosado por la noche, y su carne quemada huele a pelo tirado en una barbacoa grasosa.

¿Hay alguna mejora? Quizás, durante un par de días, la fiebre de Kieran baje, y parece un poco más sano de mente mientras llora y aúlla. Pero pronto vuelve el hedor, vomita donde yace, sus ojos adquieren el color de la orina deshidratada. Es demasiado asqueroso y contagioso para permanecer en el fuerte de juegos, así que arrastran su cuerpo por el barro y lo abandonan cerca de los cadáveres de las ovejas. En sus últimos días, ni Hobbes ni Bodkins tienen el valor de acercarse a él, pero pueden oírlo, día y noche, aullar desesperadamente sobre la Batalla de la Granja Carenille.

Hay otros mundos posibles, en los que Kieran vive sus posibles vidas, pero en Disnaeland, Kieran Hunter muere y el campamento permanece en silencio, a las 7:33 p.m. del día veintitrés, jueves 21 de marzo de 2024.

II

Pero, escuchen, el horror no termina ahí. Le cortaron las orejas a Kieran, así que Bodkins tiene orejas que lucir y todo eso. Pero Hobbes y Bodkins están ahora sufriendo de disentería y no tienen fuerzas para cavar una tumba. Eran mucho más fuertes cuando cavaron la tumba del camionero, e incluso esa resultó ser demasiado superficial; para cuando Kieran murió, uno de los huesos podridos del camionero sobresalía de la tierra, con la carne medio derretida y los huesos amarillos al descubierto, como en una película de serie B. Calverhall ni siquiera tuvo una tumba; simplemente cubrieron su cadáver con ramas. Para entonces, el granjero, que siempre fue un cabrón hinchado, se había hinchado como un adorno de Halloween.

Vestido solo con pieles de oveja, plagado de piojos y garrapatas, demasiado cansado para limpiarse el trasero, Hobbes declara que no enterrarán a Kieran: en cambio, lo

ofrecerán a la oscuridad. Así que él y Bodkins exhuman al camionero y apuntalan Calverhall, soldando los dos cadáveres a un trono humano en descomposición. Y sobre este trono pútrido colocan el cadáver de Kieran, y lo coronan con una corona de endrino, y cuando llega el rigor mortis, Kieran se incorpora, con los brazos estirados para un abrazo grotesco.

La efigie domina incluso los otros hedores del Campamento de Supervivencia. Apesta a vómito, al hedor a cadáver y putrefacción de los animales a medio descomponer, al montón de orina, excrementos y diarrea en el inodoro. Las moscas pululan a su alrededor en nubes zumbantes. Pero Hobbes insiste en que Bodkins visite la efigie. Hace bailar al pobre muchacho con los cadáveres, para recordarle que la bestia está dentro de nosotros.

Pasan las semanas. El cuello de Kieran se pinta de rojo, azul y verde. Sus labios y los dedos que le quedan se vuelven negros. Con el calor, grandes ampollas recorren su piel, como si hubiera sido atacado por sanguijuelas. Babea líquido por la nariz y la boca. La piel se le resbala de las manos como si fueran guantes sueltos. Bajo el sol de finales de abril, brilla con gusanos. Sus dientes y cabello caen en un charco de humedad. Su boca se abre en una mueca de revelación.

III

En resumen, Bodkins enloquece. Gritando y con fiebre por el trauma, la noche del Día Cincuenta y Tres, huye mientras Hobbes duerme. Está demasiado débil para caminar, pero logra deslizarse fuera del fuerte, arrastrarse por el suelo y subirse a la cabina del camionero. El padre de Bodkins era camionero, ¿verdad?, y de joven Bodkins solía conducir con él, así que a Bodkins se le ocurre arrancar el enorme vehículo y maniobrarlo por las carreteras desiertas. Logra cruzar el canal y entrar en la ciudad, pero finalmente se estrella en la intersección frente a la casa de Ashraf.

Son el Sr. Ashraf Jr. y el pequeño Danny quienes lo sacan del camión, y aunque ellos y muchos otros pasarán largas horas intentando sacarle alguna explicación a Bodkins —¿Por qué vas vestido así? ¿De quién son estos zapatos? ¿Qué demonios te ha pasado?—, Bodkins no volverá a hablar. Muchas veces parecerá que intenta decir algo, pero lo que sale es un aullido áspero. Bodkins permanece hospitalizado, sin recuperar nunca sus facultades mentales, mientras que los vecinos de Elmore Road se han apoderado de 27.000 litros de diésel. Lo que hagan con él es otra historia, pero por ahora, no perdamos de vista a Hobbes.

Créanlo o no, Hobbes considera que la primera fase fue un éxito. Por ejemplo, sí, Kieran murió y Bodkins enloqueció, pero es bien sabido que durante la etapa de colapso de TEOTWAWKI[18], la tasa de supervivencia esperada de la población general es de tan solo el 15 %. Gracias a su planificación, los SoD han alcanzado una tasa de supervivencia del 33 % al 66 % (dependiendo de cómo se cuente a Bodkins). Y lo más importante, en la guerra de todos contra todos, Hobbes es un superviviente. Y es él, cree, el mejor posicionado para reconstruir la sociedad. Encontrará una nueva base, con una solución alimentaria a largo plazo, que pueda sustentar a una creciente comunidad de supervivientes.

Así, en el día cincuenta y cuatro, Hobbes se abre paso entre la fortaleza y se desliza por el tobogán una última vez. Se echa la mochila y el rifle al hombro, patea el suelo con el pie descalzo, saluda a la efigie humana en descomposición y marcha hacia el norte.

Planea marchar hacia el mar, aunque desconoce qué espera encontrar allí. Pero está tan debilitado por la desnutrición y la diarrea que apenas puede caminar unos pocos kilómetros al día. Y cuando por fin llega al mar, camina a lo largo de la medialuna de la playa y se queda allí, con su vestido de piel de oveja ondeando suavemente. Ve el

18 «TEOTWAWKI» (acrónimo de "The end of the world as we know it" perteneciente a Fear the Walking Dead.

estuario de Forth inundado de aguas negras. Huesos de aves marinas. Camina a lo largo de la playa y se queda de pie con los puños apretados sobre el cráneo y se acurruca de rodillas, sollozando.

Cuando termina de sollozar, se le ocurre un nuevo plan: seguir la costa hasta la Refinería de Grangemouth. Como si toda la civilización hubiera estado dominada por quien controlase su suministro de energía, ¿no? A largo plazo, Hobbes y sus seguidores controlarán y reconstruirán la refinería. Así que, al comienzo de la segunda fase, tiene sentido buscar una base cercana.

Así que sigue la costa hacia el oeste, y pronto las gigantescas chimeneas, cilindros y tuberías de Grangemouth se alzan ante él como una base lunar. Para evitar ser detectado, sella su bandolera de cartuchos de escopeta en su bolsa estanca y cruza a nado el río Avon, negro como la mierda, para luego arrastrarse junto a la valla perimetral de alambre de púas. Cruza el arroyo Grange por las vías del tren y se encuentra junto a los muelles. Es entonces cuando ve las luces en la torre del puente del barco Anjo Sorridente y sabe que ha encontrado su próxima base. Es perfecta, ¿verdad? Tiene su propio suministro de energía y planta de tratamiento de agua. Es inexpugnable.

Obviamente, este último punto no favorece inicialmente a Hobbes. Es decir, ni siquiera con su escopeta y su entrenamiento superior, puede subir a barco hasta que los

ocupantes actuales bajen la pasarela. Pero, según Hobbes, lo único que tiene que hacer es esperar. Tarde o temprano, desembarcarán en busca de comida. En cuanto lo hagan, Hobbes se abalanzará sobre ellos. Así que Hobbes se esconde entre los contenedores y espera.

Capítulo XXIV

EL VIAJE DEL HÉROE

I

En cualquier caso, a principios de mayo, después de haber pasado más de dos meses sin electricidad, los escoceses se están quedando sin comida otra vez. Han acogido a más de tres millones de refugiados (gente que ha caminado y andado en bicicleta por el norte de Inglaterra) y entre todos se han comido casi todas las bolsas de lentejas, cajas de avena y paquetes de mezcla para salchichas. Se han comido casi todos los desayunos enlatados, pudines navideños sin abrir, chutneys caseros y postres en polvo. Se han comido casi todo lo que había en los rincones más oscuros de cada armario de cocina. También han sacrificado y comido más de un millón de gallinas, casi seis millones de ovejas, diez millones de aves de corral y trescientos mil cerdos. En unas

pocas semanas más, habrán masacrado a estos animales hasta llevarlos a la extinción.

Pero no son malas noticias, ¿entiendes? Porque, haciendo el trabajo de mil cosechadoras, han cosechado, y ahora están ocupados moliendo, doscientas mil toneladas de cebada de invierno. Pronto, podrán cosechar casi un millón de toneladas de trigo. Han vaciado granjas de salmón, recolectado vieiras e incluso cosechado algunas verduras de invierno. Mientras tanto, han emprendido el mayor cultivo masivo de tierras de la historia. Han arado, plantado y sembrado, en granjas y pastos, en terrenos baldíos, parques y jardines. Han plantado más de un millón de hectáreas con patatas y cebada, centeno y avena, ruibarbo y bayas, nabos y coles, guisantes y frijoles, puerros y brotes. Para la mayor parte, han arado la tierra con picos y palas, o han inundado y restaurado equipo agrícola preindustrial para museos. Han distribuido cerca de cincuenta mil toneladas de fertilizante almacenado. Aunque no tienen máquinas, y aunque nadie trabaja más de tres horas al día, gracias al esfuerzo de millones, han plantado muchas más hectáreas que en el pasado. Y lo que es más, como se han comido a todos los animales, cuando las cosechas están listas, podrán usar cada caloría para el consumo humano.

Pero la clave es "cuando las cosechas estén listas". Justo ahora, están entrando en una época de escasez. Es como si estuvieran a punto de agotar las provisiones que heredaron del Antes, y sus nuevas cosechas aún no están listas para

cosechar. Para Giorgio, su pequeña parte de este gran problema es qué va a servir en el Señor de las Papas Fritas. Psycho ha pastoreado, y Hamza ha masacrado, las últimas bestias de Calverhall. Bert ha cargado, y Ava ha entregado, las últimas avenas y patatas. En semanas, o días, no va a tener nada que servir. Así que Giorgio hace lo que mejor sabe hacer: idear un plan.

II

El día sesenta y tres, Giorgio convoca una reunión después de comer en el Lord of the Fries. Están allí: Marjorie y el Sr. Ashraf Jr., Psycho y Ruth, Tam y Mac, Douglas, Donna y Ava. "He estado hablando con Mac", dice Giorgio, "y el problema es que antes del Powcoot, el Reino Unido era un importador neto de alimentos. Sabemos del increíble esfuerzo que se ha hecho para plantar esta hermosa tierra, pero pasará un tiempo hasta que veamos los frutos de nuestro trabajo. Lo que digo es que la única manera de cubrir la brecha y compensar cualquier déficit calórico es con alimentos importados".

—Otra vez con esa tontería —dice Ashraf—. ¿Vas a sugerir que uno de nosotros vaya a Francia en globo?

—No —dice Giorgio—. La comida importada ya está aquí. Sé dónde hay comida. ¡Montones de comida!

“¿Dónde?” dice Ava.

"Es una locura", dice Ashraf. "Me gustaría saber si hay una gran cantidad de alimentos en Dundule".

Pero Giorgio dice: "Todavía no está en Dundule".

Y entonces Marjorie pregunta: "¿Han sido escuchadas nuestras oraciones, Sr. Giorgio? ¿Veremos un milagro? "

"Está en el muelle de Grangemouth", dice Mac.

“¡Alabado sea!” dice Marjorie.

"Mira", dice Giorgio, "Psycho me dijo que en El Antes, montó un negocio de drogas con unos marineros brasileños. Estos pobres desgraciados se quedaron varados en Grangemooth sin nadie que descargara su cargamento y sin suficiente combustible para zarpar, ¿verdad? Bueno, sus almacenes están llenos de más comida de la que te puedas imaginar".

“No es exactamente comida”, dice Psycho.

“Es algo así como comida”, dice Giorgio.

"Está bastante cerca", dice Mac. "Probablemente".

“Y ahora tenemos diésel”, dice Ava.

“Exactamente”, dice Giorgio.

“Entonces, ¿solo necesitamos preparar un camión”, dice Ruth, “llenarlo con diésel del camión cisterna y conducir hasta Grangemouth?”

“No es tan sencillo”, dice Giorgio.

“Sabía que así sería”, dice Ashraf.

Entonces Mac dice: "He calculado cuánto diésel nos queda después de lo que donamos al comité del diésel, ¿verdad? Y si nos fiamos del indicador —aunque es una suposición importante—, tenemos 0,17 veces la capacidad total, es decir, radio al cuadrado por pi por altura sobre 231 dividido por coma siete, lo que equivale aproximadamente a 935 galones. Ahora bien, considerando los caminos intransitables y con un margen de error, podríamos planificar un viaje de 24 kilómetros en cada dirección. Y también necesitaremos diésel para…"

—Mac, eres un genio —dice Donna—, pero ¿no puedes ir directo al grano?

—Claro. Claro. Gastaríamos todo el diésel mucho antes de vaciar el barco.

“Hay miles de toneladas de ese material”, dice Giorgio.

"Y hay una mejor manera", dice Mac. "Solo necesitamos transportar la carga a Bo'ness. Luego utilizamos un tren de carga. Es la manera más eficiente en términos de combustible".

“¿Vamos a ir en un tren de vapor?” dice Ava.

Mac dice: «Exactamente. Mientras tanto, habremos aparcado otro camión en el Ferrocarril Patrimonial de Dundule. Luego haremos muchos viajes cortos, de ida y vuelta a la Zona Industrial, donde almacenamos... las cosas».

"Necesitaremos a todos los cabrones que nos ayuden si esto va a funcionar", dice Giorgio. "Conseguiremos ayuda de los estibadores y los entusiastas del vapor y..."

—Vamos más despacio —dice Ruth—. Ni siquiera nos has dicho qué es esto. El diésel es de todos. De todo el pueblo.

—Tiene razón, cariño —dice Donna—. Sigues llamándolo 'cosas de comer'. ¿Es comida o no?

Giorgio mira a Mac, quien mira a Psycho, quien a su vez mira a Giorgio. "Es... Es..."

"No sería nuestra primera opción de sustento", dice Mac.

“Hamburguesas vegetarianas”, dice Giorgio. “Hay un barco lleno de hamburguesas vegetarianas”.

"¡Qué barbaridad!", dice Tam. "No hay peligro. Escocia importa miles de toneladas de hamburguesas vegetarianas".

Entonces Giorgio dice: "Está bien, todavía no son hamburguesas vegetarianas, pero se convertirán en hamburguesas vegetarianas".

“¿Qué son ahora?”, pregunta Ashraf.

“Pellets de harina de soja”, dice Mac.

“Pienso para animales”, añade Psycho.

Básicamente, todo empieza. Donna le grita a Giorgio, Tam le grita a Mac, Ahraf le grita a Ruth y Black Douglas les grita a todos. En ese momento, Giorgio usa sus apodos para el silencio; parece que está intentando aprender a nadar braza. Cuando logra hacerse oír, Giorgio dice: «Sí, está bien, no sería nuestra primera opción, pero es mejor que quedarnos sentados hasta comernos entre nosotros, ¿no?».

Entonces Psycho dice: "No es como si alguno de ustedes, idiotas, tuviera una idea mejor".

“¿Y qué tal la pesca?”, dice Ruth.

—No —dice Ashraf—. La mitad del estuario ya está llena de botes de remos, y la otra mitad está inundada de mierda. Los peces están más jodidos que nosotros.

“¿Podríamos ir más lejos del mar?”, pregunta Donna.

“¿Vas a remar?”, pregunta Douglas.

“¿Un velero?”, pregunta Ruth.

—Los pescadores no pueden llenar sus redes —dice Giorgio—. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Entonces, ya está —dice Donna—. ¿Pronto comeremos como animales?

“No es tan sencillo”, dice Giorgio.

“Allá vamos”, dice Ashraf.

Giorgio dice: «Hay otro problemita: los brasileños siguen en el barco». Los marineros no solo siguen en el barco, sino que, como explica Giorgio, son los cabrones más ruines y desesperados de este lado de Ayrshire. Hasta el Psycho confirma que son unos canallas. Atacaron con una manguera a presión. Uno de los cabrones ha perdido un ojo.

"¿Cómo es que se quedaron en el barco?" pregunta Donna.

Giorgio se encoge de hombros. "Pueden usar la energía del motor del barco. Además, lo único que han visto de nuestro país es que se inunda de mierda. Los únicos escoceses que

han conocido son Psycho y el Equipo Joven. ¿Te apresurarías a bajar a tierra?"

—Entonces hacemos un trato —dice Ruth—. ¿Qué quieren?

Solo una cosa. Combustible. Quieren irse a casa.

“¿Diesel?” pregunta Donna.

—No, combustible búnker. Quieren al menos dos mil toneladas de fueloil pesado.

“Perdóname si me estoy perdiendo algo”, dice Ruth, “pero no creo que tengamos dos mil toneladas de combustible pesado”.

Giorgio dice: "No, todavía no lo tenemos".

—Pero tienes un plan, ¿verdad? —dice Donna.

Giorgio niega con la cabeza. «No puedo planearlo todo. Esperaba que pudiéramos hacer una lluvia de ideas, ¿sabes?».

—Ay, cariño —dice Donna—. Esto no va a funcionar.

“Toda esta discusión ha sido una pura pérdida de tiempo”, dice Ashraf.

“Después de todo lo que hemos pasado”, dice Black Douglas, “todavía estamos a punto de morirnos de hambre”.

—No necesariamente —dice Ruth—. Dijiste que querían volver a casa, ¿verdad? No dijiste que querían navegar de regreso a casa.

Giorgio dice: «No creo que les importe si su barco se hunde mañana. Solo quieren largarse de aquí».

“¿Cuántos hay?” dice Ruth.

Psycho dice: "Una docena, quizá. Podrían ser más, ¿sabes?"

“¿Entonces no necesitan viajar en un enorme barco de carga?” dice Ruth.

Ashraf dice: "Por favor, no sugieras un globo aerostático".

—Un velero —dice Ruth—. ¿Por qué no? Hay regatas de vela por todo el mundo. ¿Qué tan difícil puede ser cruzar el Atlántico?

«Si es tan fácil, ¿cómo es que no lo han hecho ellos mismos?», pregunta Giorgio.

Ruth dice algo así como: "Sólo porque son marineros industriales no significa que sepan cómo virar contra el viento".

“¿Y tú qué haces?”, pregunta Donna.

—¡Ay, no! —dice Ruth—. No tengo ni la menor idea. Desde pequeña, solo he navegado una vez y vomité por la borda. Pero quizá conozca a alguien que pueda ayudar. Mi segundo marido: Dick Dockins.

III

Ruth ni siquiera sabe si Dick sigue en la misma dirección. Por lo que sabe, quizá ya haya usado su bote para escapar. Se lo imagina asando pescado en una playa de arena blanca de Kirabati.

Pero la principal característica distintiva de Dick siempre fue su asombrosa falta de imaginación. Después del Powcoot, Ruth acabaría descubriendo que empezó a actuar como si estuviera de vacaciones. Dick solía pasar las vacaciones en el extranjero, pero en sus días libres en casa jugaba al squash en invierno y navegaba en su yate en verano. Cuando empezó el Powcoot, nevaba, y además nunca tenía suficiente gasolina para ir al Club Náutico Blackness. Así que jugaba al squash. Por su cuenta. Todos los días. En la oscuridad.

Su entrenamiento se inspiró en el gran pakistaní Hashim Khan. De joven, Khan trabajó como limpiador en un club deportivo del ejército británico en Peshawar, barriendo las canchas durante cuatro horas al día. Cuando los oficiales terminaban de jugar y se apagaban las luces, Khan aprendía a jugar en las canchas oscuras. En 1951, tenía cuarenta y tantos años, ¿verdad?, y viajó a Inglaterra para competir en el Abierto Británico. Era la primera vez que jugaba con zapatos. Ganó el torneo sin perder un solo juego y permaneció invicto hasta 1957. Desde la perspectiva de Dick, si Khan podía, él también.

Bueno, como pueden imaginar, el club estaba vacío, las canchas eran tan estrechas que la pelota apenas podía rebotar. Pero mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Dick se movía sigilosamente de esquina a esquina, practicaba reveses y sprints por la cancha. Luego, cuando pudo ver la pelota, practicó golpes largos, voleas en ocho, dejadas y golpes de trabajo. Mientras tanto, sus reservas de comida disminuyeron.

Pero Dick solo pensaba en vencer a Giles. Diez años atrás, Dick había llevado a Giles a cinco juegos en el torneo del club, pero nunca había vencido a su viejo adversario. No mucho después de su épica competencia en el torneo del club, Giles dejó el squash debido al envejecimiento de sus rodillas, y por entonces, en su ejercicio, jugaba un poco de tenis social los fines de semana. Pero cuando Dick sintió que había alcanzado su mejor condición, persiguió a Giles y lo

intimidó para que jugara squash. Giles no había jugado en más de una década, ¿verdad?, y había desarrollado algo de artritis en las rodillas, y esta era la primera vez que jugaba a oscuras. En pocas palabras, Dick lo venció por tres a cero. Cuando clavó el decisivo tiro cruzado en el punto de partido, Dick apretó el puño y gritó: "¡Entra ahí, perra!". Se giró triunfante para mirar a su oponente roto, pero Giles sonreía, con la mano extendida en señal de felicitación. "Bien jugado, amigo", dijo Giles. —Eres demasiado bueno en este juego. Demasiado bueno para mí, amigo. —Y Dick sintió que había perdido.

Después, se sentaron en el bar vacío del club. Forzaron la cerradura y se sirvieron botellas de cerveza; en ese entonces, aún había lugares que los saqueadores no habían encontrado. Sentados en la oscuridad, recordaron una época anterior. Cuando se cansaron de hablar de squash, Giles le contó a Dick sobre el comedor comunitario orgánico de su esposa. Ella y algunos vecinos habían comenzado una cocina comunitaria, juntando sus recursos y cocinando juntos en una fogata. "La verdad es que es muy divertido, amigo", dijo Giles. "Y te mantiene lleno. Deberías venir, amigo".

Así que, al día siguiente, Dick se ofreció como voluntario. Inmediatamente vio oportunidades para ahorrar en eficiencia e inició un programa de reestructuración agresivo. Recopiló datos sobre las contribuciones de diferentes miembros del colectivo. Por ejemplo, observó que la anciana

Patricia, del grupo de la iglesia, era una cortadora de verduras ineficiente que se pasaba mucho tiempo parloteando. Propuso expulsarla del colectivo y asignar sus tareas al encargado de bomberos, cuya carga de trabajo estaba actualmente infraasignada. Estas y otras propuestas no encajaban con el espíritu del grupo, y al final fue Dick el que se vio obligado a no regresar.

Sin la sopa, Dick empezó a pasar hambre. Incluso más que otros consumidores, la vida de Dick había sido posible comprando el tiempo de su gente. Desde el tipo que reparaba la tubería que le llevaba el gas y los niños que cosían su ropa deportiva, hasta los hombres que repartían sus mensajes y las mujeres que limpiaban su casa, dependía del trabajo de la gente. A nadie de ellos le gustaba ni tenía afinidad con él, ¿sabes? Una vez que su dinero no valía nada, nadie le prestó atención. Ni siquiera a sus novias les gustaba: era un imbécil rechoncho, viejo y mezquino, cuya única característica deseable había sido su riqueza. Sin nada por lo que vivir, Dick corrió las cortinas y se preparó para morir de hambre solo en la oscuridad.

IV

En fin, cuando Ruth lo encuentra, abre la puerta envuelto en una manta. Está demacrado, tembloroso y patéticamente agradecido de verla. Se acurruca de rodillas, abrazando sus muslos. Ella le ha traído un plato de carne y patatas, que devora con las manos. Cuando levanta la vista, los jugos le resbalan por las comisuras de la boca.

"¿Cómo has estado?", pregunta Ruth. Dick empieza a llorar. Ella siente una oleada de compasión y le acuna la cabeza mientras él solloza en su cuello. "Dick, ¿te gustaría hacer algo increíble? ¿Te gustaría vivir la aventura de tu vida?"

—No tengo nada, Ruth. Estoy arruinado.

“¿Aún tienes la Nauty Buoy?”

—Supongo que sí. La dejé amarrada en un atracadero seco en Blackness.

Entonces Ruth le preguntó: "¿Crees que podrías navegar hasta Brasil? "

"¿Estás loca?", dice Dick. "No tengo comida, ni tripulación, ni diésel para la nevera ni para la potabilizadora..."

"¿Qué pasaría si pudiera conseguirte todas esas cosas?"

Dick se incorpora, repentinamente sospechoso. "¿Por qué Brasil?"

Entonces Ruth explica todo el plan, dejando de lado la parte sobre que los marineros son unos psicópatas desesperados.

Cuando termina, Dick junta los dedos y finge estar pensando. "No", dice. "Ni hablar".

—¿Pero por qué no, Dick?

¿Dónde está el beneficio de la producción desde mi perspectiva? Prefiero morirme de hambre a que se aprovechen de mí.

—No, no lo harías —dice Ruth—. De hecho, ¿sabes qué es esto?

"¿Qué?"

Ruth dice: "¿Sabes algo sobre el viaje del héroe?"

Dick sacude la cabeza.

“¿Conoces a Joseph Campbell?”

“¿El chico que solía jugar al ráquetbol?”

—No lo creo. ¿Estoy hablando del mitólogo?

Dick se encoge de hombros.

“¿Conoces a Carl Jung, el psicoanalista?”

Dick sacude la cabeza.

Ruth piensa por un momento. "Muy bien. ¿Conoces *Star Wars?* ¿Sí? Bueno, al escribir la trama de la *Star Wars original,* George Lucas se vio influenciado por *El héroe de las mil caras* de Joseph Campbell y la idea de que existe una estructura universal para los mitos contados por cada sociedad. *Star Wars* se convirtió en una de las franquicias de medios más rentables de todos los tiempos, y en 1985 un tipo de Hollywood, Christopher Vogler, condensó las ideas de Campbell en un memorando de siete páginas distribuido a los guionistas. Prácticamente todas las películas posteriores de Hollywood se basan en un héroe que sigue los pasos del llamado viaje del héroe. Inicialmente, el héroe está en su mundo ordinario" –Ruth usa ambos brazos para señalar la cabeza de Dick– "cuando recibe la 'llamada a la aventura'. Ahora, acabo de darte la llamada, ¿verdad? ¿Y sabes cuál es el segundo paso?"

Dick sacude la cabeza.

El 'rechazo a la llamada'. Eso es lo que estás haciendo ahora, como todos los protagonistas de todas las películas. Pero si vas a ser el héroe, en última instancia debes aceptar

la llamada. Normalmente, tienes que encontrarte con un mentor, y como andamos cortos de tiempo, yo también interpreto ese papel. Te estoy enseñando algo que te convencerá de cruzar el umbral, de seguir adelante.

Dick lo considera. "¿Cuáles son los otros pasos?"

“Bueno, nunca es un camino de rosas, ¿verdad? Te enfrentarás a pruebas y harás aliados, y pasarás por una época oscura. Probablemente tendrás una muerte simbólica. Tal vez enfermes o te lastimes, y te quedes en cama un rato. Pero... pero renacerás, más fuerte y más sabio, y tomarás una espada simbólica. No una espada real. Podría ser, por ejemplo…” Busca una referencia cultural que Dick pueda entender. “En *El mago de Oz,* Dorothy reclama la escoba de la bruja. En *Star Wars,* Luke se apodera de los planos de la Estrella de la Muerte. Y a partir de entonces, estás en el camino a casa, y finalmente regresas triunfante con algún tesoro. A veces el tesoro es algo material, un elixir que otorga la inmortalidad, por ejemplo; o medallas por salvar la galaxia, y a veces es solo experiencia, pero de cualquier manera regresas como un héroe”.

Dick reflexiona de nuevo. «Cualquiera que navegue hoy en día tendría que hacerlo sin GPS. Mira». Se levanta del sofá y coge este artilugio de latón de la repisa de la chimenea. Parece un instrumento de orquesta obsoleto. «Esto es un sextante. Cath, Lynne o alguna de ellas me lo regalaron cuando cumplí sesenta años. Nunca lo he usado. Pero

permite calcular la latitud a partir de las estrellas. También permite calcular la hora local. Mientras tengamos relojes fiables que puedan seguir la hora del meridiano de Greenwich, podremos calcular la longitud basándonos en la diferencia horaria solar. Creo».

“¡Qué inteligente!” dice Ruth.

Es un reto. Me gustan los retos. Pero necesito conocerlos. Asegurarme de que sean personas en las que pueda confiar en el mar.

Ruth dice: "Estoy segura de que no es necesario".

“Y tendremos que preparar la Nauty Buoy. Pintarla, engrasar el cojinete del timón y el prensaestopas de popa, reinstalar el impulsor de la bomba de agua cruda, reconectar los cables y conexiones de la batería. Necesitaremos LanoCote y pintura antiincrustante. Luego la botamos, revisaremos las abrazaderas de sentina y manguera, probaremos el molinete del ancla, reinstalaremos el impulsor de la corredera, limpiaremos y llenaremos los tanques de agua. Luego tendré que hacer una revisión del aparejo: soldaduras, crucetas, luces, drizas, pasadores de chaveta, tensores, roldanas, prensas. Necesitaremos repuestos, bengalas, filtros, impulsores, correas y aceite de motor. Necesitaremos provisiones, agua potable de emergencia, suministros médicos, cartas náuticas, guardias de respaldo. Tendré que capacitar a la tripulación.

Explicarles sobre los turnos. Consultar sobre los deducibles de alimentos por dormir demasiado y bajo rendimiento. Haré ahorros de eficiencia. Trabajarán en tres tripulaciones de cuatro, ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso, y las tripulaciones competirán entre sí por las raciones. Recopilaré datos de rendimiento y elegiré al marinero más valioso de cada tripulación. Cuando lleguemos a tierra (Bretaña, Lisboa, Canarias, Cabo Verde), los dos ganadores podrán desembarcar mientras los demás deben realizar la limpieza o el mantenimiento del molinete o…

—¿Así que lo harás, Dick? ¿Vas a ser un héroe?

Dick vuelve a juntar los dedos. Es un gesto que cultivó a propósito hace unos años tras escuchar que lo describían como una "posición de poder" en una sesión sobre lenguaje corporal para inspirar liderazgo. "Sí, acepto", dice. "Provisionalmente. Sujeto a un análisis de costo–beneficio, una evaluación de riesgos y consultas con las partes interesadas clave".

V

Caminando de regreso a Busy Bee Flats, Ruth se da cuenta de la enormidad de lo que están intentando. Solo ha logrado una pequeña parte de un plan que requerirá la habilidad y el

esfuerzo de cientos, quizás miles, de personas. Ni siquiera sabe qué trabajos deben hacerse, y mucho menos cómo hacerlos. Por ejemplo, esos camiones que se supone que deben llenar: ¿cómo los llenarán de diésel? ¿Quién los conducirá? ¿Qué mano de obra se necesita para revivir un ferrocarril de vapor que no ha funcionado desde los especiales de Navidad? ¿Cómo descargarán la carga del petrolero? ¿Tendrá el barco suficiente combustible para usar sus grúas de carga? ¿Encontrarán estibadores que sepan cómo manejarlos? Y piensa en todo lo que la gente ya ha hecho para llevar la soja a Grangemouth: el trabajo de quienes la cultivaron, la empacaron, la transportaron, la cargaron y la navegaron. Quienes construyeron el barco. Quienes diseñaron el convertidor de oxígeno usado en el molino que produjo el acero del barco. Quienes cultivaron los alimentos que alimentaron a quienes extrajeron el hierro que... Es interminable, ¿sabes?

Ella piensa en el ensayo "Yo, Lápiz" y piensa, de nuevo, en ese argumento tonto, hace años, con su vieja amiga Vivian. El ensayo fue publicado en la década de 1950 por un defensor del capitalismo de libre mercado, Leonard E. Read, pero Ruth lo leyó en la década de 1990. Tal vez, en ese momento, era uno de los varios apoyos que necesitaba para justificar su (continua) lealtad al entonces desenfrenadamente neoliberal Partido Laborista, y su (recién adquirida) lealtad al descaradamente thatcherista Dick. En el ensayo, Read dice que no hay una sola persona

en la Tierra que sepa cómo hacer un lápiz. Luego continúa sobre cómo hacer un solo lápiz requiere recursos extraídos de todo el mundo, transformados por las habilidades y el trabajo de millones de trabajadores: desde los mineros de grafito en Ceilán hasta las personas que fabrican el acero que termina en el equipo utilizado por los leñadores de cedro en Oregón. Read observa que ninguna de las personas que aportan sus habilidades al proceso lo hacen porque están detrás de un lápiz, y que no hay ninguna mente maestra que los dirija. Y aun así, los lápices se hacen, ¿verdad? Esto, según él, es un milagro: el milagro de «la mano invisible».

Pero Vivian fue mordaz. Para empezar, según Vivian, los neoliberales malinterpretaron lo que Adam Smith quería decir con la Mano Invisible e ignoraron su interés en cómo «la gratificación de los propios deseos vanos e insaciables [de los ricos]» produce riqueza «a pesar de su egoísmo y rapacidad naturales». En resumen, Ruth se vio envuelta en una discusión que nunca tuvo intención de tener. «Pero el sistema *funciona*», dijo. «No se puede negar; es infantil negarlo».

“¿Cómo funciona?”, preguntó Vivian.

Ya *sabes* cómo. Lo vives, lo das por sentado. Entras al supermercado y los estantes están llenos.

“Eso no quiere decir que el sistema funcione”, dijo Vivian; “sólo quiere decir que el sistema *existe*”.

Ruth podía oír a los hijos adolescentes de Vivian gritándole a un televisor o a un juego de computadora.

“Mira”, dijo Vivian. “Todos los sistemas parecen funcionar para quienes creen en ellos. Supongamos que existiera un sistema basado en la creencia de que te vertieran un cubo de mierda en la cabeza cada mañana. Mientras te vertieran mierda en la cabeza cada mañana, te maravillarías de la mano invisible que aseguraba la proporción perfecta entre cubos y mierda. Y si conocieras otro sistema donde a la gente *no* le vertieran mierda en la cabeza cada mañana, concluirías que ese sistema es inferior porque, según los términos de tu sistema y su estructura de creencias (es decir, la valorización de verter mierda), el otro sistema *sería* inferior.

“El capitalismo”, continuó Vivian, “es un sistema construido en torno a la creencia en la práctica de la acumulación de capital, la producción y distribución de mercancías basadas en el valor de cambio. Funciona en esos términos, porque eso es lo que *es.* Pero para determinar si funciona mejor que echarte mierda en la cabeza, habría que señalar —y es filosóficamente debatible si esto es posible— algunos criterios objetivos de éxito más allá de los propios puntos de referencia ideológicos del sistema”.

Ruth dijo algo como: “¿Como alimentar a la creciente población mundial?”

—Exactamente. Falla, ¿verdad?

¡Tonterías! Vamos camino de acabar con la pobreza absoluta.

"¿Qué tal si creamos igualdad?", dijo Vivian. "La brecha entre ricos y pobres está *creciendo".*

“…Existe el argumento de que el capitalismo socava sistemáticamente el patriarcado y la homofobia y…”

¿Qué tal hacer feliz a la gente? ¿Crear tiempo libre? ¿O incluso sobrevivir más de un par de siglos sin provocar una maldita extinción masiva ni amenazar la supervivencia de nuestra maldita especie?

Al recordar esta conversación veinticinco años después, Ruth se da cuenta de cuánto tiempo ha pasado la humanidad esperando el fin del mundo. Pero lo irónico de ese argumento, ¿verdad?, es que lo que atrajo a Ruth del ensayo, y la razón por la que se lo mencionó a Vivian en primer lugar, no fue realmente la celebración del capitalismo en el ensayo. El punto de Read, en opinión de Ruth, era argumentar contra la gestión estatal de la economía. Pero las humanidades en general, la literatura en particular, y la novela sobre todo, tienden a un individualismo de influencia cartesiana. Y lo que a Ruth

siempre le había costado comprender, lo que encontró explicación en el ensayo, fue el increíble hecho de que pueda existir una sociedad compleja.

¿Alguna vez te has quedado en un atasco y te has quedado maravillado con todos los coches, el asfalto, el paso elevado, los semáforos, los cables eléctricos, los desagües y las alcantarillas, y que todo esté construido y conectado? No parece posible, ¿verdad? Porque desde la perspectiva de cualquier individuo, es *imposible.* Porque los humanos, como las hormigas y las abejas, operamos con estructuras complejas que escapan *a* nuestra comprensión individual.

VI

Por ejemplo, consideren solo una pequeña parte del plan: preparar la Nauty Buoy para el viaje. De hecho, consideren solo una pequeña parte de preparar la Nauty Buoy para el viaje: conseguir bengalas náuticas. La mayoría de las cosas que necesitan para la Nauty Buoy las pueden rescatar del Anterior; por ejemplo, en la caseta para botes junto al atracadero seco del barco, encuentran botes de LanoCote, pero todas las bengalas producidas en el Anterior ya han sido descargadas. En su aburrimiento, la tripulación del Anjo

Sorridente hace mucho tiempo disparó las suyas contra los barcos pesqueros. Las bengalas fueron rescatadas por adolescentes, detonadas como fuegos artificiales o disparadas como armas. Así que si quieren conseguirle a Dick sus bengalas, necesitan fabricarlas.

El candidato obvio para este trabajo es Mac. De nuevo, casi todo lo que necesita lo puede conseguir: para las carcasas, puede elegir entre latas y botellas de bebidas desechadas, tubos de cartón de papel de cocina viejo, papel de regalo y film transparente. Para colorear el humo, puede usar crayones derretidos que le proporciona Donna, quien ha recolectado crayones para hacer velas. Como combustible, planea usar una mezcla de azúcar y nitrato de potasio. El azúcar lo consigue de Giorgio, quien ha guardado algunos de los pequeños sobres que usaba para calentar bebidas, pero el nitrato de potasio no lo encuentra por ningún lado.

Primero piensa en usar destoconador[19], pero cuando busca en B&M y B&Q las secciones de exterior y jardín están vacías. Las barbacoas se han abarrotado para cocinar. Se han quemado cercas, terrazas y pérgolas para obtener leña. Se han desplegado herramientas, invernaderos, túneles de polietileno, tierra y compost en pequeños proyectos agrícolas. Se han usado mangueras para sifonar agua de

19 Stump Remover es la forma fácil y química de eliminar tocones. No cavar ni picar. Los gránulos de nitrato de potasio de acción rápida aceleran la descomposición natural del muñón. Los resultados visibles suelen tardar de 4 a 6 semanas.

piscinas y diésel de tanques subterráneos. Las hogueras y chimeneas han animado las fiestas callejeras. Se ha tendido césped, real y artificial, en carreteras sin coches. Incluso los palés (¿sabes que son las cosas sobre las que se asientan los productos?) se han quemado. Mac se encuentra solo en la antigua sección de jardín de B&Q, y lo único que queda son unas cuantas losas de pavimento, algunas cortadoras de césped oxidadas, un jacuzzi forrado de tierra y fragmentos rotos de parcelas de arcilla. Toma la media luna del borde de una olla y se siente como un arqueólogo que tiene en sus manos algo moldeado en la antigua Roma.

Probablemente alguien quería usar la destoconadora para fabricar fertilizantes. Verán, la producción de fertilizantes se ha convertido en una obsesión popular. Al principio, se usaban suministros de la época anterior, luego se concentraron en métodos tradicionales, usando estiércol, compost y algas. Pero recientemente han logrado reiniciar la producción industrial.

Debido a la escasez de combustible diésel en Escocia, los suministros de diésel que sobrevivieron se han utilizado cada vez más para el bien común, y una de las maneras más inteligentes de utilizarlo es encender los quemadores de las centrales eléctricas de biomasa hasta que recuperen la temperatura de funcionamiento. Por ejemplo, los veinte trabajadores de una planta de biomasa cerca de Glenrothes, Fife, han logrado, con la ayuda de docenas de nuevos voluntarios, calentar la cámara de combustión de lecho

fluidizado burbujeante de la planta a 850 °C. Esta planta se especializa en la combustión de desechos de pollo (no es un método atractivo, pero funciona) y el consumo precipitado de las aves de corral de la región ha dejado, durante un tiempo, una masa de plumas, excrementos y paja. Los ingenieros de la planta podrían explicarle todo sobre el sistema de combustión subestequiométrica en el suministro de aire por etapas, el sistema de recirculación de gases de combustión, la turbina de vapor de cuatro pasos, la cámara de postcombustión y los dos sobrecalentadores. La cuestión es que la quema de excrementos de pollo produce suficiente electricidad para abastecer la infraestructura de la planta, el Hospital Glenrothes y algunos otros proyectos de importancia social, como una fábrica de fertilizantes cerca de Kircaldy. Y, además, el residuo producido por la quema de excrementos de pollo es una ceniza compuesta por un 20% de fosfato y un 15% de potasa. Por lo tanto, la planta de biomasa no solo proporciona la electricidad que necesita la fábrica de fertilizantes, sino que también suministra gran parte de las materias primas y el agua.

En resumen, Mac tiene que convencer a Dick para que lleve a Nauty Buoy a navegar de prueba por el Forth hasta Kircaldy. Luego tiene que convencer a uno de los chicos de la fábrica de fertilizantes para que le dé nitrato de potasio puro, y eso no es fácil porque, como explica el tipo, no es él quien lo da y cualquier asignación debe discutirse y votarse... Pero cuando el tipo se da cuenta de lo poco que Mac

necesita (Mac solo necesita un pequeño bote), está encantado de dar algo sin ningún tipo de pago ni contabilidad. Y luego Mac todavía tiene que fabricar las cosas.

VII

Mac construye sus bengalas en el Club Náutico Blackness, donde la marea ha bajado y la Nauty Buoy está varada en un atracadero de lodo. Cuando Mac está trabajando en un proyecto, puede trabajar durante horas sin tener noción del tiempo, ¿sabes? Cuando oscurece, se queda dormido en la caseta. Se despierta de madrugada, sale de la caseta y se sienta en una plataforma de piedra con vistas al Forth. Los ratones escarban bajo las lonas de los barcos atracados, y él cruza sus brazos contra el calor del verano. La luna, en cuarto creciente, le sonríe desde una danza de estrellas, y a Mac se le ocurre que no puede oír el mar. Puede olerlo —o, para ser más precisos, puede oler las feromonas de las algas y el aroma sulfúrico que producen las bacterias que digieren el fitoplancton muerto—, pero no puede oírlo. La marea debe haber bajado de nuevo. Y le parece maravilloso que este hecho esté relacionado con esa luna creciente sonriente. Ower Fife, desde donde pronto saldrá el sol, el horizonte está surcado por las primeras franjas de color: rosa salmón, azul ártico, gris puerto.

A Mac siempre le encantaron estas horas liminales, ¿sabes? Muchas veces, él y Tam sobrevivían a una fiesta en una discoteca o en una casa y se sentaban en un banco en el centro de Dundule, esperando a que empezaran a abrir los Wetherspoons. Al principio, las calles casi vacías eran solo para ellos y la gente de la noche: el personal del bar se preparaba para acostarse. Los fiesteros a medio vestir discutían sobre taxis. Chicas borrachas, con los zapatos puestos, gritando por el móvil. Hombres mayores, despotricando contra las farolas, tan borrachos que no les importaba dónde vivían. Coches de policía. Sirenas de ambulancia.

Y entonces, durante un ritmo sagrado, no había nadie más que ellos. A veces veían un zorro urbano —pura magistralidad, con ojos como auroras esmeralda— y Mac sentía una sensación de unidad inducida por las drogas. ¿Conoces esos momentos?

Pero pronto, el momento pasaría y las calles se volverían a llenar. Recolectores de basura arrebatando su tesoro a las gaviotas, el graznido de los pájaros, el rugido de las compactadoras de los camiones, los pitidos de los camiones de reparto al dar marcha atrás. Hombres con chalecos reflectantes iluminados por las farolas gritaban mientras bajaban las jaulas de la mercancía por los bordillos. Furgonetas de reparto deteniéndose en los semáforos mientras los comerciantes, soñolientos, cruzaban la calle,

con los auriculares puestos y los uniformes visibles bajo sus uniformes de paisano.

Y a medida que él y Tam se sentían más irritables, más nerviosos, más temerosos de la sobriedad naciente, Mac buscaba esa sensación que había tenido en el ritmo sagrado entre la noche y el día, entre la euforia y la sobriedad, entre el yo y lo otro, entre el ser y la nada. Sabía que esos sentimientos eran solo una mierda de las drogas —y que esas experiencias aparentemente trascendentes, casi religiosas, eran solo parte de la sesión—, pero ¿eso los hacía menos significativos? ¿Y no siente lo mismo ahora mismo, sentado en esa silla, escuchando a los ratones y observando una luz dorada coronar el rosa en el horizonte?

Capítulo XXV

EL ÁNGEL SONRIENTE

I

Empecemos con los marineros. En la mañana del intercambio, el día setenta y siete, un día de mayo, la tripulación del Anjo Sorridente se encontraba navegando hacia el sur, donde zarpará el yate de Dick. Los brasileños, que negociaron el acuerdo con los escoceses, han acordado cruzar el Atlántico hacia Santos. Pero los indonesios y los filipinos quieren ir por el Mediterráneo y el Canal de Suez, atravesar el Golfo de Adén, el Mar Arábigo, desembarcar en Sri Lanka, antes de cruzar la Bahía de Bengala, navegar por el Estrecho de Malaca y atracar en Singapur. Los brasileños creen que han abandonado sus planes, ya que se acordó una tregua después de que el jefe de máquinas matara a uno de los filipinos con una llave dinamométrica. Pero, en realidad,

los filipinos e indonesios solo han fingido someterse, y en realidad planean matar a los brasileños después de que partan de Lisboa. Luego, los indonesios planean matar a los filipinos, y viceversa, al llegar a Singapur. Planean *matar* a Dick en cuanto se apoderen de su yate.

Dado con quién están tratando, entre el equipo de Elmore Road no ha habido ningún entusiasmo loco por supervisar el intercambio. Giorgio no tiene elección (todo el plan absurdo fue idea suya), pero la única voluntaria es Ruth: sabe conducir, se siente responsable de Dick, no confiaría en un grupo de hombres para supervisar nada y, según ella, si las cosas salen mal, tiene menos vida que perder. Pero Giorgio, que no quiere aparecer solo con una anciana, quiere que Mac esté allí por si enfrentan algún problema de ingeniería. Y si Mac está muerto, eso significa que Tam está muerto y no, porque si Mac está en peligro, Tam quiere estar al lado de su amigo. Así que esos son los cuatro fantásticos: las esperanzas de Escocia descansan sobre los hombros de Giorgio, Ruth, Mac y *Tam.*

¿Dónde falla? El primer problema es el tiempo. Según los marineros —no un grupo propenso a la paciencia—, los escoceses llegan tarde. Los escoceses, por su parte, creen haber llegado temprano. Ruth fue *ostentosa* al insistir en que probaron los camiones ayer y partieron mucho antes de lo que parecía necesario ese día. Ruth *nunca* llega tarde. De hecho, a lo largo de su carrera, fue puntual por principio.

Pero el tiempo pertenecía a la revolución industrial y al capitalismo: al reloj de la iglesia, a la campana de la escuela, al timbre de la fábrica, al pase de tres horas en el spa. Los agricultores de subsistencia se rigen por el clima, no por el tiempo. El tiempo solo domina a aquellos que no tienen nada que intercambiar excepto su fuerza de trabajo. Como cuando Otto Klineberg asignó pruebas de CI a los niños indígenas estadounidenses Yakima en la década de 1920, obtuvieron puntuaciones mucho más bajas que los niños blancos; no porque tuvieran dificultades para encajar los bloques en los agujeros, sino porque no tenían un marco cultural para la instrucción de que debían realizar la prueba lo más rápido posible. Los bloques no tenían prisa, ¿sabes?, y era un buen día para estar vivo, así que ¿por qué se apresurarían? Al igual que los niños Yakima, la gente de Dundule está perdiendo la noción de la prisa. En una de las declaraciones más sombrías y famosas de la Ilustración, Benjamin Franklin observó que "El tiempo es dinero". Bueno, el dinero ya no existe; y, en cierto sentido, tampoco el tiempo.

Pero para *los marineros,* el tiempo nunca se agotó. Aunque no tenían combustible para navegar de regreso, tenían suficiente para operar las instalaciones del barco, incluyendo sus relojes. Parte de su tortura ha sido que, aislados de una sociedad cambiante, han seguido contabilizando psicológicamente cada minuto como tiempo perdido. Así que era automático para ellos exigir que los

escoceses se presentaran en el barco a la hora exacta: las 9 a.m. Y era igual de automático para ellos enfurecerse cuando, según sus relojes, los escoceses llegaban tarde.

¿Pero qué significaban las 9 de la mañana? ¿Acaso los relojes de los marineros cambiaron a la hora de Europa Occidental al pasar por Portugal hace unos meses? Sin internet, ¿se habrían enterado del horario de verano británico? ¿Y a quién le importa cuánto difiere la hora estándar de Dundule? Los escoceses llegan —creen— treinta minutos antes; los marineros insisten en que llegan cuarenta minutos tarde.

En fin, mientras los escoceses bajan de sus camiones, los recibe un agudo silbido desde la cubierta del barco. Es el tipo de silbido que suelen usar los entrenadores juveniles de fitness en los parques públicos helados, y los silencia por completo. Al levantar la vista desde la sombra, las cabezas de los marineros son círculos negros contra el brillante cielo matutino.

Llegas tarde. ¿Intentas jodernos?

"No llegamos tarde"

"¿Quieres follarnos el culo?"

“Son apenas las ocho y media, ¿no?”

—¿Dónde está el maldito barco, cabrón de mierda?

—En el Club Náutico con Dick —dice Giorgio—, tal como dijimos. No te preocupes, te llevamos; son solo veinte minutos subiendo por la costa.

Los marineros parlotean animadamente en idiomas que los escoceses desconocen, y entonces la misma voz grita: "¡Toma!", y nudos negros se elevan en espiral por el cielo como arañas gigantes. Tres rollos de alambre marino aterrizan en el muelle. "¿Qué es esto?", pregunta Ruth.

Átenlos. Aten a los hombres. Átenles las manos.

Ruth dice: "Realmente no hay necesidad de..."

¿Quieres comer? Haz lo que te decimos.

Pero mientras discuten sobre el asunto del amarre, tanto los escoceses como los marineros ignoran el verdadero peligro: Hobbes.

II

Agarrando su escopeta, Hobbes los observa desde el contenedor donde ha vivido desde el día cincuenta y cuatro. Ha sobrevivido las últimas tres semanas bebiendo agua de

lluvia —recogida en cubas que encontró en la orilla— y comiendo gaviotas crudas.

Básicamente, esperó y esperó a que los marineros bajaran la pasarela, pero nunca desembarcaron; era casi como si supieran que estaba acechando en los contenedores, listo para abordar su barco. Entonces, un día, justo cuando perdía la esperanza, Hobbes vio a Ruth y Giorgio acercándose al barco. Arrastró su flaco cuerpo lo más cerca que pudo, esforzándose por oír las negociaciones que se gritaban entre la cubierta y el muelle. Dos veces vinieron y dos veces Hobbes escuchó. Entre los graznidos de alarma de las gaviotas, oyó lo suficiente para comprender que debía haber algún tipo de intercambio, y que para que esto sucediera, los marineros debían abandonar el barco. Ésta, entonces, sería la oportunidad de Hobbes: esperaría hasta que la pasarela estuviera bajada y hubieran desembarcado, entonces saltaría de las sombras, los masacraría y tomaría la nave para su nueva base.

Así que aquí está, listo para la acción, esperando solo unos minutos más. Y pase lo que pase, ha aprendido la cruda verdad de la humanidad. La verdad de la humanidad no es la que enseñan los moralistas ni los filósofos. La verdad de la humanidad es un hombre hambriento empuñando una escopeta. Un asesino con un vestido de piel de oveja. Un animal enroscado en una jaula.

III

Mientras tanto, los escoceses siguen debatiendo la exigencia de los marineros de que Ruth ate a los demás. "¿Qué vamos a hacer?", pregunta Ruth.

—Vete —dice Mac—. Están fanfarroneando; nos necesitan tanto como nosotros a ellos.

"No estoy segura de que estemos tratando con gente racional", dice Ruth. "¿Quizás deberíamos hacer lo que nos piden?"

“Es fácil para ti decirlo: no eres tú el que estará atada”, dice Giorgio.

A veces —aunque admito que no siempre— el enfoque de Tam es útil. "Al carajo", dice. "Vamos a dejarlo así".

"¿En realidad?"

—Sí. Es como... Estas cosas siempre salen bien al final, ¿eh?

Ruth dice: “Con todo respeto, Tam, ¿qué experiencia previa te llevó a esa conclusión?”

Es como la primera vez que tomas keto o lo que sea, ¿sabes? O cuando encuentras un polvo raro en el suelo del club y no tienes ni idea de qué es, ¿eh? Al final lo haces de todas formas y siempre sale bien.

"Es cierto en cierto modo", dice Mac. "Ya sabes, hasta que deja de serlo".

Mira, la cuestión es la siguiente: el truco para no tener miedo es dejarse llevar por el viaje. No luches contra el viaje; concéntrate en la experiencia, acéptala, intenta no pensar. Disfruta de cada pieza del rompecabezas y no te asustes si las piezas no forman una imagen coherente. Esta es la filosofía de Tam para consumir alucinógenos, pero también para la vida en general, ¿entiendes? Así que, mientras Ruth le ata las muñecas, Tam no piensa en el porqué; se concentra en la sensación fresca del alambre contra su piel. Respira el aire salado, escucha a las gaviotas.

Y cuando por fin los marineros están contentos, cuando la pasarela desciende de la cubierta del barco, Tam se siente sorprendentemente tranquilo, ¿sabes? El zumbido del mecanismo de cabrestante de la pasarela le recuerda a Tam el torno de un dentista, pero está bien: mira, los marineros bajan por la pasarela con sus overoles naranjas. Un hombre de fosas nasales anchas, con chaleco, se ha atado el overol con un nudo a la cintura. El último hombre, cuyo ojo derecho es un cráter, lleva una maleta. Cada uno lleva una mochila y un arma: llaves inglesas, navajas Stanley, una lima de

protección, un martillo de cuero crudo, una pistola de bengalas. Y cada paso de sus botas hace dos ruidos en la pasarela: el golpe sordo de sus pasos y luego un ligero *crujido.*

"¿Cómo están, chicos?", pregunta Tam. Miren: un casco amarillo. Una herida en el cuello como la mordedura de un tiburón. Tatuajes de algas verdes en los nudillos.

Entonces ocurre algo extraño: Tam se pone de rodillas, y todos se mueven, y hay gritos y alaridos, y es como si el tiempo se hubiera acelerado, ¿entiendes? Lo último que piensa Tam es que los marineros acaban de bajar de la pasarela; ahora están detrás de él. Tiene la boca llena de agua y un sabor a tierra, y siente como si le hubieran metido una esponja en la nariz y la cabeza. El truco para no tener miedo es aguantar el viaje. No te resistas al viaje: concéntrate en la experiencia, acéptala, intenta no pensar.

Escucha. Absorbe los sonidos. ¿Oyes a Mac gritar tu nombre, cada vez más? Disfruta de cada pieza del rompecabezas: Ruth gritando; Giorgio diciendo: "No hay necesidad de agresividad", su voz sonando distante y de otro mundo. Los marineros se han trasladado a los camiones, y estás mirando hacia el gran barco, de rodillas como si estuvieras rezando. El barco y el océano, incluso el cielo, pulsan y se tambalean al ritmo de las olas de tu corazón. Disfruta del viaje, no luches contra el viaje. Concéntrate en la experiencia. Escucha. Oye el ruido de la percusión: el

tintineo de las llaves, el chasquido de los cerrojos, el estruendo de la puerta trasera del camión. Mucho después de que el estruendo se desvanezca, el tintineo de las cadenas en el muelle. "Entra. Vamos, bastardo. Tú no". Los filipinos están llevando a Ruth a la cabina del camión. "Tú das instrucciones, perra. Que nos jodan y los matamos a todos". No mires. Está bien, ¿sabes? Simplemente sigue el viaje.

Entonces sientes manos bajo tu pecho y te giran, arrastrándote hacia los camiones, y es entonces cuando ves la cosa. La bestia. Este monstruo peludo grande y loco, con barba y piel de oveja y cuernos y orejetas, cacareando y agarrando un rifle. Nadie más parece verlo así que... Te están arrastrando. Simplemente déjate llevar. Relájate. Escucha el rasguño de tus tripas mientras se curvan a través del muelle. Está bien. Es tu cadera chocando contra el parachoques mientras te suben a la parte trasera de la plataforma. Concéntrate en la experiencia. Siente cómo el dolor crece y se alivia como una nota de bajo profunda.

¡Alto! ¡Manos arriba! Es esa cosa peluda y bestial. Pero no, por cómo se quedan todos quietos, sabes que no eres el único que puede verlo. Ahora sabes que la bestia no está en tu cabeza.

IV

"Así es", dice Hobbes. "¡Mantened las manos donde pueda verlas!" Se tambalea hacia el grupo de gente reunida alrededor de los dos camiones. Está tan débil que apenas puede caminar, y su escopeta se balancea como la trompa de un elefante. Cuando llega a los camiones, cuando está a la sombra del enorme barco, expulsa un poco de flema de su garganta y escupe a los pies del contramaestre tuerto. "¿Sabes quién soy?" Como nadie sabe siquiera *qué* es Hobbes, se ríe y vuelve a gemir. Luego, balanceándose, contempla la vista, respirando con profunda apreciación.

¿Quién soy? Soy la bestia invisible de tus pesadillas. Soy la sombra que acecha en tu camino por la noche. Hobbes se ha pasado las últimas tres semanas comiendo gaviotas crudas y defecando en un contenedor. Ha tenido tiempo de sobra para preparar un discurso, ¿entiendes? Soy la voluntad de poder y el gen egoísta. Soy la ley de la selva. Soy el chimpancé que canibaliza a sus crías, el león que mata a sus cachorros, la hiena que tortura a su presa. Soy la mantis religiosa, el dragón de Komodo, la bestia que no tiene piedad. Soy el cielo nocturno. Soy el calor. Soy la oscuridad. Soy el hambre y la sed. Soy Hiroshima y Nagasaki, Galípoli y el Somme. Soy la peste, soy la enfermedad. Soy el cáncer que no sabes que tienes. Soy una estrella vampiro. Soy el

lado oscuro de la luna. Soy Shesmu, señor de la sangre, y Am–heh, devorador de millones. Soy Mefistófeles. Soy Abadón. Soy el Príncipe de las Tinieblas. Soy el Señor de la Noche y el Señor de las Moscas. Soy el lobo del cuento de hadas. Soy el corazón de las tinieblas. Yo…

Estas son las últimas palabras de Hobbes, porque justo en ese momento uno de los marineros filipinos le clavó un martillo de cuero en la nuca. El ruido fue más un chapoteo que un golpe sordo, como una piedra al caer al barro. Por un segundo, Hobbes permaneció erguido, con el rostro medio desplomado como si estuviera sufriendo un derrame cerebral, y luego se desplomó y quedó tendido en el suelo, con espasmos. El marinero se encogió de hombros en señal de disculpa y luego, sin prisa, con la misma suavidad que si estuviera atendiendo a una mascota enferma, se inclinó y le destrozó el cráneo dos veces más.

Lánguidamente, el marinero filipino coge la escopeta de Hobbes, expulsa los cartuchos y dispara unas cuantas veces.

"*Eu odeio esse lugar*" [Odio este lugar], dice uno de los brasileños.

Entonces, dos indonesios patean perezosamente el cadáver por el muelle, manchando el asfalto con una mancha de sangre. Se detienen en el borde, aparentemente enfrascados en una conversación sobre otra cosa, y luego lanzan a Hobbes al océano de mierda.

V

Es cierto que, bajo cualquier estándar, este tipo de cosas no hacen un buen viaje. Pero estresarse por ello solo lo empeorará. Están todos en el camión ahora, tanta gente apretada. Siente el calor del muslo del marinero contra tu trasero. Escucha el motor. Siente las reverberaciones. Siente lo que las reverberaciones le hacen a tu interior. Siente el ritmo, la fiesta intestinal. Mira la sombra de una gran garra que ruge mientras... El conductor no puede arrancar el camión y ha puesto en movimiento la grúa del camión y la concha se balancea hacia la cabeza de Mac y todos están gritando y maldiciendo mientras la concha se arquea sobre su cabeza. Súbete, no luches contra ella.

El camión se detiene, da una sacudida hacia atrás, acelera. Los marineros se agarran a los costados, pero tú, Mac y Giorgio, con las manos aún atadas, ruedan y caen sobre la plataforma polvorienta. Trozos de grava sueltos se pegan a la barandilla. No te preocupes. Solo concéntrate en la experiencia.

El camión acelera por Bo'ness Road. Siente la brisa en tus oídos. Observa cómo brilla el mar. Concéntrate en el sabor a

sangre. No te preocupes por el panorama general. Súbete, no luches. Mira el saludo de Mac; abrázalo en tu corazón.

Pronto, el camión frena hasta detenerse, dejándote caer de espaldas. Estás despatarrado en la caja, contemplando un cielo tan grande y azul como nunca antes habías visto. No te importa si los aviones son reales o algo inventado. Sientes el sol en la cara. Siente el flujo de serotonina. Siente lo caliente que está tu sangre al acumularse alrededor de tus clavículas. Oyes el ruido del portón trasero al abrirse. Mira: el tuerto sujeta a Ruth por el cuello. Hace un frío terrible.

Te lanzan al asfalto, caes de rodillas, gritando de dolor. Siente el eco del dolor. Ola tras ola, al ritmo del océano. Un dolor que te llega a los dientes. Un dolor que no pasa. Súbete a la ola. Siente la brisa salada que te quema la piel raspada.

Estás en el pequeño aparcamiento del Club Náutico, frente a una corta hilera de casas grises. Al otro lado de un seto de tejo, puedes ver la pequeña casa del club. Mira por encima de los barcos, al otro lado del estuario, hacia las tierras de cultivo fragmentadas en las laderas de Fife. A este lado de la ensenada, a tu derecha, una playa de grava se extiende como una cimitarra hasta donde el Castillo de la Oscuridad se aferra a su promontorio rocoso.

Ruth está diciendo: “Realmente no hay necesidad de…”

Y el marinero dice: "Perra, ¿dónde está el hijo de puta que se tira pedos de leche?"

Veo a Ruth señalando a un pequeño gamberro vestido con impermeable. Saluda como un idiota junto a un bote de remos de fibra de vidrio amarrado a la grava junto al embarcadero.

—Ese no es el barco —dice Ruth—. Es solo para llevarte al barco. Mira, es allí. —Señala hacia los yates anclados a poca distancia de la costa.

“¿El más grande?”

"Sí."

“Está bien. Vamos.”

Simplemente camina, déjate guiar. Estas cosas siempre funcionan al final, ¿entiendes? Botes de remos volcados. Botes con ruedas. Mira: un pequeño cangrejo, con pinzas. Botas pisando fuerte a su alrededor y, ¡mira!, está bien. Sube al embarcadero de madera. Oye el ruido sordo de los pasos. Ve el agua poco profunda de guijarros a través de las tablillas. Mira la ola verde liquen del puerto.

"¿Qué demonios pasa?", dice Dick. "¿Por qué tienen las manos atadas? ¿Por qué sangra ese?"

—Cállate la boca. Primero vemos el barco. Luego hacemos el trato. Primero me llevas tú. Yo miro —dice el brasileño tuerto.

—Dick —dice Ruth con voz temblorosa—. Simplemente... Mataron... Había una *criatura* y... ¡Dios mío, Dick, haz lo que te digan!

"Tranquilo, tío", le dices. No hay malas vibras, ¿sabes?

Los otros marineros empiezan a gritar: «¿Quién sabe qué?». No te metas. Nunca has mirado bien el mar, ¿sabes? Nunca te has dado cuenta de lo lejos que empiezan las olas. Sobre el agua, Fife es solo un rompecabezas de campos.

“Tú me llevas a mí. A él. A él. Lo buscamos. La maleta se queda aquí. Que nos jodan y todos moriremos. ¿De acuerdo?”

Dick se adentra en la zona baja, sacudiendo la cabeza, sujetando la borda del bote. Tres marineros entran con sus armas. Cuando están sentados, Dick se coloca en el centro y se sienta en la parte central. Maniobra los remos desde el fondo del bote y se aleja de la orilla. Observa cómo el bote se desliza en silencio mientras él encaja los remos en los toletes. ¡Pura paz, hombre! Se prepara y empieza a remar.

El sol está cada vez más alto, proyectando la sombra del Castillo de Blackness sobre la bahía. Observa cómo se mece el bote de remos con cada ola. Siente el ritmo.

Cuando Dick amarra el bote de remos a la Nauty Buoy, los cuatro hombres suben al yate y se esconden bajo cubierta. Sienten el sol. Ven percebes como pequeños volcanes. Huelen el alga marina.

El brasileño tuerto aparece en cubierta con el pulgar en alto. Qué bien. Estas cosas siempre salen bien al final. Ahora, Dick rema solo. Todo está más tranquilo ahora; están bromeando en sus diferentes idiomas y eso.

Uno de los filipinos dice: "Perdón por tu cara. Pensamos que intentabas follarnos".

Debe estar hablando de la sangre.

“¿Puedes desatarlos ahora?” pregunta Ruth.

Los marineros restantes no esperaron a que Dick llegara a la orilla. Corrieron hacia el mar, lanzando salpicaduras que reflejaban el sol plano. Cada salpicadura flotaba en el aire como una constelación de estrellas. Los marineros se subieron a bordo, casi volcando el barco.

—¡Buena suerte, Dick! —dice Ruth—. ¡Que Dios te bendiga!

No responde. Mientras Dick empieza a remar, uno de los brasileños grita: "¡Toma!". Lleva la maleta en la cabeza.

“¿Qué es eso?” pregunta Giorgio.

Él dice: "El trato. ¡Toma!"

Ruth se agarra las manos, pero cuando él lanza la maleta, esta cae al mar. *¡Pum!* Entonces, una ola la levanta sobre la grava.

“¿Qué pasa con sus manos?”, dice Ruth.

Uno de los filipinos lanza un cuchillo que forma un arco en el cielo, girando de punta a punta, reflejando la luz del sol en destellos. Es como la espada que Hamish lanza al final de *Braveheart,* ¿entiendes? Pero el cuchillo Stanley no se clava en el suelo. Cae a pocos metros, detrás de una poza, entre restos dispersos. Durante mucho tiempo, nadie lo encuentra. Los demás tiemblan, y tú les dices que todo irá bien, que lo encontrarás, que aunque no lo hagas, no vale la pena llorar, ¿entiendes? Pateas una maraña de cuerda naranja, botellas de plástico, una lata oxidada, una chancla llena de algas... ese tipo de cosas.

Alguien lo encuentra; debe de doler porque te cortan las muñecas. Sientes ese pequeño pinchazo, el hormigueo, la sangre fluyendo libremente. Te ríes y no entiendes por qué todos siguen tan estresados. Te dicen que te sientes, que te acuestes. Te mueven los dedos sobre la cara. Alguien dice: "Creo que tiene una conmoción cerebral". Hacen preguntas tontas: "¿Sabes quién eres?" "¿Tam? ¿Tam? ¿Cuántos dedos?" No puedes distinguir quién es quién, quién eres tú. Eres solo una persona; eso es lo que importa.

De repente, estás sentado en un pequeño muelle junto a la carretera, y Giorgio se adentra en la zona baja tras la maleta. La saca de las algas, la lleva playa arriba y la abre.

“¿Qué es esto?” pregunta Giorgio.

“¿Drogas?”, pregunta Ruth.

Bolsas de plástico del tamaño de un ladrillo con polvo blanco.

“¿Por qué nos lo dieron?”, pregunta Giorgio.

“Creo que algo se perdió en la traducción”, dice Ruth.

Te acuerdas de que en Inglaterra "food" es jerga para drogas, y quieres decirlo, pero estás muy cansado ahora, y por alguna razón no logras pronunciar las palabras. Al otro lado del Forth, hay una calzada con un sol tan brillante que podrías caminar sobre ella. ¡Qué día tan bonito!

VI

Se sientan en el barranco que separa la playa de la carretera, sin poder moverse, conmocionados por la

emoción de hablar. Tam está envuelto en la chaqueta de Mac: tiene la nariz rota y la cara cubierta de sangre. El sol ha salido sobre el Castillo Blackness. Avefrías y chorlitos se pasean por la lengua de tierra rocosa, y al otro lado del Forth pueden ver la costa de Fife, color pastel. Durante un largo rato, nadie dice nada. Observan en silencio cómo Dick y los marineros izan las velas del Nauty Buoy.

Finalmente Ruth pregunta: “¿Crees que estará bien?”

—Estaré bien —dice Tam—. No te preocupes por mí.

Ruth dice: "Me refería a Dick".

“Podría ser su gran logro”, dice Giorgio.

“De todos ellos”, dice Mac.

Después de un rato, Dick arrió las velas y el Nauty Buoy se adentró en el estuario con una amplia travesía. A lo lejos, vieron a dos marineros vestidos de naranja saludándolos desde la popa. Luego, el barco viró hacia el este, acelerando con el viento. Cuando su estela de popa era apenas un rasguño en el mar, Ruth creyó ver a Dick saludando. Entonces, el Nauty Buoy desapareció tras el castillo.

Capítulo XXVI

EL REINO DE LOS CIELOS EN LA TIERRA

I

En fin, el equipaje del Anjo Sorridente está lleno de pellets de soja, tal como les habían dicho. Las descargan con la ayuda de los estibadores del Sindicato General de Trabajadores del Transporte, y las transportan a Dundule con la ayuda de los voluntarios del tren de vapor. Los gránulos de soja —Soylent Green, como se las conoce— son casi digeribles, y las extrañas comidas de Giorgio, del Día Setenta y Nueve, les ayudarán a mantenerse con vida hasta que las primeras cosechas traigan frutas y verduras frescas.

Tam se recupera más rápido que los demás; no le importa mucho lo que sucedió después de que le rompieran la nariz. A diferencia de ellos, no lo atormenta la fractura del cráneo

de Hobbes. Pero tienen cosas que sanar: el miedo y el hambre, el secuestro de Ava, los horrores más perniciosos que enfrentaron en El Antes. Pasan muchas horas en terapia, y muchos recurren a la fe y los rituales.

Por ejemplo, Tam y Mac usan la cocaína para fundar la Iglesia del Sesh. Todos los viernes por la tarde, y solo los viernes por la tarde, se reúnen con otros creyentes para acceder a la sabiduría sagrada del Polvo Superior. Esnifan líneas, rechinan los dientes y se desahogan de vergüenza y secretos. Encuentran compañerismo en la risa. A menudo, hablan de con quién les gustaría estar drogados si hubiera, por ejemplo, un desastre nuclear masivo que extinguiera a todos: la respuesta, siempre, depende de con quien estén hablando en ese momento.

A pesar de su naturaleza heterodoxa, la Iglesia del Sesh es aceptada por el nuevo Consejo Interreligioso de Dundule. La fe florece con la llegada del calor del verano. Otras congregaciones nuevas incluyen a los Bokonistas (anteriormente un grupo de lectura), la Fraternidad de Adán y Eva (una sociedad de naturistas) y los Hijos del Poder Superior (un grupo de alcohólicos en recuperación). Más gente va a la iglesia y a la mezquita que nunca. Incluso los Testigos de Jehová se sienten felices con otras religiones, ¿sabes? De hecho, ahora que se ha cumplido esa revelación, ahora que están separados de su Cuerpo Gobernante en Nueva York, el amor de los Testigos por la humanidad es un

ejemplo de ello. ¿Quién hubiera imaginado que Marjorie era la única que realmente sabía cómo sería el fin del mundo?

Los grupos religiosos y los ateos siguen celebrando sus celebraciones tradicionales, pero ahora, todos los viernes por la noche se reúnen en la Iglesia Mayor. Forma parte de una celebración semanal conocida como Frimas. Cantan canciones populares y confirman su unidad en torno a las noventa y cinco tesis acordadas por consenso en las reuniones del Consejo Interreligioso.

Estas tesis fusionan el pensamiento de la Ilustración y la sabiduría ancestral: «Aceptamos estas tesis como obra de un poder superior al nuestro» (tesis 2). «Creemos, como principios de fe, en la libertad, la igualdad, la democracia directa, la justicia ecológica y la paz» (tesis 3). «Las personas pueden llegar al mismo lugar por diferentes caminos. Quienes discutan qué tradición es la verdadera se equivocan de pregunta» (tesis 6). «Creamos o no en una vida después de esta, estamos comprometidos con el Reino del Cielo en la Tierra» (tesis 8). «La tierra es un tesoro común. Nadie tiene derecho a comprarla, poseerla ni venderla» (tesis 18). «Mientras no se dañen entre sí, todos deberían ser libres de vivir como quieran» (tesis 21). «La democracia significa tener la oportunidad de participar en todas las decisiones que afectan tu vida» (tesis 35). “No buscaremos la riqueza material como en el pasado, sino que la encontraremos en vidas de fe y comunidad, ocio y amor” (tesis 50). “La creencia en la libertad, la paz, la igualdad y la democracia no es

patrimonio exclusivo de ninguna tradición religiosa o espiritual, y no se originó con la Ilustración. Por eso, nuestra fe une a ateos y humanistas, sijs e hindúes, cristianos y musulmanes, taoístas y budistas, judíos y espiritualistas, wiccanos y paganos; a todos. Ningún creyente debe descuidar ni abandonar las ideas que lo han llevado a compartir nuestra fe en el futuro" (tesis 66). "Nos oponemos a las instituciones humanas que se valen de pretensiones de santidad o verdad para restringir y oprimir, y rechazamos a los fanáticos que leen las palabras de los profetas y solo encuentran en ellas violencia y prejuicio" (tesis 67). La última tesis dice: "No pedimos nada más que cooperar como iguales; y no deseamos nada menos que que todos los que comparten esta esperanza hereden la Tierra".

II

Los mundos posibles tienden a converger. En uno y otro mundo, se tienen diferentes trabajos, diferentes hijos y diferentes hogares, o no se existe en absoluto. Pero la historia tiene su propio impulso, y la mayoría de los mundos siguen el mismo y largo desarrollo hacia el mismo destino. Hay momentos en que la historia se acelera: finales del siglo

XIV, la Reforma, 1848, las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, 1968, 1989, 2011. Y en cada mundo, la historia avanza más rápido en sus etapas finales. La coda de la humanidad se interpreta en allegro.

El día 137, en el quiosco de música de Central Gardens, la Orquesta Amateur de Dundule interpreta *la Fantasía Escocesa* de Bruch en Mi Bemol Mayor ante una multitud de miles de personas. Al final, el público, que aclama, no se marcha a casa hasta que la orquesta interpreta su versión del *Medley del Rey León.* No tienen tuba, solo un percusionista, y el segundo clarinete se ha apresurado a tocar el clarinete. Las cuerdas comparten un mismo conjunto de música, y la pequeña del segundo trombón trepa al quiosco para tirar de la barba de su padre. Falta la última página de la partitura del percusionista, así que, entre aplausos estremecedores, los despide con un repiqueteo apocalíptico de platillos.

Titch ensaya para su papel en la producción de *Westbridge Story* de la *Dundule Amateur Drama Society:* Una versión de *Romeo y Julieta* ambientada en Dundule en la época del Powcoot. La dramaturga, que trabajó en el *Edinburgh Traverse*, afirma que Titch es uno de los jóvenes actores más talentosos que ha visto. Al final de la obra, un desastre nuclear acaba con toda la vida en la Tierra, y el sol, de luto, no asomará su cabeza. Llenan el teatro local durante semanas.

En el día 143, bajo el sol de julio, los habitantes animan al equipo de fútbol de Dundule, conocido por su mal desempeño, en un partido amistoso contra un equipo que representa al famoso Heart of Midlothian. El partido termina a las ocho.

Las plantas se abren paso entre las losas del pavimento. La furgoneta de Black Douglas está llena de geranios. Cultivan rosas en los terraplenes y prímulas en las aceras. Cerca de la Iglesia Mayor, arrancan los adoquines para construir un huerto comunitario: todos son bienvenidos a recoger menta, romero, tomillo y salvia. Los vecinos derriban las vallas de los jardines, creando zonas comunes para cultivar ruibarbo, frambuesas, nabos y papayas.

Las antiguas cercas se reciclan para construir recintos en el Parque Barfer, donde Psycho y Ava han montado un zoológico interactivo. En la primavera, con la escasez de animales, se sacrificó tanto ganado que la mayoría de los animales de granja están prácticamente extintos. La primera mascota del zoológico fue la oveja Ashes, y ahora, además de otras ovejas, tienen cabras, cobayas y cerdos. Planean preservar algunas de estas adorables bestias para que las futuras generaciones recuerden las rarezas que la gente solía comer. Cuando los visitantes terminen de abrazar a las ovejas y acariciar a los cerditos, podrán jugar con las mascotas domesticadas que fueron abandonadas durante el Powcoot: jirafas, conejos, halcones y hámsteres.

El parque puede convertirse en un zoológico porque las calles se han convertido en campos de juego. En las mañanas soleadas, los ciervos retozan por los suburbios. Se imparten clases de zumba en Kinruddie Road. Porterías de madera se extienden a lo largo de las calles laterales. Redes de tenis de cuerda se extienden por la avenida Braeview. Hay una pista de patinaje y una cancha de hockey callejero en la circunvalación. En Grainville Square, levantan los adoquines y usan arena de construcción para hacer una playa.

Los coches se han convertido en instalaciones artísticas, intercambios de ropa, cobertizos, bibliotecas en miniatura. Otros están pintados —como gran parte de la obra de Dundule— con murales de paisajes, personajes de dibujos animados, retratos con plantillas, letras de burbujas, globos de aire caliente, arcoíris y mucho más.

Los coches de Maist se desmontan. Los neumáticos se convierten en columpios o se usan en carreras de obstáculos. Las llantas apiladas son ideales para fogatas. Los espejos retrovisores adornan tocadores. Las tiendas de moda coleccionan tapicerías, cinturones de seguridad y alfombras, donde diseñadores adolescentes los transforman en vestidos de tirantes, accesorios elegantes, sombreros futuristas y chales para el invierno. Los asientos traseros se reciclan como sofás. El relleno de espuma se recolecta para crear una gigantesca zona de juegos. Las piezas del motor se convierten en esculturas vorticiales. Los parabrisas viejos se utilizan para construir invernaderos.

Las baterías de coche son especialmente útiles. Conectadas a inversores, alimentan luces, ordenadores portátiles, herramientas eléctricas, reproductores de DVD y calentadores de agua. A medida que se reinventa la infraestructura eléctrica, los bancos de baterías se recargan gracias a las abundantes fuentes de energía renovable de Escocia. Los días en que las casas consumían quince mil kWh al año han quedado atrás, pero también, los días de oscuridad.

Liberados de sus funciones corporativas, los expertos en TI crearon una intranet para la comunidad, con puntos de acceso en antiguas oficinas, cafeterías y centros de noticias. Miles de PC y portátiles están conectados entre sí. Los usuarios pueden acceder a foros comunitarios para pedir lo que necesiten: un cochecito, una sierra para metales, un oso Yogi de peluche como el que perdió su hija. Los foros comunitarios utilizan código escrito por programadores que hace nueve meses desarrollaban sistemas para ayudar a las empresas a revisar cómo analizar la opinión de sus accionistas. Se convierte en el principal foro para votar decisiones que afectan a toda la comunidad. ¿Deberían las reservas de diésel de Dundule contribuir a un servicio de autobuses interurbanos propuesto o reservarse para alimentar generadores y equipos agrícolas? ¿Deberían mantener la hora estándar de Dundule o alinearla con la de Embra y Glasgow? ¿Deberían intercambiar alimentos y

cereales por fertilizantes? ¿Alguna objeción a que Duff MacDuie se una al comité de coordinación agrícola?

Pronto extienden la red a servidores operativos en otras áreas. Poco a poco, restauran una versión simplificada de internet. Las regiones comienzan a compartir recursos. Bombean pequeñas cantidades de combustible desde las plataformas petrolíferas del Mar del Norte. En las refinerías de Grangemouth, procesan petróleo crudo para convertirlo en diésel y productos químicos agrícolas.

Llegan más refugiados, trayendo más noticias del mundo exterior. Cuentan historias sobre deserciones masivas de El Arca, motines de soldados, funcionarios que se escabullen para unirse a sus colegas en el exterior. Dicen que los dignatarios del Arca ya no mantienen a la gente común fuera, sino que la gente común mantiene a los dignatarios dentro. Dicen que la élite está atrapada, rodeada de armas que no puede usar, tecnología que no puede reparar, ideas que no puede comprender. Dicen que el botón nuclear es todo el poder que les queda a los poderosos.

Capítulo XXVII

EL LIBRO DE LOS ÁNGELES

I

En fin, en su último día, el 173, la Dra. Ruth Matthys pasa la mañana grabando testimonios orales para el Proyecto de Historia del Pueblo Dundule. No es fácil seguir el ritmo. La historia avanza cada vez más rápido. La coda se ha precipitado de allegro a presto a prestissimo. Y noo, justo al final, es un choque y una parada.

Pero era el día de la fiesta de socios de Giorgio y Donna, así que Ruth salió de la universidad a la hora de comer. Mientras caminaba, sin dolor, bajo el sol de agosto, se dio cuenta de que aún no había registrado sus propias experiencias de los últimos seis meses. ¿Qué podría decir de la época del Powcoot? Piensa en Dickens, ¿sabes? «Fueron los mejores

tiempos, fueron los peores tiempos, fue la era de la sabiduría, fue la era de la locura, fue la época de la fe, fue la época de la incredulidad, fue la época de la Luz, fue la época de la Oscuridad, fue la primavera de la esperanza, fue el invierno de la desesperación, lo teníamos todo por delante, no teníamos nada por delante, todos íbamos directos al Cielo, todos íbamos directos al otro lado».

Al llegar a Elmore Road, siente una felicidad casi dolorosa. Pero ¿por qué siente una sensación de finitud y asombro?

II

Fuera del Señor de las Papas Fritas, decenas de sillas y mesas están dispuestas al estilo cabaret. Han sido prestadas por casas en todo el vecindario, así que ninguna de ellas combina; están sentados en mesas de comedor y muebles de jardín y lo que sea. Se reúnen alrededor de escritorios de trabajo, caballetes, mesas de centro. Se sientan en sillas de computadora, asientos de patio, taburetes de bar, pufs. Pero en el centro de cada mesa, hay un montón de flores que brotan de un jarrón, frasco o vaso: rosas y malvarrosas, nébeda y dedaleras, geranios y matricaria; y colgando sobre una cuerda que está suspendida de las ventanas de los pisos

opuestos, una pancarta hecha con una sábana dice: "FELICIDADES DONNA Y GIORGIO". Ruth ayudó a atar un extremo de la cuerda al radiador bajo la ventana de la sala de Donna, y luego, con un arco y una flecha de juguete, Wee Danny disparó el otro extremo hacia uno de los pisos del otro lado de la calle. Ruth mira hacia arriba, más allá de la pancarta, hacia un cielo tan azul que le recuerda el océano y a la Nauty Buoy. ¿Dónde está Dick, ahora?

Porque todos los demás están aquí, ¿sabes? Mira: ahí está Psycho, arrodillado, arañando el pavimento, haciéndose amigo de un gato semisalvaje. Y ahí está el Sr. Ashraf Jr, el padrino de Giorgio, saliendo con Titch y sus amigos del teatro. Ahí están el primo Hamza y Marjorie. Ahí están Tam, Mac y Bert, quien la está saludando, todavía con su misma vieja sudadera con capucha de "Sé el cambio que quieres ver en el mundo". Luego, antes de que pueda saludar, los simpatizantes gritan, vitorean, aplauden y golpean las mesas. Están de pie, esforzándose por ver, mientras Ava cabalga hacia ellos, su poni tirando del fiel carro. Lleva una tiara y un vestido hecho con una sábana rosa recortada. Lleva las riendas con una mano y lanza besos con la otra. Luego, cuando detiene el carro, mientras Black Douglas ata a Kelpie, Giorgio y Donna se bajan de la parte trasera, riendo y empujándose. Él lleva una falda escocesa y una chaqueta oscura, confeccionadas con tapicería de coche; ella lleva una creación de tela multicolor con puntadas entrelazadas, que parece un ave exótica.

Todos se sientan y Ruth se apresura a un sillón vacío. "¿Puedo sentarme a su mesa, señor?", pregunta.

—Mi querida Ruth —dice el antiguo Lord Slabberford de Spittle—; sabes perfectamente que ahora solo queda Kev, ¿*no?* Oye, ¿conoces a Vivian? Es la genio que arregló el suministro de agua.

"¿Vivian?", pregunta Ruth, estúpidamente, porque no puede explicar cuánto le importa esta chica que lleva el nombre de la mujer que una vez amó. Le estrecha la mano a Vivian y dice: "Encantada". Es una palabra que nunca había usado, y se sonroja como una adolescente.

Entonces Donna, Giorgio y Ava suben por una escalera hasta el techo de la vieja furgoneta de Black Douglas, donde se quedan de pie, triunfantes, bajo un montón de geranios morados. Con su discurso, Donna provoca risas al decir que Giorgio lleva su kilt como un auténtico escocés, por si alguien más quiere ver sus luces.

El discurso de Giorgio es más breve. Les agradece su asistencia y, conmovido, repite: «Estoy tan feliz. Estoy tan feliz. Estoy tan feliz».

Luego llega la hora de comer y beber, y mesa por mesa, los invitados entran en el Señor de las Papas Fritas, donde Tam y Mac sirven cuencos de caldo de verduras. Hay barriles de cerveza casera de una graduación alcohólica desconocida y

líneas de Higher Powder donadas por la Iglesia del Sesh. Incluso hay botellas de whisky de malta puro: Talisker, Laophraig, Balvenie, Dalwhinnie: ¡vaya!, ese tipo de cosas, porque el Black Douglas, que atesoró su colección durante décadas, por fin ha encontrado un motivo para celebrar.

El plan era que los invitados terminaran su sopa, lavaran sus platos en los fregaderos traseros y recogieran su plato principal —Soylent Green con patatas, verduras asadas y salsa— al salir. Pero cuando las primeras mesas terminaron su caldo, las mesas posteriores aún no estaban servidas, y Tam y Mac estaban lejos de estar listos para servir los platos principales. De hecho, cuando la Orquesta Amateur de Dundule interpretó su versión de "Ángeles", y Giorgio y Donna se dirigieron a su primer baile, muchos invitados aún no habían comido. A pesar de todas estas deficiencias, Ruth sabe que los deseos, las esperanzas, la confianza y las predicciones de los muchos que presenciaron la ceremonia se verán plenamente satisfechos en la perfecta felicidad de la unión.

En fin, cuando los invitados llevan una hora bailando, forman una guardia de honor de un kilómetro de largo. Como el papel escasea, lanzan pétalos de rosa a modo de confeti. Donna, Giorgio y Ava caminan entre una lluvia de flores, hacia el "Felices para siempre". Vivirán sin tiempo muerto y sin restricciones. Vivirán para siempre en el Reino de los Cielos en la Tierra.

Entonces se oye un ruido que se vuelve sordo y puede que alguien lo haya oído. Una luz más brillante que cien soles. Una nube de hongo que nadie verá jamás.

Los pétalos del suelo flotarán en el aire para siempre.

Y Ava se ríe, sacando la mano, esperándote.

EPÍLOGO

Cuando me encontré por primera vez con esta profecía, en el verano de 2020, busqué en Internet a las personas que había conocido en mi juventud.

En nuestro mundo, la Dra. Ruth Matthys se ha jubilado; figura en el sitio web de la Universidad de Escocia Central como profesora emérita. No pude encontrar más información.

Kieran Hunter, que aún vive en Dundule, es agente de custodia y seguridad policial. Retuitea memes de Blue Lives Matter y, ocasionalmente, publica una diatriba, borracho, sobre cuánto odia a su ex.

La tienda de los Ashraf se ha convertido en un Scotmid.

El Instagram de Giorgio gira en torno al ciclismo, y en casi todas las fotos aparece vestido de licra, con sus musculosos antebrazos adornados con tatuajes de blackwork. Según su

Facebook, vive en Glenrothes y trabaja como agente de evaluación de incendios. En todas las fotos de Facebook, lleva la cabeza rapada, la barba esculpida y está solo.

Aunque estaba seguro de no haber conocido a Donna, algo en su nombre me sonaba. Tras semanas oyéndola en la cabeza, finalmente la busqué en Google. Entonces la recordé. Tenía razón en que no la conocía, pero había ido a la escuela con una antigua novia mía. Años después de mudarme, mi exnovia me envió un enlace a una página de recaudación de fondos. Estaban recaudando fondos en su honor porque, en nuestro mundo, Donna McAdam se suicidó en 2009.

Otro mundo es posible.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Gracias a La Voz –lo que sea que fuese– y gracias a Hart y Lucy por permitirme vislumbrar el paraíso.

Mucha gente me ha ayudado a escribir esta historia. Agradezco profundamente la ayuda y el apoyo de Barry, Frank, Gemma, Liz, Lucy, Phil, Senja y Tyler. Les estoy en deuda a todos ustedes. Para comprender la existencia de otras versiones de nuestro mundo, he agradecido el trabajo de David Kellogg Lewis sobre el realismo modal, y agradezco a Christopher Norris por introducirme en estas ideas. Gracias a los chicos del Equipo F por todo su apoyo y ánimo. Y gracias al equipo de Barbican Press, especialmente a Martin Goodman, por inspirarme, por su ambición, su visión editorial y su fe en mi trabajo.

Por último, y sobre todo, muchas gracias por leer.

COMENTARIOS

Una comedia negra muy divertida. Como Mad Max, escrita por Irvine Welsh, pero con el ingenio y la calidez de Lissa Evans y la sátira social de Sarah Cooper. Una novela poderosa, vívida, ingeniosa y compasiva que te engancha. Brillante. A diferencia de la mayoría de la ficción distópica, esta es una novela excepcionalmente esperanzadora y alentadora. DD Johnston encuentra esperanza en la capacidad humana de amar y renovarse, incluso después del colapso apocalíptico en los lugares más desolados. Muestra cómo el colapso de una sociedad puede abrir el camino al surgimiento de otra mejor. Un logro impresionante.

—Rob Newman

'Una visión escocesa divertida, sucia y atrevida, con pasajes de oscura brillantez, sobre el colapso de la sociedad capitalista tardía'.

—James Robertson

'DD Johnston no sólo es uno de los novelistas socialistas con más principios del Reino Unido, sino que también es uno de los más versátiles y talentosos que existen.'

— *La estrella de la mañana*



ACERCA DEL AUTOR

MICHAEL DARREN DAVID JOHNSTON, conocido como DD Johnston, (nacido en 1979) es un novelista político escocés. Actualmente vive en Cheltenham, Inglaterra. El periódico británico de izquierdas Morning Star lo llamó "uno de los novelistas socialistas más íntegros de este país" y "también uno de los más versátiles y talentosos". Nació en Edimburgo, Escocia, y asistió a la universidad allí.

Novelas

La primera novela de Johnston, *Peace, Love & Petrol Bombs*, publicada por la editorial anarquista AK Press en Oakland, California, fue seleccionada como Libro del Año por el Herald por Helen Fitzgerald. Ha sido traducida al español como *Paz, amor y cócteles molotov* (Hoja de Lata, 2013). La segunda novela de Johnston, *The Deconstruction of Professor Thrub,* publicada por Barbican Press, fue escrita para un doctorado en Escritura Creativa en la Universidad de Gloucestershire.

Una tercera novela, *The Secret Baby Room,* se publicó en julio de 2015. Es un thriller psicológico ambientado en Manchester. El autor comentó: «Me ha llevado un poco más de tiempo terminarla que a los aqueos librar la guerra de Troya. Espero que la espera haya valido la pena».

Su novela «Disnaeland» fue publicada en tapa dura por Barbican Press en 2022. El *Financial Times* la resumió bastante bien en un breve espacio: «Disnaeland, de DD Johnston, una distopía cómica ambientada en un pequeño pueblo escocés, está repleta de palabrotas y dialecto coloquial. Cuando la civilización se derrumba, una comunidad lucha por unirse y reconstruir. Iluminar un mundo oscuro no es tarea fácil, pero los personajes de la novela lo consiguen, al igual que el autor. Desde el ingenioso juego de palabras de su título, Disnaeland es una delicia

irreverente». El libro nos ofrece una utopía escocesa, en el espíritu de lo que DD Johnston declara sobre su obra en la página web de su editorial: «el tema constante es su amor por la gente común y su fe en las cosas extraordinarias que podemos lograr juntos».

Conferencias

Johnston es profesor titular de escritura creativa en la Universidad de Gloucestershire.